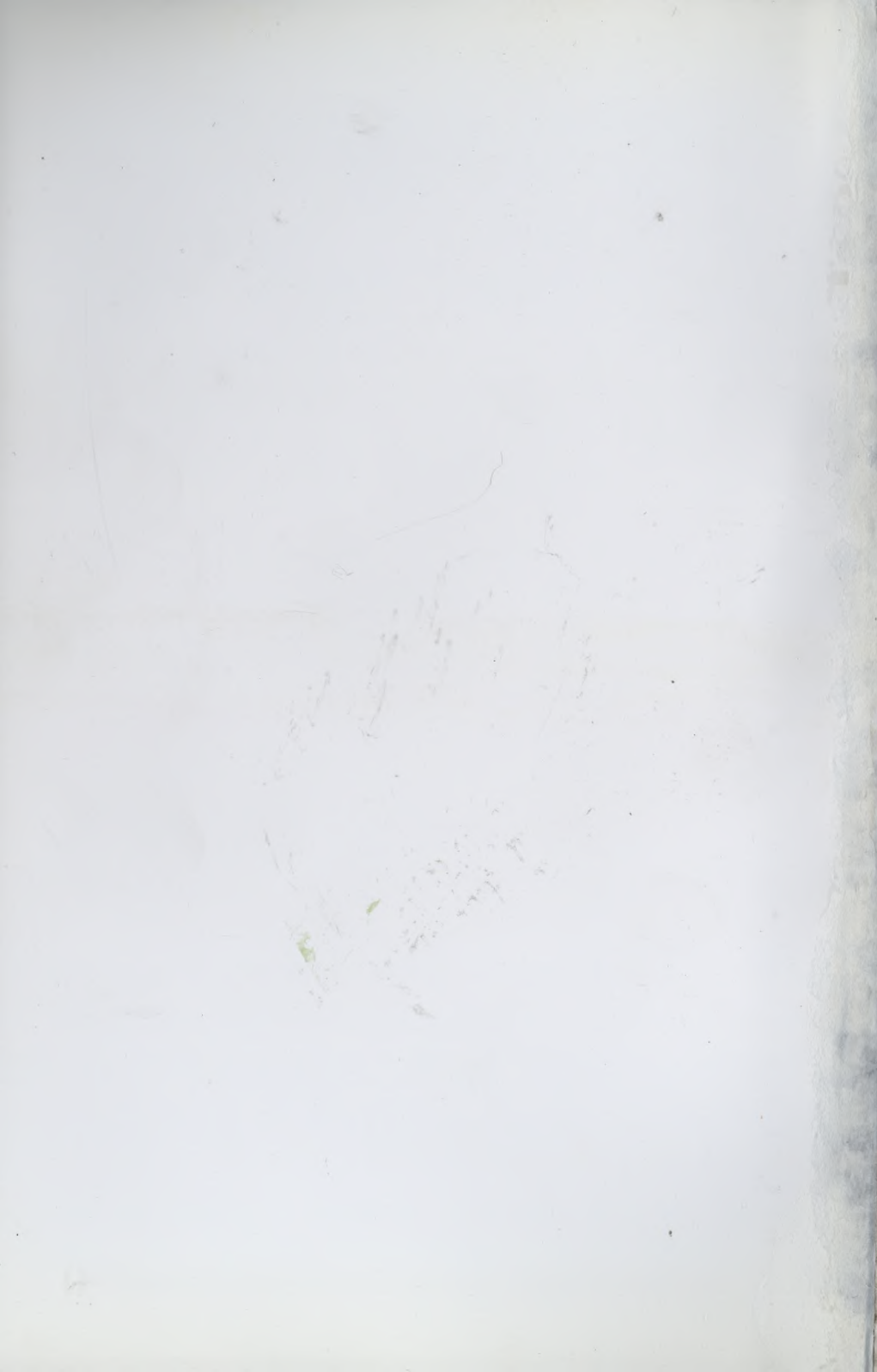


Fernando Osorno Castro

EL INSURGENTE ALBINO GARCIA

Episodios de la Vida y Campañas
del Genial Guerrillero





2003 AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA. PADRE DE LA PATRIA
ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

EL INSURGENTE ALBINO GARCIA
Episodios de la vida y campañas del
genial guerrillero

GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO
Lic. Juan Carlos Romero Hicks

SECRETARIO DE GOBIERNO
Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

SUBSECRETARIO DE GOBIERNO
Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURIDICOS
Lic. Rosa María Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO
Mtro. Isauro Rionda Arreguín

EL INSURGENTE ALBINO GARCIA
Episodios de la vida y campañas
del genial guerrillero

Fernando Osorno Castro

Coordinación

Isauro Rionda Arreguín
Susana Rodríguez Betancourt

Selección de portada

Julio César Reyes Aquino.

Con motivo de la celebración de los 250 años del natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria, se publica esta edición y su distribución **será gratuita**, siendo su finalidad la difusión.

Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2003.
Alhóndiga e Insurgencia No 1
Centro, 36000
Guanajuato, Gto.
(473 732 02 28 / 732 10 52

Original tomado para facsimil de la
BIBLIOTECA ISAURO RIONDA ARREGUIN

PALABRAS DE INTRODUCCION

Desde mis años mozos, y con un fervor que no aminora el tramo de la vida, he venido consagrándome a estudios inquisitivos del pretérito mexicano, y principalmente del que se relaciona con Guanajuato en las épocas precortesianas, colonial y republicana, cuyas noticias resultan de sumo interés para el conocimiento de la historia general de nuestro país.

El territorio guanajuatense, que con sobra de justicia se ha considerado, y sigue considerándose, como cuna y baluarte de nuestra independencia nacional, mantiene vivos, palpitantes, radiosos, los recuerdos de aquella épica lucha que, iniciada en la paupérrima congregación de Nuestra Señora de los Dolores (la Cocomacan de los indios nahoas), dispuso de amplia y exúbera zona en la región denominada "El Bajío", de nuestros aborígenes remotos "Las Siete Luminarias", acusadoras de fenómenos de explosión al arrimo de las ahora municipalidades de Salamanca, Valle de Santiago y Yuririhapúndaro.

Teatro de constantes guerras fué la pródiga región a que acabo de referirme, y en sus anales surgen las figuras pintorescas, altivas y gallardas de Andrés Delgado, "El Giro", José María Magaña, Lucas Flores, "Los Pachones, y tantos más, que unidos en breve etapa a Francisco Javier Mina, dijeron de hechos portentosos nacidos al calor de muy firmes y raigados ideales.

Entre la pléyade inmortal de los guerrilleros del Bajío, destácase de cuerpo entero, siquiera fuese manco, el intrépido e indomable Albino García, salteador y sanguinario, para unos, defensor abnegado e infatigable de la insurgencia, para otros; cobrando siempre singular aspecto y afirmando prestancias de hombre de valor y de tenacidad inquebrantables al discurrir de los años y de las centurias. Es la *vera efigies* de nuestros rancheros abajeños, si incultos y bravíos por natu-

raleza y condición, dotados de un talento natural a todas luces inconfundible, para quienes no hay más altezas que las de las montañas ni más juntas que las de los ríos.

Albino García, de fecundo historial documentado y de empresas legendarias de sabor deleitoso, préstase, como pocos, al estudio biográfico de carácter anecdótico, que tan en boga mantienen hoy en día escritores ingleses y norteamericanos, y que comienza a robustecerse entre nosotros, gracias al empeño y tesonera acuciosidad de jóvenes literatos, esperanzas bien fundadas ya de un porvenir de conquistas halagüeñas.

Fernando Osorno. Castro, en el que pueden apreciarse los futuros valores del escritor y del investigador dinámico y ponderado, ofrécenos las primicias de su laboriosidad y de su empuje, de su cariño por los seres y las cosas de la insurrección mexicana, en páginas de amena y útil lectura por las que vemos surgir, desarrollarse y agigantarse al célebre luchador nacido en Salamanca, del vetusto solar guanajuatense; alma y vida de intenso bregar; penacho altivo en la apretujada muchedumbre del pueblo humilde con hambre y sed de justicia redentora; motivo de ensañada furia y de pánico terror de la parte de los *realistas*.

Un buen día estuvo a verme y a saludarme el amigo don Fernando en el severo recinto de la Biblioteca Pública del Colegio del Estado. En la quietud remansada de aquel lugar que guarda para mí recuerdos gratísimos, a tono con mis actividades inquisitivas y de magisterio, nos engolfamos en plática sabrosa con reminiscencias del vivir insurgente y punto central de las campañas de leyenda en "El Granero de la República".

Entonces fué cuando el joven enamorado de Themis y de Clío, me habló con entusiasmo de sus marcadas simpatías por el famoso "Manco de Salamanca" y del proyecto, en términos de cristalización inminente, de escribir y publicar la vida y milagros del guerrillero infatigable; a cuyo fin —díjome— deseaba practicar visitas especiales al teatro mismo de los sonados triunfos de García. Y tal como lo pensara, hízole luego, encaminándose, después de Guanajuato, a Salamanca, Valle de Santiago y Celaya, ciudades todas éstas donde opimo fruto habría de recoger en documentos, tradiciones y fotografías de positivo mérito.

Con tales fuentes de información, y agregándose a ellas el indispensable acopio bibliográfico, inició su labor noble y fecunda; desen-

volvióla en luengos meses de disciplinado y tesonero esfuerzo; y cuando la hubo concluído, enviómela con amables letras y solicitud bondadosa de un prólogo, realmente innecesario, ya que la obra por su propio valer se recomienda, ya que lo humilde y modesto de mi personalidad muy lejos se encuentran de compadecerse con los claros timbres del presentador y del juzgador a un tiempo mismo.

“El Insurgente Albino García” es el título de la obra de Fernando Osorno Castro, y como subtítulo: “Episodios de la vida y campañas del genial guerrillero”. Estos nombres emparejan bien con el ordenamiento del libro, los capítulos que lo informan y el magnífico apéndice que lo complementa y robustece.

En el primer capítulo —a mi juicio uno de los mejor logrados, ya por la claridad y firmeza de la visión, ya por lo intenso y vívido de las imágenes— aparece “El Bajío” con su sello de grandeza y de fecundidad incomparables: “Paz en las tierras por donde cruzan senderos que se acaban en el horizonte. Lagos que brillan y son como espejos clavados en lontananza, y bestias que pastan tranquilamente en los llanos o en los riscos que bordean una cañada... Hombres que tienen la quietud de sus campos y la audacia de las cumbres que se elevan hasta tocar la comba diáfana del cielo, y que apoyan su acción en la perenne verdura que late en los paisajes y que es el signo generativo de la existencia. Por eso Guanajuato fué el granero de la insurrección... Hombres que tienen la mansedumbre de sus ríos unida a la bravura de las crecientes y toda la firmeza de sus pedriscales. Por eso Guanajuato fué la cuna de la Guerra de Independencia... Jinete y caballo forman la unidad insustituible del anchuroso Bajío. ¡Armónica unidad que confirma el terror de los indios durante la Conquista, y pone su negra silueta en las veredas más lejanas! Un todo que no puede desintegrarse sin perder por completo su significación: son dos inteligencias y dos fuerzas unidas por el íntimo lazo de la necesidad. ¡Jinete y caballo son el símbolo de la distancia y la energía!

Y luego el inicio de Albino en la vetusta Barahona, más vieja Xidóo, de los indios otomíes, ahora Salamanca, donde lucha con la vida “como luchan los indios y los pobres, encarándose, desde temprana edad, a la crudeza del medio; atisbando siempre a la tierra para arrancarle el menor indicio de su vitalidad; espiondo, día a día, el correr de esas nubes negras que el viento empuja a la montaña y el trueno desgaja en cataratas que impiden dormir a la familia, porque se cuelan todas en la choza, y escuchando en esas largas noches

de espera, en medio de una humedad que cala hasta los huesos, el rumor pavoroso del Lerma embravecido, que se arremolina en el vado y trae en sus lodosas aguas presagios de tragedia”.

Vienen después los ajetreos y menesteres del caporal, que habrán de prepararlo, admirablemente, para el futuro bregar del jefe de guerrillas, cuyas andanzas empiezan casi con el Grito de Dolores y finiquitan con la aprehensión en Valle de Santiago y la muerte en la plaza principal de Celaya.

Y en ese lapso, toda una serie de campañas, atrevidas y felices en su mayoría, en las que la audacia y el valor suplen a menudo lo escaso de los hombres y de los materiales de guerra. A las vegadas, la alegría del fandango en pleno campamento, la copla traviesa e hiriente en labios de guerrilleros, o la fiesta titular, con bailes y jaripeos, en rancherías abandonadas por los realistas. La leyenda apodérase del “Manco” y teje en torno de su recia figura la urdimbre singular de los deleitosos “corridos” o la complicada y truculenta de las “relaciones”. Aquí y acuyá surgen las famosas cargas de caballería y el entierro de tesoros fabulosos. En el bellísimo cono del Culiacán, fiel centinela de los ubérrimos valles de Camémbaro y Huatzindeo, hállase una gruta, “La Gruta del tesoro”, cuya curiosa relación tengo consignada en uno de mis libros: “Estando en el paraje que llaman “La Silleta”, te bajarás por el lomo que forman dos barrancas, hasta donde se juntan; seguirás caminando y encontrarás una especie de playa o patio donde están tres nogales. Parado cerca de cualquiera de ellos, y viendo para donde el sol sale, distinguirás una especie de risco o paredón, que es en donde está la cueva tapada que contiene los tesoros de Albino García”.

Por franca y luminosa rúa encamina sus andares Fernando Osorno Castro, apenas en alborada sus empresas de escritor y de investigador. Y a poco que ahonde y solivante, dará con otros ricos veneros y otras gallardas estructuras de la pretérita insurgencia, veneros y estructuras que hay que poner a salvo de las incurias del tiempo y del terrible afán iconoclasta de los hombres.

Por eso, tan antiguas como son, cobran señuelos de palpitante actualidad aquellas palabras: *Diligite, quae superaverunt fragmenta ne pereant.*

Prof. Fulgencio VARGAS.

Guanajuato, Gto., 8 de enero de 1938.



Unico retrato que existe del célebre guerrillero insurgente don Albino García. Reproducción hecha por el pintor don Mateo A. Saldaña, de un retrato tomado, a su vez, del dibujo a pluma que hizo el ilustre arquitecto don Francisco Eduardo Tres Guerras, cuando el guerrillero fué llevado a Celaya para ser fusilado y que se encuentra en los "Apuntes Históricos de la Ciudad de Dolores Hidalgo", de don Pedro González.

EL INSURGENTE ALBINO GARCIA

Episodios de la vida y campañas del genial guerrillero

Muchos años antes el poderío español había extinguido para siempre a una raza que se hallaba entonces en la plenitud de su vida y había elaborado una de las más grandiosas civilizaciones, segando igualmente sus vastos dominios con el empuje de sus armas y la crueldad de sus guerreros, que ahogaron en sangre los últimos estertores de un pueblo que caía lleno de dolor, pero con la gloria infinita y eterna de haber luchado hasta el postrer momento, al ver surgir un nuevo reino de entre los escombros de su ciudad querida, y ver derrumbarse sus "teocallis", y ver arrollados los pedestales de sus dioses por el genial Milintzin, y saber que el Huichilobos no viviría más; pero ahora, el poderío español temblaba, el poderío español se extinguía, ¡y esta vez también para siempre!: un hondo malestar se había arraigado en toda la Colonia y, aunque nadie se atrevía a exteriorizarlo cual lo sentía, no por eso dejaba de haber llegado a lo más profundo de todas las conciencias.

Desde aquella famosa conjuración que trataba de consolidarle a don Martín Cortés, hijo del Conquistador, una autoridad que no poseía, allá por el año de 1566, se vinieron sucediendo otras de más o menos importancia, como aquel tumulto de indios registrado en 1692, que sobrevino a raíz de una grave inundación que sufrió la Metrópoli, la sublevación de Jacinto Canek, descontento por la opresión de los españoles y, por último, la conjuración de Valladolid, en la que figuraron algunos elementos que antes habían estado de parte de los realistas y que según parece fué descubierta por la postrera confesión de un sujeto. Todos esos hechos son una muestra clara de que en el pueblo había germinado la idea de acabar con el estado existente.

El malestar, como hemos dicho, era profundo. Habíase tornado así a fuerza de querer sacar provecho hasta de las últimas raíces de un pueblo hondamente resentido y hastiado de soportar un asedio que se creyó interminable. Mas los españoles creyeron dominarlo fácilmente reprimiendo con la violencia sus brotes aislados, sin saber que un volcán rugía bajo sus pies amenazante, terrible, devastador, y que muy pronto su erupción les arrebataría la tierra conquistada para el monarca en cuyos dominios nunca se puso el sol.

Apagaron los síntomas, ciertamente, cuando empezaron a manifestarse, pero el mal latía bajo una apariencia de orden y crecía y se manifestaba con mayor crudeza en la multiplicidad de los fenómenos sociales: miles y miles de hombres que vivían bajo la sombra de sus antecesores, de sus reminiscencias sobre los dioses de sus ascendientes, y morían desamparados bajo la férula del encomendero, el amo, el capataz, u horriblemente destrozados por algún "tiro" de las minas; otros miles de individuos, los criollos, que, aunque vivían al amparo de las grandes fortunas que adquirieron o heredaron sus mayores, permanecían al margen de la vida social presionados por la falsa nobleza ultramarina que tenía fuerzas aún para llamarlos con desprecio "indianos"; grandes masas de hombres que eran el resultado del acoplamiento de dos razas disímiles, carentes de asiento económico y rechazados por una y otra, y que vivían merced a la energía que desplegaban y que se manifestaba de las más diversas maneras; y, por último, la clase predominante, la clase aún de los Conquistadores, que por el derecho de la fuerza disponía de los bienes, de las grandes propiedades, de los altos puestos de la milicia y la Iglesia y por ende de todas las prerrogativas, de los principales cargos en el gobierno y la reguladora de toda producción, que ocultaba su podredumbre solapada por un Clero mercenario y corrompido también, pero que ya se jugaba sus últimas cartas a pesar de sus excelentes trincheras del púlpito y el confesonario.

Una diferencia, pues, profunda e irreconciliable. Un acoplamiento aparente. La Conquista de México tuvo que hacerse primero por el terror y después por el convencimiento. No tenemos dudas en este sentido, puesto que el Conquistador justificó su barbarie por la necesidad, y la necesidad por la barbarie que creyó encontrar en cada aspecto de la vida del indio. De ello resultó que la sumisión de los indios fué más bien una estratagema para su salvación. Lo mismo su conversión al cristianismo, pues el indio unió su antiguo culto con el

nuevo, a través de las ceremonias rituales, por más que nunca creyera en el dogma exótico que no respondía en forma alguna a su mentalidad ni a su cultura.

El indio se encontraba oprimido, humillado constantemente por los españoles, y su vida fué siempre de bestial trabajo y de pobreza. Por eso es sumiso y paciente como un pollino. Fué objeto de un trato brutal, y es posible que esto le haya mantenido hasta ahora silencioso y desconfiado, como si todavía sintiera sobre sus espaldas el peso de largos siglos de continuas vejaciones. En nuestros días, el indio instintivamente se aparta del blanco, le desconfía, le teme, y prefiere su tradición que le hace feliz con los suyos en el pueblo, como si en su pecho sintiera revivir añejas remembranzas de sus antepasados que vivieron en amarga esclavitud.

Por todo ello, el Coloniaje se hundía sin remedio en el propio fango que había creado. Urgía arrancar sus tentáculos que pugnaban por mantenerlo a flote. ¡Se adivinaba ya que estaba próximo a estallar el huracán acallado poco tiempo después de la Conquista! Urgía ya que el indio, el mestizo, el negro, tuvieran pan; que el diezmo y la primicia no salieran, por tanto, de sus manos, minando su propia vida para ir a estancarse en manos de quienes procuraban un continuo recaudo de riqueza, sin reparar en su penuria; que el español fuera despojado por el criollo de todos sus privilegios, a fin de que éste pudiera ocupar los altos puestos del Clero y la Milicia; que volvieran las tierras a sus antiguos poseedores para que estos dejaran el trabajo al mestizo; que se acabaran los abusos intolerables de los gobernantes, y se cambiara, en fin, el régimen existente, más claro está que este cambio tenía que iniciarse y dirigirse por la clase que estaba más cerca de los españoles, la de los criollos. ¡Todas las demás estaban dispuestas para lanzarse a la revolución y cumplir en ella sus venganzas y conquistar las ventajas anheladas!

“La Independencia de México no es nada más una crisis política ni solamente una lucha económica por eliminar al español (Estado e Iglesia) y substituirlo por el criollo. Es el fenómeno inverso de contracción, desintegración o decadencia del imperio hispánico, sometido a las múltiples presiones de las culturas externas desbordantes a su vez de energía expansiva, al desgaste interior por el esfuerzo desplegado, y sobre todo, al trabajo de adaptación que significa la influencia de la tierra sobre el hombre y al contrario”. (Teja Zabre. “Historia de México. Una Moderna Interpretación”).

Se ansiaba la violencia porque ella había servido para envilecer a las mayorías y porque los pueblos, cuando soportan demasiado una tiranía, sólo sacian sus odios viendo correr la sangre de sus opresores. No se iba a tratar, por lo mismo, del movimiento de una sola de las clases, como los anteriores, para ser sofocado por otra clase igualmente resentida. Ahora se intentaba un movimiento general, un ascenso en masa que proporcionara mejores condiciones de vida, por más que éste se realizó bajo la misma condición estratigráfica de las clases sociales, pero que resultó menos difícil porque surgieron los jefes y caudillos de casi todas ellas.

Había hambre, miseria, desigualdad; un sinnúmero de factores sociales (religiosos, étnicos, económicos, etc.), que ahogaban ya al imperialismo ibero. Desde los Virreyes, salvo honrosas excepciones, hasta el último de sus favorecidos, habían explotado a sus anchas, con escandalosos monopolios, a los indios, mestizos y mulatos. La Real Hacienda, la Iglesia y la Inquisición, se encargaron de completar el acaparamiento de todas las riquezas.

“¡Muera el Virrey y el Corregidor, que tienen *atravezado el maíz*, y nos matan de hambre”, advirtió el pueblo con voz estentórea, y por última vez, en 1692. Mas no se le hizo caso. Se contaba entonces con la indecisión de los criollos y con la fuerza de la necesidad y de las armas. Por eso no se quisieron precisar las causas reales del levantamiento. “Las revoluciones nunca tienen un solo origen. Las engendran causas muy complejas, y el tremendo motín que iba a estallar en la capital del Virreinato; tenía raíces hondas en abusos incalificables, en odios antiquísimos y en intereses privados, y el pueblo estaba además incitado por el hambre, hija de la carestía de los bastimentos, y ésta nacida del monopolio de los poderosos”.

No se había perdido de vista, por otra parte, el ejemplo de las trece colonias inglesas de Norteamérica. Era menester un pretexto, un pretexto cualquiera, para desatar la Revolución. Y aquél no se hizo esperar: en España, un motín arrancó el trono a Carlos IV y María Luisa de Parma, que tenían depositadas sus reales funciones en manos del tiranuelo Godoy (a), protector del Virrey Iturrigaray, y lo puso

(a) Godoy no sólo había llegado a ser el privado de la reina, sino también el favorito del rey. Gobernaba a España a su antojo, se adjudicaba ministerios, se hizo colmar de honores, y hasta logró que se le diera el título de Príncipe, por lo que le llamaban el “príncipe de la Paz”. El pueblo trató desde luego de aniquilar el poder de Godoy, que parecía influenciado por secretos resortes napoleónicos, y asimismo, de arrebatar el trono a la reina María Luisa y al inepto Carlos IV, prácticamente sometidos al primero, y esto dió lugar a que estallase, cerca de Madrid, la célebre revuelta de Aranjuez.

en manos de su hijo, el Príncipe de Asturias, que tomó el nombre de Fernando VII. De suerte que, falto de apoyo el Virrey por la caída de su protector y de sus Majestades, buscó el sostén de su anarquía en los uniformes recién estrenados que él mismo había mandado fabricar. Pero todo fué inútil. Cuando se supo en México la caída, creció la agitación y surgieron los primeros argumentos reaccionarios.

Mas como el pueblo se entretenía aún —porque el pueblo se entretiene y se deslumbra muy fácilmente— con la apostura de su Virrey y el brillante cortejo del Cantón de Jalapa, se olvidó la angustia que palpitaba bajo su risa estereotipada a fuerza de recibir una graciosa limosna de los señores feudales.

“¡Viva Fernando VII!”, gritó el pueblo en los primeros años del diecinueve, indeciso y temeroso él mismo de romper bruscamente los viejos moldes de la organización!: pero al mismo tiempo, una voz, contenida durante tantos siglos por el horror, la miseria y la muerte, se alzó al fin para lanzar la terrible sentencia:

“¡Mueran los españoles, muera el mal gobierno!”

Hacia el año de mil ochocientos diez, la Patria estaba en vísperas de despertar del largo sueño que la había agobiado durante tres siglos consecutivos, en momentos de sacudir el pesado yugo del coloniaje que había traído para muchos el escarnio y la miseria y la había conmovido hasta lo más hondo de su ser, ansiosa ya de levantarse por sí sola y de labrar su propia grandeza, como hicieran antaño los recios pobladores del Anáhuac florido; mil ideas se revolvían ya en todos los cerebros y en todos los corazones ardía la esperanza de libertad, y fué aquel día memorable cuando vibraron al unísono ante las alentadoras palabras del inmortal anciano de Dolores. Entonces, las almas fundiéronse para lograr el ideal dorado de ser libres y se levantaron las chusmas locas de entusiasmo por doquiera, sin organización, sin armas y sin nada, y por ello fueron fácil carnada de la metralla enemiga; entonces fué cuando corrieron torrentes de sangre y se regaron los campos con ella, pero por cada hombre que caía surgían otros como de la nada dispuestos a ofrendar su vida por el más caro de todos sus ideales.

Toca a Hidalgo, pues, la gloria de haber iniciado una obra gigantesca, incommensurable, que ha colocado sobre su frente una aureola de honor y de inmortalidad, pero a veces esos hombres raros y anormales, los genios, encarnan por sí sólo grandes etapas de la Historia y parecen opacarlo todo con el brillo de sus proezas, enrique-

ciéndose y agigantándose también con la gloria de sus colaboradores: ¿qué habría sido de Emiliano Zapata si no hubiese contado con gente fiel que supo secundarlo en todo momento, que supo extender sus ideales ofreciendo para ellos su vida?; ¿qué de Cortés, si en los momentos en que se lanzaba intrépidamente hacia el interior de un Continente desconocido y sembrado de inmensos peligros, no hubiera tenido de su parte una mayoría de soldados, cuando entre su gente habían muchos descontentos que, de no ser descubiertos, quizá hubieran frustrado todo con una sedición?; ¿y si entre su gente no hubiera tenido hombres tan leales, hasta en los más grandes peligros, como Cristóbal de Olea, que en dos ocasiones salvó la vida a don Hernando, ofreciendo en cambio la suya, y como Bernal Díaz del Castillo, que ya anciano lloraba amargamente a un amigo querido y compañero de las armas, Gonzalo de Sandoval?; ¿qué habría sido de Hidalgo si no hubiese contado siempre con el apoyo del pueblo y con hombres que extendieron y continuaron la obra que más tarde había de ser sellada con su sangre?

Es difícil aquilatar la gloria de un hombre cuando ésta se desarrolla a la par que la de esos genios, porque ellos casi salen del terreno de los hombres por la admiración de que son objeto, y porque las masas proyectan su conciencia y casi divinizan a los que las han cautivado y las han conducido enloquecidas por el camino del triunfo; pero gloria es al fin, y es labor de la Historia y la justicia entregarla a quienes la han conquistado, y ha de surgir de entre el polvo del olvido aunque pese a los hombres y aunque pese a la acción incontrastable de los tiempos.

Descubierta la conspiración de Independencia y librados ya los primeros combates por la causa, la noticia voló por los más apartados rincones de la Colonia, como que pregonaba los primeros triunfos, aunque empapados de sangre, de las armas insurgentes; fué aquella como la chispa insignificante que origina el incendio, y la Patria entera se inflamó convirtiéndose en una gran llamarada libertaria, mitigada tan sólo en los lugares en que, como débil chorro de agua, dirigían sus sangrientos ataques los soldados españoles. Hidalgo se movilizaba de un punto a otro con su indisciplinada gente, entre victorias y serios reveses, mientras Morelos empezaba brillantemente su misión de sublevar las masas por el Sur, y nada importaba ya que los campos de batalla quedaran sembrados de cadáveres.

Con la muerte de los primeros caudillos de la Independencia se creyó sofocado todo intento de emancipación en la Colonia, pero realmente las tropas españolas no eran dueñas ya más que del terreno que pisaban y sólo se encontraba calma donde había un buen número de soldados en disposición de mantenerla por la fuerza. "Entretanto el gobierno español y sus partidarios, alucinados con las ventajas adquiridas, llegaron a persuadirse de que la insurrección no era más que un movimiento pasajero debido únicamente a la influencia de los que la habían promovido y acaudillado. Este error que tanto los lisonjaba estaba cimentado en motivos plausibles que todos descansaban en apariencias engañosas: ellas consistían en hechos que estaban a la vista pero que tenían causas muy diversas de las que les asignaban y suponían los españoles. Es verdad que casi todas las tropas se habían declarado y tomado partido contra los insurgentes; lo es igualmente que los empleados temían y no deseaban su triunfo; y por último es indudable que los propietarios y personas acomodadas veían si no con aversión a lo menos con desconfianza la causa de Hidalgo; pero todos estos temores, desconfianzas y aversiones no eran debidos al amor de la dominación española, detestada por la generalidad, sino a las pocas o ningunas garantías que ofrecía al bienestar de las personas que componían estas clases, la nueva revolución. En general casi todos deseaban sacudir el yugo español, pero querían que esto se hiciese de manera que ellos no saliesen perjudicados, y mientras se presentaba este orden tan deseado de cosas tenían por mejor mantenerse a la sombra de un gobierno que bien o mal conservaba y garantía a cada persona sus propiedades, y el estado que deseaba o le convenía tener". (1).

¡Cuán grande fué el error que abrigaron los españoles y cuán trágicas consecuencias les produjo!: el alma, el ideal de la libertad, ese sagrado anhelo que realizó milagros y que causó también grandes matanzas, estaba lleno de vida y había hecho surgir otros nombres famosos como Morelos, Galeana, Rayón, Trujano, Jiménez, Torres y otros muchos que le encarnaban, y había hecho brotar de la montaña a las veloces guerrillas, a esas temibles guerrillas que fueron el azote de los españoles y una preciosa ayuda a la causa que defendieron, pues ayudaron eficazmente con su prodigiosa actividad para lograr mayores triunfos.

(1) José María Luis Mora. "México y sus Revoluciones". Tomo IV. Pág. 107.

Mil guerrilleros audaces recorrían los solitarios caminos de la sierra en espera de poder dar un atrevido golpe, siempre observando a sus rivales, prontos a dar cuenta de todos sus movimientos y molestandolos en todo aquéllo que les era posible molestar. Constantemente los jefes insurgentes recibieron cartas en las que les expresaban su adhesión a la causa, multitud de pequeños grupos que actuaban capitaneados por valerosos cabecillas, en las que igualmente les ofrecían elementos de vida para continuar el noble movimiento, y la mayor parte de ellos fueron de muy grande utilidad.

Mil guerrilleros, digo, actuaban con más o menos éxito, pero entre ellos hay uno que llena de gloria con sus hazañas un capítulo entero de la azarosa guerra de Independencia: llamábase Albino García, y son en verdad como de leyenda las geniales y audaces proezas que realizó incansablemente contra los odiados enemigos, de los que llegó a ser el terror por la impetuosidad y rapidez de sus ataques, por su táctica efectiva y desconcertante, y contra los que, en una palabra, luchó con sin igual valor hasta perder la vida.

* * *

Es en realidad enorme, formidable, el papel que tuvieron las guerrillas en la Guerra de la Independencia. Formábanlas generalmente hombres valientes, decididos, y conocedores del terreno que pisaban, indios ladinos y mestizos que lo mismo entraban a un templo a persignarse con más maña que devoción, que cogían al Cura y lo insultaban para asestarle después un par de puñaladas; gente que se lanzaba a la lucha por temor de saldar alguna cuenta pendiente con la justicia virreinal, por hambre, por venganza, o para tener el gusto de incendiarle alguna finca al patrón; algunos mulatos que veían en ella el modo de ganar sus buenos reales sin tener que cansarse en el trabajo, y unos cuantos bien intencionados que llevaban en sí la idea del sacrificio. Una amalgama de castas y de ideas, pero de ella salió el brazo fuerte de la rebelión.

En efecto, las guerrillas fueron cual un enjambre de mosquitos al asedio de un coloso. Atacaban donde podían y como podían, sin esa táctica combativa que tanto preocupaba a sus enemigos. Conjuntas en la acción y dispersas en la huída, las guerrillas fueron un rival invisible y desconcertante para los españoles. Un mismo grupo de

insurrectos les daba la impresión de dos ejércitos y les enseñaba el fracaso de la gran batalla. Dos rebeldes fatigaban a toda una División para ser capturados, y entonces ésta quedaba prácticamente a merced de sus compañeros. Diez hombres bastaban para detenerla en cualquier camino, abriendo unas zanjas o rompiendo una presa de las que encerraban el agua para sus sembradíos, en tanto que la guerrilla se ponía en salvo, y pocos indios quedaban arando santamente sus "tierritas" después de "pepenarse" a un "Chaqueta" (b) que conducía el Parte revelador de un fracaso.

A veces, largas noches de angustia por los disparos que hacían unas cuantas docenas de insurgentes, y después el hambre y la fatiga al no encontrar un grano de maíz en el desolado pueblo adonde llegaban con el deseo de reposar. La guerrilla, en cambio, hacía las jornadas en la mitad del tiempo siguiendo por los "atajos", e individualizando la responsabilidad de los propios alimentos; podía caminar de noche con sólo guardarse de los "reales", mientras que el español temía encontrarla en todo lugar que no fuera un pueblo. La marcha del realista causaba la soledad: ni semillas, ni forrajes, ¡ni siquiera hallaban mujeres para satisfacer sus apetitos!, pues éstas eludían el encuentro, y veíanse además constreñidos por el orgullo y la disciplina. La guerrilla, por el contrario, no era rechazada, por ser un eslabón menos distante en la cadena de clases.

Así se agotaba la energía del soldado que veía contrariados sus instintos y sus necesidades, y se le llevaba a la desesperación. Además, era espiado: doquiera habían ojos alertas y oídos en espera de la menor noticia, que difundían los correos en un instante. Con ello, sucedíanse a menudo estados de furor o de profundo desconsuelo entre las tropas del Rey, pues a su calamidad se añadía el no ver la compensación de sus esfuerzos. Por todo eso, insistimos, fué de gran trascendencia el papel que desempeñaron las guerrillas en la magna revolución, pues aunque "el deber del guerrillero es fatigar al soldado enemigo, procurándole pestes, hambres, insomnios, fastidio, prostitución", como dice muy bien el ingeniero don Francisco Bulnes, (2) es bien poco lo que se diga sobre las infinitas molestias y los desastres que causaron, desorganizando al enemigo, trayéndole la fatiga, el des-

(b) Con este nombre designaban los insurgentes a los soldados españoles, en virtud del uniforme tan amplio que usaban.

(2) "Album Histórico Mexicano".

concierto, la angustia y la muerte; obstruyendo los caminos, contrariando sus más secretos planes, interceptando correos, privándole de los elementos más necesarios para su subsistencia, retardando sus marchas, y lo que es peor, sembrando el desaliento entre las tropas ante las cuales se evaporaban para buscar un refugio inexpugnable en las alturas.

¡Tal vez, sin la guerrilla, no hubiera durado tanto tiempo vivo el fuego de la insurrección!

I

Una inmensa y accidentada llanura que se extiende al poniente de las montañas de Querétaro hasta la sierra de Guanajuato, su límite septentrional, y hasta las montañas de Pénjamo, Valle de Santiago y Yuriria por el sur, es el Bajío; región privilegiada del país. que ha sido en todo tiempo una fuente inagotable de riquezas, y de una belleza indescriptible también por sus paisajes que se dilatan y confunden su verdor con el azul purísimo del espacio, sobre el que se recortan con brusquedad las alturas que cubre una exúbera vegetación.

Una llanura que se antoja interminable y fatiga al pensamiento que se apresura a recorrerla. Un clima donde se conjugan el trópico y la meseta, y donde el alma misma parece difundirse en la prodigiosa distancia que se contempla. El terreno, perpétuamente ondulado, se cierra a cada paso formando amplias hondonadas, una especie de presas naturales en las que se almacena el agua que ha de servir para regar los maizales, y dificulta la marcha de quien no tiene costumbre de transitar por aquellos lugares. A veces, el declive es suave, pero a menudo se descompone en erizados peñascales de origen volcánico.

Las minas han dado dinero en abundancia para la explotación de los campos, y por eso el Bajío ha estado en intenso cultivo desde los tiempos coloniales. El hombre está fuertemente arraigado a la fertilidad de su suelo.

Paz en las tierras, por donde cruzan senderos que se acaban en el horizonte. Lagos que brillan y son como espejos clavados en lontananza, y bestias que pastan tranquilamente en los llanos o en los riscos que bordean una cañada: eso es el Bajío. Hay vida por doquiera.

Hombres que tienen la quietud de sus campos y la audacia de las cumbres que se elevan hasta tocar la comba diáfana del cielo, y que apoyan su acción en la perenne verdura que late en los paisajes, y que es el signo generativo de la existencia. Por eso Guanajuato fué el granero de la insurrección.

¡Hombres que tienen la mansedumbre de sus ríos unida a la bravura de las crecientes, y toda la firmeza de sus pedriscales! Por eso Guanajuato fué la cuna de la Guerra de Independencia.

Mas entonces, los quebrados caminos eran un problema para el vehículo que se aventuraba en ellos. Era toda una hazaña el paso de la diligencia y el arrastre de la artillería. Todavía hoy, vése pasar dondequiera la figura familiar de esas regiones: la del jinete en su caballo.

Jinete y caballo forman la unidad insustituible del anchuroso Bajío. ¡Armónica unidad que confirma el terror de los indios durante la Conquista, y pone su negra silueta en las veredas más lejanas! Un todo que no puede desintegrarse sin perder por completo su significación: son dos inteligencias y dos fuerzas unidas por el íntimo lazo de la necesidad. ¡Jinete y caballo son el símbolo de la distancia y la energía!

Se conducen mutuamente hasta el lugar en que encuentran sus alimentos: el caballo, leal amigo del hombre en todas las situaciones, confiado en el jinete que no lo desampara, y éste, confiado a la vez en la resistencia del noble bruto y atento a las menores manifestaciones del instinto que sabe “ventear” cualquier peligro. Esta alianza los defiende y los multiplica, es más, los hace capaces de enfrentarse a un enemigo superior en disciplina y armamentos, que lanza la muerte en cada rugido de sus cañones.

¡Armamentos! ¿Dónde están las armas ofensivas del jinete? ¿Con qué responder al español que cuida de desplegar con perfección sus líneas de batalla?; el jinete no las tiene ni las necesita, puesto que lleva una sogá atada a la cabeza de su silla y maneja tan fácilmente el empuje de la bestia, que puede intentar sus golpes por sorpresa. Allí tendrá las armas que necesita. Si falla, ni pensar en repetirlo! Entonces tomará un rumbo distinto al que sigan sus demás compañeros, y se pondrá en salvo con la mayor facilidad, protegido por las ondulaciones del terreno.

La montaña es su refugio, la carrera su salvación. Es uno de esos casos en que el paisaje se convierte en el principal cómplice del

hombre. El jinete sabe la manera de abreviar las distancias, pues conoce la región en que opera, y también sabrá conducir maravillosamente su cabalgadura hasta ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.

A lo lejos, los verá retirarse fatigados por la infructuosa búsqueda. Quizás, sus compañeros hayan resuelto esperarlos a la vuelta de un camino. Si ve el ataque, él volará en su caballo a poner un punto más de atención a las tropas enemigas. Si puede, lazará a un realista y lo llevará arrastrando hasta hacerlo pedazos... lo destrozará con el solo golpe del animal... volcará los cañones o los llevará consigo... ¡él verá lo que hace! Lazará en todo caso, a una de las mulas que conducen provisiones o numerario, pero el jinete no puede quedarse sin hacer nada, so pena de ser fusilado o excluido de ese grupo por el jefe terrible que lo comanda.

Después escapará hacia el paraje que juzgue más seguro, y previamente advertido del sitio al que ha de ocurrir con toda puntualidad para planear nuevas hazañas. Tal vez allí lo espere su mujer, que indaga mientras tanto, los planes del enemigo que está en el pueblo cercano, y el jinete podrá satisfacer, entonces, todas sus necesidades y sus apetitos. Si no es así, entonces ha de pasar la noche de cualquier manera, porque el jinete y su caballo no tienen problemas de ninguna especie; en todos los lugares se encuentra el forraje para el caballo, por demás acostumbrado, como su amo, a las fatigas y las privaciones, y el dueño lleva siempre la tortilla fría que ha de mitigar el hambre. Conoce los aguajes y los caminos ignorados que le ahorran casi una mitad de la travesía; los bosques apretados de las cuestas, los pueblos y ranchos, la montaña, el vado de los ríos...

Jinete y caballo, son una unidad indestructible, porque cristalizan la acción a través del paisaje que los rodea. Y en esta figura va a encarnar uno de los más notables paladines de la Guerra de Independencia.

¡Jinete y caballo van a ser, en el Bajío, el alma de la grandiosa revolución!

II

ALBINO GARCIA.—SU NACIMIENTO E INFANCIA.—
PRIMERAS OCUPACIONES.—CAUSAS DE SU APODO.
—“EL MANCO” SE DECLARA POR LA INSURREC-
CION Y SE PRESENTA A DON MIGUEL HIDALGO
Y COSTILLA.

Albino García Ramos, era un atrevido y arrogante caporal que trabajaba en las haciendas inmediatas al Valle de Santiago, rica población de la Intendencia de Guanajuato, y que había logrado una grande y bien merecida fama no sólo en el pueblo, sino por toda la región, merced a que era un habilísimo lazador y maravilloso jinete.

Aunque casi todos los autores que se han ocupado de García, aseguran que éste era originario del Valle de Santiago, tal afirmación carece de verdad, pues no tiene otro fundamento que el de haber sido dicha población el escondite preferido del genial guerrillero.

Sólo tres de aquéllos, don Agustín Rivera, (3) don Pedro González (4) y don Niceto de Zamacois, (5) consignan que Albino era natural de Salamanca. En efecto, Albino García nació en Cerro Blanco, que se encuentra en la jurisdicción de aquel Distrito, (c) y a poca distancia de la población principal, sin que haya sido posible hasta ahora —quizás nunca lo sea— fijar la fecha exacta de su nacimiento, ni el nombre completo de sus ascendientes, pues en las actas bautismales que se conservan en el archivo de la Parroquia de Salamanca, en la que se hacía el registro por separado de los criollos, mestizos e

(3) Agustín Rivera. “Anales de la Vida del Padre de la Patria”. Pág. 29.

(4) “Geografía Local del Estado de Guanajuato”. Pedro González. Pág. 236.

(5) Niceto de Zamacois. “Historia de México”. Tomo VII. Pág. 397.

(c) He recibido categóricamente esta versión de uno de los últimos descendientes del guerrillero, don Nazario García, vecino del Valle de Santiago, y la creo de absoluta certeza tanto por la fuente de que emana, cuanto por hallarse robustecida con la opinión de los ilustres historiadores guanajuatenses, licenciado don Agustín Lanuza, Sr., que acaba de morir, don Fulgencio Vargas y los autores ya citados, así como por las consideraciones que a continuación se expresan.

indios, sólo se consigna el nombre de los padres del bautizado y el de éste, sin atender al apellido. (ch) ;Abulia imperdonable de los que al tener en sus manos el presente, dejaron para nosotros envuelto en tinieblas el pasado! ;Inútiles caracteres los que llenan un papel admirable por su vetustez y por su estado, pero que olvidaron trazar con signos imborrables los datos iniciales de un hombre extraordinario!

Casi todos los vecinos de Salamanca, guardan con orgullo la tradición de que en ese lugar nació Albino García, y hasta los mismos habitantes del Valle de Santiago están conformes con ello, por más que quisieran sumar la gloria del nacimiento a la gloria que conquistó en ese pueblo el audaz guerrillero. Raro es aquél que afirma lo contrario.

Existe, por otra parte —y esto es muy significativo—, el hecho de que una de las calles de Salamanca lleva el nombre del insurgente. En Celaya, hay otra que lo lleva también, pero esto se hizo para guardar la memoria de que en esa ciudad fué fusilado, y, en cambio, en el Valle de Santiago no se ha hecho lo mismo, a pesar de haber sido el refugio predilecto de Albino. Todo hace ver, por tanto, que García no era originario de esta última población.

Albino era un indio puro, esto es, de la clase más humilde y más vejada en aquellos tiempos. Hijo tal vez, de una de esas familias que vivían llevando a vender animales y legumbres a los “tianguis” de Salamanca, o más probablemente de algún caporal o peón de los ranchos comarcanos, del que quizá aprendió el arte difícil de manejar tan bien los caballos. No sabemos nada de su familia. Pero sí sabemos que Albino luchó con la vida como luchan casi todos los indios y todos los pobres, encarándose desde temprana edad a la crudeza del medio y a las penalidades de su desarrollo, atisbando siempre a la tierra para arrancarle el menor indicio de su vitalidad, dejando el sudor y su sangre al ayudar a sus padres en las fatigosas labores de la siembra, o bien rompiéndose los pies al recorrer esos interminables caminos del Bajío, llevando auestas un saco más grande que su cuerpo; espiando día a día el correr de esas nubes casi negras que el viento empuja a la montaña y el trueno desgaja en cataratas que impiden dormir a la familia,

(ch) Como mera suposición, y calculando al guerrillero una edad aproximada de 30 ó 35 años al iniciarse la Guerra de Independencia, podemos señalar el 19 de marzo (San Albino) de 1775 ó 1780, como la fecha aproximada de su nacimiento, dada la costumbre, tan arraigada en los indios todavía, de poner a los niños el nombre del santo que se festeja el día en que nacen. Esto, repetimos, es una simple conjetura, pues aunque entre las numerosas actas bautismales que revisamos largamente en el archivo de la Parroquia de Salamanca, hallamos una en que aparece como bautizado un indio de nombre “Josef Albino”, natural de Cerro Blanco, y de fecha correspondiente a los años indicados, consideramos que, aun reunidos estos datos, no nos permiten concluir de manera definitiva que esa acta sea la del bautizo de Albino García.

porque se cuelan todas en la choza, y escuchando en esas largas noches de espera, en medio de una humedad que cala hasta los huesos, el rumor pavoroso del Lerma embravecido que se arremolina en el vado, y trae en sus lodosas aguas presagios de tragedia; comiendo apenas unas tortillas y un poco de frijoles, cuando los hay, mientras sus padres han entregado los primeros "cuartillos" al cura de la Iglesia, que amenaza reventar de lo gordo que está por lo mucho que come, pero despierto, atento siempre, adivinándole a esa madre tan bella que es la Naturaleza, el más ínfimo de sus secretos que le permita un día más de subsistencia, ya que se muestra tan dura con sus criaturas al someterlas a la suprema ley de la crueldad.

Albino debió sentir repugnancia desde niño, por la vida que llevaba el cura, el delegado, el militar y los favorecidos. Sólo que entonces no podía comprenderla, mucho menos demostrarla. ¿Qué cosas sabían ellos que se sentían tan poderosos? ¿En qué fundaban esa superioridad que había obligado a sus abuelos, a sus padres y a sus hermanos, a él mismo y tal vez a sus hijos, a servirles como bestias de carga? No habría podido explicárselo. Albino nunca supo lo que era una escuela, como que nadie se había ocupado jamás de fundarlas, sino de buscar gente que trabajara las fincas ganando poco o nada. ¿Por dinero? ¡Ah!, ¡tal vez por eso los tenían dominados! ¡Sí, por dinero! ¿Qué tenía él, sus padres, qué habían tenido sus abuelos alguna vez?; ¡nada! En cambio, sabía, mejor dicho, conocía los grandes terrenos de los curas y había visto al militar, en más de una ocasión, que medraba con el acaparamiento sistemático de las semillas. Descubríase respetuoso al pasar frente al "señor Cura", pero un sordo desprecio debió latir contra él desde niño. ¿Alguna vez habría de acabar con ellos, de la manera que fué, y habría de traficar con todo aquéllo que se reservaba el virreinato!

Por lo pronto, sentíase inmensamente feliz de que pudiera ser libre algunas veces. No libre en el sentido de poder disponer las cosas como se le antojase, pues sobre él estaba la autoridad de sus padres, que a menudo burlaba, y sobre éstos, quizá la fuerza de los amos y la del destino; libre en el sentido de poder gozar a sus anchas del paisaje que lo rodeaba, de ir a bañarse al río y de escuchar sus murmurios como un eco más en la inmensa sinfonía de la Natura, de trepar por los agrestes picachos, y contemplar la distancia bañada de sol y cubierta de verdura. ¿Quién podía impedirsele si nadie le hacía caso? ¡Era un muchacho!

Supo así que la muerte late en torno de todo aquello que tiene vida, por incipiente que sea, más observó también los infinitos recursos de que ésta se vale para conservarse. No pensaba, tan sólo sentía el rigor y la belleza del suelo que pisaba, casi como la fiera que tiene que saber o que buscar el camino por donde ha de salvarse. Adivinaba el paisaje y comprendía, sin saberlo, el porqué de cada cosa y, a la par que su piel se tostaba por los candentes rayos del sol y los vientos helados de los montes, su alma encallecía y se agudizaba a fuerza de sostener una lucha prematura. La Naturaleza filtraba en él, poco a poco, su sapientísima enseñanza, dotándole de un singular talento comprensivo y de una gran firmeza en sus convicciones.

Desde su niñez, Albino demostró una gran afición por las aventuras y un innato deseo de arrostrar los peligros; gustaba de emprender largas caminatas a pie o a caballo por los más escondidos vericuetos de la sierra, y en ellas dilataba cuanto podía, lleñando de angustia a sus humildes padres, que al fin le veían retornar, al cabo de uno o dos días de ausencia, lleno de júbilo por haber descubierto un hermoso paraje o haber sorprendido algún animal.

Una severa reprimenda acompañada de los correspondientes golpes, pero después lo mismo, y cada vez más lejos.

Fué un chiquillo precoz lleno de extrañas tendencias, dada su edad, insubordinado, de una travesura que tenía ciertos visos de perversidad, y que sembró de inquietud la vida de sus padres desde entonces, hasta la hora de su muerte. Creció, en cambio, entre la agreste naturaleza, entre el bosque silencioso y frío, entre las peñas, la montaña, los torrentes, entre los llanos y entre las cumbres, y todo ello fortificó su cuerpo, ya de sí robusto y sano, dotándole de un vigor excepcional.

Bien pronto halló un trabajo productivo. Desde su adolescencia, qué digo, desde su infancia, Albino había sido muy poco amigo de las palabras, pero grande partidario de la acción. ¡Una enseñanza más de la rudeza de su vida!

A cada momento aporreaba a su hermano Francisco, no obstante ser menor que él, porque no quería seguirlo en sus fugas, o no se lanzaba a nado para cruzar el río, pero antes le mostraba cómo debía hacerlo. Y a poco, conseguía que lo hiciera y dominaba en él todos sus temores.

Así, que, apenas un jovenzuelo, Albino ya se había creado la fama de ser capaz de enfrentarse a todo, aun cuando no lo dijera, y de

ser capaz también de montar el potrillo más “cerrero”. Manejaba el caballo con sin igual maestría y domeñaba en seguida la bestia más mañosa, pues un ligero galope le bastaba para conocer, para presentir mejor, todos sus defectos. De lejanas haciendas era llamado aquel valiente muchacho para que montara caballos intratables. Y en una de tantas ocasiones, un animal casi salvaje le ocasionó tremenda caída que le astilló los huesos del brazo izquierdo, dejándoselo inútil. Por esta razón, le llamaron desde entonces el “Manco” García.

Pues bien, no decayó Albino por esto en sus aficiones, y algún tiempo después, se le dió empleo en una conducta que hacía el contrabando de pólvora y tabaco, sobre los que el virreinato tenía establecido monopolio por las grandes utilidades que reportaban. Muchos años estuvo dedicado Albino García a estas actividades, haciendo más tarde por su cuenta el contrabando, y a ello se ha debido el que algunos autores le hagan aparecer entre la masa anónima de los bandidos, o que, reconociendo a pesar de todo sus actos de rara valentía, le citen en sus obras tan sólo para proporcionar un rato de entretenimiento o descanso a los lectores. Pero nada es tan falso.

Durante ese tiempo, Albino conoció maravillosamente bien todo el Bajío y las Intendencias inmediatas a la de Guanajuato, y se sujetó a un género de vida tan duro, como el de su niñez. En cambio, su alma hacía cada vez más serena ante el peligro.

Sin embargo, su fama, sus amistades o su diligencia, le ganaron después el cargo de caporal en una de las haciendas cercanas al Valle de Santiago, muy probablemente la de Quiriceo, en la que había de empezar más tarde la gloriosa campaña del guerrillero, y Albino afirmó entonces su largo aprendizaje de mandar a los semejantes. Fué un receso aparente en el que pudieron cuajar las grandes aptitudes del hombre que estaba llamado a realizar hazañas inmortales.

El caporal, fuera de las labores de la hacienda, era amable, casi paternal con cuantos se le acercaban. Conservaba con sus “muchachos”, el tiempo necesario para darse cuenta de sus necesidades, y procuraba remediarlas a escondidas de los patrones. ¡Llevaban una vida tan miserable!

Pero ya en el trabajo, Albino era el que mandaba y nada más. Le obedecían ciegamente porque estaban convencidos de que sabía hacer mejor que nadie lo que ordenaba. Era querido y generalmente admirado en toda la región, pues sabía hacer primores con la reata y el caballo.

Albino acababa de contraer matrimonio con una abnegada mujer de su clase, a la que ya veremos compartir con él los tremendos peligros de sus campañas, y vivía con ella y sus padres, tal vez en las inmediaciones del Valle de Santiago. Hacía frecuentes viajes a Salamanca, su tierra natal, y a las demás poblaciones del Bajío, con el objeto de vender los productos de la finca. En uno de esos viajes, adquirió un precioso y velocísimo caballo negro retinto, al que puso por nombre "Cabro", por lo bien que saltaba y que corría, y por el que cobró desde luego un gran cariño. "Cabro" fué el compañero inseparable de Albino en sus aventuras, y ambos conquistaron una justa celebridad en todos los lugares donde actuaron. ¡Cómo que simbolizan la figura perfecta del jinete en su caballo!

En estas condiciones vivía "El Manco", cuando se inició la revolución de Independencia. No insistiremos en narrar los acontecimientos, por ser de sobra conocidos, pero sí en afirmar que, muy a pesar de lo que se ha creído hasta ahora, Albino García fué uno de los primeros en lanzarse a la revuelta en las filas insurgentes; mucho se ha dicho que Albino aprovechó los sucesos para librarse de la grave responsabilidad que la justicia había echado sobre él, por el contrabando de sus pasados años, y que halló la oportunidad para satisfacer sus deseos de aventurar y sus instintos rapaces. Nada de eso es mentira. Al contrario, y ya lo hemos dicho, es muy cierto que Albino ejerció por mucho tiempo el contrabando de pólvora y tabaco, cierto también el que hubiera cometido algunos robos y no pocas violencias, lo es de igual manera el que muchos hubieran visto en la revolución un medio propicio para satisfacer sus viles ambiciones, más es falso, absolutamente falso, que Albino hubiera reunido su gente con el único objeto de robar.

El grito del anciano de Dolores, halló un eco inmediato en todos los ámbitos del Virreinato, y se alzaron dondequiera grupos de campesinos que, o bien se quedaban a operar en la región donde vivían, o iban a juntarse al grueso del ejército mandado por el glorioso caudillo, que avanzaba con vertiginosa rapidez hacia Guanajuato. Entre estos últimos, contó Albino García; debe haber resurgido en él la miseria sufrida cuando niño, el cansancio, los trabajos y las humillaciones; el dolor de sus padres y de sus hermanos de raza, la impiedad del patrón en la hacienda, la codicia del militar mercenario, los abusos del criollo y el español en sus mujeres, el temor de pasar el resto de su vida encerrado en una cárcel, sin remedio ni salvación, y la dorada esperanza

de poder arrebatárle a los blancos la tierra que cultivaron sus mayores. Todo debe haberle causado la sensación de que iba a lanzarse a una justa aventura que podía costarle incluso la vida!

No es de extrañarse, pues, que al estallar la terrible revolución de Independencia en el pequeño pueblo de Dolores, presentida y deseada ya en todo la Nueva España, tomara partido por ella el inquieto caporal, pues de nada valió el que sus padres le aconsejaran de mil modos que no debía hacerlo, ni el que su amante esposa le hiciera ver la enormidad del peligro que enfrentaba; no valieron llantos, ni ruegos, ni nada, y mientras los primeros se resignaron amargamente a perder para siempre a su hijo más querido, su esposa, en cambio, prefirió acompañarle para compartir con él fatigas y desvelos, y para prodigarle en todo momento la ternura de su corazón.

Francisco, que se hallaba indeciso, acabó como siempre por seguir a su hermano.

Don Miguel Hidalgo estuvo en Salamanca los días 23, 24 y 25 de septiembre de ese memorable año de 1810, y Albino corrió a encontrarlo seguido apenas de unos cuantos vaqueros de la hacienda, a quienes había convencido fácilmente, y del padre Garcilita y Andrés Delgado (a) "El Giro", que alcanzaron con el tiempo gran celebridad como guerrilleros, sobre todo este último, de quien se tiene como dato probable haber sido soldado de Albino García.

No sabemos con certeza si Albino se presentó ante el Cura de Dolores, para alistarse en su ejército, o si recibió verbalmente la orden de levantar gente adicta a la causa, en el Bajío, pero de haber sido así, seguramente causó una grata impresión al caudillo la presencia del hercúleo caporal que frisaba en los treinta y cinco años, de regular estatura, piel tostada por el sol, cejas echadas hacia arriba y la barbilla hacia adelante, pelo hirsuto y escaso, nariz aguileña, y unos ojos grandes que daban a su rostro la expresión de una fiera. Su ademán convincente y su gesto de decisión. Su mirada inteligente, noble y maliciosa. Penetrante como la mirada de un lechuza herida por la luz. Hablaba con brusquedad y abandono, mas con tal seguridad y convencimiento, que las palabras de aquel campesino parecían no tener réplica de ninguna especie.

Era, en suma, la clase de hombre que se necesitaba para emprender la magna tarea de revolucionar el Bajío.

Así debe haberlo comprendido desde el primer instante el señor Hidalgo, para confiarle tan delicada misión. Lo cierto es que Albino

García se unió a la causa insurgente al pasar el caudillo por la población de Salamanca, según asegura el escrupuloso historiador don Agustín Rivera: "En Salamanca se alistaron en el ejército de Hidalgo los hermanos Albino i Pedro García i Andrés Delgado, por apodo "El Giro", los tres vecinos de dicha población i los tres fueron después unos guerrilleros i bandidos mui notables por su valor i astucia". (6-d)

El "Manco García", se adhirió con entusiasmo a la causa de la Independencia, y como disfrutaba de grandes simpatías en el Bajío, donde era conocido como hombre atrevido y capaz de acometer difíciles y arriesgadas aventuras, muy pronto consiguió reunir a su lado un grupo de hombres igualmente atrevidos y resueltos, que lo seguían de buena voluntad y lo ayudaron a conquistar la fama que adquirió como uno de los guerrilleros más famosos de la revolución insurgente". (7)

Muy equivocados están, por lo tanto, quienes piensan que "El Manco", se unió a los insurgentes algunos meses después de iniciado el movimiento, como lo están también aquéllos que lo tachan sólo de bandido, sin valorizar sus actos serenamente, como hace don Francisco de Paula de Arrangoiz (8), quien sin más explicación, afirma: "En la provincia de Guanajuato, apenas se había separado Calleja para la expedición sobre Guadalajara, se levantaron una porción de bandidos, que asolaban al país; hasta entonces desconocidos, adquirieron por sus crímenes funesta nombradía, distinguiéndose entre ellos Albino García, conocido por el manco García, a causa de tener estropeado un brazo de resultas de una caída de caballo".

Albino ni esperó la marcha de Calleja para levantarse en armas, ni fué desconocido hasta entonces en todo el Bajío, por cuya inmensa extensión pasaban de boca en boca sus hazañas de valiente. Y si fué tan sólo un bandido, ¿por qué no se mantuvo al margen de los acontecimientos para poder robar impunemente? Adherirse a una revolución que comienza, es el primer paso que admiramos en el gran guerrillero. Por lo general, como todas las revoluciones se han prestado

(6) "Anales de la Vida del Padre de la Patria". Pág. 29.

(d) No obstante el respeto que merece de todos la opinión del distinguido historiador don Agustín Rivera, él incurrió, al hacer esta afirmación, en un lamentable error que creemos oportuno aclarar: Pedro García no era hermano de Albino, sino primo, según lo comprueban las cartas que ambos se dirigieron durante la campaña y que empiezan con las palabras "mi estimado primo", y otros documentos de gran importancia que se transcriben en las páginas siguientes. (Véanse los Apéndices 1 y 2.) "El Manco" sólo tuvo un hermano de nombre Francisco, con el que se lanzó a la revolución y con el que fué fusilado más tarde. Seguramente a este último quiso referirse el ilustre sacerdote.

(7) "Biografías". Alejandro Villaseñor y Villaseñor. Tomo II. Pág. 14.

(8) "México desde 1808 hasta 1867". Pág. 133.

siempre a las más grandes vilezas y latrocinios, hay muchos —los oportunistas— que esperan ver qué partido es el que gana para pasarse inmediatamente a él y, mientras tanto, sacan lo que pueden de los dos bandos en pugna. Albino no fué tan despreciable.

¿Y vamos a llamarle ladrón por haber quitado al enemigo cuanto pudo, con las armas en la mano?; ¿no obraron siempre así, y con más saña que los insurgentes, los soldados y jefes españoles?; ¿acaso iba a tener tibiezas en tales circunstancias, cuando era ley imperiosa pedir, y si no daban, quitar, para seguir luchando por la noble causa?; ¿acaso es acto de bandidos destruir un poblado en que el enemigo podía encontrar gente realista o un punto de apoyo para lanzar desde ahí sus ataques?; ¿es, por ventura, el acto de un bandido, hacer blanco de sus fechorías a tropas bien organizadas, que contaban con las mejores armas y con la sabia dirección de verdaderos militares, yendo a provocarlas en sus mismos atrincheramientos, y entablar contra ellas una lucha sin cuartel?; indudablemente que no.

El mismo Alamán (9) comete un grave error cuando dice que Albino no perseguía otro objeto que el robo y el pillaje, pues entonces, ¿cómo es que le encontramos hostilizando continuamente a sus enemigos, por qué su más grande empeño fué el de estar noche y día al tanto de todos sus movimientos y presto a acometerlos con la fulmínea rapidez de su táctica maravillosa? Menos mal que el historiador comprendió a tiempo que no escribía sobre un simple bandido, como habían hecho ya tantos otros, pues le llama después “el guerrillero más activo y temible que produjo la insurrección”.

Albino García, no fué un simple contrabandista, un vulgar saltador de caminos como pretenden llamarlo. Tuvo muchos defectos, esto es innegable, pero también muchas cualidades. Poseía el suficiente prestigio y contaba con el apoyo de todos para mantenerlos siempre a su favor, y eso le hubiera bastado para levantar mucha gente, dedicándose con ella, dentro del mismo Estado de Guanajuato, a robar a otros pueblos más distantes, con lo que quizás hasta hubiera agradado a las tropas del Rey.

No nos importa el contrabandista, sino el caudillo, el guerrillero infatigable y tenaz que volvía a la carga con más bríos, después de trágicas derrotas, y si insistimos en lo primero es porque Albino

(9) “Historia de México”. Tomo III. Pág. 193.

aprendió en este oficio muchas cosas que le fueron de suma utilidad. "En México, lo mismo que en España, los contrabandistas fueron hombres arrojados, y tenían la fuerza de alma que trae consigo la necesidad de arrostrar los peligros, y el conocimiento del terreno que es indispensable para conducir con seguridad los cargamentos de artículos prohibidos que no pueden transportarse por los caminos abiertos y de tránsito común; este género de hombres, en España contra los franceses, y en México contra los españoles, prestaron servicios importantes en la Guerra de Independencia, y Albino García lo mismo que el Empecinado con sus guerrillas y su manera particular de pelear, mantuvieron la insurrección del paisanaje y causaron grandes pérdidas a sus enemigos". (10)

Hemos de tener muy en cuenta, por otra parte, que si se tienen en lo general bien pocas noticias sobre Albino García, éstas dimanar directamente de los jefes que lo combatieron o de gentes más o menos inclinados a favor de sus enemigos, a lo que se debió que dichos jefes, tal vez exasperados por las inenarrables molestias que Albino continuamente les causaba, sin poder hallar a su autor por ningún lado, le mencionaran en sus Partes, usando de los más duros epítetos; más la atención constante que sobre él pusieron no sólo el Virrey y los jefes, sino la Colonia entera, por sus atrevidas hazañas, su decisión al rechazar dignamente los reiterados indultos de Venegas, el movimiento en que puso a las más famosas divisiones de entonces y la abundancia de dichos Partes, en los que se alude a la obstinada repetición de sus ataques, nos revelan claramente la pasmosa actividad del guerrillero.

"Calleja, con toda la fuerza del Ejército del Centro, y con todo el prestigio de vencedor, no podía en 1811, en la larga mansión que hizo en Guanajuato, salir fuera de la ciudad sino con una fuerte escolta que todavía no respetaba Albino García, pues la acometió muchas veces". (11)

Ya se verá, pues, si la presencia del general realista en la Intendencia de Guanajuato, iba a ser obstáculo para que Albino tomara partido por la insurrección y así lo manifestase al glorioso sacerdote de Dolores, aunque procurara esquivar, naturalmente, un combate con el grueso de su ejército, porque sabía muy bien que las tropas de Calleja eran las mejores del reino.

(10) Ob. cit. José María Luis Mora. Tomo IV. Pág. 225.

(11) Ob. cit. José María Luis Mora. Tomo IV. Pág. 425.

El mismo don Félix María Calleja, el más temido general de aquellos tiempos, escribía con gran veracidad al Virrey, en 26 de septiembre de 1811, refiriéndose a los terribles ataques de García: "Las fuerzas de la División que ha quedado a mis órdenes, repartidas en diferentes trozos en toda la cordillera, desde Querétaro hasta Lagos, apenas alcanzan a contener las cuadrillas que son numerosas y buena caballería recorren en poco tiempo, una grande extensión del país, devastar y destruyen cuanto encuentran y se ponen fuera del alcance de nuestros destacamentos a la menor noticia de que van en su seguimiento. Nada basta a escarmentar estas cuadrillas, que semejantes a los árabes, caen inopinadamente sobre las poblaciones, las roban y saquean y se retiran con precipitación cuando va a su castigo alguna tropa que llega fatigada y con sus caballos en disposición de no poder dar un paso". (12)

Estos fueron los comienzos de Albino García, como insurgente.

De Salamanca, y dichoso seguramente por la honrosa misión que se le había confiado, volvió con toda rapidez al Valle de Santiago. Ya no vio a sus padres para no atormentarlos. Juntó una corta partida en el pueblo y en el rancho donde trabajaba, y sin más preámbulos se lanzó al campo decidido a jugarse el todo por el todo.

Sin embargo, los primeros meses se redujeron a verdaderos asaltos a las fincas y a los viajeros que huían con sus bienes, cegados por el miedo y la confusión, con el objeto de procurarse semillas, dinero y algunos menesteres. Evitaba aún el menor choque con los destacamentos que vigilaban constantemente los caminos. Iba resuelto a matar, más nadie ignora el terrible problema del primer encuentro.

Pero estaba suelta la fierecilla que conocía a la perfección los más ocultos caminos de la montaña, las cuevas ignoradas, el vado de los ríos... ¡Acechaba su presa!

¡Aquel recio muchacho que había vivido en dichosa hermandad con las cumbres y los llanos, los lagos reverberantes, las "hoyas" profundas y los peñascales, había vuelto a ellos, jinete en su caballo, para que juntos defendieran su vida y la de todos sus hombres, que ahora encarnaban a la Patria y el ideal!

¡Iba a escribirse, pues, un heroico capítulo de la sangrienta Guerra de la Independencia!

(12) "México a Través de los Siglos". Libro Segundo. Capítulo XV. Tomo III. Pág. 249.

III

PENJAMO.—EL ATAQUE A LAGOS.—CONDENABLES EL BAUTISMO DE FUEGO.—DERROTAS Y TRIUNFOS.— EXCESOS DE LOS INSURGENTES.

La guerrilla hizo sus primeras armas con suerte muy adversa. A principios de 1811, Albino García recibió su bautismo de fuego en la hacienda de Quiriceo (e), al encontrarse un destacamento que recorría en vigilancia esa región, y que estaba al mando del capitán realista don Antonio Linares, no don Angel del mismo apellido, como erróneamente se ha creído, pues éste se hallaba a la sazón en la Nueva Galicia (Jalisco), con las fuerzas del brigadier don José de la Cruz, y a quien no será sino hasta los últimos meses del propio año, cuando lo veremos actuar contra el “Manco” García.

Linares puso en fuga con facilidad a los insurgentes, poco dados en el difícil arte de la guerra, y faltos de organización. Albino tuvo que resignarse, aunque muy a su pesar, a sufrir este golpe. Pero se hallaba en Guanajuato el invicto general Calleja, que regresaba ufano de su resonante triunfo del Puente de Calderón, en Guadalajara, y era peligroso atraer sobre sí la atención de aquel jefe cuando aún no contaba con suficientes elementos para resistir cualquier ataque. Algo había en él que contrariaba profundamente al guerrillero, más no era la ocasión de hacérselo saber.

De cualquier modo, Albino resolvió acercarse a Guanajuato y esperar.

(e) La hacienda de Quiriceo y la de Paranguco habían sido donadas por don Pedro Bautista Lascuráin de Retana, para la fundación del Colegio del Estado de Guanajuato, que se fundó en 1732.

Calleja emprendió el regreso a San Luis, en marzo del mismo año, y, como ya tenía noticia de los múltiples levantamientos que se habían registrado en todo el país, destinó al teniente coronel don Miguel Martínez del Campo, a la hacienda de La Quemada, con el objeto de que vigilase la zona que cae hacia el norte de la sierra de Guanajuato, y ordenó al mayor Alonso que recorriera los pueblos inmediatos a Dolores, y en tanto que éste destruía una considerable fuerza insurgente en el puerto del Gallinero, las guerrillas de Albino, cada día más numerosas, amagaron a la ciudad de Guanajuato, que había quedado prácticamente abandonada, pero al enterarse de que don Miguel del Campo acudía en su auxilio con dos escuadrones de los dragones de San Carlos y un Batallón al mando del propio mayor Alonso, corrieron a Celaya, donde fueron rechazadas y después batidas con gran pérdida en un punto llamado "La Calera", por el teniente coronel Del Campo, quien había podido combinar sus movimientos con los de las tropas de León y de Silao.

"El Manco" procuró entonces retirarse de la zona resguardada, pero como aquellas derrotas habían costado no pocas vidas a las tropas realistas, empezaron éstas a seguir los pasos del entonces inexperto guerrillero.

Una nueva derrota hubo de sufrir Albino, el 3 de abril siguiente, a manos del propio capitán don Antonio Linares, quien logró alcanzarlo a poca distancia de San Luis de la Paz, en un paraje denominado "Ojo de Agua". Y como el realista no ignoraba que "El Manco" volvía casi invariablemente a refugiarse en Salamanca, Salvatierra o el Valle de Santiago, volvió a la primera población en su busca, porque llevaba órdenes estrictas de capturarlo, y de allí salió violentamente en los primeros días de mayo, con rumbo a la hacienda de Quiriceo, pues había tenido noticia de que allí se encontraba el temaz guerrillero alzando nueva gente para emprender otra vez sus temibles correrías. Linares había mandado salir de Salamanca antes de la media noche, pero detenido por la pérdida de tres soldados que habían dormido imprudentemente fuera del cuartel, quizá sorprendidos por los soldados que Albino tenía dispersos en todas partes, y delatado por la luz de la mañana, no pudo realizar la sorpresa que esperaba. Dividió a su tropa para que persiguieran a los insurrectos, que se dispersaban por doquiera, "consiguiendo de este modo matarles 80 ó 100 hombres, y hacerles 51 prisioneros de los que se pasarán por las armas los que resultaren cómplices, pues hay algu-

nos sirvientes de aquella finca, que será necesario perdonar". (Antonio de Linares. Véase el Apéndice 3.)

Poco tiempo después, el 5 de junio, Albino ponía en grandes apuros a la hermosa ciudad de Celaya. No se decidió a entrar en ella, pues ignoraba el número de sus defensores y su gente estaba bastante minada por las recientes derrotas, así es que la intentona no le produjo más resultado que el de encontrarse a un fraile agustino que se había hecho grande amigo suyo en las frecuentes prácticas de su devoción, Fray Gelasio de Jesús Pérez, quien le dió su palabra de que más tarde se le uniría. El religioso cumplió su ofrecimiento, pues a poco salía de Celaya, rumbo al pueblo de "Los Amoles" (hoy Cortazar), donde Albino había dejado algunos hombres para que lo condujeran hasta él, y se constituyó en el confidente del guerrillero. Este le tomaba su parecer muy a menudo, y como no sabía firmar, le "permitía la autoridad de que a su nombre dictase órdenes y las firmase como su secretario", según declaró más tarde el agustino, al caer en manos de los realistas. (13)

No obstante aquellos reveses, numerosas guerrillas acudían sin cesar a juntarse con la de Albino García, que ya empezaba a crearse la fama de valiente y obstinada, a la par que su jefe vencía las que encontraba a su paso y no se le aliaban de buena voluntad.

Entre aquéllas, no tardó en unírsele la que mandaba otro jefe famoso, Anacleto (Cleto) Camacho, por lo que, sintiéndose reforzado y capaz de tomar la ofensiva por su cuenta, "El Manco" volvió sus pasos hacia el Valle de Santiago, donde tenía establecido habitualmente su cuartel general.

Los hechos se encargaron de desmentir su creencia; el 26 de junio de ese mismo año, el teniente coronel don Miguel Del Campo, se aproximó al Valle de Santiago al mando de una división del Ejército del Centro y de varias compañías de voluntarios de León y de Silao, con el objeto de desalojar de allí a los insurgentes. Albino, que se sabía jefe de más de 1,000 hombres y contaba ya con cinco piezas de artillería y buen número de municiones, aceptó la batalla. Llegó a poner en graves aprietos a los españoles y les hizo no pocas bajas, pero él llevó la peor parte, pues "le tomaron la artillería toda, municiones, atajos de tabaco, todo el ganado y hasta los caballos de

(13) "Documentos Históricos Mexicanos". Genaro García.

su silla, y que la ligereza del que montaba pudo sacar herido sólo (según todos opinan), al infame cabecilla". (Miguel Del Campo. Véase el Apéndice 4.)

Este golpe obligó a Albino a permanecer inactivo durante algunas semanas, aunque tales fracasos no significaban nada para sus proyectos, pues apenas restablecido un poco de sus males, atacaba con gran brío la ciudad de Celaya, que no pudo tomar, porque además de trescientos urbanos, se contaba con una partida de doscientos veteranos que, al mando del teniente coronel Del Campo, hicieron una brillante defensa de la ciudad.

Más parecía que Albino cobraba ánimos en cada derrota, sacaba fuerzas de flaqueza, como se dice vulgarmente, y tornábase por momentos más experto, temible y audaz. Su nombre, al principio ignorado, repetíase sin cesar en toda la extensión del Bajío, porque su táctica singular había sembrado ya el desconcierto entre las tropas españolas. Ya no era el guerrillero que esperaba ser atacado, sino que ahora él tomaba la ofensiva, pues había engrosado considerablemente su guerrilla con la de Tomás Baltierra (a) "Salmerón", Toribio Natera, el Negro Valero y algunos otros cabecillas, que reconocieron desde luego la autoridad de Albino García.

Así que, el 11 de agosto de ese mismo año de 1811, el osado guerrillero se batía encarnizadamente cerca de Pénjamo, con don Pedro Meneso, capitán de Dragones Provinciales de San Luis y Comandante de un Cuerpo de Lanceros, enviado por Calleja, y aunque hubo de ceder el campo porque era muy difícil maniobrar con los caballos en un terreno pantanoso por el fuerte aguacero que caía, no se alejó de la región, pues sus espías le tenían bien enterado de que la población se hallaba convertida en un nidal de realistas.

Meneso observó que la guerrilla se dispersaba en todas direcciones y la creyó aniquilada. Así lo comunicó a Calleja. "Le acometió decididamente y derrotó", escribía éste al Virrey, teniendo a la vista el parte del Capitán, "poniéndoles en precipitada fuga siguiendo su alcance por espacio de cuatro leguas en que quedaron tendidos muchos rebeldes en el campo, y haciendo varios prisioneros, entre ellos algunos capitancillos que hizo pasar inmediatamente por las armas, habiendo debido los cabecillas la vida a la ligereza de sus caballos" (Véase el Apéndice 5.)

Y mientras tanto, Albino esperaba.

Por más que Meneso se empeñó en elogiar la conducta de sus soldados y en agrandar las verdaderas proporciones del combate, la acción no debió tener el éxito publicado, pues apenas había salido de Pénjamo con la tropa de su mando, cuando Albino se presentó como un torbellino, cual era su costumbre, en la referida población, donde estaba como Subdelegado y Comandante de las Armas don José María Hidalgo y Costilla, hermano del caudillo, y nombrado recientemente por Calleja. (f)

Muy pocos días antes (30 de julio de 1811), habían sido fusilados por los realistas en Chihuahua, sus hermanos Miguel y Mariano, pero a pesar de ello don José María se mostraba adicto a la causa española y aún recibía favores de ella.

Precisamente se hallaba el Subdelegado en las diligencias de recoger las armas y organizar algunas defensas entre los vecinos del lugar, para repeler el ataque del "Manco", que ya se murmuraba, cuando se oyó por la calle el tropel de la caballería rebelde, que hizo alto frente a la casa del Comandante.

Albino se apeó del caballo con toda parsimonia, y como ya sabía de quién se trataba, plantóse frente a don José María y le dijo, entre otras lindezas, *"que era un alcahuete de los gachupines y que quitaran de allí ese... hermano del Cura; que ya no le había de dejar la vida si lo llegaran a agarrar, y que así no tenía que meterse con él, y había de anticiparse a tomar satisfacción de los que pudieran entregarlos y eran todos aquellos alcahuetes Encallejados"*. (José María Hidalgo y Costilla. Véase el Apéndice 6.)

La población fué saqueada y el Comandante encarcelado con la advertencia previa de que dejara el cargo, so pena de recibir el merecido castigo, y Albino hizo objeto de su diversión a numerosos vecinos tenidos como realistas, al hacerles desfilar por las calles después de haberlos puestos en fachas carnalescas. Los reos fueron sacados de la prisión, y los insurgentes se hicieron de cuanto caballo encontraron en el pueblo y en los ranchos vecinos. "Quedó Pénjamo hecho un miserable esqueleto y los vecinos piensan abandonar el patrio suelo y ver adonde hallan honesta acogida para sus familias y proporción de sostenerlas, que no les alcance tan fuerte azote de la Divina Justicia y tan sin arbitrio de resistirlo".

(f) En el Archivo General de la Nación existe el documento relativo, escrito por don José María a Calleja, y que empieza: "Con fecha 19 del corriente tengo dada cuenta a U. S. de estar ya en posesión de los empleos de Comandante de las Armas y Subdelegado del Partido a que U. S. había elevado mi pequeñez..."

Una vez hecho esto, Albino se retiró con mucha calma, por donde había venido, como para burlar a todos los vecinos que trataban de organizarse para hacerle frente, y que no sólo se quedaron sin hacerlo, sino que tuvieron que sacar al Subdelegado del encierro en que se hallaba. "Le suplico nos mire con compasión otra ocasión", recomendaba éste al general Calleja, "no separando de nosotros sus socorros hasta que ya esté en forma la defensa contra tan terrible enemigo, y tan inmediato que en medio día está sobre nosotros".

¡Tal era la rapidez con que "El Manco", se movilizaba para dar sus ataques!

Y ahora, todos los odios que probablemente nacieron en su niñez, iban a empezar a manifestarse con caracteres inesperados. Albino, como ya sabemos, no era un hombre culto, ni siquiera medianamente instruido, pero su natural talento le hacía comprender las cosas con facilidad. No obstante ser un creyente de la Santísima Virgen de Guadalupe, veía a los religiosos como partidarios incondicionales de la causa realista, puesto que tenían mucho que defender de sus manos, y les tenía declarada una guerra sin cuartel. No a todos, naturalmente, y buena prueba de ello la tenemos en el agustino que lo acompañaba, con quien llevaba una excelente amistad, pero al cura a quien sabía adicto a los españoles, ya podía componerse y empezar a decir sus últimas oraciones. No lograba entender a esos hombres que se declaraban por el partido que tenían a la vista. ¡Amigos o enemigos! Y si como amigo era "El Manco" fiel, generoso y constante, como enemigo y como jefe trocábase en juez inexorable que sabía imponer los más severos castigos.

Muy pronto llegó a oídos de García, la noticia de que el Cura de Jalpan, Francisco Cervantes Villaseñor, que se había declarado fervorosamente por la "Justa Causa", sermoneaba a cada momento a sus feligreses, desprestigiando sin reparo a los insurrectos. Albino corrió con sus "muchachos" a la hacienda de Frías y, después de haber derrotado a las fuerzas que la custodiaban, hizo salir un destacamento al que ordenó que acabara en el acto con el sacerdote.

Mas éste tuvo la fortuna de poder descubrir a lo lejos la patrulla, y salió de su casa disparado tratando de salvarse, como en efecto lo hizo, refugiándose en la villa de León, después de ser perseguido a balazos durante larguísimo trecho por la gente de García. Tuvo que correr tanto que hasta "una llaga se le hizo en un pie", y después supo que "andaban robando y preguntando por él, con amenazas de

que si volvía le habían de quitar la vida". (Véase el Apéndice 7.) Por eso Calleja, alarmado, escribía al Virrey en 20 de agosto de 1811:

"La insurrección está todavía muy lejos de calmar; ella retoña como la hidra, a proporción que se cortan sus cabezas; por todas partes se advierten movimientos que descubren el fuego que existe solapado en las provincias, y un espíritu de vértigo, que, una vez apoderado del ánimo de los habitantes de un país, todo lo devora, si no se le reprime con una fuerza proporcionada a su impulso".

La tarde del 31 de agosto de 1811, a eso de las tres, Albino cayó rápidamente sobre la villa de Lagos (Nueva Galicia, Jalisco), saqueó las tiendas y casas de los principales vecinos "a excepción de las de los sacerdotes" y después de arrollar al corto destacamento que la defendía, fué a alojar en la casa de Echarte (g), situada en la plaza del pueblo, frente a la iglesia parroquial. Mientras esto pasaba, el licenciado don Segundo Antonio González, subdelegado de la villa, y don José María Rico, su cuñado, viendo el gran peligro en que se hallaba su vida, optaron por fugarse, y ya se hallaban casi en las afueras de la población, hasta donde se habían escurrido silenciosamente al amparo de sus disfraces, cuando un "lépero" alcanzó a reconocerlos y dió la voz de alarma. Una avalancha humana se precipitó sobre ellos y los dejó tan sólo en calzoncillos en un abrir y cerrar de ojos. A poco era traído también don Tranquilino González, Alcalde 2º, que venía enteramente desnudo, y puestos todos en sendos jumentos que apenas podían arrastrar sus esqueletos y con trabajos erguían su propia cabeza por el peso de sus orejas, recorrieron todo el pueblo entre la grande alharaca de los insurgentes.

Albino los hizo llevar hasta el centro de la plaza principal, donde se hallaba una pirámide coronada con la estatua de Fernando VII, e hizo formar inmediatamente el cuadro para fusilarlos. Los sentenciados casi se desmayaban de miedo y todos los vecinos temblaban.

Pero la sentencia no llegó a cumplirse, gracias al célebre padre Fray José María Guzmán (que a la sazón estaba en Lagos como Presidente de una misión), quien logró convencer a Albino con sus ruegos e hizo que se suspendiera la ejecución.

(g) Juan José de Echarte era un comerciante español muy conocido en Lagos, que había sido Comandante de la Villa hasta principios de 1811 en que, a raíz de la ocupación de esa plaza por una corta partida de insurgentes al mando de don Rafael Iriarte, trasladó su domicilio a Aguascalientes, quedando entonces el licenciado González como Alcalde 1º. A guisa de curiosidad anotamos que fué Echarte el que introdujo el uso del pantalón en la Villa de Lagos, donde todos los vecinos vestían calzón corto muy amplio y medias. A principios de 1810, el rico comerciante hizo un viaje a México para proveerse de mercancías, y de él volvió, con los suyos, usando pantalón largo, lo cual causó gran admiración a los vecinos y un profundo disgusto a todos los ancianos.

“El Manco”, accedió de buena voluntad a las súplicas del fraile, pues como va dicho, García era un hombre capaz tanto de arrancarle la vida a todos los religiosos juntos, cuanto de tener para ellos las mayores consideraciones. Mas no podía quedarse con la ira “porque se le empachaba”, así es que, quitando la soga que llevaba a un lado de la montura de su caballo, lazó la estatua a cuyo pie iba a llevarse a cabo el fusilamiento, y metió las espuelas a “Cabro”; la cabeza del pobre Fernando rodó por tierra.

Un murmullo general se levantó por el desacato cometido en la real persona del soberano. Albino impuso silencio con un gesto y dió orden de que continuara el saqueo. Al día siguiente hizo que se dijera misa en el portal de la casa que ocupaba, a la que concurrieron todos sus hombres, y él mismo con su esposa, que estaba “mui oronda” cubierta con la mantilla negra de doña María Cayetana Rico, esposa del licenciado González.

Concluída la misa, García arengó a los vecinos para que nombraran otro Subdelegado. Resultó electo don Urbano Zorrilla, a quien Albino confirió el cargo a su manera, dándole a escoger entre aceptarlo o recibir unos cuantos balazos, así es que el nuevo funcionario hubo de condescender “viendo que con esto se evitaban otros muchos males a este lugar, como en efecto lo verificó, y con las condiciones que en el título que se le dió se expresan, dejando todo el gobierno en manos del juez legítimo sin haber tenido más intervención que remediar los males que ha podido, y reprovando en un todo las criminales máximas de los rebeldes insurgentes”. (Josef Manuel Jáuregui. Véase el Apéndice 8.)

Una vez desahogada esta tarea, “El Manco” dió absoluta libertad a su gente para que saquearan todo lo que pudieran, antes de marcharse, y con ello originó que la plebe se uniera a sus soldados y juntos entraran a los templos e hicieran mil profanaciones. Todas las reliquias fueron sacadas de sus nichos, y llegó a tanto el exceso, que los de García cometieron la grave falta de beber los licores que habían robado, en los cálices sagrados.

“Realmente es sensible que Albino García, hombre de valor a toda prueba, incansable en combatir a los realistas, firme en sus principios revolucionarios y astuto y audaz en sus operaciones militares, hubiera mezclado a esas recomendables condiciones, muchos actos de inmoralidad, de punible libertinaje y de salvajismo repugnante, que le acarrearón el encono y el odio de sus enemigos y aun de muchos par-

vidarios de la insurrección, uno de los cuales, el Padre Fr. Laureano Saavedra, decía de Albino, en una proclama que dirigió al Ayuntamiento y vecinos de Celaya, lo siguiente:

“¡Oh maldito manco Albino! Atila de este Septentrión, aborto del infierno, monstruo horrible de impiedades, tus infamias, tus imponderables infamias, tus daños incalculables, han obligado a muchos fieles patriotas a trasladarse a los lugares ocupados por el tirano enemigo!... ¡Yo no me asocio con tan espantable rival de la humanidad”. (14)

Hay, en verdad, una curiosa contradicción en el espíritu del gran guerrillero: no había permitido que fueran saqueadas las casas de los sacerdotes y, en cambio, no ponía un eficaz remedio para contener las atrocidades realizadas por su gente. El Padre Saavedra había tomado partido por la insurrección y llegó a batirse con don Francisco Guzmán y aun a intimar la rendición de Celaya, pero esa proclama parece más bien una obra de realistas, muy afectos a inflar tanto su propia gloria, como a llevar un insignificante defecto de sus enemigos hasta un límite rayano en lo increíble, cuando no se lo inventaban con un verdadero diluvio de palabras, cual sucedió con los célebres párrafos escritos contra el glorioso caudillo de Dolores:

“Tú, como otro Ismael fiero, y padre de gentes feroces, vagabundas, rencillosas, entregadas a robos y violencias, quieres ser fundador de iguales hordas de salvajes rapacísimos. Ex sacerdote de Cristo, ex cristiano, ex americano, ex hombre, etc.”

Y sin embargo, contra todos ellos, el tiempo le ha labrado un monumento de inmortalidad!

Por lo demás, ¿es que alguien va a pretender quitar sus defectos a todos los paladines de la Independencia, si al fin y a la postre, como todos los hombres, “fueron obra mala, de mala arcilla”? ¿Y vamos a arrojar la culpa entera de esas profanaciones sobre el más grande de todos los guerrilleros del Bajío, y tal vez de la insurrección?

No estaba en su mano impedirlos, porque eran la revelación del falso acoplamiento religioso. ¡Eran brotes atávicos de los guerreros aztecas, que ahora pagaban en la misma moneda la destrucción de sus ídolos y del Huichilobos!

Mas de cualquier manera que fuese, el “Manco” había empezado a vengar, como el indio, sus pasadas derrotas!

(14) “Noticias Biográficas de Insurgentes Apodados”. Elías Amador. Pág. 74.

IV

LAS GUERRILLAS DEL "MANCO".—ALBINO CAUSA ESPANTO A LAS TROPAS DEL REY.

El ataque a Lagos puso en guardia al gobierno virreinal. Ya se había visto lo bastante para saber que Albino García era un verdadero peligro, un obstáculo casi insuperable para el desarrollo de cualquiera actividad realista.

Ya no se conformaba aquel consumado y valeroso jinete con recorrer libremente las pródigas tierras del Bajío, sino que ahora asaltaba una lejana población de la Nueva Galicia, y no estaba remoto el día en que iban a verle agregar dos Intendencias más a sus increíbles correrías. (h)

Y eso que "El Manco" desconocía por completo el difícilísimo arte de la guerra. Nunca tuvo la más ligera instrucción militar. ¡Ay de los realistas si aquel rudo caporal hubiera tenido oportunidad de recibirla! Albino García peleaba por intuición. Aparecía siempre en los lugares más a propósito para sus ataques, que escogía sabiamente; su táctica era desconcertante y su rapidez infundía pavor al soldado más aguerrido. ¡Es que adivinaba los paisajes en que vivió desde niño!

Los españoles (i), aunque inferiores en número, tenían la indiscutible ventaja de ser soldados, en primer lugar, y de estar sometidos a una estricta disciplina bajo la dirección de expertos militares, y que concertaban sus movimientos de tal suerte que llegaban a formar

(h) Las de Valladolid y San Luis Potosí, que con las de Guanajuato y la de Nueva Galicia, por las que "El Manco" extendió la fama de sus hazañas, comprenden hoy los Estados de Guanajuato, Jalisco, Aguascalientes y Michoacán.

(i) En adelante llamaremos indistintamente realistas o españoles a todos los que peleaban por la causa realista, por más que eran casi en su totalidad americanos los que formaban las milicias del país.

verdaderos circuitos en sus operaciones. Esto, naturalmente, merced a la constante comunicación que los jefes procuraban mantener entre sí, y para ello hasta quintuplicaban los Partes y los avisos enviando correos por todos los caminos, que muchas veces ni por esos medios podían hacer llegar a su destino, pues el audaz guerrillero tenía apostados muchos hombres en los lugares más estratégicos, desde donde observaban a distancia los senderos y descendían con el objeto de atrapar la estafeta en el paraje que juzgaban conveniente.

Ibase adueñando, además, de todos los pasos necesarios, mejor dicho, de los caminos obligados para el enemigo, y con ello conseguía que los auxilios que solicitaban fueran vanamente esperados por la tropa en peligro, o que impidiesen la persecución unos cuantos, o la retardaran al menos, mientras el grueso de la guerrilla se ponía en salvo. "No puede salir el correo por tener ellos embarazados los pasos de los ríos".

Doquiera tenía soldados o amigos con la apariencia de simples agricultores, cuya misión era observar al enemigo y dar el aviso indicando el rumbo de su próxima salida; oír sus conversaciones y transmitir en el acto los pormenores de sus planes; darle a la vez noticias falsas, correr rumores alarmantes, pegarle a mansalva... Y lo principal: estorbarle siempre. Embarazar sus entradas o salidas a los pueblos, sin importar el medio, negarle víveres, no señalarle los aguajes, inducirle a llevar el camino más largo y más peligroso; todo, en fin, hacer todo aquello que pudiera dificultar la marcha de los españoles. "Habiendo sobrevenido en esta (población), en el momento mismo de ir a montar a caballo, un incendio, así por el grande cuerpo que tomaba como por las consecuencias que podían a él seguirse, recelando como debía en la malicia de su origen, mayormente dejándolo al cuidado de la corta guarnición que quedaba, me obligó a tomarlo por el primer objeto de mi cuidado, y mandé una Compañía de mi Batallón y algunos de Frontera que sostuvieran a los operarios según costumbre y a la División sobre las armas estuviesen en observación, en lo que se invirtió hora y media y al cuarto para las cuatro verifiqué mi salida. A las siete de la mañana estaba sobre el enunciado punto de San Jacinto en el que no encontré ya al enemigo..." (Joaquín de Villalba. Véase el Apéndice 9.)

"Con atraso de 14 días han llegado a mi poder el duplicado, y triplicado de V. S. fechas 28, del pasado octubre..." (Antonio de Linares. Véase el Apéndice número 10.)

Por otra parte, "El Manco" tenía la costumbre de señalar a sus hombres el sitio en que se debían ver después, en caso de un desastre, para hacer de este modo más difícil la persecución y desorganizar al mismo tiempo al enemigo, al que no pocas veces habían conducido los insurgentes hasta sus propias madrigueras, halagándolos con ponerse casi al alcance de sus manos, para luego asestarles mañosamente el golpe mortal. Así lograban nulificar la acción de las Divisiones realistas, pues éstas perdían el tiempo en búsquedas infructuosas al hallarse "siempre en la incertidumbre del verdadero destino o punto de reunión de aquéllos".

Los españoles, cada día más asustados ante la pasmosa actividad del guerrillero, empezaron a fijar en él su mirada, seguían con gran atención todos sus movimientos en espera de una ocasión para cogerlo, empezaron a multiplicar la vigilancia en todos los caminos y resguardaban celosamente las poblaciones temerosas de ser objeto de sus terribles ataques, mas todo era en vano, pues cuando creían tenerlo cercado por completo desaparecía de entre sus manos como un verdadero fantasma, y les maravillaba tener a un enemigo que, lejos de responder a sus medidas y a sus cuidados, parecía redoblar sus energías cuanto mayor era el número de obstáculos que se le oponían.

Y muy pronto "El Manco" iba a dar al traste con todas sus previsiones.



V

VENTAJAS DE LOS INSURRECTOS.—AGUASCALIENTES.—GRAVES APUROS DEL GENERAL CALLEJA.

Apenas hubo salido de la Villa de Lagos, Albino García se dirigió rápidamente a la de León con el deseo de atacarla, pero esto se evitó con la oportuna llegada de las tropas de Viña, que el Mariscal Calleja había enviado con toda prontitud desde Guanajuato.

Albino se revolvió furioso al ver contrariados sus planes, mas como su mente diabólica y en constante actividad había proyectado la ofensiva a una lejana población del Virreinato, para cuyo objeto le era menester desviar la atención de los realistas hacia otros pueblos, separó una gruesa gavilla de su gente, que entró a Dolores el 10 de septiembre de 1811 y dió muerte al Subdelegado don Ramón Montemayor, con otros cuatro realistas que habían hecho prisioneros. Algunos otros vecinos escaparon de sufrir la misma suerte gracias a la señora doña Manuela Taboada de Rojas de Abasolo, esposa del caudillo insurgente, que a la sazón se hallaba en el pueblo arreglando sus asuntos a fin de emprender su viaje a España para acompañar a su marido, que había sido desterrado al presidio de Cádiz, la cual consiguió salvar la vida del Capitán de Patriotas don José Mariano Ferrer, por la que dió dos mil pesos, y pequeñas sumas más por la de varios realistas.

Y mientras los españoles de la Villa, asombrados de tan brusca y sangrienta acometida, se deshacían en comentarios y en conjeturas sobre los planes futuros del sagaz guerrillero, Albino caía velozmente con cerca de 1,000 hombres sobre Aguascalientes, la tarde del 30 de septiembre de 1811, donde después de saquear la ciudad se divertía a sus anchas al formar otra jocosa procesión como la de Lagos.

El 8 de octubre siguiente, Albino fué atacado en el Río de la Isla, cercano a Salvatierra, por el Sargento Mayor Agustín de la Viña, quien logró desalojarlo después de breve combate.

Es que la fiera buscaba un breve reposo para tomar aliento.

En efecto, a fines de ese mismo mes, Albino García se retiró con su gente hacia sus madrigueras habituales del Valle de Santiago y Salvatierra, pero antes de hacerlo alzó las compuertas de los depósitos donde se guardaba el agua para regar los campos, inundando con esto llanuras y caminos y mandó abrir anchas y profundas zanjaz con el objeto de impedir que pasaran los cañones y trenes realistas.

Amenazó de paso a Guanajuato, de donde fué rechazado con enormes trabajos, y después a Irapuato, que no pudo tomar por la vigorosa defensa que hizo el Comandante de la Plaza, licenciado don José María Esquivel, y ya se dirigía el temible guerrillero hacia el Valle de Santiago en busca de algún reposo después de tantas fatigas, con la esperanza también de poder levantar nuevas guerrillas, cuando una inesperada noticia le hizo concebir un atrevidísimo plan que, de haber resultado cual lo pensara, de seguro hubiera producido un grave trastorno en todo el reino: tratábase esta vez del famoso general Calleja, el más hábil y temido militar de Nueva España, cuyo nombre olía entonces a sangre y a combates y cuyo prestigio se había alzado tan alto como las nubes.

Don Félix María Calleja del Rey había nacido en Medina del Campo (España), en el seno de una noble familia. Destinado a la carrera de las armas, para la que mostró desde niño una singular vocación, logró sobresalir desde luego, haciendo su primera campaña en calidad de Alférez, en la expedición contra Argel mandada por el Conde de O'Relly. Vino a México con don Félix Berenguer de Marquina, durante cuyo Virreinato sirvió (1800 a 1803), y una vez iniciada la tremenda revolución quedó propiamente como jefe supremo de los ejércitos reales.

Calleja tenía una bien conquistada fama de invencible y de ser un militar valiente y acerbado, por sus brillantes campañas en Africa y Europa y por las notables acciones que había sostenido contra los insurrectos, pero era un hombre de inauditas pretensiones, muy dado a las medidas de la exageración y la violencia, de un orgullo y arrogancia que le hacían petulante y fastidioso, y capaz de creer que ni el sol se asomaría cuando él dejase de existir sobre la tierra.

A su regreso a San Luis, en marzo de 1811, el general se encontró escritos en una pared estos versos, puestos por un pobre escribiente de juzgado, de nombre Francisco Pantoja, en los que se hacía mención a sus cabellos lacios y en perpetuo desorden:

“Aunque anden las rondas listas
he de prender candilejas,
con el sebo de realistas
y las mechas de Callejas...”

Pero el general no entendía las humoradas; mandó buscar al autor de los versos, y una vez que le fué llevado a su presencia, lo hizo ahorcar.

Guanajuato también sufrió lo indecible por los arranques de cólera del militar. Cualquier desacato a sus órdenes era castigado con la muerte, y no pocas veces sació la sed de venganza, que a menudo sentía, en los indefensos habitantes de la población. Sin embargo, tras su prestigio vivía la seguridad. Como él había de sobra que la fama de su ejército creaba una paz relativa en el suelo que pisaba, la hizo su arma favorita, con la cual se hacía el indispensable a su antojo pregonando a cada paso su separación irrevocable del servicio. El Virrey se apresuraba a evitarlo, y a la postre resultaba atropellado en su autoridad y aun en su propia dignidad, por la insolente arrogancia de Calleja.

“Este ejército” —escribía a Venegas algunos meses más tarde—, “restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales y treinta y cinco parciales, está muy a cubierto de toda murmuración racional y yo tranquilo sobre este punto”.

“Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho a exigir de mí, sin pretensión ni aun a que se conozcan; y si ahora hablo de ellos, es porque la necesidad de desvanecer hasta el más leve indicio de que los economizo por resentimientos, me obliga a ello”.

“Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas, arrancándolas del seno mismo de la insurrección, y este propio ejército, cuyo mando me hizo V. E. el honor de confiarme, se compone de ellas en su mayor parte”.

“Abandoné mis intereses que hubiera podido salvar como otros, y que fueron presa del enemigo: dejé mi familia en la ciudad de mi residencia, para alejar de sus habitantes la sospecha de que temía se

perdiese: la expuse al mayor riesgo, y con efecto, perseguida por los montes, cayó en sus manos, y por miras interesadas me la devolvieron escoltada por sus tropas, con la propuesta de que si yo dejaba las armas de la mano, me devolverían mis intereses, me asignarían una buena hacienda, me señalarían veinte mil pesos de renta anual, y me acordarían la graduación de general americano”.

“Soy también el único jefe que ha batido y desbaratado las grandes masas de rebeldes, y soy, finalmente, el único que, después del ataque que padeció mi salud ocho días antes de la batalla de Calderón, se puso a la cabeza de sus tropas casi mortal, y ha continuado un año a la del ejército en los mismos términos” (Toluca, febrero 1º de 1812, a la una y media de la tarde).

El resultado de la epístola fué una nueva humillación de Venegas, por la amenaza de la renuncia que acompañó Calleja en esos momentos tan críticos para la Colonia, y la orden de que se fundiese una buena cantidad de medallas en que se perpetuara la gloria del general invicto: con ellas abdicó Venegas una parte de su autoridad.

Calleja gustaba de la pompa y la ostentación y revestía todos sus actos de una importancia tal, que cualquiera que le hubiese visto trasladarse de un pueblucho a otro hubiera pensado que iba a emprender la conquista de las Galias. Con frecuencia, poblaciones enteras seguían al ejército buscando su protección. Su paso era el paso de una ciudad entera. No obstante, a ello se debió el que su tropa permaneciese siempre fiel a la causa, pues hizo jurar fidelidad a uno por uno hasta el último de sus soldados ante un improvisado altar y con todo el aparato militar que pudo darle, y a su desmedida ambición se debió el que más tarde fuera llamado a la Corte para suceder a Venegas.

Sin embargo, Albino sentía una profunda aversión hacia el jefe realista. Todas sus jactancias debieron ser en extremo repugnantes para el espíritu sencillez del gran guerrillero. Pero había algo más: no bien se hubo convencido Calleja de que el indulto y las tentadoras proposiciones eran poca cosa para atraerse a Albino García, apeló a sus acostumbradas medidas de violencia, ordenando que las mujeres de sus soldados fueran internadas en la prisión “para hacerles sentir de todos modos los males de la guerra”. Sus mismos padres habían sido aprehendidos en Salamanca, por orden reservada del general, quien los había hecho llevar al lugar donde se encontraba el insurgente, custodiados por una numerosa escolta, con la esperanza de que

con ello iba a dejar las armas. Ni aun eso fué bastante para disuadir al "Manco". ¿Y es así como vemos que no perseguía otro objeto que el robo y el pillaje?

Por lo demás, el odio que Albino profesaba al "Mechudo" siempre tuvo ocasión de manifestarse: cada salida, de las muchas que hacía Calleja de Guanajuato, lo obligaba a llevarse casi toda la guarnición de la ciudad. Una simple visita a La Valenciana, a Mellado o a la Presa de la Olla, hacía necesario pasear la fama del Ejército del Centro por las desnudas montañas que rodean la ciudad, y en ocasiones llegó a tener apretados encuentros con Albino García.

Pues bien, Calleja había ido a descansar unos días a la hacienda de Cuevas, que se halla cercana a Guanajuato, y habiendo tenido noticia de ello, "El Manco" se encaminó prontamente a la referida hacienda con la intención de apresar al jefe realista, pero enterado Calleja con oportunidad, hizo salir a toda prisa de Guanajuato un fuerte destacamento en su auxilio, con lo que frustró los temerarios proyectos de García.

Aquello era un insospechado atrevimiento, era "algo más de lo que podía tolerarse a un simple guerrillero", y no es para describirse el disgusto tan grande que causó al vanidoso Calleja semejante audacia, pues creía que su sola presencia bastaba en cualquier lado para ahuyentar hasta las fieras de los bosques, y que nadie se iba a atrever a molestarlo después de sus resonantes triunfos de San Jerónimo Aculco y Calderón. Así es que, mientras hacía los grandes aspavientos al comentar tamaña irreverencia a su persona y su prestigio, Albino, comprendiendo que su plan había fracasado, volvía sus pasos a los viejos escondites de su hermosa tierra natal, en busca de algún respiro.

Sólo que en esta ocasión los "Chaquetas" le esperaban.

VI

EL MILAGRO DE LA VIRGEN DEL SOCORRO.

La Villa de Salamanca era vigilada sin cesar por las tropas realistas. Sabíase que Albino García llegaba a ella con frecuencia, y de la manera más intempestiva, así es que un grueso núcleo de españoles había establecido en el pueblo su cuartel general, sujetando a una estrecha vigilancia todas las actividades del vecindario, y tenía en constante acecho los caminos en espera de la menor señal de que "El Manco" se acercara.

No tardaron los centinelas, pues, en descubrir a la distancia las primeras avanzadas de las tropas insurgentes, que venían a paso muy corto y con la misma tranquilidad del que llega a su casa. Tras ellas, a poco trecho, venía Albino con su hermano Francisco, el Brigadier "Don Pachito", como todos le llamaban, un hombre valiente y verdadero camarada de sus subordinados, y tan capaz de afrontar el peligro más grande con la sonrisa en los labios, cuanto de entretener largas horas a cualquiera con su sabrosa plática, a la que daba vida con sus ingeniosos chistes y ocurrentísimos modales. Además, Francisco quería entrañablemente a su hermano Albino, y esto le había hecho ganar un grande afecto de toda la guerrilla.

Los realistas, perfectamente instruidos sobre los pormenores de la acción, no se manifestaron sino hasta que una parte del tropel ya transitaba por las estrechas arterias de la ciudad, y emprendieron la ofensiva cortando de improviso aquella larga cadena de jinetes que venían avanzando sin orden ni violencia, al mismo tiempo que cargaban contra los restantes, obligándolos a ir hacia las tropas apostadas en el centro de la población.

Don Pachito, casi empujado por una descarga cerrada y hecha a quemarropa, que mató a varios subalternos inmediatos a él, salió precipitadamente por una de las calles perpendiculares a en la que se tenía preparado el ataque. Los demás, fuera del pueblo, buscaban por lo pronto un lugar donde guarecerse del certero fuego del enemigo, pero Albino, aislado con un reducido grupo de su gente y en gran peligro por la tropa realista que lo seguía, tuvo que continuar calles adentro hasta encontrarse con el resto de la columna enemiga, que lo recibió con nutridas y mortíferas descargas.

Apenas tuvo tiempo de refugiarse en el Convento de San Agustín, muy próximo al teatro del combate, mas tan sólo había traspuesto los umbrales del sagrado recinto, cuando se oyeron tras él los pasos precipitados de sus contrarios, al mismo tiempo que resonaban fuertes alabonazos en la puerta del Convento. Los religiosos, pretextando absoluta ignorancia del suceso y fingiendo gran temor a los realistas, procuraron en cuanto les fué posible retardar su entrada al monasterio, pero al fin temerosos en verdad ante las amenazas, tuvieron que ceder el paso también a la gente enemiga.

Esta penetró con insolencia. Los frailes suplicaban y se interponían a la tropa, tratando de ganar tiempo. Casi a golpes se les apartaba. Registraron casi todas las celdas, el templo, los altares y la sacristía: el "Manco" no había dejado la menor huella, ni nadie estaba enterado de por qué lo buscaban.

Todo parecía haber salido a pedir de boca, a no ser por dos soldados, de los pocos que se habían adelantado al grueso del piquete, que alcanzaron a oír el nervioso relincho de un caballo a poca distancia de ellos, y subiéndose por una de las bardas del monasterio, no tardaron en descubrir un espléndido corcel negro retinto, de primorosa estampa, que "caracoleaba" impaciente junto a una puerta que daba salida al campo. La riquísima montura que llevaba, cubierta casi toda de plata, acabó de hacer la denuncia: ¡el caballo de Albino García!

Afuera, el combate había cesado casi por completo. Sólo se escuchaban descargas aisladas y gritos cada vez más lejanos. Todos los piquetes de soldados habían recibido la orden de replegarse violentamente, pues los jefes querían rodear el Convento con el objeto de impedir esta vez la fuga del "Manco".

Así, pues, los realistas se precipitaron por los corredores del monasterio, en diversos grupos, cada uno de los cuales quería ser el

primero en sujetar al precioso animal y en aprehender a su jinete, que debía estar escondido muy cerca de aquel sitio, mas apenas habían desembocado al patio los primeros soldados, cuando el caballo, que relinchaba ahora de placer, se acercó a la puerta —cuyo fuerte cerrojo había sido quitado por alguna invisible mano amiga—, detúvose unos segundos como para observar a sus enemigos, y salió después cual una flecha y gozoso de haber recobrado su libertad: un recio jinete le salió al encuentro a corto trecho de los muros, le acarició suavemente el cuello empapado de sudor, y tras de subir en él con una habilidad pocas veces vista, se lanzó a la carrera en dirección hacia el río.

Algunos realistas, que con mezcla de terror y alboroto habían contemplado esta rapidísima escena, se echaron el rifle a la cara e hicieron varios disparos al jinete, sin el menor resultado, pues a poco le vieron desaparecer entre unos matorrales del camino, que devoraba el fantástico galope del caballo.

Los españoles, enfurecidos por aquella fuga casi burlesca del guerrillero, y deseosos de tomar venganza de los buenos religiosos que la habían protegido, colocaron un cañón en el atrio de la iglesia (que ahora ocupa el jardincito de San Agustín y algunas manzanas adyacentes), y dispararon con el ánimo de derribar la puerta de la entrada, que se encuentra como todas ellas en dirección del altar principal, donde los frailes veneraban una bellísima imagen de la Virgen del Socorro. Pero la bala, no obstante la admirable puntería de los artilleros, no dió en el blanco, sino que, ante la admiración de los presentes, rebotó en la parte superior del arco que forma la puerta del templo y fué a caer cerca de ella sin hacer mayor daño. (j)

Los Agustinos cayeron de rodillas, alzando los brazos al cielo, y los mismos jefes españoles, convencidos por el providencial suceso, se hincaron humildemente y dieron la orden de que cesara el fuego.

—¡ Un milagro!...

—¡ Un milagro de la Virgen del Socorro!...

—¡ Bendita sea!...

Un súbito silencio ahogó el estallido de las armas al llegar la noticia a todos los combatientes. Se alejaban ya los últimos insurrectos, y los soldados bajaron sus fusiles inclinándose con reverencia para

(j) Aún puede verse el impacto de la bala disparada por los españoles, a unos 15 centímetros arriba de la puerta del templo conventual.

significar su fe en aquel insólito acontecimiento: el ejército entero se postró ante la Virgen milagrosa.

Algunos días después, puesta en marcha la columna realista, fué sorprendida en las inmediaciones de Salamanca por la gente del "Manco", que la esperaba, y cuando aún no remediaban los jefes el terrible desconcierto que había causado en sus tropas el ataque feroz del guerrillero, Albino ya galopaba alegremente llevando a la rastra, entre otros cañones, el que sirviera para hacer el disparo al Convento de San Agustín.

Las montañas guardaron el eco de su triunfo.

VII

DON IGNACIO LOPEZ RAYON.—LA JUNTA DE ZITACUARO.—ALBINO GARCIA REHUSA SOMETERSE A SU AUTORIDAD Y FRACASAN LOS INTENTOS DE REDUCIRLO POR LA FUERZA.

A todo esto, el torbellino de los acontecimientos había cambiado bruscamente el curso de la Revolución. La traidora emboscada de las Norias del Baján, que había traído como consecuencia la prisión y muerte de los principales caudillos de la Independencia, desplazó el peso de la guerra hacia el licenciado don Ignacio López Rayón, echando también sobre sus hombros la enorme responsabilidad de reorganizar y dirigir, por el Norte, los despojos de un fuerte núcleo abatido por el pesar de aquella pérdida irreparable, cansado, sin armas ni disciplina, y separado por una inmensa y peligrosísima distancia de las tropas de don José María Morelos, el más grande de todos los jefes de la insurrección, que entonces se cubrían de gloria luchando bravamente en las calurosas montañas del Sur.

Fuera de estos grupos, al mando de dos hombres excepcionales, la causa insurgente no era más que una serie de fuerzas aisladas, mucho menos eficaces, naturalmente, sin la cohesión que exigía la magnitud de la lucha, pues aunque entre ellas figuraba en primer lugar la numerosa guerrilla del "Manco" —una grave preocupación de los realistas en todo el Bajío—, no por eso dejaba de ser una fuerza siempre expuesta al odio y a la venganza de otras muchas que se habían organizado sin más miras que las del bandolerismo, y siempre obligada también a actuar con sus propios recursos.

Era necesario, por lo mismo, acabar con la anarquía que reinaba en muchos aspectos de la Revolución, unificando a los dispersos, a fin

de oponer al enemigo un núcleo considerable y bien dirigido. Era indispensable, en suma, la creación de un órgano autoritario que absorbiera el poder de que muchos caciques y guerrilleros hacían gala, y que encausara la revuelta por el sendero del orden y de la organización: esa fué la obra que se propuso realizar el licenciado don Ignacio López Rayón, y he aquí por qué insistimos en apuntar brevemente algunos datos de este hombre extraordinario.

Nació don Ignacio en el antiguo asiento de minas de Tlalpujahua, Departamento de Michoacán, en 1773, y fueron sus padres don Andrés López Rayón y doña Rafaela López Aguado de López Rayón.

Desde muy niño fué cultivado solícitamente por su familia, que era de las más ricas de aquella población, e hizo sus estudios preparatorios en el Colegio de Valladolid (Morelia), de donde pasó al de San Ildefonso de México, en el que estudió jurisprudencia y se recibió con la misma distinción que había logrado durante toda su carrera. Quedóse algún tiempo en México ejerciendo con gran éxito su profesión, pero la muerte de sus padres lo hizo volver a su tierra natal a guardar sus intereses y emprender mayores especulaciones en el ramo de la minería.

A principios de agosto de 1810 contrajo matrimonio con doña María Ana Martínez Rulfo, y vivía en medio de una relativa opulencia y felicidad, cuando estallaron violentamente los sucesos ya conocidos, la memorable noche del 15 de septiembre del propio año, y Rayón, sacrificando el bienestar económico y todos los halagos que le brindaba su vida de recién casado, amén de que ponía en grave predicamento a todo el resto de su familia, abrazó desde luego la causa de la libertad y figuró casi inmediatamente al proponer a uno de los jefes insurgentes un plan, que consistía en la instalación de una Junta representativa de Fernando VII, a fin de que se evitara la dilapidación de los bienes que se tomaban a los españoles, y cesara la persecución de europeos o americanos que no tomaran armas ofensivas de cualquiera especie contra el nuevo régimen que se iniciaba.

Don Miguel fué consultado sobre el particular, e inmediatamente escribió una expresiva carta a Rayón, recomendándole que siguiese sus operaciones con el plan propuesto. Y don Ignacio no se hizo esperar: mas como el futuro general hacía una pública ostentación de sus actividades insurgentes en Tlalpujahua, no tardó en llegar hasta ella una orden de aprehensión dictada en su contra por el Virrey don Francisco Xavier Venegas, orden que tuvo que eludir con gran audacia el

licenciado —pues escapó con las tropas ya formadas frente a su casa—, quien fué a unirse a Hidalgo en Maravatío donde fué nombrado inmediatamente Secretario del caudillo.

Poco después se le nombró en Guadalajara “Secretario de Estado y del Despacho”.

Desde sus primeros actos como insurgente, don Ignacio López Rayón desarrolló una labor intensa: trabajaba sin descanso no sólo defendiendo y generalizando las ideas y el sentido de la Revolución con el poderoso auxiliar de la imprenta, sino que combatía también la numerosa literatura realista. Tomó parte activa en la organización y disciplina de las fuerzas, adquisición de armamentos y en proporcionar toda clase de recursos a los insurrectos, pues tenía una gran fe en el gigantesco movimiento de la Independencia. En primer lugar, prohibió todo acto de saqueo como medio de aprovisionamiento de los soldados, y estableció el pago a la tropa, medidas que son por sí solas de una grandísima trascendencia.

Instó a Hidalgo para la formación de un gobierno nacional completo, pero por desgracia, su influencia no fué capaz de contrarrestar el orden práctico de los acontecimientos, que los empujaban con fuerza irresistible. La misma idea que acariciaba el Generalísimo don José María Morelos y Pavón, sólo que sin los rasgos geniales del heroico caudillo.

De cualquiera suerte, don Ignacio quedó en Saltillo al mando de una parte de las fuerzas insurgentes, mientras el resto continuaba hacia el Norte en busca de una ilusoria ayuda por parte de los americanos, y él, un abogado que por primera vez empuñaba una espada, realizó en su retroceso a Zacatecas una de las retiradas más gloriosas que registra la Historia de México. (k)

Innumerables vicisitudes hubo de padecer el licenciado Rayón, y no pocos obstáculos tuvo que vencer para constituir en Zitácuaro, (Mich.) el célebre órgano político que se llamó la “Suprema Junta Nacional Americana”. En inminente peligro por las tropas que a cada momento le cortaban el paso atendiendo a los imperiosos mandatos de Venegas, y presionado además por la cercanía de Calleja, que se movilizaba sin cesar en su contra, percatado del grave incremento que to-

(k) La retirada de Saltillo a Zacatecas fué una jornada heroica, pues como tuvo que pasar por lugares desérticos, donde no había ni una sola gota de agua, el ejército insurgente fué dejando en el camino una dolorosa estela de enfermos sedientos y desertores y Rayón tuvo que encararse decididamente en sus filas con pequeños núcleos de descontentos. El mismo, como todo buen general, arrojó con sin igual energía todos los sufrimientos y sólo por su hombruno ejemplo pudo llevar a buen término la jornada.

maba ese organismo —posible dirigente de la insurrección—, buscó hábilmente un refugio en la zona que conocía por estar a muy corta distancia de su tierra natal, y que por añadidura era capaz de brindarle los más amplios recursos económicos.

Zitácuaro era un punto estratégico para constituir la Junta, y allí quedó establecida el 19 de agosto de 1811. Se nombraron tres vocales, de los cinco que debían ser, recayendo la elección en el licenciado don Ignacio López Rayón, doctor José Sixto Verduco, representante de Morelos, y don José María Liceaga, y la Junta entró inmediatamente en funciones para expedir, dos días después, la primera circular y su Bando correspondiente, que transcribimos íntegros por ser muy poco conocidos, no obstante su capital importancia:

“Los conatos de nuestros pueblos y sus principales habitantes, los vivos clamores de la tropa y repetidas insinuaciones de sus Gefes al dar el debido lleno a las ideas adoptadas por nuestro Generalísimo y primeros representantes de la Nación en la conmoción presente, y la constante necesidad de un tribunal que reconocido y sostenido por nuestras Divisiones, sea eficazmente obedecido en las providencias, decretos y establecimientos dirigidos al buen orden, subordinación y utilidades de nuestras tropas, al sistema económico y legítima aplicación de los Caudales Nacionales y a la recta combinación de planes de ataques en común aprovechamiento y desempeño de los grados con que nos ha condecorado la Nación, convocando los principales gefes para la instalación de una Suprema Junta Nacional, bajo cuyos auxilios alcanzaremos el suprarreferido objeto:

“Citados en efecto y presentados los Exmos. Señores licenciado don Ignacio Rayón, Ministro de la Nación: Teniente General don José María Liceaga: y el doctor don José Sixto Verduco, cura del partido de Tusanla, como apoderado del señor General don José María Morelos: los Sres. Mariscales de Campo don Ignacio Martínez y don Benedicto López: los Sres. Brigadieres don José María Vargas y don Juan Albarrán, el representante don Remigio Yarza por el Sr. General don José Antonio Torres: el Sr. Coronel don Miguel Serrano, por el Sr. General don Toribio Huidobro; el capitán don Manuel Manso por el comisionado don Mariano Ortiz: el cuartel Maestre don Ignacio Ponce, y el Subinspector don Vicente Izaguirre.

“En el primer acto uniformemente convinieron en la necesidad de la pretendida Junta que debía componerse en obvio de confusiones de cinco sujetos, de los que votados tres por la presente urgencia, que-

daron dos vacantes para su provisión cuando la actitud, mérito y representaciones de los ausentes lo exijan:

“En cuya atención en segundo acto y primero de votación resultó electo con doce votos el Exmo. señor licenciado don Ignacio Rayón, ministro de la Nación: con once el señor don José Sixto Verduco: con siete el Sr. don José María Liceaga; con cuatro el Sr. don Tomás Ortiz: con dos el Sr. Mariscal don Ignacio Martínez: con los mismos el señor Cuartel Maestre General don Ignacio Ponce: con uno el Sr. Teniente General don José María Morelos, de que resultó ser nombrados, como en efecto lo fueron, por Vocales de la Junta, los precitados Exmos. señores Lic. don Ignacio Rayón, doctor don José Sixto Verduco y don José María Liceaga, quienes aceptando el cargo, juraron mantener ilesa y en su ser nuestra sagrada Religión, proteger los derechos del Rey y exponer hasta la última gota de su sangre por la libertad y prosperidad de la Patria.

“Inmediatamente los electores presentaron otro igual juramento, añadiendo la puntual obediencia y solícita ejecución en las providencias, Decretos y Disposiciones de la Suprema Junta instalada, y posteriormente verificó lo mismo la Oficialidad, Tropa, Escuadrones, Alcaldes de los pueblos, subdelegado de ésta y su vecindario, con lo que concluída esta elección, reconocida y jurada la superioridad de esta Suprema Junta Nacional, se expidió el bando de estilo para iluminación por tres días con Misa de Gracias el último.

“En cuya virtud deberá V. S. convocar ese vecindario y tropa y exigir y tomar el juramento de fidelidad y obediencia a esta Suprema Junta, imponiendo a todos los habitantes y demás, sujetos a su comandancia, en las demostraciones de júbilo con que al Altísimo deben manifestarse, bajo la pena a que se hacen acreedores con arreglo al adjunto bando si se niegan al obedecimiento, y de haberlo así ejecutado me comunicará inmediato aviso”.

“Dios guarde a V. S. muchos años.

Palacio Nacional en Zitácuaro, Agosto 21 de 1811.

Lic. Ignacio Rayón, doctor José Sixto Verduco, José María Liceaga.

Por mandado de S. M. la Suprema Junta Nacional. Remigio de Yarza, secretario”.

BANDO A QUE SE REFIERE EL ANTERIOR DOCUMENTO:

“El Sr. D. Fernando Séptimo y en su Real Nombre la Suprema Junta Nacional Americana, instalada para la conservación de sus Derechos, Defensa de la Religión Santa e indemnización y libertad de nuestra oprimida patria.

“La falta de un Jefe Supremo en quien depositar las confianzas de la Nación y a quien todos obedeciesen, nos iba a precipitar en la más funesta anarquía: el desorden, la confusión, el despotismo y sus consecuencias necesarias, eran los amargos frutos que comenzábamos a gustar, después de once meses de trabajos y desvelos incesantes por el bien de la Patria.

“Para ocurrir a tamaño mal y llenar las ideas adoptadas por nuestros Gobiernos y primeros representantes de la Nación, se ha considerado de absoluta necesidad erigir un Tribunal a quien se reconozca por supremo y a quien todos obedezcan, que arregle el plan de operaciones en toda nuestra América y dicte las providencias oportunas al buen orden político y económico.

“En efecto, en Junta de Generales celebrada el 19 de este Agosto, se acordó en su primera la instalación de una Suprema Junta Nacional Americana, compuesta por ahora de tres individuos, quedando dos vacantes para que las ocupen cuando se presente ocasión, igual número de sugetos beneméritos.

“Se acordó también en el segundo que la elección recayese en las personas de los Exmos. S. S. Licenciado don Ignacio Rayón, Ministro de la Nación: Doctor Don José Sixto Verduzco y Teniente General Don José María Licéaga.

“Y para que llegue a noticia de todos, y sus órdenes, decretos y disposiciones sean puntual y eficazmente obedecidas, se publica por bando, el que se fijará según estilo en los lugares acostumbrados, para su observancia y debido cumplimiento, debiendo solemnizarse con las demostraciones más demostrativas de júbilo, un establecimiento que nos hace esperar muy en breve la libertad de nuestra Patria, con la conminación de ser castigados los contraventores, con proporción a su inobediencia.

“Dado en nuestro Palacio Nacional de la Villa de Zitácuaro, a veinte y un días del mes de Agosto de mil ochocientos once.

“Lic. Ignacio Rayón, Doctor José Sixto Verduzco, José María Licéaga.

“Por mandado de su Magestad la Suprema Junta Nacional, Remigio de Yarza, secretario”. (15)

Las medidas de Rayón, al tomar el nombre del Rey para respaldar sus actos, revelan una profunda filosofía: él deseaba la Independencia, pero de manera menos ruidosa que la seguida hasta entonces; atraían a las masas con el convencimiento y tal vez con el aparato de sus decisiones, debilitando al mismo tiempo a la oposición, que se veía siempre dominada por el temor de dirigir sus armas contra quien representaba al venerado monarca. Así lo expresó don Ignacio al Generalísimo Morelos, quien nunca se mostró inclinado hacia esta medida puramente formalista y de grande trascendencia:

“Habrà sin duda reflejado V. S. que hemos apellidado en nuestra junta el nombre de Fernando VII que hasta ahora no se había tomado para nada; nosotros ciertamente no lo habríamos hecho si no hubiéramos advertido *que nos surte mejor efecto*: con esta política hemos conseguido que muchas de las tropas de los europeos desertándose, se hayan reunido a las nuestras; y al mismo tiempo que algunos de los Americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el Rey, sean los más decididos partidarios que tenemos.

“Decimos vano temor, porque en efecto, no hacemos guerra contra el Rey; y hablemos claro, aunque la hiciéramos, haríamos muy bien, pues creemos no estar obligados al juramento de obedecerlo, porque el que jura de hacer algo mal hecho, ¿qué hará? Dolerse de haberlo jurado y no debe cumplirlo”.

Y más adelante agregó: “Nuestros planes, en efecto, son de independencia, pero *creemos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene a ser un ente de razón*”. (1)

Y con el real nombre del monarca, la Suprema Junta empezó desde luego sus actividades, expidiendo multitud de decretos, órdenes, bandos y otras mil disposiciones (en su mayoría perdidas) que se fijaban por doquiera, tendientes a atraerse primero las fuerzas dispersas por todo el país, para sujetarlas después a un plan de acción tan riguroso como bien meditado. Claro está que, entre las primeras cosas que hizo, se contó la expedición de una orden circular, redactada en los pomposos términos de costumbre, para el “Manco” García,

(15) “Episodios Nacionales Mexicanos”. Enrique Olavarria y Ferrari. Tomo 9: “La Junta de Zitácuaro”. Págs. 57, 82, 85.

(1) Se han subrayado los puntos que se consideran más importantes.

conminándolo para someterse a la autoridad de la Junta, pero Albino, que desde muy niño había sido insubordinado y voluntarioso y no se había sometido más que a los propios impulsos de su vida bulliciosa y aventurera, consideró aquello como un enfrascamiento, como una intimidación para entregar las guerrillas que él había levantado con su fama y sus esfuerzos, y se negó sin vacilaciones a ello, burlándose además del ceremonioso vocabulario que usaba aquel órgano político en todas sus comunicaciones:

—“¿La mui alta Junta?”, dijo; “no hai más soberano que Dios, ni más alturas que las de los montes, ni más juntas que las de los ríos”

Y no hizo caso de la orden.

Entonces empezaron a mandar de Zitácuaro gruesos contingentes para batir al inquieto guerrillero que se atrevía a oponerse a la misma Junta de Gobierno, los que fueron puestos a las órdenes de Rubí, González y el Padre Saavedra, respectivamente, pero todos fueron derrotados por completo y asimilados por la terrible guerrilla de Albino; mas la admiración de la Junta no tuvo límites cuando, después de haberse esmerado en organizar una formidable expedición punitiva que sobrepujo en todo a las anteriores tanto en número cuanto en el crecido armamento con que fué dotada, pues llevaba algunos cañones, y de haberla hecho salir con mucho bombo conjugando en ella todas sus esperanzas, vieron llegar un buen día a su jefe, Mariano Cajigas, completamente solo y desarmado, a la población.

¡Lástima en verdad que la Junta de Zitácuaro no hubiera logrado captarse la simpatía del “Manco”! De pronto, hubiera dominado la vasta extensión del Bajío y hallado la protección necesaria para extender sus comunicaciones, y los enormes recursos económicos sobre los que necesariamente había de apoyar su actividad!

“No fué posible, empero, que la autoridad de la Junta de Zitácuaro quedase desde luego reconocida por todos los jefes de las partidas armadas que apellidaban la independencia. Dadas la confusión y presteza con que se había organizado la revolución, muchos de esos corifeos mal se avenían a la obediencia de un poder central que, aparte de prescribirles una acción ordenada y regular, pudiera irles a la mano en sus tendencias al desconcierto y al pillaje.

“Así, ni Albino García, que llenaba con su nombre la importante Intendencia de Guanajuato, ni los Villagranes, que esparcían el es-

panto por el rumbo norte de la de México, se doblegaron al nuevo poder regulador que se alzaba en Zitácuaro". (16)

Tal vez Albino no alcanzó a comprender la importancia de la Junta, porque desconfiaba de todo aquello que pudiera entrañar lazos de unión más o menos visibles con los odiados "Chaquetas", o en lo que pudieran moverse miras políticas que seguramente no hubieran podido convencerlo.

¡Es muy difícil imponer algún credo a quien no ha tenido más bandera que la acción!

Por otra parte, el nombre de Rayón quizás le era desconocido por completo hasta el momento en que lo vió estampado en la circular, o por lo menos no lo conocía en forma suficiente para aceptar el sometimiento que se le proponía, máxime cuando se sabía respaldado por varios miles de hombres que le hacían creerse capaz de afrontar lo desconocido.

¡Cuán distinta habría sido su actitud al tratarse del Generalísimo Morelos, símbolo de la actividad insurgente, a quien Albino conocía por sus hazañas inmortales y por quien sentía la más profunda admiración! "Por algunas cartas que han interceptado de Querétaro he sabido que el Gran Morelos ha conseguido la destrucción total del impío y cobarde Calleja". (Carta de Albino García a don José Antonio Torres, escrita cuando el Generalísimo se sostenía heroicamente en el sitio de Cuautla). ¡Así se expresaba del caudillo un inculto ranchero, un hombre que no perseguía otro objeto que el robo y el pillaje!

Pero una vez más, el cruel aprendizaje de su vida le hacía recelar de todas las situaciones que ignoraba, aunque comprendiera sus ventajas, como la fiera que observa y camina cuidadosamente a pesar de que se sabe protegida por las tinieblas de la noche.

Hemos de señalar también que el procedimiento de la Junta no fué en manera alguna acertado al recurrir inmediatamente a las armas sin haber probado el método del convencimiento con el ladino guerrillero, quien no sólo se rebeló contra la autoritaria circular, como ya hemos visto, sino que previno en el acto a sus guerrillas —una de las cuales mandaba su primo Pedro García—, que no cediesen a la medida que él, sencillamente, calificaba de traición:

(16) "México a Través de los Siglos". Tomo III. Pág. 261.

"Con la mayor vileza sugeridos de Yarsa y Huidrobo (11), varios sugetos an tratado el Viernes Santo de sorprenderme para quitarme las Armas y quien sabe la bida no baliéndose de otro pretesto que el de una comisión que dicen traer de S. M. para despojarme a mí y a todos los que me siguen; yo estoy próccimo atacarlos en Puruándiro, que es donde se hayan acampados; abiso a V. S. ésto para que le sirva de gobierno y no se rinda a nadie aunque se lo intimen pues no son más que puras traisiones y así V. S. esté listo para quando yo le abise".

"Dios Guarde a V. S. muchos años. Campamento en Villachuato. Marzo 30 de 1812. El Teniente General ALBINO GARCIA. Sr. Comandante D. Pedro García". (m)

Seguramente antes, Albino había tenido noticias de que se trataba de reducirlo al orden por medio de la fuerza, y las había trasmitido a sus allegados según se desprende de la siguiente contestación de su primo Pedro García:

"Exmo. Sr. Teniente General D. Albino García. Quartel General de la Gavia Marzo 30 de 1812.

Mi Estimado Primo en virtud de la que V. E. sirvió derigirme fecha 28 del que rrige en que me dise le ausilie a coger los sitados sugetos digo así por primero que estoy en la cama de unas fuertes punsadas 2º tener el enemigo tres leguas distante de onde me ayo por lo que no puedo abansar a honde se haya V. E. pero sí quedo entendido en aprender los sitados sugetos como mis individuos los yegen aber y aguardo su rresulto.

Como también se servirá V. E. ausiliarme con una poca de Gente y uno o dos cañones para un ataque que se me aprosima con el despeta de Linares que se aya por estas mediaciones concluído que sea y salga con vien fiado en la magestad divina nos veremos por ayá que ya estaré mexor y le llevaré el sitado ausilio que V. E. me franque, Dios Guarde a V. E. muchos años y mande lo que guste a este su atento primo que lo estima y desea verle.—El Teniente General A.—PEDRO GARCIA". (17)

(11) Se refiere seguramente a don Remigio de Yarza, Secretario de la Junta de Zitácuaro, que acudió a ella como representante del célebre guerrillero, don José Antonio Torres y a don Toribio Huidobro, otro jefe que mandaba algunas partidas insurgentes y que como el anterior, se hizo representar en la primera asamblea.

(m) Para esta fecha, la Junta de Zitácuaro se había visto desalojada ya de esta población por el general Calleja (2 de enero de 1812) y obligada a ir a Tuzantla, Tlachapa y Sultepec, de donde mandaron las otras expediciones que hemos citado, contra Albino García.

(17) "Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia". Hernández y Dávalos. Tomo IV, pág. 130. Doc. Núm. 50. Habrá notado el lector que los términos que usaban los jefes insurgentes para su tratamiento en los partes, son iguales que los usados por los jefes realistas, lo mismo que el nombre de las graduaciones que ostentaban, pues nacieron ambos de un mero espíritu de imitación de los insurrectos, al empezar a leer los partes que interceptaban.

Así, pues, contra aquel trascendental órgano político que se había constituido en Zitácuaro, fué necesario dirigir una fuerza que superara el prestigio del primero, y para tal cosa se ordenó al indispensable Calleja que tomase a toda costa la plaza que le servía de asiento, por lo cual se puso en movimiento el "Mechudo" con todo el espectáculo de costumbre y abanicado por una lluvia de cartas y órdenes secretas que precipitaban más y más su marcha. "Veo la necesidad urgentísima de que se haga la expedición a que Ud. camina. El licenciado contra quien se dirige, hace una guerra formidable por medio de proclamas, de mensajes y de toda especie de seducción". (José De la Cruz.)

Pero es aquí, justamente, donde Albino nos muestra que algún respeto y sumisión debió abrigar para la Suprema Junta Nacional Americana. Otra de las contradicciones tan curiosas que encontramos en el espíritu del genial guerrillero: no había tolerado la benéfica tutela de la Junta, aún había combatido contra ella, y sin embargo, apenas supo el gravísimo peligro que la amenazaba por la proximidad de Calleja, procuró reunir a toda prisa, con otros jefes insurgentes, una fuerza considerable para volar en su auxilio. Dejamos la palabra al jefe realista que dió su bautismo de fuego al "Manco" García:

"Con atraso de 14 días han llegado a mi poder el duplicado, y triplicado de V. S. fechas 28, del pasado octubre que me remitió el S. Coronel Dn. Torquato Truxillo con oficio suyo de fecha 7 de Noviembre en que me previene que si las importantes comiciones y recíprocos ausilios que puso a mi cargo para combinar con el Teniente Coronel D. Pedro Celestino Negrete fueren de tal naturaleza que no resulte un grave perjuicio, me ponga en marcha a obedecer la orden de V. S. pero las críticas circunstancias en que me hallo me mueben a comunicarle al expresado S. Coronel para que en su vista no se me pueda hazer un cargo ni resulte contra el valor acreditado de las tropas de mi mando, y en perjuicio de todo lo executado hasta ahora en la ynfame revolución que nos hallamos, y en caso de que resuelva V. S. y el expresado S. Coronel la marcha lo ejecutaré por el camino más próximo no obstante hallarme algo enfermo por las infinitas fatigas que me han acarreado las reuniones de los rebeldes, Torres, Reyes, Anaya, Cajigas, Nabarrete, y Albino García, *que intentan bolber a levantar en masa estas Jurisdicciones para acudir al auxilio de Sitáquaro cuyo comicionado es el Anaya*; y que servirá a V. S. de gobierno para las disposiciones ulteriores.

Dios Gue. a V. S. mS. aS. San Francisco Angamacutiro. Noviembre 11 de 1811.

Antonio de Linares.
(Rúbrica.)

Sor. Mariscal de Campo
D. Félix M^a Calleja”.

(Correspondencia de Don Antonio de Linares.—“Historia de Operaciones de Guerra”.—Linares Antonio.—1811-1821.—Tomo I foja 153.—Archivo General de la Nación.)

Es por todo esto que nos parecen de relativa certeza las palabras del licenciado Teja Zabre:

“Fuera del grupo de Rayón, la independencia no tenía más que adalides dispersos, no sólo sin coherencia, sino debilitados por discordias domésticas, por el bandolerismo, las envidias mutuas, la anarquía y la disipación: Los tipos de los revolucionarios de la época son, en este género, Albino García en Guanajuato, los Villagranes en la Huasteca y Osorno en los llanos de Apam, verdaderos caciques, rebeldes por cuenta propia, que nunca reconocieron amos ni jerarquías”. (18)

Cosa bien distinta es Julián Villagrán, que se hacía llamar Emperador de la Huasteca con el título de “Julián I”, de Albino García, capaz de tener tan loables ideas en defensa de la causa, y que iba a librar, en breve, sangrientos y gloriosos combates contra las tropas del Rey.

(18) “Morelos”. Pág. 191.

VIII

EL ATAQUE A LA CIUDAD DE GUANAJUATO.

En el fondo de un estrecho y tortuoso valle que limitan montañas caprichosas y ricas, pero de pobre vegetación, se levanta ha varios siglos la nobilísima y gloriosamente histórica Ciudad de Guanajuato (“lugar montuoso de ranas”).

Antaño, emporio de riquezas y del buen vivir, fuente inagotable de ingresos para la Real Hacienda, y refugio también de aventureros audaces que pronto hacíanse de fortuna en aquella tierra, donde cada merced se pagaba en áureos bolsillos que eran un fácil regalo de los minerales de “Cata” o de “La Valenciana”; hoy, un dulce remanso de la Colonia, en que cristalizó un prodigio de la construcción, y donde se vive en silencio bajo el hechizo siempre de leyendas y decires de los pasados tiempos.

Toda la magia de la evocación y del misterio parece latir en cada uno de sus callejones —pasos atrevidos como la sangre que los realizara—, en que sonaron quizá las plateadas espuelas de algún caballero enamorado, y en sus calles angostas y empinadas, por las que se viera una vez la venerada figura de los caudillos y la efigie inmortal del Intendente Riaño, véase ahora al automóvil en grosero y anacrónico contraste con los muros de esas casas, en donde resuenan aún los gritos de las huestes del Padre Hidalgo y el pasar de las feroces cabalgatas de Calleja...

* * *

La ciudad de Guanajuato no era, ni es, una buena posición para sostener en ella una defensa: fácilmente se comprende que, tomada cualquiera de las alturas que dominan la población, ésta queda ex-

puesta abiertamente al fuego que se la dirija, mientras que el enemigo halla un seguro refugio entre las sinuosidades del terreno, y el menor contraataque se encuentra desde luego, con el problema de la peligrosísima ascensión y sus resultados consiguientes.

La artillería de la época no era para fiarse mucho en sus efectos, de suerte que el peso de las acciones recaía invariablemente en la Infantería y la Caballería que, aún situados fuera de la población, para impedir que los insurgentes se adueñaran de las posiciones ventajosas de los montes, se veían de todos modos con la grave dificultad de la retirada, apenas les cortaban los caminos obligados que salen de la ciudad.

En virtud de la facilidad con que los insurrectos se situaban para atacar Guanajuato, se fortificó en 1812, el cerro de San Miguel, que se levanta al sur de la población, construyendo un sólido fortín en la cumbre (donde hay una pequeña llanura llamada de "Las Carreras", por las que tenían lugar allí los días de Santiago y de San Ignacio, patronos de la ciudad), al que se rodeó de un foso que le servía de protección.

En el cerro del "Cuarto", llamado así porque en su cumbre se colocaba la pierra o cuarto de algún malhechor ejecutado por la justicia virreinal, y que se encuentra al norte de la ciudad, también se intentó levantar un reducto de defensa, y para lograr este objeto se hizo necesario allanar su agreste subida por el lado de Guanajuato; luego se hicieron en el plano de la cumbre profundos fosos, que poco después fueron abandonados por exigirlos así las atenciones de la guerra y, como no se ha vuelto a seguir nada desde entonces, aquéllos se llenan de agua durante la temporada de lluvias, por lo que se les conoce hasta la fecha con el nombre de "Las Lagunitas".

Hacia el Oriente, los cerros de "Sirena", "El Meco" y "La Boli-ta", cierran el cerco de montañas que por el Oeste forman algunas elevaciones de poca importancia, sobre Guanajuato, que era la ciudad más codiciada de todo el Bajío, por la fama de las riquezas que decían encerraba.

De allí salió el general don Félix María Calleja del Rey el 11 de noviembre de ese mismo año (1811), sobre Zitácuaro, que ocupaba el licenciado don Ignacio López Rayón, y como ya sabemos, procuró movilizar el mayor número de gente para destruir aquel centro director que se había erigido con la pretensión de absorber la autoridad de todos los jefes insurgentes. Por este motivo, sólo quedó en Guanajua-

to una corta guarnición, no obstante que ya se sabían los progresos que había hecho la formidable guerrilla del "Manco".

"Esta ciudad, veía con dolor salir a su mismo opresor de sus cañadas porque temía, y justamente, que a su salida se descolgase sobre aquella población la nube tempestuosa de Albino García, hombre tan atrevido como astuto e inmoral, ladrón y borracho; ¡desgraciada suerte de Guanajuato, desear un mal por evitar otro mayor!

"Aquél vándalo era el terror de todo el Baxío, tenía inundadas las llanuras del Valle de Santiago soltando los diques de las presas de agua que allí preparan para enlamar las tierras y sembrar el trigo; su armamento era numeroso, su caballería selecta, sus dragones atrevidos, su táctica peculiar, desconocida a los mejores militares, y ver daderamente destructora.

"Increíble se hace que Venegas pudiera haber mandado retirar el ejército del centro y de una ciudad tan rica como Guanajuato, teniendo en sus inmediaciones a un enemigo tan formidable, y cuyo cuartel general estaba en el Valle de Santiago". (19)

El recelo de los vecinos de Guanajuato se cumplió bien pronto; el 18 del propio mes, una de las guerrillas del "Manco", que mandaba el guerrillero Tomás Baltierra, conocido con el nombre de Salmerón (n) atacó la población al frente de unos 400 ó 500 hombres, y después de breve, pero nutrido tiroteo, se retiró, dejando la amenaza de que pronto volvería reunido con el terrible y famoso Albino García.

Este, mientras tanto, no se daba punto de reposo atacando aquí y acullá a los destacamentos que se movilizaban, ahora con precipitación, para medio lograr sus operaciones, pues trataba seguramente

(19) "Campanas de Calleja". Carlos María de Bustamante. Pág. 133.

(n) "Se le daba este nombre porque era muy alto y había existido un Salmerón, notable por su elevada talla. El Salmerón a que se aludía al llamarle así, fué un joven de estatura gigantesca que le fué presentado al Virrey Branciforte como cosa verdaderamente notable, el día 1º de noviembre de 1796. Se llamaba Martín Salmerón, tenía veintidós años y había nacido en el pueblo de Chilapa. Este joven sin pelo de barba aún, tenía de estatura dos varas y tres cuartas y dos pulgadas: era bien formado, y pesaba diez arrobas y veinte libras: su ocupación era labrador y estaba próximo a casarse con María Rodríguez, mujer también de elevada talla, pues le llegaba al hombro. Se dice que Salmerón tenía, cuando nació, vara y cuatro dedos. Los hermanos de Salmerón eran diez y ocho, todos de buena estatura. El Virrey Branciforte le permitió que recibiese dinero de las personas que quisiesen verle y le llamasen a sus casas con ese objeto; y cuando iba a ellas marchaba en coche, con soldados que le escoltaban. Estos pormenores relativos al gigante Salmerón, los he tomado del diario en que apuntaba todos los acontecimientos del día, el cabo de alabarderos don José Gómez, que le conoció. Yo he visto en el Apartado, de México, la señal hasta donde llegaba Salmerón, y en efecto, media dos varas, tres cuartas y dos pulgadas de altura, que es la más notable que se ha visto hasta ahora de los gigantes que se han exhibido al público". ("Historia de México". Niceto de Zamacois. Tomo VII. Pág. 583.)

Consigna Bustamante que el famoso gigante fué realista de corazón y estuvo a punto de matar al Generalísimo Morelos en Chilapa, en donde le hizo fuego una ocasión. Morelos, agrega el mismo autor, no mandó fusilar a su agresor, porque siempre fué admirador de las obras portentosas de la Naturaleza.

de atraer la atención de Calleja y retardar su marcha sobre Zitácuaro el mayor tiempo posible. Debió enterarse en seguida, de que marchaban sobre la Junta, los mejores soldados con que contaba el reino, y al mando de su mejor general, por lo que, aunque su deber estaba realmente en acercarse a Zitácuaro y prestar a Rayón la ayuda que pudiese, prefirió tal vez por el resentimiento de los sucesos ya conocidos, desviar tan sólo los cuidados de Calleja hacia Guanajuato. Por otra parte, es preciso confesarlo, debió saber que la misma ciudad quedaba protegida por una escasa guarnición y, por lo mismo, muy a propósito para aprovechar el momento de sorprenderla con el objeto de practicar un saqueo que acabase de vengar su derrota de Salamanca.

Así es que, en tanto el "Mechudo" avanzaba sobre Zitácuaro a redobles de tambor y toques de corneta, Albino reunía con la mayor presteza todas sus guerrillas, con las que empezó a movilizarse hacia Guanajuato en los últimos días del mes de noviembre.

No obstante la reserva que procuró guardar "El Manco" para el mejor éxito de su osado proyecto, desde el día 23 ó 24 se tuvo noticia en aquella población de que Albino se hallaba formando un núcleo considerable, por lo que se libraron órdenes urgentes a Silao y León a efecto de que mandaran sin pérdida de tiempo una parte de las tropas que formaban sus respectivas guarniciones, en auxilio de la ciudad, y se hicieron replegar violentamente las avanzadas que habían en los minerales de Santa Ana, La Valenciana, Mellado y Marfil.

La ciudad entera se estremeció con la infausta novedad; toda la gente procuró poner en salvo a sus familias, bien escondiéndolas donde se podía, cerrando fuertemente sus casas, o enviándolas los de posibles, fuera de la población en los pocos coches que se hallaban. Otros consideraban bien difícil la tarea de guardar su propio pellejo, mas de todos modos escondían a toda prisa sus intereses, y los más decididos procuraban agenciarse algunas armas o ayudaban a la tropa a formar parapetos a lo largo de las calles.

Se tomaron, pues, todas las precauciones necesarias, o cuando menos, las que así se consideraron, y así transcurrieron unos días de angustiosa expectativa, pero en la mañana del día 26, a eso de las ocho, empezó a oírse un lejano griterío por el rumbo de San Miguel, que a poco aumentó de manera increíble a pesar de que los montes

temblaban por el galope de tres o cuatro mil caballos que corrían desenfrenadamente, precedidos por el de Albino García. (o)

“El Manco”, subió con su gente por la presa de “Pozuelos”, hasta llegar a la cumbre del cerro de San Miguel, donde se situó, extendiendo su tropa hacia el Oriente por los cerros de “La Sirena”, “El Meco” y “La Bolita”, y mandó emplazar en la cumbre del primero el mejor de sus cañones, con el que empezaron a dirigir un vivísimo fuego, que completaban varias columnas de fusileros, sobre Guanajuato.

Pero por desgracia, la distancia, y, sobre todo, la pésima puntería de artilleros y tiradores, hicieron de aquél estruendo un mero ensaye de cohetería; las balas de fusil no llegaban más que a derribar algunos arbolillos y a perforar raquíticos nopales que se hallaban en las faldas del San Miguel, y las de cañón, se atoraban en las primeras casas sin hacer ningún daño, espantando tan sólo a las gallinas.

Empero, no tardó la plebe de Guanajuato en entusiasmarse y empezar por su cuenta una ofensiva contra los escasos defensores de la ciudad, a fin de unirse a los guerrilleros insurgentes, ya que “El Manco”, los estaba invitando a ello, pues “éste era el general que en el cerro de San Miguel daba órdenes, convidaba al resto del pueblo, y hacía tal o cual descenso e incursión según le parecía”. (Labarrieta. Véase el Apéndice N° 11.)

Mandaba la defensa el Conde de Pérez Gálvez, que recibía entonces su bautismo de fuego, por encargo del asustadizo Intendente don Fernando Pérez Marañón, nombrado por Calleja, y como observaran los realistas que aquel nutrido tiroteo no producía otro efecto que el de los estallidos, determinaron organizar un fuerte pelotón que pusieron a las órdenes de don Angel De la Riva, el cual debía encumbrar por el otro lado del cerro y atacar a Albino por la espalda, para quitarles el buen cañón que traían, en tanto que los demás los auxiliaban con una vigorosa acometida por el lado de la ciudad.

Algunos voluntarios realistas ya habían tratado de desalojar a los insurgentes de sus posiciones, pero habíanse visto obligados a regresar derrotados y maltrechos. ¡De algo habrían de servir, a la postre, las balas que llovían por doquier!

(o) Don Niceto de Zamacois hace subir a doce mil el número de los atacantes. Es una cifra exagerada en extremo, pues el cura de Guanajuato, que presenció el ataque, consigna que eran alrededor de cinco mil, cifra que igualmente consideramos inexacta, dada la fuente de que proviene. Si Albino García hubiera tenido una sola vez siquiera, doce mil hombres, quién sabe cuál hubiera sido la suerte del propio general Calleja, a quien, como ya sabemos, llegó a atacar en repetidas ocasiones.

Más de medio centenar de hombres y buen número de “Yedras” (p), fueron puestos a las órdenes de La Riva, quien empezó a subir cautelosamente por una vereda estrecha y empinada que se conoce con el nombre de “El Espinazo”, y está a corta distancia del cuartel de San Pedro, y que conduce desde el barrio del “Venado”, hasta la cumbre del cerro de San Miguel. Creyó La Riva avanzar al abrigo de toda mirada de los insurgentes y seguro de su triunfo en la sorpresa, pero advertido su avance por “El Manco” García, casi desde su salida de la población, y con gran facilidad por el llamativo color de los uniformes, cortóles bruscamente la retirada por la calzada de Nuestra Señora de Guanajuato, haciéndoles varias descargas cerradas que, al matar a los primeros jinetes con sus respectivas cabalgaduras, precipitaron a los demás cuesta abajo, haciéndolos pedazos. El Propio La Riva, y más de cuarenta hombres perdieron la vida en la audaz intenciona, replegándose los demás con precipitación al centro de la plaza mayor.

Envalentonados por el buen resultado de su hazaña, descendieron con gran alboroto los insurgentes por la calzada de Las Carreras, y en un santiamén ocuparon las calles de Matavacas, Cantarranas, el Campanero y entrada a la de Sopena, arrollando a su paso a los pocos vecinos y soldados que intentaron hacerles resistencia, y obligándolos igualmente a replegarse con el mayor desorden hacia la plaza mayor.

“Aquí estábamos casi todos los vecinos principales comandados por el Conde Pérez Gálvez” escribió a Calleja el cura de Guanajuato, Dr. Antonio Labarrieta, “y por D. José Aguirre ayudante de plaza: digo casi todos, porque algunos más egoístas, y más miedosos que yo, se han estado encerrados en sus casas en todas las alarmas, alegando ya enfermedades, y ya prerrogativas reales, como si cuando se trata del peligro universal pudiese haber privilegios; pero dejemos esto porque no trato de recordar a V. S. la vigilancia de estos señores en guardar sus personas; sigamos el hilo de nuestra desgraciada historia”. (Véase el Apéndice 11.)

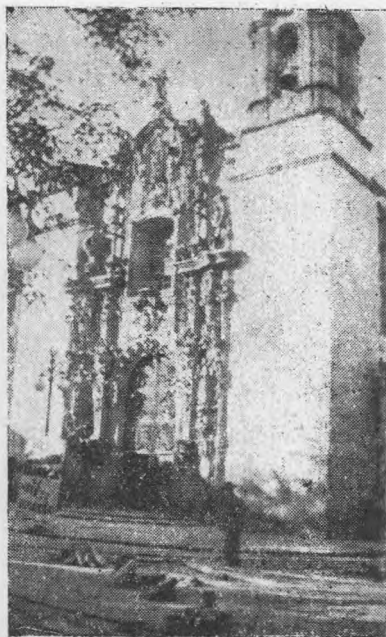
Una a una de las calles fueron ocupando los insurrectos con rapidez increíble, pues ahogaban materialmente la heroica oposición de los vecinos, y, dando por ganada la acción, algunos de ellos “subieron a los campanarios de San Francisco y San Juan y repicaron”, mientras que el resto de la gente trataba de forzar el estrecho refugio de

(p) Así se llamaba a un regimiento, por el color azul claro de los uniformes de los soldados que lo componían.

los defensores, la plaza mayor, a cuyo efecto dieron la última carga que les dió el resultado querido, pues lograron entrar a ella conduciendo su cañón por un lado de la plazuela de San Diego (hoy jardín de la Unión), hasta la esquina que forma la tienda conocida con el nombre de "La Corona", y allí lo dispararon, pero con tan poca fortuna de su parte, que sólo resultó muerto un sargento realista apellidado Sanabria.



Desde la calle de Alonso se contempla la cumbre del cerro de San Miguel, en la que alguna vez apareciera, antes de atacar la ciudad de Guanajuato, el célebre guerrillero Albino García.



Templo de San Diego, que dió su nombre a la antigua plazuela del mismo nombre, hoy Jardín de la Unión.

En ese momento, los realistas pusieron fuego también a uno de sus cañones, y, aprovechando la mortandad que causara, seguida de la consiguiente confusión de los insurgentes, y la ansiedad que se apoderó de ellos al notar que se les habían agotado las municiones, un español —de los muchos que se habían sumado a la defensa—, llamado Pedro Argors, se precipitó heroicamente sobre el de los insurrectos a tiempo que disparaba las dos pistolas que tenía, y seguido apenas de unos cuantos logró tomarlo no sin sufrir algunas pérdidas y volverlo a su vez

contra los asaltantes, lo cual les causó un gran desconcierto, tanto más cuanto que en aquellos instantes se decía que empezaban a verse tropas realistas por el camino de Silao; era, en efecto, un convoy que llegaba custodiado por el teniente coronel Castro, y además, las tropas de don Angel Linares y don Luis Quintanar, procedentes de Jalisco, enviados estos últimos por el brigadier don José de la Cruz, al tener noticia de que Guanajuato se hallaba en peligro.

Albino tuvo que retirarse, pues las tropas realistas eran numerosas y estaban bien armadas, pero se dió el gusto de presenciar, en actitud de desprecio, el recibimiento que hiciera a Castro don Luis Quintanar, quien salió a encontrarlo a poco trecho de la ciudad, y cuando ya se movilizaban los españoles dispuestos a castigar su insolencia, dió la orden de retirada, que se obedeció sin reparo, empezando a evacuar la ciudad por donde habían entrado y con dirección hacia el rancho de Las Cuevas. Todavía de las últimas casas, Albino se llevó por la fuerza al hijo de una de las familias más acaudaladas de la población, llamado José María Rubio, a quien hizo desde luego, su secretario y llevó como tal en toda la campaña. Ya veremos después la decisiva influencia que tuvo este sujeto en la muerte misma del "Manco" García.

De no haber surgido esta ayuda providencial para los realistas, Albino hubiera tomado con toda seguridad Guanajuato, y hallado en ella los enormes recursos que deseaba.

"Todo estaba ya casi perdido —agrega Labarrieta—, y yo persuadido de ello y ocupado de una convulsión general de todas mis arterias y miembros, me replegué a la parroquia, pero no solo; me acompañaron varios europeos y criollos que padecen la misma enfermedad que yo. Mi temor se aumentó porque se pidió en voz alta por la plebe de Valenciana que fué la por, mi cabeza, la del Sr. intendente, Conde Pérez Gálvez, y secretario Rocha".

"Algo les harían", comenta Bustamante, con gran certeza por cierto, pues en lo que toca al cura de Guanajuato, había hecho solemne juramento de predicar contra la causa insurgente, y lo había cumplido, lo cual era cosa bien sabida de Albino García.

Los insurgentes habíanse retirado en el preciso momento en que lograban una victoria aplastante. "No se puede decir que les dispersamos sino que se retiraron". Hubieran bastado unas cuantas horas más para consumarla. Sin embargo, "El Manco", había dado una de las más severas lecciones a las tropas realistas, atacándolas en su propio cuartel y quitándoles sus mejores elementos de guerra, ya

que si su artillería fué tomada al principio de la acción como un simple juego de niños, bien pronto se convirtió en arma poderosa que causó grandes destrozos y mortandad. *“Ojalá que V. S. u otro cualquiera militar hubiera presenciado la batería, hubiera confesado que fué sangrienta, tenaz y más terrible que la de Hidalgo”*.

Y en memoria de aquella retirada, tenida por milagrosa, los vecinos mandaron hacer un pequeño cañón de oro macizo, que colocaron en la Parroquia de Guanajuato, del que se apoderaron poco tiempo después los defensores de la ciudad.

“Yo era uno de los resueltos a fugarme” —termina Labarrieta—, “porque no me hallé capaz de resistir otro golpe, ni sirvo de cosa alguna. Para lo único que podía servir, era para atraer al pueblo; más éste está tan rebelde, que sólo cederá a la bala y el cordel; no hay esperanza, ni debemos equivocarnos ya en esta materia; el pueblo es un enemigo nato de nosotros, y si no se le avasalla hasta donde se pueda, somos perdidos. V. S. ha clamado más que nosotros al gobierno para que nos guarnezca, le ha hecho ver la utilidad, el daño, etcétera, no ha tenido ni se espera su verificativo, conque algún enigma habrá que yo no puedo comprender: apelaremos pues, a la resignación”. (q)

¡Cómo tenía razón el religioso al trazar con todo el pavor que nos confiesa, estas palabras!: el pueblo era su enemigo nato, es verdad, como que ellos habían creado el odio inmenso fomentando su ignorancia, su miseria, su renunciación!

No debían equivocarse, es cierto, ni tampoco esperar que un gobierno minado desde su base, sacara de la nada los recursos que Calleja había pedido sin cesar, así comprendiera el tremendo peligro que amenazaba su vida. ¡Ese era el enigma que no podía comprender Labarrieta!

No tenían esperanzas, aunque algunos ilusos las conservaran, porque el pueblo ya no iba a ceder ni con la bala y el cordel, ni con los más crueles castigos o la terrible precisión de sus ataques, porque ya estaba escrita en la Historia una sentencia que había sellado con su propia sangre:

“¡Mueran los españoles, muera el mal gobierno!...”

(q) En efecto, Calleja había apremiado al Virrey Venegas en repetidas ocasiones, para que le proporcionara mayores elementos con que combatir al insurrección, pero las buenas intenciones del Virrey jamás pudieron hacer el milagro de facilitárselos: “Por tanto vuelvo a insistir en la necesidad de que V. S. con la actividad que le es genial se sirva tomar las más enérgicas providencias para aumentar la fuerza militar del Reino, pues de ella depende nuestra seguridad y no podemos contar con otros auxilios que con los que saquemos de él y nuestros esfuerzos”. Guadalajara.—Enero 29 de 1811, a las once de la noche.—Félix María Calleja. (Rúbrica).—(Documentos del Archivo General de la Nación.)

IX

DISTRACCIONES DEL "MANCO" EN LA CAMPAÑA.—
ALBINO ATACA SAN MIGUEL, DOLORES Y SAN FELIPE.—UN ARDID DEL GUERRILLERO.—LAMENTABLE
ERROR SOBRE UNA HEROINA INSURGENTE.—DOS HOMONIMOS DE GARCIA.

El "Manco" tomó rápidamente el camino del rancho de Las Cuevas. Sabía que los españoles tenían sobrado quehacer con enterrar a las víctimas y reparar los destrozos causados en las cinco horas de aquel furioso combate, y que por demás, nunca se habían atrevido a perseguirlo como no lo supieran en derrota o con menos fuerzas de las que ahora llevaba. Justo era, por lo tanto, permitirse un descanso con su esposa y sus "muchachos", que bien lo merecían después de sortear tan grandes peligros.

Sin embargo, desenterraron de paso dos magníficos cañones que Calleja había ocultado con gran misterio en Rancho Seco, y quitaron cuanto fierro utilizable había en la hacienda de Cuevas. "Van llenos de orgullo y esperanzas de vencernos".

En seguida, Albino García, aquel guerrillero sin plan alguno que no fuera el bandidaje, según la peregrina versión de unos autores, y capaz en verdad de cometer los peores excesos y de tener al mismo tiempo inesperadas acciones de nobleza y magnanimidad, hizo que toda su gente presenciara una imponente ceremonia religiosa que había mandado preparar en acción de gracias al Señor, por haberles concedido la victoria, pues era muy devoto de la Santísima Trinidad y de la Virgen de Guadalupe, y por doquiera que iba hacíales celebrar grandes funciones en su honor.

Cumplido su deber de creyente, el mismo Albino desató la tormenta, por lo que se inició a la caída de la tarde un verdadero fandango; numerosas pollitas de las inmediaciones llevaron los insurgentes, de grado o por fuerza, para compartir con ellas la velada, y organizáronse a poco animados bailes, por indicaciones del propio jefe, humedecidos por el pulque, el mezcal y hasta vinos españoles robados de alguna bodega de Guanajuato, mientras los más entonados, al son de viejos instrumentos hábilmente tocados en un rincón de la estancia, cantaban aquellas coplas famosas que pedía el guerrillero Osorno, antes de enfrentarse a los "Chaquetas":

"Rema nanita y rema,
y rema y vamos remando,
que los gachupines vienen
y nos vienen avanzando".

"Por un cabo doy dos reales,
por un sargento un doblón,
por mi general Morelos
doy todo mi corazón".

Así, no obstante que Albino se transformaba en otro hombre ante el enemigo, parecía llevar tras sí la alegría, pues era un amante apasionado de la música y del baile de la región. Refiérese que siempre le acompañó un buen número de músicos que le distraían de las grandes fatigas y preocupaciones de la campaña.

Alternando con los bailes y cantares, hicieronse también grotescas representaciones de algunos personajes; alguien tuvo la idea de improvisarse un hábito que se amarró al cuerpo con una reata, y empezó a pasear entre la chusma predicando las barbaridades que se le ocurrían, mientras los otros, fuera de juicio por el alcohol, el gusto y las mujeres, respondían a coro e inventaban todo género de ocurrencias para burlar al cucarro.

Poco después, los gritos semisalvajes de aquella orgía habíanse apagado casi por completo, porque los insurgentes empezaban a dispersarse en busca del fácil refugio de la obscuridad y del silencio.

La noche escuchó, discreta, los murmullos de amor...

No acababan todavía de tomar aliento los pobres vecinos de Guanajuato, cuando una nueva noticia les vino a helar otra vez la sangre en las venas: El "Manco" había dividido su fuerza en dos secciones y saqueado, al mando de una de ellas, los pueblos de San Felipe y San Miguel, "dando muerte en éste a más de treinta personas, e incendiando el Cuartel y otras varias casas".

Al mismo tiempo (8 de diciembre de 1811), la otra guerrilla, que mandaba su primo Pedro García, atacaba el pueblo de Dolores, donde incendió las principales casas del pueblo, saqueó parte de las alhajas de la Iglesia y cometió con su gente graves atentados contra mujeres doncellas y casadas.

Los insurgentes habían dado muerte a cinco urbanos de la Compañía que estaba allí para defender la plaza, después de hacer prisioneros al capitán y a los cincuenta y cinco hombres restantes, "cometiéndole el crimen de violar quarenta y tantas doncellas, a más de otras atrocidades", y amenazaron de nuevo a Guanajuato, según lo habían prometido al retirarse unos días antes de la infortunada población.

Linares y Quintanar determinaron salir a batirse con el "Manco" García, pero Guanajuato tembló ante la sola idea de quedar desguarnecida. "Conmovióse toda la ciudad, que estaba resuelta a emigrar con ellos..." Los realistas tuvieron que renunciar a su intento en esta ocasión, mas como se sintieran bien pronto amenazados por la proximidad de Pedro García, que se había trasladado a San Pedro Piedragorda, salieron con toda rapidez para el pueblo y lograron derrotar allí, el 25 de diciembre (1811), a las fuerzas insurgentes.

Aquello antojábase interminable. Las guerrillas de Albino eran como la hidra que decía Calleja retoñaba a proporción que se cortaban sus cabezas, eran una horrible pesadilla que no lograban alejar los españoles, pues entretanto, "el coco de los realistas", según llamaban al "Manco", tendía una celada a Guanajuato, que iba a verse coronada con el éxito más completo; había en la ciudad un capitán de una Compañía de patriotas de Caballería, llamado don José González, que los perseguía con gran tenacidad y encarnizamiento cada vez que la ocasión se presentaba. En todos los combates dados, el capitán González se había distinguido por el número de vidas cortadas con su propia mano, pues su valor temerario le arrastraba siempre hasta confundirse materialmente entre los insurrectos.

Albino García, aprovechó su imprudencia: el día 6 de enero de 1812, se aparecieron por las montañas de Guanajuato, numerosos guerrilleros casi desnudos y sin armas, y montando unos caballos tan feos y desgarrados, que todos los habitantes concibieron al momento una completa victoria de las tropas del Rey. El capitán González aprestó en el acto a sus hombres, y salió con tal precipitación para sellar el desastre, que un *consumatum est* se escapó a todos los vecinos.

Los insurgentes emprendieron la fuga, claro está, dejándose ganar el terreno suficiente para halagar a sus perseguidores, pero al llegar a las cañadas que están detrás de la presa de "La Olla", revolvieron ellos con el grueso de la gavilla que tenía preparada la sorpresa, y dieron muerte al Capitán y a buen número de sus soldados.

Los demás volvieron despavoridos a Guanajuato.

Satisfecho por entonces, porque la ciudad había quedado bien defendida, el "Manco" corrió con sus "muchachos" a Irapuato, al que atacó vigorosa, aunque inútilmente, los días 11 y 12 del mismo mes "sin que lograran sus depravadas intenciones de entrar dentro de fosos", por falta de municiones, habiéndose retirado a la hacienda de la Virgen, después de hacer grandes daños en la de Buenavista, donde permanecieron hasta el día quince por la mañana, en que se vieron obligados a retirarse porque supieron por un correo interceptado en el camino de Guanajuato, que Castro y Linares ya venían, a marchas forzadas, en auxilio de la población que acababan de atacar.

Albino, que con tan repetidas victorias se había convertido en un grave peligro para las tropas realistas que operaban en todo el Bajío, trató de ensanchar la vasta esfera de sus correrías, y al efecto, se puso de acuerdo con los bravos guerrilleros Manuel Muñiz y José Luciano Navarrete, que operaban en la Intendencia de Valladolid (hoy Michoacán), para caer juntos sobre la ciudad del mismo nombre (hoy Morelia), (r) mientras que Linares excursionaba por Guanajuato acercándose al mismo punto para ponerse a las órdenes de don Torcuato Trujillo, y Calleja, exasperado por las temerarias hazañas de García, mandaba al distinguido brigadier don Diego García Conde, a que resguardara la fértil zona en la que "El Manco" imperaba.

(r). Le fué puesto el nombre de Valladolid a la actual ciudad de Morelia, en honor del Exmo. Sr. Virrey don Antonio de Mendoza, de muy grata memoria para los mexicanos, que había nacido en la Valladolid de España. Hoy se llama Morelia en honor del Generalísimo don José María Morelos y Pavón, el glorioso caudillo de la Independencia, que nació en esa ciudad el 30 de septiembre de 1765.

Por aquellos días (14 de enero de 1812), ocurrió en la Nueva Galicia (Jalisco), un curioso suceso, que merece especial atención, porque se ha prestado a las más graves confusiones por parte de algunos historiadores.

Don Félix María Calleja del Rey había establecido en Guadalajara una Junta de Seguridad, con el objeto de que se encargara de castigar los delitos de infidencia. Entre las numerosas sumarias que se iniciaban día a día, hubo una —muy famosa por cierto—, en la que figuró como procesada una mujer, llamada Guadalupe Rangel, sobre la cual pesaba el cargo de ser insurgente y esposa del guerrillero Albino García.

El coronel don Manuel del Río comisionó a don Juan de la Peña y del Río, capitán de la Compañía de Granaderos del Batallón Provincial de Guadalajara, para que instruyera la correspondiente Sumaria a la presunta responsable, y éste nombró como escribano al sargento de granaderos Josef María Gama, iniciándose la causa en Mazamitla. Por circunstancias especiales, y previo el exhorto correspondiente, hubo de tomarse su primera declaración a la Rangel en el pueblo de Xiquilpan, y en efecto, expresó: “que se llamaba María Guadalupe Rangel, natural del pueblo de Cotija, de veinticinco años de edad, católica, apostólica, romana, y que era casada con Albino García”.

Ciertamente, los datos transcritos hacen de indubitable certeza la afirmación hecha por los historiadores en el sentido de que la Rangel fué esposa del “Manco” García, pero el error se debe a que en esa época había otro guerrillero insurgente que se llamaba también Albino García, y que operaba por la región de Mazamitla y Xiquilpan. Este era el marido de Guadalupe Rangel.

¡La Historia, por desgracia, no ha podido recoger el nombre de la heroica compañera del “Manco” García!

La Rangel, a diferencia suya, nunca había salido a campaña con su marido, y lo que es más, ni siquiera se hallaba afiliada a la causa que él defendía, pues según el testimonio del teniente de Acordada don Ignacio Zepeda, “había cooperado en el modo que había podido en favor de la justa causa”. A mayor abundamiento, el guerrillero aquél fué hecho prisionero a principios de febrero por el coronel don Manuel del Río, y fusilado poco después en la hacienda de La Guaracha, por lo que el brigadier José de la Cruz, que había hecho trasladar a su

esposa a Guadalajara para que continuase allí la causa, pidió a la Junta que la pusiera en libertad:

“En atención a que hoy he recibido noticias que hacen inútil el objeto porque hice venir a esta ciudad a doña María Guadalupe Rangel, muger del rebelde Alvin García, puede ponérsela en libertad si la Junta de Seguridad no tuviese algún otro motivo, en vista de la sumaria, para que subsista en ella”. Guadalajara, 16 de febrero de 1812.—Cruz”.

La Junta de Seguridad contestó al Brigadier que continuaba pendiente la causa, en virtud de que aún no se reunían los elementos necesarios para determinar su culpabilidad o inculpabilidad, y Cruz le manifestó entonces, su conformidad con que siguiese la instrucción del proceso:

“En vista de lo que manifestó V. S., en oficio de ayer acerca de Da. María Guadalupe Rangel, muger del rebelde Albino García, hallo justo que continúe esa Junta la causa que está formando a dicha reo en averiguación de los crímenes que se le imputan, pues el motivo de haber dicho yo que la pusieran en libertad, si no resultaba nada contra ella, fue por haberme avisado el señor coronel don Manuel del Río, que se había preso al citado Albino García, y que iba a pasarlo por las armas; avisolo a V. S. en contestación para su inteligencia y gobierno.

Dios guarde a V. S. muchos años. Guadalajara, 18 de febrero de 1812.—Josef de la Cruz.—A la Junta de Seguridad Pública”.

Algunos días después, María Guadalupe Rangel dirigió un escrito a la Junta de Seguridad, exponiendo sus padecimientos, la desgracia del fin de su esposo Albino García, un tío carnal suyo y un primo, todos pasados por las armas en la hacienda de La Guaracha, y pidiendo que se le tuviera por compurgada del delito que apareciera en su proceso y se le pusiera en libertad, escrito que la Junta acordó en el mes siguiente, concediéndole lo que pedía. “Parece al Fiscal justo se ponga en libertad a la citada Rangel”.

Quede, pues, definitivamente aclarado, el disculpable error a que hemos hecho referencia.

Peró nos queda algo todavía: en 1815, esto es, tres años después de la muerte del “Manco”, existió por el norte del país, otro guerrillero insurgente llamado también Albino García, que tuvo escasa significación en el movimiento. “En 1815, se formó en las poblaciones

del Bravo, una gruesa partida de independientes que capitanearon don Albino García, don José María Cavazos (a) "El Cantareño" y don José Herrera. Anduvo en campaña casi todo el año, hasta que fué desbaratada por los realistas. Desde entonces, no volvieron a sentirse más movimientos en esta provincia". (20)

Por tanto, fueron tres guerrilleros del mismo nombre, los que pelearon por la causa de la libertad, pero de ellos, sólo uno conserva la gloria impercedera de sus hazañas: el "Manco" García.

(20) "Historia de Tamaulipas". Lic. Arturo González. Pág. 29.

X

EL DESASTRE DE TARIMBARO.—DON DIEGO GARCIA CONDE.—ENCARGASE A ESTE MILITAR DEL RESGUARDO DEL BAJIO.—ALBINO APARECE REHECHO EN EL VALLE DE SANTIAGO.—LOS PRESAGIOS DE UNA CATASTROFE.

El Jefe de Armas de la Intendencia de Valladolid, Torcuato Trujillo, tuvo noticia anticipada del ataque que contra la ciudad habían planeado los guerrilleros García, Muñiz y Navarrete.

Con toda la rapidez que el caso exigía, mandó al capitán don Angel Linares en busca de Albino, que ya se movilizaba rumbo a la población, y previno al primero que impidiese a toda costa la reunión de estos jefes.

El "Manco" había hecho un corto descanso en las alturas del pueblo de Tarimbaro, y desde su agreste refugio descubrió la columna de Linares, por lo que, sin esperar el ataque de los españoles, descendió vertiginosamente sobre las tropas realistas, confiado, a no dudar, en arrollarlas con los cuatro mil hombres que llevaba. Pero Linares, que iba dispuesto para repeler incluso una emboscada, hizo emplazar prontamente su artillería, con la que recibió a los jientes en el momento oportuno, cambiando desde el principio el resultado casi seguro de la acción; los cañones abrían verdaderos surcos de sangre en las masas enemigas, dejando ver entre las brechas multitud de cuerpos horriblemente mutilados, de los que en vano pretendían enardecidos con el ejemplo de su jefe, atrapar gachupines a su modo, para hacerles morder el polvo a la vista de todos los soldados.

Se hizo imposible continuar tan desigual combate ante tal mortandad. La confusión se apoderó de todos y la gente empezó a dispersarse, como de costumbre, en pequeños grupos que debían juntarse lo más pronto posible en el lugar que Albino les había señalado de antemano.

Muñiz y Navarrete, ignorantes del desastre, llegaron poco después a las lomas de Santa María, adonde se habían dado cita con el "Manco", y fueron deshechados por las columnas de Linares y Trujillo, dejando en su poder casi todas sus armas.

La noticia de estas derrotas voló al instante por toda la región, y don Diego García Conde, que había destacado una parte de sus fuerzas en auxilio de Valladolid, despachó un correo girándole instrucciones de caer sin pérdida de tiempo sobre el Valle de Santiago, para dar simultáneamente el golpe final a los vencidos, pues había recibido informes que le aseguraban que el "Manco" rehacía a toda prisa en el pueblo sus grandes gavillas del Bajío.

Más no tardó el correo en ser sorprendido por las guerrillas de Albino, que se retiraban cerrando una red gigantesca hacia su madriguera, por lo que, juzgando el genial guerrillero que el jefe español le supondría en la misma población del Valle de Santiago, y que de seguro llegaría al pueblo tratando de cogerlo como en una ratonera, sin dejarle salida por ningún lado, resolvió esperarlo no lejos de su objetivo para caerle de sorpresa en un lugar que le permitiera desplegar su táctica libremente, y para ello eligió un estratégico paraje en las estribaciones del cerro de La Batea. Es aquí donde vamos a encontrarle, pues, en la mañana del día 13 de febrero de 1812.

* * *

Mientras tanto, una larga columna realista avanzaba rápidamente siguiendo las constantes curvaturas de un hermoso camino: era una división que iba al mando del brigadier don Diego García Conde, Comandante en Jefe de las fuerzas españolas destinadas a la protección del Bajío, y que estaba a punto de llegar a la hacienda de Parangueo, situada a muy poca distancia de la población del Valle de Santiago.

García Conde, era un destacado militar; hombre valiente, enérgico, activísimo, extraordinariamente celoso en el cumplimiento de sus obligaciones, que ostentaba tal dignidad merced a que había re-

corrido por riguroso escalafón y, con toda brillantez los diversos grados de la carrera de las armas, y que no omitía esfuerzo alguno para restar la menor gloria a las tropas del Rey. Poseía una sólida preparación en todos los ramos de la milicia, de acuerdo, naturalmente, con los adelantos de la época, y es de justicia señalar que tenía, además, una especie de intuición que caracterizaba la mayor parte de sus movimientos por su indiscutible acierto. Era uno de los jefes mejor preparados para afrontar la difícil situación que reinaba en la Nueva España, y un verdadero obstáculo para la creciente actividad de las fuerzas insurgentes; era, en suma, uno de los más valiosos elementos con que contaban las tropas realistas.

García Conde, había sido destinado por el general don Félix María Calleja, a resguardar la vasta zona del Bajío, una de las más peligrosas por haberse constituido en un seguro refugio de osados guerrilleros, y había quedado, por enero de 1812, en el pueblo de Maravatío, con una división de su mando, para dirigirse "según las circunstancias de la guerra al exterminio de las gavillas".

Allí supo que los cabecillas Cañas y el hermano de Rayón, se hallaban acantonadas en la sierra de Santa María Tismadé, e hizo salir una corta división a las órdenes del Comandante del 2º Batallón de Infantería de la Corona, don Joaquín de Villalba, compuesta de tres compañías del expresado Batallón, un Escuadrón de su mando a las órdenes del capitán don Esteban Munuera, y otro del Cuerpo de Frontera a las de su capitán don Juan Miguel Ormachea, con el objeto de atacar a los caudillos, que estaban causando no pocas molestias, a los que consiguieron poner en fuga quemándoles un nuevo pueblo que estaban formando, después de haber deshecho sus trincheras y hacerles algunas bajas y 17 prisioneros, con muy poca pérdida de su parte.

Mientras esto pasaba, García Conde se ocupó en crear compañías y poner en estado de defensa el pueblo de Maravatío, "por ser punto muy interesante", y luego que regresó la expedición salió para Acámbaro el día 2 de febrero, donde llegó al siguiente día y, adquiriendo noticias, supo que Valladolid podía necesitar algún auxilio por hallarse cercado por los insurgentes.

Inmediatamente envió a Indaparapeo una división al mando del teniente coronel don Diego Oroz, compuesta de los dos Escuadrones del Cuerpo de Frontera y el Batallón Mixto a las órdenes del entonces capitán don Agustín de Iturbide, a quien veremos actuar en una

serie no interrumpida de triunfos desde la batalla del Monte de las Cruces, con el objeto de que prestarán ayuda, si las circunstancias así lo requerían, previniendo al primero que si Valladolid no necesitaba refuerzo se encaminase a la población de Yuriria, situada en la orilla austral de la laguna del mismo nombre—que se conoce también por el de Yuririhapúndaro (“lago de sangre”)—, y que esperase allí sus órdenes.

Hecho esto; y en tanto que los dos militares salían a cumplir su cometido, García Conde tomó el camino de Celaya, pues le era urgente dejar allá todos los enfermos que llevaba del Ejército grande, pero a la primera jornada, desde el pueblo de Tarimoro, hubo de retroceder a Acámbaro, porque recibió aviso del Jefe de Armas de la Intendencia de Valladolid, Torcuato Trujillo, de que convendría que tomase aquél punto mientras él atacaba a los cabecillas que le rodeaban.

Retrocedió a Acámbaro sin pérdida de tiempo y allí supo que había sido derrotado el temible guerrillero Albino García, lo mismo que Muñiz y Navarrete, que como ya se sabe tenían planeado un vigoroso ataque a la ciudad de Valladolid, y noticioso además de que Albino a esas horas volaba con su gente hacia el Valle de Santiago, creyó darle el golpe filnal atacando por dos lados dicha población. Al efecto, despachó un correo con instrucciones de alcanzar a Oroz, que ya debía hallarse camino de Yuriria, comunicándole que cayese sobre el Valle de Santiago, el día 13 de febrero, rodeando antes la población de manera tal que obligara a los insurrectos a permanecer en ella, en tanto que él hacía lo mismo, cubriendo el camino de Parangueo. Pero quiso la mala suerte que el correo fuera atrapado cerca de Acámbaro por las tropas de García, y que éste se diera cuenta con antelación de tales maniobras.

García Conde, ignorando lo que acabamos de decir, se dirigió a Celaya y, después de haber dejado a los enfermos y porción de provisiones que llevaba, salió inmediatamente para el valle “a fin de acabar de exterminar a Albino García, cogiéndolo entre dos fuegos Oroz y él”. (García Conde. Véase el Apéndice 12.)

Fácil nos es ahora, pues, comprender por qué la tropa marchaba no diremos que con temor, pero sí con sobresalto; desde hacía mucho tiempo, un audaz guerrillero había empezado a tomar parte, primero con poco éxito, pero después con gran tino, en los hechos de armas de aquellos lugares, y su sola mención parecía abarcar cuanto se ha-

bía hecho de famoso en la Intendencia de Guanajuato. Decíase que era valiente, audaz hasta lo increíble, magnánimo con su gente e implacable a la vez con los españoles, astuto, devoto creyente de la Santísima Virgen de Guadalupe, y que, sobre todo, su forma de atacar era terrible y sus armas de un uso que no se había visto hasta entonces. Decíase también que, no obstante haber sido un humilde amarrador de gallos en el pueblo de Salamanca, no había sendero, aguaje, cueva o montaña que no conociese con la más absoluta perfección.

Todos marchaban recelosos, desconfiados, y el mismo García Conde, a duras penas podía disimularlo, pues aunque el incansable guerrillero había sido derrotado por Linares a gran distancia de esos parajes y parecía que al vencido se lo había tragado la tierra, no era nada remoto que ya anduviese por aquellos lugares que se habían constituido su habitual albergue, pues era veloz como el viento y surgía como un espectro por donde menos se le esperaba. ¡Su nombre! ¿qué importaba su nombre? Bastábales saber que era temido y que por doquiera corrían de boca en boca sus hazañas como las de un personaje de novela o de leyenda, y que era cosa de embrujo el ver que tropezaban con él por todos lados sin que se le pudiese sorprender en ninguna parte.

En realidad, ellos no habían tenido ningún encuentro con el famoso insurgente, muchos hasta dudaban de su existencia atribuyéndola a simples chismes de la gente, pues juzgaban imposible que, apenas derrotado en un punto, apareciese en otro a grandísima distancia con más hombres, más armamento, y provocando atrevidamente a muy prestigiadas divisiones, desapareciendo luego por unos días para caer de improviso sobre algún poblado, "pues era como los fantasmas de los sueños, que se escapaba en los momentos en que se creía tenerle entre las manos". (G. Conde.)

Sólo García Conde sabía de manera más cabal, la clase de enemigo con el que tendrían que habérselas tarde o temprano, pues otros jefes ya le habían comunicado sus apretados encuentros con "El Manco". El debía precisamente su estancia en el Bajío a las audaces correrías del guerrillero, aunque buen cuidado había tenido de no comunicar a nadie sus impresiones para no disminuir la animosidad de sus soldados, y eso mismo le había hecho tomar todo género de precauciones para evitar una sorpresa. Llevaba su artillería convenientemente colocada a vanguardia y retaguardia de la división, y

en el orden de poder rechazar un ataque violento, y en seguida, lista igualmente para entrar en acción, la infantería, protegida en ambos extremos por nutridos piquetes de caballería, el resto de la cual se hallaba repartida a lo largo del camino para poder maniobrar libremente en las persecuciones.

Mientras caminaban, los soldados hacían en voz baja los más variados comentarios sobre las dudas y resquemores que guardaban acerca del extraño guerrillero, sin poder sacar nada en claro, pues en tanto que algunos juzgaban como muy posible que en esos momentos estuviera atacando al mismo Félix María Calleja, que se consideraba el Napoleón de aquellas tierras, otros por el contrario, pensaban que ya podría encontrarse con su gente en el Valle de Santiago —como se figuraba García Conde—, o que tal vez, en esos momentos los espiaba escondido entre el escaso bosque de las alturas, para caerles repentinamente en el sitio que más le conviniera.

Y no se equivocaban; apenas empezaba a clarear, y ya hacía buen rato que había dejado atrás la hacienda de Parangueo, encaminándose francamente rumbo al Valle de Santiago, cuando de pronto, en el cercano y estratégico crestón de una de las estribaciones que forma parte de la ventajosa altura denominada cerro de La Batea, vieron aparecer a un hombre y una mujer, montando el primero, impecablemente, un estupendo corcel negro retinto, de primorosa estampa, y la segunda, un inquieto caballo que parecía dominar como el más hábil de los jinetes, y en seguida, después de haber recorrido aquel hombre con la vista toda la División, como tratando de medir su fuerza con los ojos, lanzó un grito estentóreo que estremeció de asombro a los realistas:

—¡Muchachos!... ¡como quien se baña!...

El jinete vestía un amplio pantalón ricamente adornado con botoncillos de plata a los lados, y una especie de camisola con adornos del mismo metal, que con la silla, adornada con anchos bordes de plata, contrastaban de manera muy vistosa con el brioso animal. Ella, amplia falda por la que asomaban sus toscos botines, y una blusa o “quexquémetl”, de mala tela y peor hechura. Su ancho sombrero echado hacia atrás y sujeto al barboquejo; su porte humilde, pero de varonil decisión: era la esposa de Albino, de quien nos cuenta la tradición que en los combates animaba a sus hombres con el sable en la mano y en soberbio corcel, la grande esposa que siempre tuvo en sus labios una frase de cariño, sin sentirse humillada de tenerla para en-

dulzar la vida de su amado, brindándole en mil formas las mieles de su amor, la compañera, en fin, de las derrotas y las victorias, la soldadera noble y abnegada de nuestros "juanes", que oculta entre su pobre ropaje lo inmenso de su corazón, y que es la precursora de la Adelita, la mujer del soldado, que a más de ser valiente es muy hermosa, y que llena una de las páginas más bellas y románticas de nuestra Revolución.

En menos que se cuenta, un nutrido grupo de jinetes rodeó a la brava mujer, tratando de protegerla, la cual observaba con aire de satisfacción las maniobras de su valeroso compañero, a cuyo grito empezaron a surgir de la espesura gran número de gentes en actitud hostil, formando un cordón inmenso a uno y otro lado del camino.

Los españoles, aunque estaban acostumbrados a enfrentar cualquiera contrariedad y habían demostrado siempre una bizarría digna de todo encomio, quedáronse perplejos durante unos segundos, ante la inminencia de tan tremendo peligro, en tanto que su jefe empezaba a dictar las órdenes necesarias para defenderse al menos lo mejor posible de una agresión que amenazaba resultar terrible, y a pesar de que era, como ya hemos dicho, uno de los militares más notables de todo el reino, alguien le oyó comentar con marcado disgusto la súbita aparición del guerrillero, que vino a confirmar su recelo y así mismo el de todos sus soldados, propalando instantáneamente la noticia por toda la división:

;; Albino García!!

XI

LA VICTORIA DEL VALLE DE SANTIAGO.—TACTICA Y ESTRATEGIA DEL “MANCO” GARCIA.—GLORIOSAS HAZAÑAS DE INSURGENTES Y REALISTAS.—UN AU- XILIO PROVIDENCIAL.

Aún no habían acabado de oírse las últimas palabras de aquel grito intempestivo, y todavía no salían de su asombro los españoles por la rapidísima escena que ante sus ojos se presentaba, cuando estalló un clamor inmenso de voces, al mismo tiempo que un verdadero torrente de hombres brotaba por ambos lados del camino, contestando el llamado de su jefe con una tempestad de vivas y de gritos, y reservando su vasto repertorio de improperios para los soldados realistas.

Albino descendió de la pequeña altura en que se hallaba, volviendo el rostro sin cesar hacia su brava mujer que animaba a todos sus hombres con gran brío, mientras que “Don Pachito”, por el otro lado del camino, rompía un certero fuego de fusilería contra el enemigo.

—¡Aquí, Clemente! (rr) ... ¡duro, muchachos!, exclamó el guerrillero mientras quitaba el lazo a su montura.

Su caballo bailaba de impaciencia: estaba estupendo, magnífico, espléndidamente enjaezado con sus valiosos arreos, y casi arrastraba a su arrogante jinete sobre las tropas enemigas. ¡Tal era su costumbre!

Albino no era militar, ya lo sabemos, ni conocía el arte de la guerra, pero el paraje había sido elegido con gran inteligencia, pues no podía ser más a propósito para intentar el ataque; hacia el lado de

(rr) Clemente Vidal era uno de los jefes más valientes de la guerrilla del “Manco”.

recho del camino, a poca distancia de él, alzábanse algunas elevaciones con más o menos irregularidades en su conformación, algunas de las cuales lo dominaban por completo con sus enhiestos picachos, que ofrecían a la vez seguros parapetos para los que allí se encontraban. Otras, por el contrario, arrancaban del sendero con tan suave declive, que permitían correr a los caballos con toda libertad. Más allá se acentuaba poco a poco la inclinación, formando entonces las laderas del elevado cerro de La Batea, que a la sazón constituía inexpugnable refugio para los hombres que había colocado Albino, los que, a más de protegerse a las mil maravillas con el bosque y la fragosidad del terreno, podían atacar desde sus baluartes a los españoles muy a su gusto y sabor, como en efecto lo hacían —con grande apuro, por cierto, de los odiados “Chaquetas”, pues hasta disfrutaban de un sólido apoyo para fijar la puntería—, e irse retirando hacia las cumbres a medida que las circunstancias se los exigieran.

Del otro lado, se acababan bruscamente algunos montículos muy pequeños, en verdad, pero que tenían la positiva ventaja de estar cortados casi a pico y de ser accesibles sólo describiendo un rodeo por la vasta llanura que a sus pies empezaba, y en ellos se hallaba don Pachito, con un nutrido pelotón de guerrilleros armados de fusiles, los que, bien resguardados por los mismos accidentes de su inmejorable trinchera, habían roto un acertado fuego contra las tropas virreinales.

Los demás hombres se hallaban colocados, como ya se dijo, a lo largo del camino, en los lugares más convenientes y menos visibles, y otros, según instrucciones recibidas, ni siquiera estaban a la vista del enemigo, pues no debían irrumpir ni revelar su posición sino hasta última hora.

El plan era bien sencillo y claro: Albino debía aparecer primero con un fuerte núcleo de su gente, toda a caballo, al mismo tiempo que rompieran el fuego, aisladamente, los pequeños grupos de fusileros que había colocado por el mismo flanco del enemigo, con el objeto de atraer su atención sobre muchos puntos y de aumentar la impresión de un grande ataque. Después, sin dar lugar a que los españoles se organizaran para repeler la ofensiva iniciada al parecer por un solo frente dividido en varios sectores, el brigadier “Don Pachito”, que hasta entonces debía permanecer inactivo, y, de ser posible, hasta ignorado, mandaría abrir de repente un nutrido fuego contra el enemigo, mientras que su hermano, aprovechándose de la sorpresa

que sin duda causaría este nuevo ataque, trataría de desorganizar la formación como acostumbraba, dividiendo en dos partes la columna, y de lograrse esto, el resto de su gente intervendría para encerrar cada parte de la División en un "corral", como el "Manco" llamaba a la maniobra de cercar al enemigo por todas partes con la caballería, para después estrecharlo, dividirlo y hacerlo pedazos con la reata y el empuje de las bestias.

De la rapidez y la precisión en los movimientos dependía el buen éxito de aquel ataque, si a mayor eficacia tenían el haberse colocado con anterioridad en los puntos que el plan requería, pues era menester acabar de cualquier modo con el orden y la disciplina del enemigo, sin permitirle que desplegara su uniforme y admirable línea de batalla, porque en ese caso, no podrían hacer nada; era preciso introducir el desorden, aniquilarlo en un abrir y cerrar los ojos, y todos, absolutamente todos, debían poner su más grande empeño para lograrlo, y ofrecer para ello su arrojo, su fuerza y su vida. Si el plan fracasaba y la completa dispersión se imponía, entonces la gente debía alejarse en pequeñas partidas para reunirse después en un oculto paraje que ya conocían, cercano al Valle de Santiago, y si la acción resultaba en extremo apremiante para los valientes guerrilleros, entonces treparían prontamente a las alturas dejando sueltos sus caballos en grupos tan numerosos como les fuera posible, que ya se encargarían de juntar los compañeros destinados por su jefe a cumplir esta labor. Los escopeteros se encargarían de proteger la retirada de los demás insurgentes, bien con el fuego de sus fusiles, o bien despeñando algunas rocas o apedreando a las tropas realistas.

Amanecía: la mañana iba a ser fresca, diáfana y hermosa, deliciosamente hermosa como son casi todas las mañanas del Bajío, y el paisaje estaba pálido por la bruma que el sol bañaba de soslayo.

Albino esperó unos segundos mientras que Clemente llegaba a su lado precediendo a unos quince o veinte guerrilleros de los más valientes, y una vez que hubieron llegado cerca de él, alinearon sus caballos de dos en fondo a muy corta distancia unos de otros, quedando al frente los dos primeros. El jefe recorrió todo el campo con una rapidísima ojeada, la cual le bastó para darse cuenta de que el combate arreciaba por todas partes y de que el fuego estaba a punto de generalizarse entre los bandos contendientes; era la ocasión que esperaba

El guerrillero ejecutó un rápido movimiento que imitó Clemente en el acto, soltó por fin la rienda a su caballo, que ya ardía de impaciencia por lanzarse contra el enemigo, al mismo tiempo que clavaba sin piedad, las espuelas en los ijares del noble bruto, el cual respondió lanzándose como un torbellino sobre las tropas realistas, mientras que su jinete animaba a sus hombres con el grito que había dado en el instante de aparecer:

¡Muchachos!, ¡como quien se baña! (s)

Con una audacia increíble y nunca vista hasta entonces, Albino y Clemente se lanzaron con gran decisión sobre el enemigo espoleando furiosamente sus briosos caballos, que juntos corrían arrojando espumarajos por la boca, y cuando ya se hallaban a muy corto trecho de sus filas, abriéronse de pronto como si fueran a separarse por distintos rumbos sin dejar su rápida carrera hacia adelante, y la reata, cuyos cabos habían atado los dos guerrilleros a la cabeza de su silla, tendida, veloz y tensa, pasó derribando a un gran número de soldados por el centro de la División, con grande maravilla de los españoles y enorme algarada de los insurgentes, quienes hasta lanzaban sus sombreros al aire para celebrar la prodigiosa hazaña de su jefe, el cual se había aventurado despreciando una verdadera granizada de balas que los contrarios le dirigían.

Y después, como para rematar la proeza, y en tanto que los demás guerrilleros que se habían alineado repetían la misma operación, cortando en seguida la reata para evitar que fueran a enredarse sus caballos, Albino García se revolvió vertiginosamente contra el enemigo “revoleando” un lazo que llevaba preparado, logró pescar con él a un Dragón del Regimiento de don Diego García Conde, dió “cabeza de silla” derribando a otros soldados más con el empuje de su veloz caballo, y como el fuego se hiciera cada vez más terrible, partió cual una flecha llevando tras sí al soldado realista, que hacía desesperados esfuerzos por librarse de la mortal mangana, yendo a colocarse a una eminencia más distante.

Cuando llegó a ella, sólo arrastraba una masa informe y sanguiinolenta.

A todo esto los españoles, repuestos un poco de la sorpresa que les había causado aquella brusca acometida y la notable intrepidez del guerrillero, y mandados como estaban por un jefe tan bizarro como

(s) Era el grito de combate de Albino García, y con él quería significar a sus hombres que quitasen a la gente que atacaban, hasta la ropa con que estaba vestida.

García Conde, acostumbrado a todas las contrariedades y vicisitudes de la guerra, ya se habían organizado, —muy a pesar de los insurgentes, que los atacaban por doquiera con un valor temerario— en el orden de batalla, distribuyendo admirablemente su fuerza en los costados de la Artillería a la vez que protegían con ésta el paso de la retaguardia que se replegaba con los equipajes y las municiones, para formar un frente que pudiera resistir los terribles ataques de la caballería enemiga, en vez de ofrecer la escasa resistencia de una formación a lo largo del camino.

Los insurrectos trataron entonces de encerrar cada una de las partes en que habían dividido la columna, con el objeto de sembrar el desconcierto entre la valiente tropa e impedir que ésta se juntara de nuevo, y para ello hicieron un rápido avance en ambos lados, en el mismo momento en que entraban en acción dos numerosos pelotones de jinetes pretendiendo apoderarse de los cañones que protegían los extremos de la División, pero fueron deshechos por los certeros disparos de los artilleros y obligados a abandonar dicha empresa. García Conde, aprovechando la oportunidad, hizo atacarlos por los dos Escuadrones del Regimiento de su mando, única caballería que llevaba, y por el Batallón al mando del Teniente Coronel don Joaquín de Villalba, quienes con la serenidad, valor y orden que acostumbraban, avanzaron sobre los rebeldes, haciéndoles desalojar muy de prisa su primera encumbrada posición sobre la derecha, “la que defendieron, aunque infructuosamente, con un fuego vivísimo de fusilería”. (Joaquín de Villalba. Véase el Apéndice 13.)

Llenos de entusiasmo continuaron los españoles su trabajoso ascenso entre una lluvia de balas del enemigo, el cual se había refugiado en una segunda cordillera de montes, tras unos peñascos situados a considerable altura de aquella excelente trinchera capturada, pero ¡cosa rara!, aún no llegaba a ellos la Infantería realista, y la artillería sólo había hecho unos cuantos disparos con pésimos resultados, cuando se fugaron todos precipitadamente hacia otras eminencias más distantes, abandonando sin otra causa aparente que la de su cobardía, una posición que ofrecía las mayores ventajas para el ataque y la defensa.

Envanecidos por la gran facilidad con que ganaban tan buenos atrincheramientos, los soldados redoblaron la rapidez de su ya rápida marcha y en pocos momentos llegaron a la posición abandonada, pero dando muestras de estar agobiados por el cansancio, y ya se encami-

naban, no obstante su fatiga, a tomar aquel baluarte desde el cual les estaba haciendo mucho daño el enemigo, cuando recibieron la orden de replegarse al cuerpo de la División, y esto se debió a que, extrañado su jefe por el grave abandono de los insurgentes, al que sólo podía obedecer el avance colosal de sus soldados, había observado con no poco disgusto que los mañosos insurrectos empezaban a mover grandes pedruzcos para despeñarlos sobre sus hombres, y que por un abrupto sendero habían descendido con disimulo gran número de enemigos con la nada halagadora intención de flanquear a sus destacamentos, después de la avalancha de rocas que estaban a punto de soltarle.

Mandó, pues, como es de suponerse, que abandonaran el terreno que habían ganado a costa de muchas vidas, y reuniéndose nuevamente en el camino, continuó la marcha a paso muy lento hasta la llanura de la entrada del pueblo del Valle de Santiago, donde colocó en el centro de un cuadro todas las cargas y parque, observando al enemigo y esperando ver si de esta suerte conseguía que descendiesen de las alturas, pero todo fué en vano, pues los insurgentes se concretaron entonces a contemplar sus maniobras y a repetir burlonamente las órdenes que escuchaban.

Así permanecieron en actitud expectante hasta que le vieron ponerse en marcha para entrar en el pueblo, después de colocar nuevamente la Infantería en el orden de columna, protegiendo por vanguardia, retaguardia y costados la Artillería, "a cuyo tiempo tomaron por derecha e izquierda el viento opuesto metiéndose en las calles" de la población y tratando de arrollar con rapidísimos ataques a las tropas españolas. Pero García Conde, que había adivinado, por así decirlo, los temerarios proyectos de sus enemigos, y habiendo observado que Albino acababa de cruzar por una de las "vocas-calles" arrastrando entre su propia gente a un Sargento y a un Granadero de la Corona, mandó situar en ellas algunos grandes cañones de su Artillería que, cargados de metralla, empezaron a barrer materialmente a los osados guerrilleros para sostener el tránsito de la División.

Los insurgentes, faltos de Artillería desde el principio de la batalla, trataron de agenciarse un cañón al intentar dividir nuevamente a los realistas en una encrucijada de las calles, a pesar de que cada pieza estaba muy bien resguardada por gruesos pelotones de Infantería, que con un fuego graneado cumplían su importante comisión; pero lo hicieron con tan mala fortuna, que después de haber lazado

tres guerrilleros uno de los cañones, se les volcó cuando ya habían logrado arrancarlo de las manos de sus heroicos defensores.

Sin embargo, Albino no decaía por un momento, pues a pesar de haber sufrido muchas bajas, él mismo iniciaba los ataques al frente de distintos grupos de jinetes, dando muestras de un arrojo admirable, y no podían menos que seguirle todos sus hombres.

¿Cabría ahora, venturosamente, señalarlo como un simple salteador de caminos?; ¿dónde estaba el botín para satisfacer su anhelo de bandido, si en vez de un héroe hemos de considerarlo como un hombre que no perseguía otro objeto que el robo y el pillaje?; ¿es humano siquiera el pensar que los robos han de ejecutarse en las mejores tropas de los tiempos, disputando palmo a palmo el terreno y haciendo hasta derroches de sangre y de valor?: ¡no y mil veces no!

La insurrección, esto es innegable, se prestó como todas las revoluciones, hasta aquellas que pretenden serlo, a las más grandes vilezas y latrocinios, ya lo hemos dicho, pero esto no quita que en ella hubiesen figurado verdaderos patriotas, cuya memoria debe ser imperecedera en el corazón de todos los mexicanos, y cuyo prestigio emerge incólume como el faro entre las olas de la tormenta, resistiendo el embate villano y cruel de las parcialidades.

La División pudo recorrer toda la calle venciendo enormes dificultades, hasta llegar a situarse en la Plaza principal del pueblo, y si en ese trayecto dieron una prueba más de su lealtad y firmeza los soldados realistas, no hemos de decir menos de los insurgentes, quienes resistiendo el fuego devastador de la metralla realizaron verdaderos prodigios de audacia y valentía, causando una grande admiración a las tropas del Rey. ¿Y qué cosas no habrá hecho un soldado para arrancar frases de elogio al más encarnizado de sus enemigos?

García Conde estaba indignado y sorprendido a la vez, pues había visto pasar a Albino en dos ocasiones tan cerca de él, que casi creyó tenerlo al alcance de las manos, pero lo que más había influido en su ánimo y le hizo quedar sumamente impresionado —lo mismo que a sus soldados— fué el empeño tan decidido de los insurgentes en ocultar a sus bajas, porque “causaba horror ver que en el momento en que caían los heridos y los muertos, los lazaban llevándolos arrastrando de sus caballos”. (t) (García Conde. Véase el Apéndice 12.)

(t) Esta es, sin llegar a duda, una de las más notables y gloriosas hazañas de los insurrectos, en esa memorable e histórica acción del Valle de Santiago.

Una vez que hubieron llegado los realistas a la Plaza del pueblo, García Conde hizo ocupar sus ángulos por los cañones, situó a la tropa en las principales bocacalles después de haber colocado las cargas y municiones en el centro y, repartida asimismo la Compañía de Granaderos del Batallón de Villalba en las azoteas y en la torre de la iglesia, desde cuyos puntos dominantes sostenían las maniobras de los Escuadrones, que apenas si podían contener el empuje de los insurgentes que trataban de penetrar por las calles, mandó abrir un fuego incesante para impedir el obstinado y peligroso avance de los insurrectos, qu ya estaban a punto de coparlo en aquél sitio; pero Albino, para contrarrestar el efecto que pudieran causarle las elevadas posiciones del enemigo, mandó aligerar la marcha del selecto pelotón que mandaba "Don Pachito", el cual se había rezagado un poco a consecuencia de haberse dado este último un soberano porrazo; y cuando lo tuvo en el frente le manifestó que era absolutamente indispensable desalojar de allí a los españoles de cualquier modo, en virtud de los mortíferos blancos que hacían, a lo que el "Brigadier" respondió trepando con agilidad pasmosa a una elevada azotea, seguido muy de cerca por sus famosos fusileros, y haciendo caer desde la torre a una media docena de realistas a la primera descarga.

Una estruendosa gritería se siguió a la hazaña del destacado Brigadier, el cual la repitió con menos éxito por la prudencia de los Granaderos, en tanto que Albino y el resto de su gente, pegados a los muros de las construcciones, trataban de "apear" con sus lazos a los soldados que se habían aventurado en cortos piquetes por los techos de las casas, y que les tiraban con bastante acierto protegiéndose tras de los gruesos remates de las azoteas.

Mientras esto acontecía, la esposa de Albino, aun cuando se hallaba a alguna distancia de la línea de batalla, resguardada con gran celo por la partida de Clemente, no cesaba de animar a los guerrilleros con vibrantes voces, haciéndoles olvidar las fatigas y peligros de tan tremenda lucha. ¡Y cuánto era en realidad lo que su presencia causaba!

Pasaron largas y fatigosas horas, que parecían no querer irse para contemplar el resultado de aquel sangriento combate, y la acción tornábase a cada momento más comprometedora para las tropas del Rey: los insurgentes, no obstante los terribles destrozos que habían sufrido de la Artillería enemiga, continuaban estrechando poco a poco a sus rivales, obligándolos a dividir su gente para prestar refuerzo a los

puntos que se veían más debilitados por el ataque, y de nada servían las guerrillas que García Conde destacaba en persecución de los primeros, pues si al principio de la lucha les temían y se replegaban confundidamente sufriendo graves pérdidas, ahora, enardecidos con el ejemplo de su jefe y el ánimo viril de su valiente esposa, las resistían con gran vigor y aun lograban rechazarlas ya deshechas, resguardándose los que habían perdido sus caballos tras la multitud de cadáveres que yacían en el campo.

Pero entre las muchas incomodidades que causaban los insurrectos, era sin duda alguna la mayor, la de un fuego seguido y acertado que dirigían por una de las calles que enfilaban la Plaza, parapetados en un fuerte espaldón de tierra desde el cual ofendían impunemente a la tropa que resguardaba aquel punto, e impuesto de ello el Brigadier



Panorámica del Valle de Santiago, el refugio habitual del célebre "Manco" García.

García Conde, previno al Teniente Coronel don Joaquín de Villalba que demoliera a la mayor brevedad posible aquella magnífica trinchera de los insurgentes, el que a su vez encargó esta comisión al Capitán don Ramón de Soto y al Teniente don Vicente Enderica, quienes con la Sexta Compañía de su mando, avanzaron con toda rapidez sobre aquel puesto, pero fueron rechazados, no obstante su arrojo y la exce-

lente disposición de las fuerzas que llevaban, dejando buen número de muertos y de heridos en el corto trecho que pudieron cubrir en su desesperado intento.

Volvieron a la carga los españoles con la mayor resolución y esta vez para lograr por completo el objetivo de su encargo, pues los insurrectos se vieron obligados a batirse en retirada, lo cual ejecutaron dentro de un orden admirable, porque sólo abandonaban el terreno cuando ya tenían al enemigo casi encima.

“Esta honorífica e interesante acción” fué sellada con la sangre de muchos insurgentes y españoles y, aunque pese a muy distinguidas opiniones, en ella se llenaron de gloria tanto los unos como los otros.

No son para describirse aquí con todo detalle, los innumerables hechos en los que dieron patentes pruebas de su lealtad los hombres que pretendían defender a Dios, a la Patria y al Rey, y mucho menos los de aquellos que peleaban por el sagrado anhelo de la libertad, porque sólo con ellos habrían datos de sobra para llenar un libro. Es digna de señalarse la acción del Granadero José Duque, quien se hace acreedor de una inmortal memoria por su valor y fidelidad, que, viendo caer herido a un viejo compañero suyo, movido por los afectos de una grande y profunda amistad, tomó su fusil y se arrojó con intrepidez contra el enemigo tratando de salvarlo, pero cayó también acribillado a balazos a pocos metros de su amigo inerte. Al recoger su cadáver, se le apreciaron cincuenta y cuatro heridas en el cuerpo.

Hacia el anochecer, la situación de los realistas era verdaderamente angustiosa, pues estaban cercados por completo y no disponían de más terreno que del área ocupada por la Plaza del pueblo. Los Granaderos que ocupaban la torre habían sido “Clareados” en su mayor parte por los fusileros que mandaba “Don Pachito”, otros habían muerto al ser derribados con los lazos de las azoteas, y para mayor desgracia suya, Albino había mandado quemar con anterioridad todos los víveres y forrajes con que se contaba en el pueblo, colmando primero a todos sus hombres, como es de suponerse, pero ya a punto de romper el alba, García Conde empezó a notar con grande extrañeza que el fuego de los insurgentes amenguaba, y que éstos empezaban a escurrirse silenciosamente tomando el camino de la sierra.

El Brigadier no pudo remediar su asombro: ¿se retiraban!, ¿huían después de tenerlos en sus manos? Aquéllo era una cobardía inaudita,

pero tanto mejor para ellos que iban a tener algún descanso después de esa trágica jornada! ¡Ojalá que siempre obraran así en semejantes circunstancias!

Era, en efecto, una retirada de los insurgentes, porque veía con toda claridad pequeños grupos de a pie que cruzaban con gran prisa frente a ellos, y a otros grupos de jinetes que llevaban a los amigos en las ancas de sus caballos, cuyo galope oía perderse en el empedrado de las calles, apenas sostenidos por el fuego de los fusileros cuyos disparos oía cada vez más lejanos.

¡Villana cobardía! ¡Ruinoso ejemplo para los que aún pensasen declararse por la insurrección! ¡Y qué lástima el no poder perseguirlos en esos momentos para desbaratarlos y castigar asimismo su indigna y vergonzosa actitud, que iba a redundar en desprestigio de la causa que defendían! Pero sus hombres estaban cansados... muy cansados... sus caballos casi se doblegaban por la fatiga de tan largas y repetidas jornadas... carecía de víveres... necesitaba buscarlos... ¿cómo podría pensar entonces en perseguir a sus enemigos si su tropa casi desfallecía por el andar continuo desde Maravatío hasta el Valle de Santiago, y tenía encima el terrible problema de reanudar la marcha para satisfacer la ingente necesidad de comestibles? ¡Ah!; ¡por fin se daba cuenta: aquello no era cobardía!... ¡era un ardid!, sí, un ardid que significaba un nuevo y tremendo peligro!; ¡ahora comprendía por qué se retiraba el enemigo!, ¡ahora comprendía que se hallaba ante el más famoso y temible guerrillero de todo el Bajío!, ¡ahora se daba cuenta de que sus cañones habían sido su tabla de salvación, pues con ellos había impedido a los rebeldes llegar hasta la Plaza del Valle y hacerlos pedazos con un ataque brutal y desastroso!: ahora, en fin, se daba cuenta de que Albino García no era un cobarde como pensaba, pues había acreditado mil veces su valor en los campos de batalla, y sentía abrirse a sus pies un anchuroso abismo en cuyas entrañas estaba a punto de desaparecer.

Aquello era una retirada, es verdad, pero una retirada falsa, fingida, mañosa: Albino no ignoraba que tenía que salir en busca de alimentos, y de seguro le esperaba en un lugar muy a propósito para desplegar su táctica terrible, que no había podido ejercitar en el pueblo con el disparo de sus cañones, y para dejarlo una vez más maravillado con uno de sus audacísimos golpes; era lo mismo que tomase este camino que el otro, pues Albino los sabía todos al dedillo y a más de ellos otros senderos no transitados para ir en un momento adonde le

viniera en gana, y ya tendría buen cuidado de asegurarse con sus avanzadas del rumbo que llevaba, antes de tomar como siempre sus estratégicas posiciones.

El peligro era, pues, inminente, y las ideas brotaron a torrentes agolpándose en el cerebro del Brigadier García Conde: éste, que en un principio había visto con repugnancia el violento retroceso de sus enemigos, que nada decía ciertamente en su favor, bien pronto comprendió el principal motivo que lo había determinado, y su preclaro talento de militar sereno, previsor y discursivo, le permitía analizar la verdadera situación en que se encontraba. Los rebeldes habían huido, pero casi le obligaban a ir en pos de ellos, después de haber dejado a su gente y a sus caballos en lamentable estado, de suerte que, si le atacaban, iba a tener que movilizar a elementos extenuados por la fatiga, que más se ocuparían de hallar la manera de no cansarse que de repeler la agresión que iba a ser el acabóse para todos. ¿Cómo iban a pelear los Escuadrones si sus caballos sólo caminaban por instinto, husmeando por doquiera los forrajes y sintiéndose molestos con el peso de sus jinetes? ¿Y la Infantería, cómo iba a trepar por las faldas de los montes si además de las jornadas habían tenido que soportar veintiséis horas de rudo combate?

Habían rebasado el punto óptimo de la fatiga —que se caracteriza por una especie de insensibilidad, que antecede a una terrible prostración—, estaban en los límites de lo humano, y los resultados no se iban a hacer esperar.

Estas y otras muchas consideraciones deben haber acudido a la mente de don Diego, pero sobre todas ellas estaba la imperiosa necesidad de conseguir los víveres a toda costa, así es que muy a su pesar tuvo que dar la orden de formarse rápidamente para la marcha, a efecto de que el enemigo dispusiese del menor tiempo posible para reposar y, tal como lo había pensado, aún no llegaba con su esforzada tropa a la hacienda de Parangueo, cuando de pronto vió surgir, en una eminencia cercana a un recodo del camino, dos personas que montaban soberbios caballos, en el instante que descubría al resto de su gente situada con disimulo en la barga de la cuesta; los soldados empuñaron maquinalmente sus fusiles, mas antes de que su jefe tuviera tiempo de articular una palabra y de que aquel aparecido, a quien ya conocían por desventura, ejecutara otro movimiento, hicieron todos el silencio para escuchar un ruido rítmico y extraño, que parecía llegar a ellos como un murmullo desvirtuado por la distancia.

Una expresión de júbilo inmenso apareció en el rostro de los soldados españoles y García Conde, dudando aún de lo que oía, pareció olvidarse unos momentos de su División para atender mejor el peculiar sonido, que había dejado en suspenso a sus propios enemigos, dándose cuenta con gran regocijo de que allá, a lo lejos, por el mismo camino que llevaba, se percibía el sonoro y majestuoso redoblar de unos tambores.

El jinete, mientras tanto, apoyado en los estribos de su caballo, erguía con lentitud atalayando el horizonte.

¿Sería Oroz con su gente?, ¿sería alguna otra División de las que operaban por el Bajío?: de cualquier manera que fuese, lo cierto era que llegaban tropas realistas, pero lo importante, lo vital, lo necesario, era saber si eran en número suficiente para poder resistir el ataque. De no ser así, no vendrían más que a aumentar el número de víctimas, pues los insurgentes, mandados por el infatigable guerrillero Albino García, ya habían hecho algunas descargas cerradas contra el enemigo, causándole buen número de bajas, y con gran parsimonia aseguraban sus tiros y comentaban sus disparos a voz en cuello como si se tratara de una ejecución.

Los soldados españoles, ya anhelantes y sudorosos, tenían puesta su atención en la tropa que avanzaba, a la que esperaban ver aparecer de un momento a otro, y seguían con ansiedad las nubecillas de polvo que levantaba en su avance. No debía estar muy lejos, pues aquellas se disipaban ahora a muy corta distancia de ellos, y ya percibían también el estrepitoso galope de la Caballería.

Poco a poco aquel murmullo se fué haciendo más claro hasta que al fin, por una estrecha curvatura del camino, brotó impetuosamente la descubierta de una División, formada por un pequeño Escuadrón, cuya imagen creció en unos segundos por la rapidez de su trote.

Era Oroz que llegaba.

Como ya sabemos, este jefe había sido enviado por el Brigadier García Conde a Indaparapeo, con el objeto de que prestara auxilio a la ciudad de Valladolid, que se hallaba en peligro de ser atacada, pero sabiendo que la combinación de los insurgentes había sido deshecha por Trujillo y Linares, se dirigió a Yuriria para esperar allí las órdenes de su jefe y, faltándole éstas por una parte y sabiendo por la otra que se hallaba en esos contornos una gruesa gavilla de las que Albino iba juntando de nuevo, al mando de un antiguo Coronel realista de

nombre Pulido, salió a batirla y logró derrotarla por completo, pues hizo fusilar al mismo Pulido después de la acción. Mas tuvo noticias de que la gente dispersa se iba a juntar en el Valle con su jefe Albino García, y determinó dirigir sus pasos a la supradicha población, enterándose entonces por la propia gente de los alrededores (que tal vez por conveniencia trataba de ganarse la simpatía de los realistas) de que Albino tenía las intenciones de sorprender por esos rumbos a otra fuerte División española, por lo que, tratando de remediar en lo posible aquel encuentro que podía ser de consecuencias funestas, había apresurado la marcha hacia el Valle de Santiago con la esperanza de acabar de una vez por todas con el audaz guerrillero. Su llegada había sido verdaderamente milagrosa y providencial, pues tal vez ni poniéndose de acuerdo con su jefe hubiera llegado tan a tiempo para impedir la catástrofe que se esperaba.

Ya es de suponerse, pues, la grande alegría con que recibieron los exhaustos soldados del Brigadier García Conde a los de don Diego de Oroz, y asimismo el disgusto que causó su aparición a los insurgentes, y Albino, avisado con anterioridad de la fuerza que traía este último, que unida a la del primero era muy superior a la suya, viendo que resultaba hasta inútil exponer a sus hombres en tales circunstancias, les ordenó, en previsión de un ataque, que cambiasen sus posiciones lo más cerca de las cumbres, contentándose con derribar algunos pedruzcos que sólo mataron unas cuantas mulas.

Oroz traía víveres y además forrajes para la caballada, que fueron distribuidos a toda prisa entre quienes lo necesitaban, y suponiendo García Conde que ya reunidas sus fuerzas podría dar un albazó a la mañana siguiente, se alargó a mayor distancia acampándose a la puesta del sol, pero le frustraron esta idea las avanzadas enemigas que oculta y disimuladamente se situaron en su inmediación, por lo que, determinando aprovechar mejor ocasión para intentar este ataque, volvió sus pasos por segunda vez al pueblo del Valle de Santiago.

Albino García, que en esos momentos acababa de recibir una inesperada noticia por uno de sus correos, volvió su enérgica mirada sobre los bravos guerrilleros que le observaban como tratando de adivinar su pensamiento, y como viera que su caballo pateaba rabiosamente ante la presencia de un enemigo que se le iba salvado por los azares de la suerte, sonrió acariciando las crines del noble animal.

—Ta bien, “Cabro”... tú lo quieres...

—¡Albino!... exclamó su esposa tratando de contener al guerrillero.

Mas ya era tarde: éste, sin poder soportar el espectáculo que lleno de indignación contemplaba, el de una larga columna que rompía la marcha lentamente amoldándose al curvar de la vereda, se había lanzado como un alud, cuesta abajo, por un accidentado sendero que tornaba a juntarse al principal y, antes de que alguien tuviera tiempo de remediarlo, “revoleó” su lazo con rapidez pasmosa echándolo entre las tropas del enemigo, atrapó con él a un Artillero de la División de don Diego de Oroz, y emprendió un vertiginoso galope llevando atrás al infeliz soldado, que se hacía pedazos dando horribles tumbos contra las piedras y salientes del camino.

“El Manco”, pues, había logrado una gran victoria sobre uno de los mejores soldados del Rey, así pese a los Partes tan mendaces como todos los que rindieron los demás jefes españoles... “Esta acción hubiera sido mucho más útil y recomendable si la División al mando de don Diego Oroz se hubiese hallado situada al lado opuesto del Valle, según yo esperaba, por los avisos que no recibió; pero esta desgracia impidió la completa derrota, y que tal vez no hubiera escapado ninguno de los cabecillas que sostienen la insurrección...” (u).

¡Escribir esto después de haberse visto reducido por espacio de veintiséis horas a la sola Plaza del pueblo, y obligado a volver a ella con la tropa deshecha, no es otra cosa que querer salvar el prestigio a base de tinta y de papel!

¡El era el derrotado!: por eso volvía al pueblo por segunda vez, no para conocerlo mejor, sino para rehacer un ejército aniquilado a costa de sangre, de patriotismo, de valor!

Grandes bandadas de veloces pájaros pasaban volando sobre la cansada tropa, destacando su fugaz conjunto al colocarse ante las nubes que parecían clavadas en el firmamento. Por la llanura, algunas vacas pastaban con su desesperante lentitud, y arrancaban las últimas yerbas antes de dirigirse pausadamente en busca de un refugio donde pasar la noche. La arena del sendero era rosácea, y como ella, todo estaba bañado por los pálidos tintes de un espléndido atardecer abajeño.

(u) “Todos los partes realistas son de tal modo presuntuosos, que darían risa si no indignara tanta mendacidad: Calleja, en Aculco, deja fuera de combate cinco mil enemigos y sólo cuenta dos heridos y un muerto; en Calderón pelea contra cien mil, les hace 1,200 muertos y por su parte tiene cuarenta y uno”. (21) Por otra parte, como observa con gran acierto un historiador, si se sumaran todas las bajas que anotan los realistas en sus comunicados, se formaría una fuerza tan grande como la de los ejércitos cruzados.

(21) “Historia Particular del Estado de Jalisco”. Luis Pérez Verdía. 1910.

El silencio habíase adueñado del pueblo, y sólo algunas mujeres asomaban su cabeza con timidez al paso de los realistas, mientras que allá, por entre las lomas que bordeaba el hermoso camino, se oían los gritos de triunfo de los bravos insurgentes, a quienes ya no veían por la gran polvareda que sus caballos alzaban, y que parecían alejarse para ir al encuentro de la noche, que ya se dibujaba en lontananza...

Y este era Albino García.

XII

DERROTA DE LINARES EN SAN PEDRO PIEDRAGORDA "EL AMO" TORRES.

No pasó mucho tiempo sin que Albino García realizase otra de sus famosas y atrevidas hazañas que le habían dado tanto renombre en el Bajío. Sólo que ahora, fogueado en mil acciones, habíase vuelto en extremo peligroso tanto para las tropas expedicionarias del Reino, cuanto para las que formaban la guarnición de alguna plaza, por importante que ésta fuese. En ocasiones entraba a Michoacán o a la Nueva Galicia y cuando las Divisiones, a marchas forzadas y sufriendo grandes penalidades por los daños que había causado en los caminos, llegaban al sitio en que creían encontrarlo, no hallaban sino la noticia de que ya debía estar atacando a esas horas una lejana población, o bien a indígenas mañosos y aleccionados que les daban los datos más contradictorios que puedan imaginarse.

"El Manco" había sabido en la propia acción del Valle de Santiago, como va dicho, que se encontraban de tránsito por la región las fuerzas de un respetable y aguerrido veterano español llamado Francisco Guizarnótegui, que contaba setenta años de edad, y dirigió su gente sobre él, derrotándole y amenazando por centésima vez el pueblo de Irapuato. Entretanto, García Conde, solicitado en auxilio con anterioridad por el Comandante de Armas del mismo pueblo, se acercaba prontamente a la Villa de Salamanca para prodigar el socorro que fuera necesario contra aquellas diabólicas guerrillas, de donde salió casi en el acto sobre la de León, al tener la infausta noticia de que Pedro García había atacado la Plaza y dado muerte al "insigne Subdelegado don Manuel José Gutiérrez De la Concha".

Al llegar a León supo que aquel cabecilla se había replegado a la hacienda de La Sardina, distante ocho leguas del pueblo, por lo que, rabioso, emprendió esa misma noche la marcha hacia ella, con la intención de sorprender al guerrillero la mañana siguiente.

Mas un nuevo desengaño le esperaba: el primo de Albino se había retirado dos días antes de la hacienda y tenía sitiado en ese momento a don Angel Linares en San Pedro Piedragorda (hoy Ciudad Manuel Doblado), donde le estaba haciendo pasar terribles aprietos, y "El Manco" había vuelto a sus madrigueras del Valle de Santiago, en las que reclutaba con toda rapidez gran número de gente.

García Conde salió violentamente a prestar socorro al Capitán realista, que nunca pudo ser más oportuno, porque llegó cuando éste "se hallaba reducido sólo a la plaza del pueblo y sin municiones".

"Conociendo —nos dice Linares— que en sus huídas y acometidas sólo tiraban a que se me acabasen las municiones sin fruto, me retiré ya por la tarde al pueblo, eché a las ocho de la noche un parapeto en todas las bocas calles del lugar, y coloqué en cada una de ellas un Oficial con veinte y cinco hombres dándoles orden de que no se disparase un fusil sino a tiro hecho".

Y como de costumbre, el Parte agrega las cifras de la victoria:

"Se cumplió esto al pie de la letra pues habiendo acometido los bribones haciendo sus escaramuzas que duraron hasta el jueves 12 a las cinco de la tarde, les maté más de ciento quarenta hombres, entre ellos varios cavecillas, siendo uno de los principales el nombrado Antonio Contreras y llevaron muchísimos heridos. Nuestra pérdida fué de muy corta consideración, pues de los pocos heridos que tube sólo uno está de gravedad y los demás levemente". (Véase el Apéndice 14.)

No obstante, la llegada de García Conde, cual la de Oroz en el Valle de Santiago, fué la salvación de las tropas, que peleaban ya con ese desorden inconsciente de quien no espera otra cosa que ser destrozado por completo.

Ya municionado y repuesto el Capitán Linares, recibió la orden de trasladarse a la Villa de León, en tanto que el Brigadier se aproximaba a Silao con el doble objeto de proteger a Guanajuato y acudir desde ahí al lugar que fuera necesario, porque "El Manco", incansable fantasma de los caminos del Bajío, presagiaba otra vez grandes tormentas.

Imposible seguir adelante sin detenernos a recordar, siquiera en breves líneas, a otra de las figuras más notables de aquella memorable y siempre gloriosa lucha libertaria del mil ochocientos diez: don José Antonio Torres, a quien los insurrectos llamaban cariñosamente "El Amo" y los realistas "El Viejo", pues un hijo suyo del mismo nombre, que después se hizo famoso también por sus innumerables correrías, guerreó a las órdenes del "Manco" al iniciarse al revolución, considerándolo como su superior por el grado que tenía y el número de gente que mandaba.

Hombre iletrado y rudo, como Albino García, "El Amo" Torres estaba dotado de ciertas cualidades muy superiores a las de aquél, que le hacen a este respecto tal vez el guerrillero más notable de la insurrección, pues a su valor temerario unió los singulares principios de rectitud que le fueron innatos y nunca quebrantó a pesar de las crueles vicisitudes de su campaña.

¡El propio Albino hubo de aprender muchas cosas de este noble y valiente luchador!

Don José Antonio Torres era originario de San Pedro Piadragorda, Guanajuato, donde vivía, dedicado a las labores del campo, al iniciarse la Revolución. Tomó partido por ella apenas tuvo noticias del levantamiento, y juntó a gran prisa y con facilidad muchos hombres, porque era muy querido en toda la región, con los cuales se presentó al Padre Hidalgo en Guanajuato el 4 de octubre de 1810, solicitando el permiso del caudillo para tomar Guadalajara.

Hidalgo, gratamente sorprendido por aquel ranchero audaz y desenvuelto, lo concedió en el acto, pero el licenciado Fernando Pérez Marañón, un secreto partidario de los españoles que había contemplado la escena, manifestó su inconformidad al sacerdote por atender tan de pronto la delicada solicitud de un desconocido, a lo que Hidalgo respondió ofreciendo retirar el permiso para darlo al mismo Marañón. Este se excusó desde luego alegando fútiles motivos, y entonces don Miguel le dijo:

"Hallándose tan comprometido y con mi vida en peligro, me veo en la necesidad de valerme de todos los que se presten a ayudarme, sean los que fueren; pues éstos son los que me importan y no los que me censuran". (22)

(22) José María Licéaga. "Adiciones y rectificaciones a la Historia de México que escribió D. Lucas Alamán". Pág. 133.

Torres derrotó a don Tomás Ignacio Villaseñor, encargado de batirlo, y el 11 de noviembre de 1810 a las 9 de la mañana hizo su entrada triunfal en Guadalajara. Puso en libertad a su enemigo y se negó a sacar a los presos de la cárcel —medida acostumbrada por los jefes insurgentes para aumentar con ellos su tropa—, dando a todos las mayores garantías, a grado tal, que por súplicas de los vecinos no fué aprehendido el Brigadier Abarca, que había mostrado siempre su fidelidad al Rey, y pudo vivir primero en el Convento de San Francisco y después en su propia casa.

¡Qué distinto proceder del que seguía “El Manco”, entrando a sangre y fuego a las poblaciones y cometiendo a veces todos los desmanes que podía! ¿Por qué capricho ignoto del destino no encarnó en Albino García un hombre de la talla moral del “Amo” Torres?; ¿por qué el temible guerrillero no tuvo más respeto por la vida humana, como éste, y no se abstuvo de cometer tantos atropellos so pretexto de saber que algunos eran puros “alcahuetes” de los españoles?: ¡ah!, si los dos guerrilleros hubieran obrado siempre de acuerdo, ellos hubieran sido el brazo derecho de la insurrección! ¡Ay de Calleja en Guanajuato!, ¡ay de García Conde en el Valle de Santiago! ¡Ay de la causa realista sin las pródigas sementeras del Bajío! Mas por desgracia, estos dos hombres, en cuyas pasajeras uniones latió un nuevo e insospechado derrotero de la Guerra de Independencia, hubieron de luchar en esa desunión que persigue, como un designio fatal, a los mexicanos.

Don Miguel Hidalgo llegó poco después a Guadalajara y aprobó cuanto había hecho en ella don José Antonio Torres.

Es bien sabido ya que Calleja y Flon fueron mandados inmediatamente sobre Guadalajara, en cuyas cercanías se registró, el 17 de enero de 1811, la formidable batalla de Calderón, ganada por los realistas merced al providencial suceso de haberse incendiado uno de los carros de parque de los insurgentes, que rápidamente comunicó el fuego a los pastos altos y secos de aquellos campos, en el instante mismo en que Calleja daba un último y desesperado asalto sobre las líneas enemigas. “Allende, Abasolo, Aldama y Torres combatieron con brío y se retiraron los últimos después de haber sido vencidos”.

“El Telégrafo”, periódico semi-oficial que publicaba el Brigadier don José De la Cruz en Guadalajara, decía, un año más tarde: “José Antonio Torres fué el cabecilla QUE MAS SE SOSTUVO contra el Ejército del Centro en el célebre puente de Calderón”.

“El Amo” Torres siguió con los caudillos hacia el Norte, pero quedóse con el licenciado López Rayón en la Villa del Saltillo, acompañándole, por lo mismo, en la gloriosa retirada a Zacatecas. Tomó parte en las acciones que tuvieron que librarse para llegar a esta última población, y a partir de entonces empezó a combatir de nuevo bajo su propio mando, pero ya en combinación con don Ignacio López Rayón y acatando las órdenes del ilustre abogado.

Fué por eso que acudió a las batallas de Zitácuaro, tomado al fin por Calleja, y “tuvo parte en todos los principales sucesos de la insurrección, distinguiéndose en todos ellos”.

“El Amo” Torres sabía de sobra que, al amparo de la Revolución, había sujetos que cometían toda clase de robos y violencias, organizándose para tal fin en numerosas gavillas que a menudo destruían sin haber tenido el menor contacto con las tropas realistas, y por eso apremió al propio “Manco” en repetidas ocasiones a efecto de reprimir con la mayor energía a esa “polilla”, según la expresión de Albino, que restaba fuerza y prestigio al movimiento. García, siempre respetuoso y obediente con el “Viejo” Torres, acató las órdenes sin reparo:

“Exmo. S. Teniente General don José Antonio Torres, en donde se halle.—Servicio Nacional.

No puedo negar los faores tan crecidos que a V. E. debo ni menos el deceso tan grande que tiene de limpiar los caminos de tanto pícaro ladrón que anuestro nombre y el de Americanos no dejan cosa que no se roban ni muchacha que no ultrajan pero con las sabias disposiciones de V. E. creo que pronto nos quitaremos esa polilla de encima por lo que me parece bien execute V. E. con estos lo que en el suyo me dise que ya haré otro tanto en obsequio de la Nación y de nuestro honor.

Mucho he agradecido a V. E. la repreción que por mí hecho a Becerra, y sí le encargo a V. E. no se descuide con este pues con lo que me sucedió a mí estoy bien satisfecho de su corazón dañado; es cierto que por el respecto de V. E. no lo mandé orcar.

Por haora no ocurre otra cosa más que los míos por el rumbo de S. Miguel no han dejado de tener sus ataques los que han desempeñado con bastante honrades y balor aciendo retirar al Enemigo después de matarle algunos; por algunas cartas que han interceptado de Queré-

negar los puntos tan en-
fijos que a V.E. debo mi mayor obli-
gacion tan grande que tiene de lim-
piar los caminos de tanta fuerza
blanca que aumente nombre que
el Americano no desan con que
no se roban ni muchachos que
no uenagan pero con las latro-
nias de V.E. como que por
to no quitaremos era solilla de
encima por lo que me parece
bien execute V.E. con estos lo que
en el suyo me dice que yo he
otro tanto en obsequio de la na-
cion y de sus honores.

Mucho he agradecido a V.E.
la representacion que por mi he
hecho.

no se deruude con esa fuy
con lo que me sucedio ami
estoy bien. Sin efecto de nulo
razon dañado, es cierto q' por
el respecto de C. S. no lo mande
bien.

Por ahora no ocurre otra
cosa mas que lo mas por el
nombre de S. Miguel no han
dejado de tener sus ataques
* lo que han desempeñado con
barbaros horrores y valor
asiendo retirar al enemigo
despues de matarle algun
por algunas cosas que han
sido aceptado. A nosotros
sabido que el Gran. Mariscal
ha comenzado la destruccion
total del imperio y cobard
Cortes.

Amor mede

V. S. noticias de lo que ocurre por aquí

Deus d'v. e. la mejor Salud y que
mande a su Amigo P. M. b.

Palacio Nacional del Valle, Mexico

18 de Feb. 1862. Al Sr. General

Albino García

P. D. encargo a V. S. no se olvide
de su lado a Buenos Aires
muchísimos respetos del jeyo no
puede embarcar para visitar
en dos minutos vale

Al Sr. General
D. Antonio Torres

Carta de Albino García a don José Antonio Torres, precioso documento hallado en la Biblioteca del Museo Nacional, redactada por aquél, pero escrita seguramente por el que Albino llamaba su "Secretario" y firmada y rubricada con un sello de madera, como puede apreciarse con facilidad, pues el genial guerrillero no sabía escribir.

taro he sabido que el Gran Morelos ha conseguido la destrucción total del impío y cobarde Calleja.

Aguardo me de V. E. noticia de lo que ocurra por ayá.

Deceo a V. E. la mejor salud, y que mande a su Amigo q. s. m. b.

Palacio Nacional del Valle Marzo 18 de 1812. El Teniente General, *Albino García*.

P. D.—encargo a V. E. no deje salir de su lado a Becerra pues hay muchísimas sospechas del y yo no tendré embarazo para orcarlo en dos minutos. VALE.

Exmo. S. Teniente General Dn. Antonio Torres.

Sin embargo, no era cosa fácil para los dos guerrilleros lograr el plan que se proponían, a pesar de sus buenas intenciones —que Albino con frecuencia quebrantaba— y de la necesidad urgente de llevarlo a cabo para evitar mil molestias en alguna posible contingencia a la que se hallaban expuestos a cada instante, pues la sola esperanza de obtener prontamente un ansiado botín, hacía de cada soldado un verdadero peligro y un obstáculo de lo más embarazoso por su negligencia en servir a la causa. "...Si V. E. S. tuviere a bien el mandarme una orden para recoxer muchas partiditas sueltas así de Soldados como de Sres. oficiales que no le sirven a V. E. S. de nada porque a su vista le aparentan una cosa y por acá es indiferente y estando todos juntos a qualesquiera hora que V. E. S. los haiga menester se los pondré a su presiencia pues de qué sirve que V. E. S. se sacrifique y los demás no le ayuden". (Nicolás Antonio Becerra a Albino García. Véase el Apéndice 15.)

"El Manco" debe haberse excedido en repetidas ocasiones de las medidas ordenadas por "El Amo" Torres para dejar los caminos limpios de ladrones, y tal vez con guerrillas que se formaban con el fin de cooperar también con el bando insurgente, mas si ello tuvo la desventaja de ser una violencia ejercida contra gente que militaba bajo la misma bandera, pudo reunir, en cambio, un solo grupo mucho más eficaz por sus armamentos, su número y su disciplina. Además, es preciso reconocer que era casi imposible averiguar la finalidad de cada guerrilla que se formaba, pues Albino derrotó a muchas que trataron de disputarle la supremacía en las vastísimas regiones que recorrió.

“Participo a V. E. el que esta misma tarde según dicen quiere mandar D. Alvino con sólo el fin de querer desarmar al Sr. Mariscal D. Tomás Rodríguez pues quien sabe cómo saldremos con dicho Sr. García con sus ideas tan fuera de orden ni rrazón, pero según lo que resulte ya daré a V. E. cuenta de quanto ocurriere”.

“Yo y mi compañero el Sr. Mariscal D. José de Escandón, estamos trabajando nuestros cañones, pero siempre con el temor y sobre salto no se nos quita el cuidado con este hombre, con que nos anda quitando las armas que con tanto cuidado y trabajo nos cuesta...” (José Vicente de Menchaca a don José Antonio Torres. Véase el Apéndice 16.)

De cualquier suerte, los dos guerrilleros llegaron a operar de acuerdo varias veces. Y por cierto, cada reunión ponía en acecho a los jefes españoles y sembraba la angustia en toda una Intendencia. Las Divisiones recorrían grandes distancias. Los Partes se multiplicaban:

“He dado orden terminante de que se acabe con toda la canalla que se encuentre de la sublevada por sexta vez, y lo llevaré adelante hasta no dejar uno vivo. Se hallan reunidas las gavillas de Albino García, Pedro García, el Viejo Torres que ha podido juntar algunos dispersos y reunir otros nuevos. Varían las noticias sobre el punto donde se hallan; pero parece que están cerca de Negrete que actualmente está en La Piedad. Serán batidos sólo por este jefe y exterminados completamente si los cuerpos de Linares y Casaval que marchan por el flanco izquierdo de Negrete llegan oportunamente para el ataque. Guadalajara, 9 de marzo de 1812”. (José De la Cruz a Venegas. Documentos del Archivo General de la Nación.)

Demasiado pronto, por desventura, sobrevino la muerte del valeroso insurgente: el día 4 de abril de 1812 “El Amo” Torres fué aprehendido en Palo Alto, cerca de Tupátaro, por el Comandante D. Antonio López Merino, que dependía de la brigada del Coronel D. Pedro Celestino Negrete, a quien comunicó desde luego la anhelada noticia:

“Mi General: prendí al Viejo Torres”, empieza lacónicamente el Parte de la captura. ¡Seis palabras tan sólo que condensan toda una tragedia, y describen de una pincelada una de las pérdidas más terribles para la causa de la libertad! “Mi General: prendí al Viejo Torres”, escribió jubiloso el soldado realista, mientras el núcleo insurrecto se estremecía de dolor por la caída de uno de sus más esforzados paladines!

“El Amo” fué enviado el mes siguiente a Guadalajara, y el 11 de mayo del mismo año entró a la población amarrado a una carreta, como un burlesco recuerdo de su entrada triunfal a esa ciudad, seis meses antes, y se le puso a disposición de la Junta de Seguridad.

Don José Antonio hizo una confesión serena y detallada de casi todos los cargos que se le hicieron, por lo que antes de veinticuatro horas la Junta pronunció su sentencia definitiva, que muy bien puede tomarse como uno de los más elocuentes modelos de las pronunciadas en aquella época:

“Guadalajara, mayo doce de mil ochocientos doce. VISTA la confesión que José Antonio Torres uno de los principales y primeros Cabecillas de la insurrección hace de sus atroces crímenes; a saber: Que desde el mes de Octubre de mil ochocientos diez salió de Guajuato con comisión del perverso apóstata Miguel Hidalgo para benir concitando como lo executó a los pueblos de su tránsito para Colima, planes de tierra caliente, Sayula, y Zacoalco en donde hizo la más cruel carnizería en la juventud inesperta que salió de esta Capital a contenerlo introduziéndose después a ella en onze de Noviembre de dicho año con el atrevimiento de apoderarse del Real Palacio y del Gobierno a nombre de aquel malvado, y aún sin previa orden suia, haciendo imprimir y fixando en el mismo día Vando de su Gobierno con preceptos y conminaciones, siendo el verdadero origen de los robos Azezinatos y demás atrocidades que en esta respetable Capital se cometieron, y de la cual después de las comisiones que dió para la prisión de Europeos, robos de caudales e inbaciones de Colima á los Cavezillas su hijo José Antonio y Rafael Arteaga, y para los mismos y aun más funestos efectos sobre Tepic y San Blas al facineroso Cura Mercado, salió para el Puente de Calderón, donde disperso y fugitivo con la demás canalla, continuó bajo las Negras Banderas del Apóstata para el Saltillo, de donde regresó por muchos y distantes puntos siempre formando reuniones de malvados, hasta el día quatro del próximo pasado en que se logró su aprehención con las Armas en la mano, y de Gavilla por los Exércitos del Rey.

Se declara al mencionado José Antonio Torres traidor al Rey y a la Patria, Reo confeso en casi todas las citadas atrocidades, condenándolo en consecuencia a ser arrastrado, Ahorcado y descuartizado con confiscación de todos sus bienes, y que manteniéndose el cadáver en el Patíbulo hasta las cinco de la tarde se baje a esta hora y conducido

a la plaza Nueva de Venegas se le corte la cabeza, y se le fixe en el centro de ella sobre un palo alto, descuartizándose allí mismo el Cuerpo, y remitiéndose el cuarto del Brazo derecho al Pueblo de Za-coalco, en donde se fijará sobre un madero elevado, otro en la horca de la garita de Mexicalzingo de esa ciudad por donde entró a inbadir-la, otro en la del Carmen, salida al rumbo de Tepic y San Blas y otro en la del Bajío de San Pedro que lo es para el Puente de Calderón. Que en cada uno de esos parages se fixe en una Tabla el siguiente rótulo JOSE ANTONIO TORRES TRAHIDOR AL REY Y A LA PATRIA, CAVESILLA, REVELDE E INVASOR DE ESTA CAPI-TAL: Que pasados quarenta días se baxen los quartos y a inmediación de los lugares respectivos en que se haian puesto se quemen en llamas bibas de fuego esparciéndose las cenizas por el Ayre: que con testi-monio de esta sentencia se pase oficio al Subdelegado de San Pedro Piedra Gorda para que teniendo el Reo casa propia en aquel Pueblo, y no abiendo perjuicio de tercero por censo y otro derecho Real sobre ella, la aga derrivar inmediatamente y sembrar de sal, dando cuenta con la diligencia correspondiente. Pero antes de proceder a la execu-ción de esa sentencia se pasará al Muy Iltre. Sr. General Don José De la Cruz para su confirmación o lo que hubiere lugar, mantenién-dose siempre con la maior reserba la Causa, disponiendo su Señoría sobre ella y sus contenidos lo que tenga por más conbeniente.

Lo proveyeron y determinaron definitivamente juzgando los se-ñores Presidentes y Vocales de la Junta de Seguridad y lo firmaron Juan José de Souza Viana.—Francisco Antonio de Velasco.—Manuel García de Quevedo.—Domingo María de Garate.—Guadalaxara doce de mayo de mil ochocientos doce.—Execútese la sentencia.—JOSE DE LA CRUZ”.

El tremendo fallo se cumplió al pie de la letra, y “El Amo” To-rres sufrió con sin igual entereza la horrible muerte a que fué conde-nado. Su cuerpo quedó materialmente hecho pedazos por el arrastre, pero en cambio, su nombre y la fecha del suplicio, como el de Albino García, ganaron un perdurable recuerdo a través del correr incesante de los siglos.

Juntos se lanzaron a la lucha y pelearon con frecuencia unidos: ¡casi juntos cayeron también, porque no estaba lejano el día en que “El Manco” había de seguir el camino sobre el que acababa de precederlo “El Amo” Torres!

¡12 de mayo y 8 de junio de 1812 son dos fechas que deben quedar grabadas con caracteres indelebles en las páginas de la Historia, porque son las de la muerte de los dos más grandes guerrilleros que lucharon por la libertad!

* * *

García Conde recibió en Silao a una angustiada comisión que se acercó a manifestarle el difícil trance por el que atravesaba ese importante centro minero: había en la Ciudad un valioso cargamento de barras de plata que debía ser trocado en Querétaro por el numerario y los efectos necesarios para el laborío de las minas, pero tal cambio no se podía efectuar por las guerrillas que interrumpían constantemente el camión (v), de suerte que se hacía de todo punto indispensable el apoyo de una fuerza militar para lograrlo. Rogaron a García Conde que remediase tal situación con su prestigiada tropa, y como éste accediera gustoso a llevar el convoy de platas y traer a Silao los instrumentos y mercancías de Querétaro, realizó lo primero con toda felicidad, recibiendo en esta última población una gruesa suma en numerario y mercancías destinadas a las provincias del interior, amén de un valioso cargamento de la Real Hacienda y otros caudales en efectos y moneda que puso al especial cuidado del Capitán Iturbide, con los cuales salió de Querétaro creyendo hacer el viaje con toda tranquilidad, pero noticioso de ello Albino García, que ya estaba en espera de poder dar un atrevido golpe, se dirigió con toda su gente al encuentro de García Conde, quien ya había pasado por La Calera y Celaya, y avanzaba rápidamente muy ajeno a la terrible sorpresa que se le esperaba.

(v) La región estaba infestada de las guerrillas que mandaba Albino García, las cuales hallaban un seguro refugio en la sierra y burlaban fácilmente las persecuciones. Por otra parte, "en la zona que cae hacia el Norte de la sierra de Guanajuato y en la que se extienden las llanuras de Dolores y las tierras de San Luis, menudeaban los ataques de guerrillas con motivo del frecuente tránsito que por ella hacían los convoyes que iban y venían entre San Luis y Querétaro".

XIII

LA SORPRESA DE SALAMANCA

Aquella mañana (domingo 12 de abril de 1812), estaba a punto de salir de Salamanca la gran fuerza militar que convoyaba las platas y valores que se conducían de Querétaro a Silao. Estaba formada por la tropa que mandaba el Brigadier García Conde, tan famosa como este activo jefe, repartida en dos Divisiones que protegían la vanguardia y retaguardia respectivamente, sosteniendo al mismo tiempo todos los puntos con el Batallón de Villalba, que custodiaba el centro.

La noche anterior, a la oración, la retaguardia había tenido sus tiros desde el Molino de Sarabia, pues había roto un nutrido fuego de cañón y fusil el incansable guerrillero Albino García, pero como poco después de la medianoche había sucedido al tiroteo un silencio inexplicable —que nada bueno auguraba de tan ladino insurgente—, creyeron todos, de muy buena fe, que esta vez se había fugado de veras al observar el número considerable de sus enemigos, pero la verdad era que, calculando el valeroso jefe de los insurrectos que nada podría hacer a los españoles atacándolos en el pueblo, como pudo comprobar en el Valle de Santiago —máxime cuando en esta ocasión eran tantos— determinó colocar a su gente en los alrededores de la población para esperar su salida, y así lo ejecutó con toda calma, manteniéndose a la expectativa, enviando al pueblo mientras tanto a algunos de sus hombres, que fácilmente pudieron llegar a él protegidos por las tinieblas de la noche, con el objeto de prevenir a los vecinos para que ayudaran por su parte en lo que pudieran.

Organizada con grandes trabajos en el orden de marcha —pues las mulas que llevaban las cargas trastornaban todo con su terquedad—,

empezó a moverse al fin aquella rica caravana, que a distancia más bien parecía un gusano gigantesco y ondulante sobre el camino, precedida como siempre por su distinguido jefe, el Brigadier García Conde, pero aún no había salido del pueblo la parte que defendía la vanguardia cuando de pronto se vieron atacados vigorosamente por los insurrectos, a cuyo frente marchaba un arrogante jinete que montaba un espléndido caballo negro retinto, los que, de una formidable embestida, dividieron el larguísimo convoy que casi ocupaba media legua, quitándole muchas cargas y aislando totalmente a la vanguardia del resto de la División.

“Desde la salida de Salamanca”, nos dice Iturbide (véase su Diario en el Apéndice 17), “fuímos atacados vigorosamente en todos puntos por las grandes gavillas del Bajío capitaneadas por el Manco García...”

Era imposible replegarse al pueblo en aquellos momentos, como el sentido común lo indicaba, para quitar desde luego al enemigo el terreno propicio de sus terribles ataques y poder asimismo destruirlo con la Artillería, que se encontraba embarazada para funcionar ante la confusión que reinaba, pues los insurgentes, haciendo un fenomenal alboroto, pasaban entre las filas espantando a las mulas, de por sí asustadizas y caprichosas, y los realistas, al verlas partir con sus preciosos cargamentos, trataban de detenerlas y casi se mezclaban entre los insurrectos, de suerte que, aunque empeñando ya un durísimo combate, el resto de la tropa continuó el avance con el objeto de auxiliar a la vanguardia que estaba muy comprometida y en peligro de ser destruida entre el “corral”, que le habían hecho, en tanto que los insurgentes trataban de formar entre las dos una barrera infranqueable que los realistas pugnaban por deshacer.

“Don Pachito”, por su parte, sin dejar el mando que le había hecho tan famoso y tan querido entre sus hombres, logró lazar con no pocos trabajos a una mula muy cargada y muy necia, que a más de haberle demostrado una patente antipatía, tuvo a bien no hacerle caso en sus maniobras para espantarla.

En el pueblo, la situación se había hecho bastante difícil, pues aunque por el momento no sufrían el ataque directo de las fuerzas insurgentes, se hallaban con el doble cuidado de no dejar escapar las acémilas que se encabritaban a sus anchas con el tiroteo y los cañonazos, y de repeler el fuego que les dirigían con irregularidad algu-

nas partidas de hombres de los de García y otros que sólo estaban esperando la ocasión propicia para hacer uso de sus armas desde la noche anterior.

Hasta las mujeres, armadas de piedras, palos, maderos y cuanto encontraban, y algunas de ellas con fusiles, hostilizaban valientemente a los españoles desde las azoteas de sus casas, mientras que los taimados vecinos que no podían hacer nada, bien por carecer de armamentos o por encontrarse demasiado cerca de los realistas, propalaban a más no poder toda clase de chismes con la deliberada intención de perjudicar a los españoles.

No salía aún de la población el teniente coronel don Joaquín de Villalba, a pesar de sus esfuerzos, cuando tuvo noticia de que ya había muerto el brigadier García Conde, y de que el enemigo ya empezaba a atacar la retaguardia con gran brío, lo cual, como es de suponerse, dejólo profundamente desconcertado, pero recelando de la veracidad de tal afirmación, que repetía como para él, con insistencia y gran aspaviento, un grupo de vecinos que se hallaba a pocos pasos de su gente, echó el guante al que, de entre ellos, parecía el más caracterizado y estaba más convencido de la certeza de lo que decían, y le exigió que revelase en el acto cuál era la fuente de donde habían adquirido tan triste información, a lo que el indígena, haciendo el intento de señalar un rumbo desconocido, y poniendo la cara de un pecador arrepentido, contestó:

—Pos me dijo mi compadre...

—¿Qué compadre?, interrumpió con energía el soldado realista.

—Usté verá... vive ahí luego... onde sale el atajo p'al río... y...

Un pistoletazo lo dejó sin vida.

Interrogados que fueron los demás vecinos, contestaron todos con tal vaguedad, que al fin Villalba se resolvió a dejarlos, impaciente, al darse cuenta que los insurgentes habían sido rechazados con enormes trabajos, y de que el mismo García Conde, daba órdenes apremiantes para que el desorganizado convoy pudiera seguir su camino, lo que con gran fatiga pudo lograrse, llegando ese día a Irapuato. Deshecho al fin el núcleo que trataba de interponerse entre las tropas con el objeto de impedir que éstas auxiliaran de algún modo a la División de García Conde, que había sido totalmente aislada y estaba próxima a sufrir un tremendo descalabro, los españoles tomaron al mismo tiempo la ofensiva sobre los audaces guerrilleros que, viéndose estre-

chados por las hábiles maniobras de sus enemigos, se vieron obligados a retirarse y tal hicieron, llevándose gran número de mulas de las que lazaban por el campo.

“Yo tuve la suerte”, continúa Iturbide, “de que no me quitase ninguna de las del Rey que iban encomendadas particularmente a mi cuidado”. ¡Así se expresaba uno de los jefes más notables con que contaba el gobierno colonial!

En esta ocasión, no obstante la bizarría y acierto de los militares que custodiaban las cargas, entre los cuales se destacó una vez más el capitán don Agustín de Iturbide, que por entonces ni siquiera soñaba que llegaría a ser el Emperador de México, García Conde estuvo a punto de perder el convoy y de sufrir una seria derrota.

Y esa noche, los insurgentes tuvieron sus reales y se fumaron los tabacos del Virrey.

XIV

DON AGUSTIN DE ITURBIDE.—SECRETO PLAN DE CAMPAÑA CONTRA ALBINO GARCIA.—DON JOSE DE LA CRUZ.—PREPARATIVOS.—“EL MANCO” REDOBLA SU ACTIVIDAD Y BURLA EL PLAN CON UN GOLPE DE AUDACIA.

Con aquel último ataque, Albino García se había revelado como un gravísimo peligro para todas las tropas que operaban en el Bajío. Había cobrado un sin igual atrevimiento que, de no verse impedido, lo llevaría seguramente a extender su poder por todo el reino e ir a atacar al mismo general Calleja. Aquéllo era el colmo, era algo inesperado y desconcertante para los españoles, pues sabíase además de positivo que “El Manco” había logrado establecer una fábrica de cañones y de pólvora en el cerro de La Magdalena, que ya levantaba otras en distintos puntos, y que mandaba fabricar moneda en el Valle de Santiago imitando el cuño de Zacatecas.

Las bajas habían sido muchas y muy grande la pérdida de valores en esa comprometedora acción del pueblo de Salamanca, amén de que significaba un duro golpe para el bien sentado prestigio de los soldados realistas, y por otra parte, se hallaba próximo a ser remitido a México una valiosísimo cargamento de barras de plata, existente en el mineral de Guanajuato. Era indispensable, pues, expedir los caminos para conducirlo, era necesario destruir al audaz guerrillero que tantas zozobras les había causado y cuyo nombre sonaba hasta en los más apartados rincones de la Intendencia de Guanajuato con la fama de invencible, e Iturbide concibió la idea atrevidísima de concertar con otros jefes un plan de campaña contra el osado insur-

gente, con el fin de estrecharlo y sorprenderlo en su propia madri-guera; idea, claro está, que fué aceptada desde luego por el bizarro brigadier don Diego García Conde, tanto por encarnar los más fervientes deseos de toda la Colonia, cuanto por haber girado el Exmo. señor Virrey don Francisco Xavier Venegas órdenes especiales al referido Brigadier, en el sentido de que se acabase cuanto antes y de cualquier modo con el terrible García.

Y si ya hemos dicho que el brigadier García Conde merece, como militar, nuestras más cálidas frases de elogio por sus innúmeras cualidades, no hemos de decir menos del que entonces sólo fuera el capitán don Agustín de Iturbide, quien desde su primera batalla se reveló como el más aguerrido y experto de los soldados, cumpliendo con admirable certeza y grande arrojo las difíciles consignas que le dió su jefe, el teniente coronel don Torcuato Trujillo, en aquel famoso y trágico episodio del Monte de las Cruces. (x) “El teniente D. Agustín de Iturbide, que estuvo a mis órdenes, cumplió con tino y honor quanto le previne, no separándose de mi intermediación en toda la retirada”. (Torcuato Trujillo al Virrey Venegas. Chapultepec, 6 de noviembre de 1810.)

A partir de entonces, tomó parte en otras muchas acciones bajo diversos mandos, destacándose siempre con sin igual brillantez por su celo extraordinario en cumplir cuanto se le ordenaba, y por su buena disposición y espíritu que dejaba siempre colmados los deseos de sus jefes.

Impasible y confiado de sí mismo en todos los momentos de la campaña, a la vez que impetuoso y valiente por los dinámicos arreos de su plena y vigorosa juventud, Iturbide parecía estar destinado a desafiar los grandes peligros; profesaba un verdadero culto a la obediencia, y esmerábase por cumplir honrosamente cualquier orden, aunque para ello tuviera que realizar enormes sacrificios. Era astuto, sutil y oportuno en todos sus actos, que se hilvanaban cual si fueran orientados por una especie de predestinación, gran estratega y previsor acertado, cualidades todas que, si bien atraían secretamente por todas partes fuertes corrientes de simpatía hacia su bien definida per-

(x) Sabiéndose en México que Hidalgo avanzaba sobre la ciudad con su enorme ejército, se hizo salir de ella al Regimiento Provincial de Tres Villas, al mando del Teniente Coronel Torcuato Trujillo. Dicho Regimiento fué enviado a Toluca, y al llegar a esta ciudad mandó Trujillo que se replegasen a ella todos los destacamentos y piquetes avanzados. En San Felipe del Obraje, punto intermedio entre México y Zitácuaro, estaba el destacamento que mandaba don Agustín de Iturbide, quien recibió su bautismo de fuego en aquella célebre batalla, donde se distinguió notablemente por su valor y serenidad.

sonalidad, le convertían en un grave obstáculo para el desarrollo de las operaciones insurgentes. Por ello se le prodigaban doquiera ruidosos homenajes, y algunos poetas llegaron a pulsar su lira para cantar los méritos del guerrero. Uno de ellos, no de los más afortunados por cierto, el doctor Antonio Uraga, cura de San Miguel el Grande, dedicó a don Agustín de Iturbide la siguiente redondilla:

“Joven en quien reside
la modestia enlazada a la bravura,
La fuerza a la dulzura;
¡Feliz Valladolid! tu gozo exalta
Y añade un rasgo al timbre que te esmalta.
De un hijo tuyo la valiente mano,
La paz anuncia al suelo americano
Pues claro es que en el campo de la gloria
Se camina a la paz por la victoria”.

Iturbide fué enemigo implacable y sanguinario de la insurrección, mérito indiscutible que le honra como soldado realista, pero que había de servir a sus mismos enemigos, en los años en que muchos creían que iba a surgir esplendoroso el nuevo Imperio mexicano, como uno de los múltiples argumentos invocados ya con razón, ya sin ella, para impulsar la reacción en contra suya, cuando empezaron a salir a flor de tierra ignotos móviles y acciones de aquella trama tan finamente urdida, con todos los defectos y bajezas que empañan a menudo la vida de los grandes hombres.

En efecto, las escandalosas expoliaciones de Iturbide en el Bajío, siempre calladas por todos para no ser tomados como enemigos del régimen colonial, la crueldad excesiva que mostró contra los insurgentes, causando muertes a granel, y todos los engaños de que se valió para no perder la confianza del “iluso anciano” Apodaca, Virrey de la Nueva España, fueron las armas que el mismo Emperador forjó en sus momentos de triunfo para ser atacado más tarde con ellas. Y aquél famoso Cura de Guanajuato, Labarrieta, fué quien se atrevió a rendir el informe solicitado por Calleja cuando éste ascendió al virreinato, sobre la conducta de don Agustín, empañada ya por graves acusaciones de abusos incalificables. La carta del sacerdote permaneció en silencio mientras Iturbide se vió colmado de adulaciones que respetaban su poderío, pero al fin se revivió en una Décima candente que fué una de las primeras clarinadas de la veleidad:

“De la fama la trompeta
Diga en tono vocinglero,
Grande es Agustín primero.
Si se atiende a Labarrieta,
Diestro pintor cual atleta,
Lo pintó: y es evidente,
Que en su concepto no miente;
Pues copió con perfección
Al monstruo de la ambición,
Al azote de la gente”.

García Conde, acogió con beneplácito la idea de aquel joven Capitán de quien tantos aciertos había visto y sabido y que dejaba entrever muchas promesas por sus claras facultades, que le habían hecho sentir por él un especial afecto y, considerando que nadie mejor que el mismo Iturbide podría poner en ejecución el plan que había trazado, le envió a Guadalajara para que a su nombre tratase dicho plan con el brigadier don José de la Cruz, que operaba en la provincia, y con el distinguido jefe don Pedro Celestino Negrete, a quien Iturbide debía pasar a ver en la Piedad, con las correspondientes órdenes del primero, llevando el proyecto de atacar a Albino García en el Valle de Santiago por diferentes puntos.

Iturbide dió nuevamente inequívocas pruebas de su eficacia atravesando una larga extensión del país, en medio de las gavillas que lo infestaban, “con sólo 60 patriotas de Silao, muchos recién alistados y con poco o ningún armamento”, pues a los once días daba feliz término a su empresa en el pueblo de La Piedad (Mich.), después de haber salvado con increíble rapidez la gran distancia que media entre Irapuato, Guadalajara y La Piedad, de donde salía rápidamente a Silao, para unirse al citado Brigadier que lo mandaba.

No era así, en cambio, el brigadier don José De la Cruz, que había llegado a su puesto en hombros de la oportunidad y del favoritismo: altivo, cruel y sanguinario cuando no tenía por delante algún peligro, Cruz había hecho que tomaran partido por la insurrección gentes que antes simpatizaban con la causa realista (y), y era un

(y) Los jefes insurgentes Portugal, Navarro y Villaseñor engrosaron las guerrillas de Albino García poco después de su ataque a la ciudad de Aguascalientes, al mando de alguna gente de los pueblos a quienes habían ostigado las crueldades sin cuento de José de la Cruz y sus subalternos, “los cuales incendiaban las casas, proscribían a sus dueños y entregaban al saco las poblaciones, las más veces sin otro motivo que haber estado momentáneamente en ellas los insurgentes”. “México y sus Revoluciones”. José María Luis Mora. Tomo IV. Pág. 231.

militar que más bien gustaba de lamentar la situación que de ponerle el remedio que estaba a su alcance, entregándose a inútiles meditaciones en vez de activar sus tardíos movimientos que pretendía concertar con un refinado lujo de detalles como si se tratara de un vecino, y que de no ser así, con seguridad le hubieran hecho comunicar al Virrey mejores cosas. (z)

Don José De la Cruz, había nacido en Salamanca, España, en 1776. Durante la invasión francesa tomó las armas para defender su patria, con tan grande fortuna, que rápidamente alcanzó el grado de Brigadier.

Vino de España con don Francisco Javier Venegas, como simple inspector del Ejército, "más los sucesos de septiembre hicieron que el Virrey lo pusiese al frente de una división de reserva formada de 2,000 hombres y con ella salió para Huichapan, en cuyas cercanías derrotó a don Julián Villagrán de ahí partió para Valladolid de donde vino a Guadalajara obteniendo de paso el triunfo de Urepetiro" contra don Ruperto Mier.

El Brigadier era de un porte marcial y trato agradable para con las gentes más allegadas a él, a pesar de su soberbia; inteligente y laborioso, pero muy afecto a desahogar su cólera en medidas tan brutales como injustificadas, que impresionaron en más de una ocasión al "Mechudo":

(z) Decía Cruz al Virrey en una de sus cartas: "La única cosa, Exmo. Señor, que aumenta mis embarazos y paraliza mis disposiciones, es la falta de correspondencia: si ésta estuviera expedita yo adelantaría quizá algo más cifiendo mis disposiciones a los sucesos, por inferencia de los resultados consiguientes: pues mi método (exceptuando los casos precisos), es el de ver un horizonte extraño al en que habito. Me ha parecido que la clase de guerra que sostenemos está fuera del orden y reglas militares, así antiguas como modernas: es en mi concepto, por decirlo en una palabra, una guerra de suma previsión, dura y blanda, activísima sobre todo, contemplativa y sanguinaria, y por último, política-militar.

"Dios Gue. a V. E. mS. aS. Guadalajara, 22 de mayo de 1812. A las 6 de la mañana. Exmo. Sr. José De la Cruz. (Rúbrica).—Exmo. Sor. Virrey. Dn. Francisco Xavier Venegas".

Ya en otra de ellas le había dicho, proponiéndole una de sus medidas acostumbradas: "El Ejército lo tengo en siete divisiones y cinco de ellas dentro de la infernal Provincia de MECHOACAN cada día más criminal e infame, y cada día más impune. Necesita, Exmo. Señor, un severísimo castigo la referida Provincia, y si no se pasan por las armas lo menos la octava parte de su población, sin excepción de clases, jamás se acabará la rebelión en tan maldito país. V. E. ve los efectos del rigor en Nueva Galicia, y con presencia de todo dictará sus providencias para lo sucesivo como fueren de su superior agrado.—Dios Guarde, etc. Guadalajara, 2 de febrero de 1812".

"Todos los males, como ya tengo dicho a V. E. provienen de esa infernal Provincia de Mechoacán cada día peor y cada día más impune. Como no hay en ella (por lo menos por esta parte) ningún pueblo organizado, sino los que ha arreglado este Ejército, todos son rebeldes, todos abrigán, auxilian y aumentan las gavillas, y todos en fin, merecían aquellos exemplares castigos a que se devió el buen estado de Nueva Galicia.—Guadalajara, 22 de mayo de 1812". (José De la Cruz al Virrey Venegas.)

En lo que sí tenía razón el Brigadier, aunque debió preocuparse más por lograrlo, es en insistir que las divisiones debían actuar combinadamente para destruir las guerrillas, pues según expreso, no se hacía otra cosa que "espantar" y nunca exterminar.

(Colección de Documentos del Archivo General de la Nación.)

“Vamos a esparcir el terror y la muerte por todas partes, y a que no quede ningún perverso sobre la tierra... He hecho quintar el pueblo de Zapotiltic, que asesinó dos soldados: a otra ejecución que haga de esta naturaleza serán todos cuantos halle... Sepan estos bandidos qué quiere decir guerra a muerte”. (A Calleja desde Guadalupe, el 18 de abril de 1811.)

Sin embargo, “ni antes ni después de la campaña insurgente logró establecer su reputación militar y aun se daba por cierto que sus conocimientos en la profesión de las armas eran muy escasos y más aun todavía su valor personal”. (Obra citada. Luis Pérez Verdía.)

Aunque Cruz aprobó en todas sus partes la combinación indicada, quiso que, para designar días, Iturbide hablase con el brigadier Negrete y que luego se le comunicara el resultado de esta entrevista, pero como era necesario obrar con toda diligencia y cautela para no despertar las sospechas del astuto guerrillero que ya tornaba a juntarse de nuevo en el Valle de Santiago, y con tal procedimiento se creaba la posibilidad de perderse la estafeta y ponerlo al tanto de lo que se trataba, se decidió el proyecto con este último jefe, determinándose la acción para las diez de la mañana del día quince de mayo de mil ochocientos doce, asegurando el brigadier Negrete —que por haberse aprehendido en esos días al bravo insurgente don José Antonio Torres, pudo dedicar a Albino toda su atención— los dos caminos que de Parangueo y Yuriria conducen al Valle, en tanto que García Conde, dividiendo su fuerza en dos secciones y cargándose hacia el lado de Celaya, debía hacerlas entrar al Valle de Santiago por los caminos de la hacienda de La Bolsa y la de Guantes, cubriendo al mismo tiempo el de La Gachupina, y realizando de esta suerte un movimiento envolvente a fin de que Albino no pudiera escapar por ningún rumbo.

Mas antes de que Iturbide se pusiera al habla con el brigadier Negrete en La Piedad, y en tanto que García Conde se detenía en Silao para dar tiempo a su regreso, “El Manco”, caía sobre Irapuato (1º de mayo de 1812), a la cabeza de 4,000 hombres, pero avisado oportunamente el supradicho Brigadier por el Comandante de Armas de aquel pueblo, don José María Esquivel, hizo salir prontamente al teniente coronel don Joaquín de Villalba en auxilio de la población. A su llegada, retiráronse los insurgentes a la hacienda de Las Animas, no sin sostener infinidad de escaramuzas con las tropas realis-

tas, a quienes hicieron sufrir lo indecible con la irregularidad de sus ataques, y cuando al otro día, ya dispuesto Villalba, se aprestaba a dar una formidable carga al enemigo, tuvo noticia de que éste se había evaporado desde la noche anterior con rumbo desconocido, y furioso por esto, tomó el desquite entrando a degüello en el rancho de San Jacinto, adonde había ido en persecución de Vázquez y Salmerón, en el que “apenas experimentó la severidad de su resolución un hombre, que fué el único que se encontró en todo aquel vasto case-rio”. (Joaquín de Villalba. Véase el Apéndice N° 9.)

Mientras esto acontecía, Albino atacaba con verdadero furor a la ciudad de Celaya (5 de mayo), sin haber podido quebrantar la es- forzada defensa de los realistas.

Obstinado en sus proyectos, “El Manco”, corrió otra vez con sus hombres a Irapuato (11 de mayo), y a los primeros encuentros obligó a los defensores a reducirse tan sólo a la plaza del pueblo, no obstan- te la desesperación con que rechazaban sus ataques, pero tuvo que re- nunciar a tomarlo al percatarse de la proximidad de una de las divi- siones que acudía hasta prematuramente al lugar de la cita.

Entretanto, el brigadier García Conde, sacando de Guanajuato las barras de plata que iban a ser remitidas a México, aparentaba iniciar dicha conducción, a efecto de no despertar ni el más ligero resquemor entre los insurgentes, y dejándolas bien custodiadas en Irapuato, se ponía en marcha el 15 de mayo con don Joaquín de Villalba hacia el Valle de Santiago, mientras Negrete hacía lo propio por el rumbo convenido. “La división de Negrete está en marcha hace tres días para atacar convinadamente al rebelde Albino García. Este *corre- dor* fatigará a las tropas así de este Ejército como las de la División de García Conde y nada se conseguirá al fin”.

Pero el sagaz Albino, que estaba al tanto de todo por las avan- zadas y espías que tenía constantemente sobre el enemigo, sospechan- do de los movimientos observados, se anticipó al ataque evitando la reunión de las dos Divisiones, porque después de causar muchos da- ños en el camino que debía recorrer don Diego García Conde, se di- rigió con toda rapidez sobre Negrete, que estaba en Parangueo, y lo puso en tal aprieto, que la hubiera pasado muy mal a no ser por la oportuna llegada del primero, que se había visto en mil apuros con su división por “los obstáculos que halló en el camino, de puentes cortados”, zanjas y qué se yo, el cual, al escuchar desde el Valle los estampidos de la Artillería, se dió cuenta demasiado tarde de que su

plan había fracasado una vez más por la astucia del genial guerrillero. "Todo el trabajo se perdió por no haber operado sino sólo la División de Negrete, a causa de no haber podido llegar a tiempo la del señor Conde..." "No ha producido otro efecto que alguna dispersión de los rebeldes y mui pocos muertos". (Véase el Apéndice N° 18.)

Negrete estaba siendo batido por Albino desde hacía poco más de cuarenta horas, y cuando éste iba a ordenar un último asalto para destrozár a los realistas, supo que estaba a punto de llegar la gruesa división de García Conde, que venía a toda prisa hacia el sitio de los sucesos, y muy a su pesar, temiendo con toda razón que las tropas de ambos brigadieres pudieran cogerlo entre dos fuegos, ordenó la retirada sin dejar de batir al angustiado Negrete.

No obstante la presteza y el orden con que la ejecutaban, no se pudieron evitar algunos choques, y Albino, que por la atención de su mando era siempre el último en dejar el campo, se encontró de manos a boca con una partida de Caballería, que había destacado don Diego para cortar la retirada, y, mal prevenido y armado para hacerle frente, no tuvo más remedio que aligerar la marcha desviándose por el flanco de aquel piquete realista.

Una descarga cerrada partió de la patrulla que se había detenido en un ribazo, alineada con perfección en el orden de batalla, obligando a los insurgentes a retirarse con alguna precipitación, pues ofrecían un seguro blanco en la llanada. "Apenas tube lugar de retirarme con mil ancias". Otra descarga más y Clemente, que iba siempre junto a Albino y como él era uno de los últimos en retirarse, se dobló lentamente sobre el cuello de su caballo queriendo dibujar en sus labios una inútil sonrisa, alzó la mano como para indicar a su jefe que siguiera su camino, y sin poder evitar un horrible estremecimiento que paralizaba su cuerpo, se desplomó al suelo ya insensible quedándose inmóvil.

Pocos momentos después el bravo muchacho había muerto.

"Conseguí matarles alguna gente, incluso el cabecilla de las confianzas de Albino, Clemente Vidal".

Ya fugados y dispersos los insurgentes, García Conde se dirigió en busca del señor Negrete, a quien descubrió a poco con su división y le destacó aviso de su llegada, previniéndole al mismo tiempo, se cargase a la parte sur del Valle de Santiago, y formando él dos divisiones, puesta una de ellas al mando de don Agustín de Iturbide, entraron al Valle cubriendo el rumbo del Norte y del Oeste respec-

tivamente, sin dejar al enemigo otra salida más que la del Este para el caso de haberse hallado Albino en aquel pueblo, por cuyo rumbo pensaban atacarle, “pero la población estaba desamparada del vecindario sin haber en ella más que sacerdotes y mujeres, y aunque todos aseguraban que los vecinos se habían ido de miedo, por más que se encargó a sus familias que los avisasen, no se pudo conseguir su regreso”. (Diego García Conde. Véase el Apéndice N° 19.)

Ya reunido en el Valle de Santiago, con el señor Negrete, García Conde trató de acordar con el bizarro jefe la destrucción de Albino García, pero aquél le hizo conocer que los cuidados de la Provincia de Guadalajara y el recelo de que “El Manco” pudiera dirigirse hacia ella si no guardaba los puntos principales de su entrada, no le permitían detenerse más que el siguiente día, por lo que entonces procuraron adquirir noticias de la situación del enemigo, y teniendo por ciertas la de que en dos leguas de circunferencia no se hallaba un solo insurgente, que éstos, en lo general, se habían alejado para irse a reunir en otros pueblos, y la de una sarta de chismes que los vecinos se encargaban de propalar, resolvieron salir la mañana del día siguiente hacia el camino de Yuriria, por el cerro de La Batea, donde sabían que Albino tenía una buena fundición de cañones.

Salió primero el señor Negrete con su división y García Conde consiguientemente con la suya, para sostenerlo en caso necesario y, así pesara a todos los informes que los chismosos vecinos habían dado, desde lo alto de los primeros cerros empezó a funcionar un enorme cañón que los insurgentes tenían colocado revelando abiertamente su posición, de lo que infirieron los realistas que no los habían de esperar; sin embargo, formaron dos divisiones de alcance para atacarlos por derecha e izquierda, pero todo fué inútil, porque antes de que el señor Negrete encumbrase por la izquierda con su división, y el capitán Iturbide por la derecha, con la suya, ya el enemigo había ocultado su cañón y marchando con sólo la cureña, se hallaba a más de una legua de distancia, notándose que algunos, deteniendo sus caballos, se volvían burlonamente a los realistas diciéndoles adiós de manera muy poco recomendable.

No obstante, Iturbide logró hacerles buen número de bajas.

Y en cuanto al cañón, no se halló por ningún lado por más diligencias que se practicaron para encontrarlo. (a)

Desesperados por la increíble actividad del guerrillero, que ahora hasta se burlaba de sus persecuciones, los dos jefes realistas volvieron a entrar en el Valle de Santiago y allí acordaron que el brigadier Negrete saldría a la mañana siguiente para Pénjamo con su división, en tanto que García Conde, pasando por La Bolsa y La Zanja trataría de acosar por Yuriria las gavillas dispersas, hacia el punto de su situación, dirigiéndoselas para cogerlas entre dos fuegos al cabo de tres o cuatro días, con lo que salió el señor Negrete para su destino a ejecutar lo acordado, lo mismo que el brigadier García Conde, que al llegar esa noche a la hacienda de La Zanja, tuvo la inesperada noticia de que Albino había estado allí la noche anterior con sólo doscientos hombres, y que había salido la mañana de ese día, caminando con mucha lentitud, por el rumbo del pueblo de Yuriria.

(a) Iturbide, comentando esta nueva habilidad del guerrillero, decía: "Pero al perverso Albino que tiene empeño en insultar a las tropas, no le falta gracia ni astucia para huir y ocultar sus armas con oportunidad, apoyándose más en esto que en el valor de sus gavillas para salir de los ataques". (Véase el Apéndice Núm. 17.)

XV.

SE DESENCADENA LA PERSECUCION.—LAS PRIMERAS DESGRACIAS.—ALBINO ES ATACADO POR TERRIBLE ENFERMEDAD.—SE RETIRA DE LA LUCHA.—ITURBIDE ALCANZA AL GUERRILLERO POR EL RUMBO DE YURIRIA.—ESCAPATORIA ANGUSTIOSA.

La tarde era gris, húmeda y triste...; llovía sin cesar.

El rumor de los arroyos convertidos en torrentes y el murmullo de las aguas al bañar los maizales, era todo lo que turbaba su quietud. Los sapos y las ranas dejaban oír el más raro concierto entre los campos.

Espesos nubarrones flotaban en la atmósfera cubriendo con sus cuerpos la indescriptible coloración que se observa al tramontar esos cálidos soles de mayo en el Bajío, y el trueno dejaba oír por momentos su voz amenazante que parecía recorrer, alejándose, la inmensa bóveda del cielo.

Ni una ave se miraba en el espacio, y era mágica la brillantez del paisaje que lo hacía semejar al de un ensueño. De las charcas del camino brotaban los cantores al paso de una cabalgata que avanzaba, y que a pesar de su costumbre de transitar por aquellos lugares, venía en esta ocasión a marcha muy lenta, cual si todos los jinetes no quisieran perder un solo detalle del maravilloso conjunto que formaban los vastos y simétricos planteles con el soberbio bosque de las cordilleras, mientras que allá, en la turbia distancia, como un lejano espejismo que suele ofrecerse al viajero, distinguíase la enorme superficie del lago de Yuriria.

Todo estaba infinitamente triste e infinitamente hermoso; era una de esas tardes que más bien invitan con su melancolía al recogimiento y la meditación, a saborear los gratos recuerdos en un plácido descanso y absoluta soledad, como si su lluvia cayera también en el alma y humedeciera las viejas remembranzas que poco a poco se van cubriendo con el polvo de los tiempos; a contemplar la Naturaleza en un hondo placer al recibir la fecunda caricia de las aguas, y en que la pertinaz llovizna hacía temblar el horizonte y un perfume de selvas inundaba el ambiente.

Así era la tarde, húmeda tarde aquella en la que varios guerrilleros, silenciosos y cariacontecidos, escoltaban un coche que avanzaba con lentitud por el camino de Yuriria, el cual salía trabajosamente de los grandes charcos que se habían formado en las depresiones del lodoso sendero, y que llevaba a una bella mujer muy pobremente vestida, que parecía angustiarse cada vez que el carruaje se ladeaba y hacía el ademán de ponerlo a nivel y sosegarlo, como si quisiera evitar con el peso de su cuerpo los bruscos movimientos para no aumentar los dolores de un hombre enfermo que viajaba en él.

Afuera, atado en un barrote del carruaje, iba un impetuoso caballo que a trechos trotaba con arrogancia, queriendo dar muestras de su poder.

Todos caminaban abandonados al capricho de sus cabalgaduras, pues estaban cansados después de soportar las constantes fatigas de su empeñosa campaña y una larga jornada desde la hacienda de La Zanja, y parecían meditar hondamente sobre la dureza de su situación: las tropas virreinales ocupaban a la sazón, todos los caminos transitables de la región del Valle de Santiago, adonde se habían concentrado para presentar una acción decisiva al "Manco" García, y bien pronto se lanzarían a las persecuciones con toda seguridad, después del chasco tan grande que se habían llevado.

Albino García, que estaba en el apogeo de su fuerza y de su juventud, hubiera sido capaz de burlar no sólo a las divisiones que ya había burlado, sino a cuatro más con la del mismo general Calleja, si el soplo de la fatalidad no hubiera empezado ya a mezclarse en su destino.

Es el ocaso una ley inexorable de la vida y de todo cuanto existe, porque si bien ella surge de pronto y devora lo que encuentra hasta llegar a su plenitud, parece detenerse bruscamente y empezar el descenso inevitable que la lleva hasta su perdición. Así como vemos opa-

carse en Waterloo la estrella luminosa de Napoleón Bonaparte, a Morelos, el inmenso caudillo que se cubriera de gloria peleando bravamente en las montañas del Sur, que presintiendo su ocaso cometió el grave error de someterse a ese funesto Congreso que le cortó las alas por completo, convirtiéndolo en su guardián y lo llevó a la muerte, porque desde entonces anduvo a salto de mata hasta la rápida y desastrosa acción de Texmalaca, el más terrible golpe asestado a las armas insurgentes, y a Hidalgo, que después del violento altercado que tuvo con el capitán Allende en la hacienda del Pabellón, quedó en el ejército sin ningún cargo y casi en la triste situación de un prisionero, pues desde entonces pareció dibujarse la miserable emboscada que había de perderlos en las "Norias del Baján, vemos ahora el infatigable guerrillero Albino García, en el trance penoso de emprender la retirada, pues en vano había tratado de sobreponerse a los males que lo aquejaban.

Era, en efecto, la gente de García la que custodiaba el carruaje, y era el mismo jefe el que viajaba agobiado por el cansancio y por una penosa enfermedad; el bravo guerrillero había sido atacado de una terrible gota, que ahora se hallaba favorecida por la humedad, pues la temporada de lluvias se había desatado prematuramente en el Bajío, pero a pesar de sentirse molesto con ella, había multiplicado su actividad en los últimos días, maravillando más y más a los soldados realistas, como si un vago presentimiento le anunciara que debía aprovechar en la lucha el poco tiempo que le quedaba, porque había llegado la hora del ocaso para sus audaces correrías.

"Don Albino García se allaba gravemente adolecido de unas fuertes reumas que lo pucieron en el Exterminio de tullido..."

Por otra parte, la muerte de Clemente había contristado terriblemente el espíritu inquebrantable y animoso de tantas ocasiones. llevando el desaliento a multitud de guerrilleros que se le habían separado.

En el coche, Albino, acompañado como siempre, de su inseparable y amada compañera, dormitaba apoyando su cabeza sobre el hombro que dulcemente le ofrecía. Ella le miraba con ternura y procuraba no hacer el menor ruido. Hubiera querido suspender la respiración para no turbar su mórbido sueño.

De pronto, el carruaje se detuvo bruscamente en un recodo del camino, cual si se hubiera atascado en un hoyanco, y tras de él, apagóse también el rumor de los cascos que le seguían.

“El Manco”, despertó en el acto y preguntó lo que pasaba, por lo que uno de los guerrilleros que marchaban delante volvió grupas con prontitud, acercándose al coche para enterar a su jefe que ya estaban cerca de Yuriria.

Albino ordenó las precauciones de costumbre; el fornido guerrillero partió al galope con una patrulla de su mando, y a poco volvía para dar cuenta de que no había un solo realista en el pueblo, y que allí les aguardaba un buen número de sus hombres de los que se habían dispersado en el último ataque dado en las cercanías del Valle de Santiago, con lo que Albino pudo seguir hasta Yuriria, con la esperanza de procurarse algún descanso, que buena falta le hacía, porque la gota iba de mal en peor y la hinchazón de las piernas había aumentado de manera alarmante.

El coche se detuvo en un viejo caserón situado en una de las callejas que desembocaba en la principal, en el que Albino y sus más destacados subalternos se acomodaron de la mejor manera posible, colocándose algunos en las casas contiguas y en las azoteas más altas, y los demás en los mejores puntos de la población, para el caso de un ataque imprevisto, mientras que otros empezaban a recorrer el pueblo con la orden de vigilarlo con toda minuciosidad, y de estar pendientes con gran cuidado de sus inmediaciones y de los avisos que pudieran traer los espías que Albino había dejado repartidos convenientemente en diversos trechos del camino, cuyos servicios, semejantes a los de una carrera de relevos, habían sido de suma utilidad en varias ocasiones.

“Don Pachito”, que muchas veces había estado a punto de caerse de su caballo por el sueño que tuviera en toda la jornada, pudo dormir al fin como él deseaba, “de una sola pieza”, pues durante toda la noche no se registró el más ligero incidente, escuchándose sólo el murmullo amodorrante de la lluvia, que vino a calmarse hasta el amanecer.

Sin embargo, poco había transcurrido de la mañana siguiente, cuando varios guerrilleros distinguieron a lo lejos un jinete que avanzaba con rapidez pasmosa hacia el pueblo, el cual, después de detenerse un momento para inquirir por el jefe, continuó la carrera por las calles y se detuvo al fin frente a la casa que éste ocupaba.

Allí le dió la noticia: las fuerzas realistas, en número considerable, venían avanzando en ese momento con gran rapidez sobre el pueblo de Yuriria y se hallaban a muy corta distancia de él, sin que

hubiera sido posible anticipar el aviso del peligro, pues su comandante había tenido buen cuidado de sorprender y matar las avanzadas del astuto guerrillero. El mensajero había escapado milagrosamente, después de ser perseguido durante largo trecho, pues aquel Capitán traía el designio de no dejar un hombre vivo de cuantos encontrara.

Con toda la premura que el caso ameritaba, los insurgentes se aprestaron para dejar el poblado, pues era en realidad imposible hacer frente a una tropa numerosa en esas condiciones, tanto más cuanto que su jefe apenas si podía caminar y moverse, y no contaban con el suficiente armamento ni provisiones para poder sostenerse en la dicha población.

Albino subió con grandes trabajos al mismo coche en que lo habían traído, e inmediatamente dió la orden de marcha, pues acababa de llegar otro guerrillero con la noticia de que los realistas venían casi al galope por el camino real. En pocos momentos salieron de Yuriria tomando el camino de Purnándiro, mas apenas llevarían unas tres horas escasas de haber salido, cuando se unió a la guerrilla el resto de otra que voluntariamente se había quedado atrás para entretener un poco a los realistas, a efecto de que su jefe les ganase terreno, con la desconsoladora novedad de que habían sufrido algunas bajas en el tiroteo sostenido con las tropas, y de que éstas se les acercaban a gran prisa a pesar de encontrarse rotos los puentes de madera que los de García iban destrozando al pasar por las diferentes acequias del camino.

“El Manco”, mandó desmontar el pesado cañón que llevaban, que fué escondido con mañas en un pedriscal, y abandonar las cureñas que dificultaban un tanto la marcha de quienes las llevaban, para ver si de esta suerte, lograba avanzar con mayor rapidez, pero todo fué en vano, porque sus hombres no querían despegarse del coche en que viajaba con su esposa, y aquél era demasiado pesado para poder correr sin averiarse, por lo que, a poco andar, uno de sus hombres se acercó al carruaje, dándole aviso que a distancia larga ya se veía la descubierta del enemigo.

“Cabro”, el fiel compañero de Albino, resoplando fuertemente y volviendo sus orejas hacia donde empezaban a sonar algunos disparos, con los ojos desorbitados y arqueado el cuello que bañaban sus recias y brillantes crines, pifaba de impaciencia y hacía el intento de arrancarse, estrellándose casi contra el coche en que su amo viajaba: el noble bruto “venteaba” la vecindad del peligro y pa-

recía invitar a Albino a que montara en él, ansioso de volar por donde fuese para ponerlo en salvo y de realizar uno de esos saltos prodigiosos e incomparables que le habían dado su nombre.

Pasaron algunos momentos de angustiosa carrera, en que sólo se oían los gritos del conductor del carruaje y el chasquido del látigo que azotaba a las mulas sin piedad, pero a poco tornóse realmente insostenible; el viejo carricoche rebotaba como una pelota de goma en el camino, amenazando volcarse, y la descubierta enemiga, que se veía más nutrida por un considerable refuerzo que había recibido, devoraba los kilómetros haciendo perder la ventaja a los insurgentes con la uniformidad de su paso: era el capitán Iturbide.

El joven militar había sido comisionado por el brigadier García Conde en la hacienda de La Zanja, a perseguir con su división de alcance al guerrillero Albino García, pues siempre se había distinguido en esta clase de maniobras, y como al llegar a Yuriria (18 de mayo de 1812), tuvo noticia cierta de que Albino acababa de salir de esta población, enfermo y con pocos hombres, sin detenerse un sólo momento, había continuado la marcha hasta llegar a avistarlo a la distancia "...*Siguieron anuestro Comandante D. Alvino a quien alcanzaron por los rumbos de Yuriria... salvadores de lo inávil de su cuerpo...*" (véase el Apéndice N^o 20.)

Albino comprendió que aquéllo no podía durar mucho, pues apenas lo separaba del enemigo el tiro de un fusil, y con no poca sorpresa de sus hombres ordenó que el coche se detuviera, bajóse de él con gran dificultad, y desató a su caballo que se encabritaba dando relinchos de placer.

Hizo que su esposa lo montara, ante la gravedad del instante, le acarició suavemente la cabeza para calmar un poco su nerviosidad, y haciendo un supremo esfuerzo subió a un caballo que tenía sujeto uno de sus hombres, dando la señal, a cuyo tiempo todos arrancaron velozmente precedidos como siempre por un hermoso corcel de color negro, que galopaba con la celeridad del rayo; creció de nuevo la distancia cual si el camino se hubiera alargado a su antojo para proteger la retirada, surgieron como por encanto las montañas y los caminos ignorados entre perseguidos y perseguidores, e Iturbide, que con el mismo celo extraordinario que lo caracterizó en todas sus campañas, continuó el alcance de manera desesperada, pues llegó a tener casi en las manos al audaz guerrillero, vióse en la necesidad de dar descanso a su tropa y caballos, en la hacienda de Santa Mónica, des-

pues de seguirlo por espacio de nueve leguas, pues Albino logró ganarle mucha ventaja y hurtarle la vuelta dejando el camino real de Pénjamo, metiéndose por las rancherías de Los Reyes a sus inexpugnables refugios de la sierra. (b)

“El Manco” había escapado una vez más.

(b) El Capitán Iturbide, que al fin se detuvo exhausto en la hacienda de Cerano, expresa del suceso en los siguientes términos: “El éxito no ha correspondido a mi deseo, que aunque se hizo la persecución ocho leguas delante de Yuriria a un galope largo después de caminar hasta allí siete, todo el fruto que saqué fué reducido a hacerles 10 ó 12 muertos, y romper el coche según me han informado por conductos diversos; el cañón no he podido averiguar dónde lo ocultaron; las cureñas quedan quemadas: Albino tomó el caballo media legua delante de Santa Mónica y durmió en el rancho de Las Jicamas, dando vuelta por los Tres Reyes; es decir, que anduvo (a pesar del impedimento que le cabía, la gota de que adolece actualmente) 18 leguas de muy mal camino y lo verificó en 11 horas.

Se le ha dispersado mucha gente y me prometo que con los movimientos que determina V. S. muchos conocerán su interés. El conocimiento que he tomado ahora de este terreno me dará ventajas estimables para la continuación de la persecución.

Dios Gue. a V. S. mS. aS. Hacienda de Cerano. 19 de mayo de 1812, a las 5 y media de la mañana.

AGUSTIN DE ITURBIDE.
(Rúbrica.)

Sor. Comandante en Jefe de la División, Brigadier don Diego García Conde”.

Véase el Apéndice Núm. 21. (Documentos del Archivo General de la Nación.)

XVI

AUDACES APARICIONES DEL "MANCO".—CONTINUA
EL ASEDIO.—ITURBIDE LOGRA COLARSE HASTA LA
MADRIGUERA DEL INSURGENTE.—ARGUCIAS PARA
SU APREHENSION.—UNA TRAIIDORA VENGANZA.—
FATALIDAD.

Todavía tuvieron que soportar los realistas otro ataque del infatigable guerrillero Albino García, pues habiéndose reunido a Iturbide el brigadier García Conde, en la hacienda de Cerano, emprendieron la marcha a la mañana siguiente para el Valle de Santiago, de donde pensaban seguir hasta Irapuato, pues era menester que el convoy de platas llegara cuanto antes a la capital, pero al llegar llenos de confianza a la hacienda de Parangueo, dió aviso la descubierta de que los insurgentes en crecido número los venían a atacar y, en efecto, a pesar de sufrir lo indecible con sus males, por las violencias del caballo, Albino se apareció a poco en una de las eminencias cercanas al camino, mientras que su gente, colocada en el orden que ya sabemos, iniciaba un vigoroso ataque por los flancos del enemigo.

Más la acción, por desgracia, fué adversa esta vez para los insurgentes, porque los españoles se organizaron al momento y cargaron con gran energía contra la gente del "Manco", empenándose un rudo combate cuerpo a cuerpo en el que tocó la peor parte a los insurrectos, pues García Conde, gran conocedor ahora del terreno que pisaba y de la táctica seguida por el guerrillero, desprendió en dos alas la Caballería con el bien meditado objeto de que los insurgen-

tes no siguieran el orden que habían adoptado en otras ocasiones, que dándose él por el camino en el centro de ambas divisiones, con lo que los obligó a que desalojaran sus baluartes y a emprender la retirada con el rumbo del rancho de La Bolsa.

Iturbide, que había estado a punto de perder la vida al encontrarse solo entre varios insurgentes "de cuera", les siguió rápidamente el alcance, les mató mucha gente y les quitó algunos caballos y las 17 cargas de harina, equipajes y cigarros que llevaban, pero sin poder estrechar como hacía poco al genial guerrillero, que huía dejándole los campos inundados y los puentes rotos, dispersándole, en cambio, mucha gente de la que se iba quedando atrás por el cansancio de sus caballos. (c)

Regresó después al Valle de Santiago, hasta donde había seguido el brigadier García Conde, pero vióse obligado a salir algunos días más tarde rumbo al pueblo de Yuriria (29 de mayo de 1812), al tener noticia de que "El Manco" había vuelto otra vez por sus inmediaciones en espera de poder atacarlos nuevamente, mas "como ni se le presentaban ya, perdió la esperanza de cogerlo".

Pero aquéllo tocaba a su fin: pocos días más tarde, el día cuatro de junio de aquel año memorable de 1812, después de haber dado tres días de descanso a su tropa, y perdidas ya todas las esperanzas de coger al temible insurgente Albino García, en recientes persecuciones emprendidas por el capitán Iturbide, el brigadier García Conde salió de Irapuato con el convoy de platas, pues había recibido espe-

(c) A raíz de este ataque, el Brigadier García Conde escribía al Virrey desde Irapuato: "Albino García y todas sus gavillas han quedado completamente destruidos, están en dispersión y Albino no tiene más de 100 hombres que le acompañan; pero como tengo la desgracia de no encontrar un amigo que me auxilie, cuando él cuenta con toda la chusma en su favor, es imposible cogerlo.

"Se le han quemado tres cureñas, porque los cañones los arroja y oculta con anticipación, se lamenta continuamente con los suyos de que los encuentra muy pronto a acompañarle para el robo, y que cuando los necesita se dispersan y lo ABANDONAN, y los amenaza con los terribles castigos que ofrece ejecutar con ellos". (Irapuato, 31 de mayo de 1812.) Véase el Apéndice Núm. 22.

Las propias hazañas de Albino García y el hecho de aparecer, juzgado en los partes de su peor enemigo, nos dejan un amplio margen para juzgar también de la veracidad de tales conceptos, pues siempre se le trata como un ladrón despreciable y cobarde, como un canalla y matoíde de profesión, o ambas cosas a la vez, con el título de "ladrón asesino" con que pretendía honrarlo el Brigadier de la Cruz. Es lógico suponer que, con tales descalabros, Albino se viera a menudo con poca gente, la cual levantó tantas veces sin recurrir a los lamentos que se le atribuyen, y que no vacilara en sacrificar a unos cuantos de los que eran ladrones de verdad, de los que sólo le acompañaban cuando veían miles de hombres con los cuales podían salvar el pellejo impunemente, porque las circunstancias no requerían tibiezas con gente que, o no quería pelear, o peleaba cuando le convenía. Son de hacerse notar, por otra parte, las notorias contradicciones, por de más curiosas, en que incurrieron con frecuencia los jefes realistas al tratar de los insurgentes, como cuando Iturbide, tratando de elogiar el valor de sus soldados en esta última acción de Parangueo, decía al Brigadier García Conde:

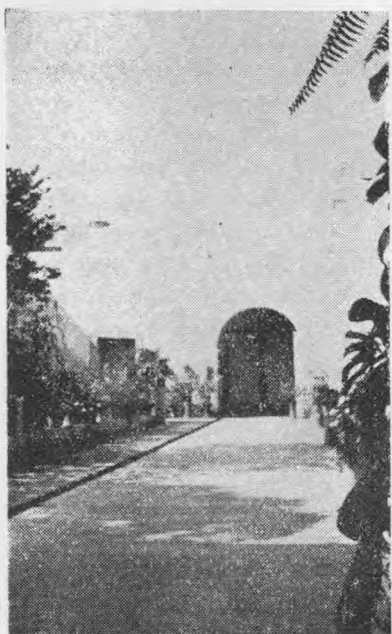
"Tampoco vió V. S. que algunos soldados llegaron a arma blanca con los perversos y se lo comunico con la mayor complacencia, por ser un hecho que ha demostrado no hacen tampoco ventaja en esta arma a los nuestros, pues éstos son siempre soldados valientes como aquellos cobardes traidores". (Valle de Santiago, 21 de mayo de 1812.) Véase el Apéndice Núm. 23.

cial encargo del Exmo. Sr. Virrey, de aproximarse con él a esta capital, y habiendo llegado sin novedad alguna el propio día a la Villa de Salamanca, supo que los hermanos García se hallaban nuevamente en el Valle de Santiago, por lo que, considerando que lo supondrían con el cuidado de conducir las platas y que ni remotamente lo creerían en estado de pensar en atacarlos, hizo salir al anochecer, secretamente, al capitán don Agustín de Iturbide con 50 dragones de Puebla, 74 del Cuerpo de Frontera, 17 granaderos de la Corona y 20 del Batallón Mixto, suponiendo una expedición para el pueblo de Los Amoles (hoy Cortazar), que es el camino opuesto al Valle de Santiago, con las órdenes de que al entrar la noche tomase el directo a esa población para llegar a ella en las primeras horas del día siguiente, encargándole que si daba con alguna avanzada procurase matar la gente, y de no conseguirlo, darle alcance para evitar el aviso anticipado.

En efecto, Albino García se hallaba en el Valle de Santiago, con su hermano y otros cabecillas; el valeroso insurgente no había logrado reponerse de sus males, aunque se encontraba bastante aliviado, y todos dormían profundamente, instalados con la mayor comodidad en las mismas casas de la población, pues estaban muy lejos de imaginar que en la madrugada del día 5 de junio, al asomar la luna, llegaba con todo sigilo la corta División de Iturbide y lograba colarse sin hacer el menor ruido hasta donde ellos estaban.

Como "El Manco" había determinado atacar el convoy de platas al día siguiente, estuvieron llegando casi toda la noche varios grupos de rezagados al cuartel de los insurgentes, por lo que las tropas realistas lograron burlar la vigilancia de las numerosas avanzadas, y aun acabar con ellas repitiendo la contraseña de esa noche, que era la de "América" —arrancada a un infeliz correo capturado cuando emprendía la carrera para dar aviso—, situándose con la calma necesaria en los mejores lugares de la población.

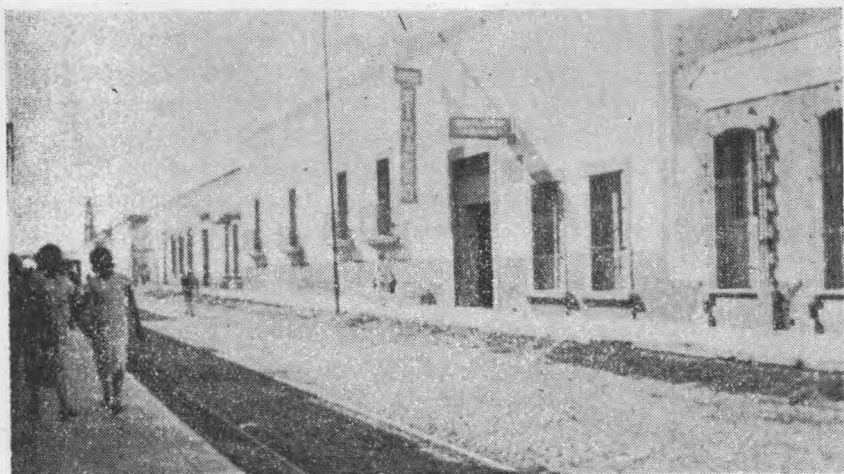
Albino, que había sentido esa noche una extraña e inexplicable inquietud, despertó de pronto, al escuchar grandes voces en la calle, que llamaban aquí y acullá los batallones, mandaban situar los cañones cargados de metralla en los zaguanes y boca-calles y ordenaban acción a los escuadrones, por lo que todos pensaron instantáneamente que había llegado toda la División de García Conde. La confusión fué inmensa: varios guerrilleros se aprestaron en el acto a la defensa formando pequeños grupos de tiradores que disparaban con



Patio principal de la casa en que fué
aprehendido don Albino García.



El bello corredor de la misma casa,
lleno de luz y de sol.



Fachada de la casa en que fué aprehendido "El Manco" García, en el Valle de Santiago, y que actualmente ocupa el Hotel Hidalgo, en la avenida Juárez número 106, según los datos que proporcionó don Nazario García, uno de los últimos descendientes de Albino García.



Don Nazario Garcia, uno de los últimos descendientes del gran guerrillero Albino Garcia, retratado en una de las bancas de la plaza principal de Valle de Santiago y a quien se debe una inestimable información sobre la vida del genial insurgente.

muy escasos resultados, mientras que otros, medio dormidos aún, salían precipitadamente de las casas para buscar sus caballos, y eran barridos en forma horrorosa por la metralla enemiga.

Muchos soldados realistas, metiéndose a caballo por los amplios zaguanes de las casas, sable en mano, degollaban con verdadero furor a los insurgentes conforme iban saliendo, y otros esperaban afuera a los que lograban escapar de los primeros para matarlos disparándoles un tiro a quemarropa.

No pocos guerrilleros, sin embargo, lograron colarse por el subterráneo de escape, que tenía sus entradas en el piso de uno de los corredores y en el corral de la casa (ch), y llegar hasta una loma cercana que se conoce hasta la fecha, con el nombre de "Mal País", donde habitualmente dejaban sus caballos ya listos para cualquiera emergencia.

(ch) Las dos se encuentran cerradas en la actualidad, pero pueden apreciarse perfectamente, y los vecinos me aseguraron que todavía es posible hacer el recorrido por el subterráneo, desde la casa hasta la loma de "Mal País", que es una pequeña elevación llena de cuevas y escondites pedregosos.

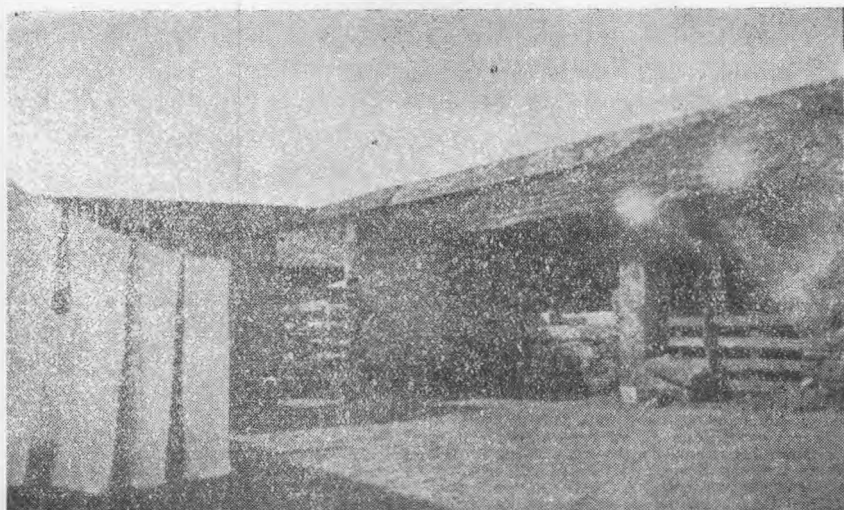
Una de las entradas al subterráneo que se encuentra en la casa donde fué aprehendido "El Manco" García. Dicese que sale hasta unas cuevas que están en una loma conocida con el nombre de "Mal País", en las inmediaciones del Valle de Santiago, y por él escapaban los insurgentes cuando recelaban algún peligro o se veían atacados. En los muros del corto trecho que se halla transitable y que forman las paredes mismas de la vieja casa, pueden verse las troneras o hendiduras abiertas en ellas, por las cuales se defendía la gente de Albino y protegía su retirada.



Albino, al darse cuenta del tremendo peligro que le amenazaba, apenas tuvo tiempo de levantarse del lecho en que dormía con su esposa y, comprendiendo que se hallaba cercado por todas partes, quiso aprovechar los últimos momentos en salvar algo que amaba más que su propia vida. Tomó un caballo que llevaba de la rienda uno de sus hombres que le esperaba en el patio interior de la casa que ocupaba, y después de haberse asegurado que estaba bien puesta la cincha, llamó a su mujer.

Casi le ordenó que subiera al caballo, mas como ella pusiera alguna resistencia en huir sin llevarle a él de compañía, hizo el ademán de dirigirse a su caballo, que, atado en un ángulo del patio, parecía adivinar con su gallarda actitud las intenciones de su amo.

Demasiado tarde: algunos soldados realistas que habían sido destinados a guardar las azoteas de la casa, aparecieron de pronto sobre ella y descubrieron el grupo que pretendía fugarse, y en tanto que unos trataban de resguardarse para amagarlo con sus fusiles, otros más audaces buscaban la manera de descolgarse hasta el patio para impedir que se fueran, y Albino, que se percató en el acto de



El corral de la casa que ocupaba "El Manco" García la madrugada del día 5 de junio de 1812.

lo que sucedía, volvióse rápidamente y propinó un formidable cintarazo con una sogá que llevaba en la mano, al caballo en que su mujer le esperaba.

El noble animal, espantado con tan brutal castigo, encabritóse ágilmente dando casi una vuelta completa apoyado sobre los cuartos traseros, clavó las patas cual si fuera a dar un salto gigantesco, y salió como una flecha despertando el sonido que dormía bajo las piedras, las cuales dejaron escapar chispillas de dolor al sentir sobre ellas el acerado choque de los cascos.

—¡Siganla!... ¡muchachos!, exclamó Albino, ¡y cuídenmela mucho!

—¡Pero jefe!... ¿usté no se va?... ¡tenga mi caballo!... ¡tenga mi caballo!...

—¡Que la sigan!, ordenó "El Manco" con voz terrible... que ya la cosa no tiene remedio...

Y como viera que algunos soldados, ya en el patio de la casa, apuntaban al grupo tratando de disparar sus fusiles, se interpuso con arrogancia, exclamando:

—¡Yo soy Albino García! (d)

(d) Esta versión no se halla en todo de acuerdo con el parte rendido por los aprehensores directos de Albino García, porque más bien hemos hallado algunas razones que pueden desvirtuarlo, no obstante ser el documento único sobre el particular. El parte dice así:

Los realistas le miraron con profunda extrañeza y casi con miedo bajaron los fusiles apuntando al guerrillero. Dos de ellos, los más próximos a él, un granadero de la Corona llamado Miguel Sardineta y un dragón de España, de nombre José Uribe, se acercaron con

“Excelentísimo Señor:

“José Miguel Uribe, Cabo de la Primera Compañía Vacante del Regimiento de Caballería de Dragones de España, ante la recta justificación de V. E. con el debido respeto digo: Que salí a campaña en el año de 1810 con mi Compañía y me hallé en los ataques de Aculco, Guanajuato y Calderón.

“Quedado enfermo en Irapuato, se me agregó al Regimiento de Caballería de Dragones de Puebla, en tanto se proporcionaba volver al mío, y me hallé en el ataque que dió allí el cabecilla Albino García; en el que en seguida repitió el mismo a las tropas que custodiábamos el comboy que llevábamos a Guanajuato, el que dejamos en Irapuato y desde allí fuimos en seguida del relacionado cabecilla; pero no habiéndolo hallado, nos volvimos a Irapuato a recoger el comboy que conducimos hasta Salamanca, en donde noticioso el Sr. Comandante General D. Diego García Conde, de hallarse Albino en el Valle de Santiago, comisionó para ir en su busca, al Capitán de Infantería Don Agustín de Iturbide y al de Dragones de Puebla Señor Velasco, bajo cuyo comando fui; y habiendo llegado a las inmediaciones de dicho Valle, hallámos las avanzadas de Albino García, las que sorprendimos y matamos, con cuyo motivo conseguimos entrar en la población, por cuya sorpresa logramos el dispersamiento de las tropas enemigas; y entrando yo en una casa particular en compañía del Granadero de la Corona, Miguel Sardineta, persuadiéndome a que podría estar en ella alguno oculto, desde las azoteas advertí que en un corral hacían ruido como de estar forzando una puerta para salir, y dirigiéndome al paraje, divisé una porción de bultos que se ocultaban, habiéndome visto, y aunque me hallaba solo por haberse quedado Sardineta en las azoteas y animándome a sorprenderlos, dí una voz y dije: “soldados míos, preparen las armas para hacer fuego”, y aproximándome a ellos ví seis hombres, y saliendo uno al frente me dijo, ya está, no nos maten; y preguntándole si sabía en dónde se hallaba el manco Albino, me contestó, yo soy, enseñándome la mano manca, y entregándome una pistola que cargaba y preparada tenía en la otra, y a cuyo tiempo llegó Sardineta, y estando disponiendo los dos el cómo los habíamos de conducir, oímos pasar por la calle tropa, y asegurados de que eran de los nuestros, pedí auxilio y acudí a dármele el señor Capitán Velasco, a quien los entregué y nos conducimos todos juntos.

“Señor Excelentísimo, la antecedente relación es puntualmente la misma de que V. E. está instruido, puesto que su superioridad tuvo a bien mandar que se pusiera en Gaceta, y cuya gloriosa acción tuve la satisfacción de conseguir con el favor divino. A este mérito, uno, Señor Excelentísimo, el contraído en cinco años que llevo de tener el honor de servir a S.M. en el Regimiento de Caballería de Dragones de España, desde la clase de soldado hasta la de Cabo en que me hallo, sin haber dado la menor nota de mi persona, según mis jefes con su acreditada justificación lo informarán a V. S. y en su vista me prometo de la de V. S. se dignará agraciarme, pasándome de mi Cuerpo a Sargento de uno de los de Milicias, o conferirme una plaza de Guarda de a caballo, para por este medio poder atender a socorrer la indigencia de mi infeliz padre, anciano y ciego; y para conseguirlo.

“A V. E. rendidamente suplico se sirva proveer según llevo pedido, etc.

“Excelentísimo Señor.—JOSE MIGUEL URIBE. (Rúbrica.)”

No creemos factible que “El Manco” se hubiera rendido a un solo soldado, como afirma José Miguel Uribe, y mucho menos en las condiciones que éste señala, “entregándole una pistola que cargada y preparada tenía en la otra”. ¿O fué uno de esos momentos de inexplicable debilidad, que a menudo hallamos repetidos en los grandes hombres, el que tuvo el gran guerrillero Albino García? ¿No tuvo tiempo de disparar el arma que llevaba, o es que ni siquiera tenía la pistola que afirma el Cabo Uribe y se vió de pronto amenazado por los soldados realistas? Nosotros nos inclinamos más bien por esta última hipótesis, ya que el aprehensor nos dice que entró en “una casa particular en compañía del Granadero de la Corona, Miguel Sardineta, persuadiéndose a que podría estar en ella alguno oculto” esto es, revelando incertidumbre cuando el Capitán Iturbide nos dice categóricamente que “entraron varios soldados de los Batallones de la Corona y Mixto, con algunos Dragones de Puebla a las azoteas de la casa de Albino” y que “cuando señaló los lugares en que debían apostarse, el Capitán Velázquez le pidió que le asignase a él, con la tropa de su Cuerpo, la casa de Albino García”, pues por desgracia, esta precisión en los movimientos de los españoles se debió, como veremos en breve, a una infame traición del que Albino llamaba su Secretario, don José María Rubio, que había llevado por la fuerza en aquel célebre ataque a Guanajuato.

Por otra parte, es de gran trascendencia el interés que debió tener el soldado realista en relatar los hechos de la manera más aparatosa posible para ganar el ascenso que solicitaba, ya que ese fué el objeto esencial de sus informes, escritos casi un año después de aquel “golpe tan afortunado para la utilidad pública y más particular del Bajío”, a efecto de que su superior los remitiera al entonces Virrey don Félix María Calleja: “Exmo. Señor: Paso a las

temor a García, sujetándolo, en tanto que sus compañeros echaban a los cuatro vientos la noticia de su aprehensión, lo cual atrajo, como es natural, a gran número de soldados que se acercaban por la sola curiosidad de contemplar al hombre audaz y valeroso que los había puesto en tan graves aprietos, los cuales acabaron por aprehender también a los demás cabecillas que lo rodeaban: el brigadier "Don Pachito", Pineda —que había sido tambor de dragones de Puebla— el que Albino tenía por "Secretario", don José María Rubio, y otros muchos cabecillas fueron cayendo presos sucesivamente, por más que este último no corrió la misma suerte que sus compañeros por haber declarado que estaba a la fuerza entre los insurrectos.

Tenemos datos bastantes para asegurar que la captura de Albino fué una traidora venganza urdida por este sujeto, que después llegó a ser Coronel de la República, pues es realmente asombrosa la seguridad casi matemática con que Iturbide realizó la aprehensión del audaz guerrillero. Merecida o no, la venganza es una ignominia para su autor, que la preparó cuidadosamente, conquistándose primero la confianza del "Manco" y de toda su guerrilla —aunque no en los combates, por su escaso valor—, ya que "él mismo dispuso modos por donde los realistas binieran sin tropiezo de Avanzadas hasta llegar seguros como lo verificaron pues se sabe de positivo que mandó decir que con 200 hombres llegados a estraña hora tomarían prisionero al Manco García". (Véase el Apéndice 20.)

A mayor abundamiento, "quando los Europeos llegaron por él preguntaron que si estaba ay y respondiendo que sí les dijeron que le dijeran que ya estaban hay por él que allí le trayían caballo, y quanto necesitara para que no llebara nada de los Insurgentes", porque esa noche, excepcionalmente, habíase quedado a dormir con la guerrilla, ya que siempre que iba a ser atacada o se preparaba un asalto "nyía al cerro más alto dos días antes".

manos de V. E. las Instancias del Cabo José Miguel Uribe, con el Informe que ha dado el Sor. Coronel D. Agustín de Iturbide, al que me remito en todo por ser quien mandaba la acción quando se aprehendió a Albino García, y con arreglo a su citado informe me dió parte quando se me reunió en Celaya.—Dios Gue. a V.E. mS. aS.—Valladolid 16 de mayo de 1813. Exmo. Sor. DIEGO GARCIA CONDE. (Rúbrica).—Exmo. Sor. Virrey D. Félix María Calleja".

Foja 101. Tomo "G". Núm. 37, de la "Historia de Operaciones de Guerra". Documentos del Archivo General de la Nación.

No es, asimismo, de grande significación el antecedente de que tal relato se hubiera publicado en la Gaceta de México, pues ya sabemos que el Gobierno Virreinal, como todos los gobiernos que se ven en peligro, trató de conservar a toda costa la tranquilidad en las ciudades, grandes o pequeñas, aunque para ello hubiera sido menester en muchas ocasiones adular los hechos hasta llegar a transformarlos por completo.

La sorpresa había sido un éxito completo, pues a poco no se oían más que lejanos tiroteos de los que habían logrado escapar y se batían en retirada, e Iturbide, haciendo gala de una salvaje crueldad, y no contento con la espantosa mortandad que habían sufrido los insurgentes al hacerles perder casi doscientos hombres, ordenó que fueran pasados por las armas en la Plaza del pueblo, más de ciento cincuenta guerrilleros que había tomado prisioneros. *“No puedo formar un cálculo exacto de los que murieron, porque como estaban en diversas casas, calles y plaza, es muy difícil; pero creo llegarán, y tal vez excederán a trescientos, con inclusión de más de ciento cincuenta que mandé pasar por las armas...”* “El dolor de la muerte del granadero Avilés, a pesar de que fué la única desgracia (no obstante la poca luz que prestaba la luna y la atención de tantos puntos), la precisión de hacer morir sin auxilios cristianos a tantos miserables, pues sólo puede mandarse en casos igualmente estrechos: vuelvo a decir que esta precisión, y sacrificio con la muerte del Granadero, han contristado terriblemente mi espíritu...” (Véase el Apéndice 24.)

¡Mezcla de hipocresía y de barbarie!, comenta un autor; Iturbide lamentó la muerte del granadero, pero en cambio, no sintió la de aquellos infelices que mandó pasar por las armas, sin darles tiempo siquiera para prepararse a bien morir. En efecto, no se comprende cuál era la estrechez del caso a que se refiere el Capitán, porque con sólo desarmar a los restantes, que a pesar de sus armas estaban prácticamente a merced suya, hubiese conjurado el peligro de su conducción, tanto más cuanto que muy bien hubiera podido solicitar el auxilio de García Conde.

Esta es una de las más grandes manchas de Iturbide, como hombre y como militar. Pero aquella atroz carnicería fué por entonces alabada, y hasta cantada en los versos de un mal poeta:

“No llegan a doscientos los soldados
(buenos americanos) que acaudilla
un joven brioso, en cuya frente brilla
virtud heroica, alientos elevados.

Con tal fuerza, ¿podrá dejar postrados
los furores de aquella cruel gavilla,
que más se aumenta cuanto más la humilla.
el valor de escuadrones esforzados?

Sí, país hermoso: deja, pues, el llanto,
que a tu favor la suerte se decide:
ya no hay Albino, ya cesó su encanto.

Y trescientos con él... ¡Ah! no se olvide
que la gloria inmortal de triunfo tanto,
se debe toda al joven Iturbide”.

Dr. Antonio URAGA.

(Cura de San Miguel El Grande.)

Sin embargo, años después (29 de agosto de 1822), tuvo Iturbide su sentencia, tan dura como merecida: “Conciudadanos: ¿qué esperáis?; ¿de qué os vale ser independientes de una Nación que reside a dos mil leguas, si sóis realmente esclavos del inicuo tirano que regó nuestro suelo con la sangre de sus más ilustres campeones, y profanó la religión que ahora invoca, hasta el punto de celebrar una de sus primeras solemnidades, con el frío asesinato de 300 patriotas, cuyas sombras nos claman venganza?”.

Pero antes hubo de recibir una lección inolvidable del propio “Manco” García, pues cuando Albino fué llevado a su presencia, reci-



El tristemente célebre “Portal Viejo”, en el Valla de Santiago, frente al cual Iturbide hizo fusilar a más de ciento cincuenta prisioneros de los capturados cuando fué hecho prisionero Albino García.

bió de su mano un espléndido caballo negro que en vano trataba de libertarse para lucir su carrera, y no pudo escuchar sin sentir las hasta lo más hondo de su ser, las sencillas pero significativas palabras del guerrillero insurgente:

—Capitán —le dijo—, ha empapado usted su triunfo en la sangre de mis “muchachos”, y no es hora de que m’eeche a llorar por mi fracaso. Soy el primero en darle mis parabienes por su atrevida hazaña, pero por si los tiempos cambian y se viera usted en apuraciones algún día, aquí le dejo a “Cabro”, que vale más que todos sus caballos juntos por lo bien que salta y que corre... ; ¡quíralo mucho!, mi Capitán, que no hay otro como él por estas tierras, y en un caso grave puede llegar a salvarle a usted la vida.

Este afortunado golpe del Capitán Iturbide acabó por hacerlo famoso en toda la Colonia, pues como ya sabemos, su vida de militar fué una serie casi ininterrumpida de triunfos desde la batalla del Monte de las Cruces, pero fué también el golpe que le dió esa siniestra fama que tanto estimaron los de la causa por la cual peleaba, tanto por haber concebido él la idea de concertar su aprehensión con otras Divisiones, cuanto por haber realizado la empresa haciendo esos alardes de rigor. “Para hacer algo por mi parte” —nos dice Iturbide—, “con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe de que nuestra guerra es de europeos, a americanos y de éstos a los otros digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad, de que todos cuantos concurrieron a ella han sido americanos sin excepción de persona; y tengo en ello cierta complacencia porque apreciaría ver lavada por las mismas manos, la mancha negra, que algunos echaron a este País Español; y convence que nuestra guerra es, de buenos a malos, de fieles a Insurgentes, y de cristianos a Libertinos”.

¡Estas eran las palabras del hombre que había de consumir, a los pocos años, la Independencia de México! “Iturbide fué ascendido por el Virrey al grado de Teniente Coronel, y cuando llegó a México con García Conde, acompañando el convoy de plata, todas las miradas se dirigían a él, y la multitud lo señalaba como a un héroe. ¡Proféticos anuncios de su elevación futura, revelaciones del destino anticipadas por el instinto de las muchedumbres, que adivinan a sus favoritos! (23)

(23) “Vida de Agustín de Iturbide”. Carlos Navarro y Rodrigo. Publicaciones de la Biblioteca Ayacucho.

XVII

INDIGNA ACTITUD DEL BRIGADIER GARCIA CONDE.—
ALBINO Y FRANCISCO PUESTOS EN CAPILLA.—EX-
TRAORDINARIA ENTEREZA DE LOS INSURGENTES.—
ESPECTACULO EN CELAYA.—LA EJECUCION.—LOS
RESTOS DE ALBINO GARCIA.

García Conde, que había trasladado su Cuartel General a Celaya, recibió en esta ciudad, con gran júbilo, a Iturbide con los famosos prisioneros, la mañana del 5 de junio de 1812.

Si ya hemos dicho en otra ocasión que la conducta del Brigadier merecía por todos conceptos los más altos encomios por sus innegables cualidades, esta vez su actitud merece también las más duras frases de censura, porque tiene todos los perfiles que la de un canalla: cargado de cadenas y de sogas, casi arrastrado por entre la multitud para exhibirlo como se hace con las bestias en un circo de pueblo, y mientras las campanas repicaban a vuelo y se le hacían grandes salvas de Artillería, Albino llegó con su hermano y algunos compañeros a la Plaza de Celaya, frente al Mesón de Guadalupe (hoy Hotel del mismo nombre), que ocupaba García Conde, después de haber pasado entre la tropa que se había mandado formar como si se tratara de un alto jefe.

—“Hasta que caíste, dignísimo ladrón”, fueron las palabras con que García Conde recibió al guerrillero.

A lo que Albino se apresuró a responder:

—“Pero como los hombres, y no como los canallas, dignísimo compañero”.

García Conde ordenó que los prisioneros se parasen frente al balcón central del Mesón de Guadalupe. Allí dirigió un discurso harto



Desde el balcón central del "Mesón de Guadalupe", que hoy ocupa el hotel del mismo nombre, el Brigadier García Conde llenó de insultos al "Manco" García, que lo miraba abajo con el desprecio a que se hizo acreedor por la desleal actitud que observó para con el singular guerrillero.

soez y villano a la muchedumbre que se había apiñado para contemplar de cerca al audaz guerrillero, llenándole de insultos como para desquitarse de todas las fatigas y trabajos que le había hecho pasar durante la campaña. Tan bochornosa actitud fué indigna de un jefe como García Conde, si bien la encontramos repetida a cada paso en los realistas de la sangrienta Guerra de Independencia, aunque nada, absolutamente nada justifica a un militar el perder ciertos deberes que se deben guardar por honor frente al vencido, y para ejemplo basta el de Cortés que, tras de haber sostenido uno de los sitios más largos y sangrientos que registra la Historia, recibió con todo respeto al último Emperador de los Tenochca, sin cebarse en él por haber perdido a muchos de sus mejores castellanos, como hizo García Conde quebrantando la proverbial hidalguía de la sangre del Conquistador (e). "¡Añadir la befa y el insulto a hombres destinados al suplicio es

(e) El mismo García Conde decía en su parte al Virrey:

"La brevedad del tiempo no me ha permitido recibir a este Generalísimo Ladrón con el tono de burla que deseaba, pero sin embargo, le he hecho formar la tropa que estaba deseosísima de verlo, haciéndoselo salva de artillería con repiques de campanas, paseándolo por la plaza con un concurso extraordinario, y lo tengo bien asegurado con todos los demás para el justo castigo que merecen.

"Dios Gue., etc. Celaya 5 de junio de 1812. Exmo. Sr. D. Diego García Conde. (Rúbrica.) Al Exmo. Sr. Virrey don Francisco Javier Venegas".

(Documentos del Archivo General de la Nación. Véase el Apéndice Núm. 25.)

una vileza atroz!", y el Brigadier manchó con ella para siempre su reputación y la de las armas del Rey.

Pasada esta ultrajante escena, que nada dice en verdad a favor de los jefes españoles, Albino y su hermano fueron puestos en capilla inmediatamente, sufriendo a pesar de ello el peor trato por parte de sus aprehensores, quienes se hallaban empeñados en arrancarle algunas declaraciones con el objeto de descubrir el paradero de las grandes riquezas que decían había juntado, así como también de los lugares en que podían encontrarse Cleto Camacho, que habíase salvado por la circunstancia de haber ido al Jaral a curarse, Salmerón y otros jefes a los que no se había podido aprehender en el Valle de Santiago, pero todo fué en vano, porque Albino no despegó los labios para revelar una sola palabra que pudiera comprometer a alguno de sus hombres. Acordóse, sí, de sus ancianos padres, a quienes se había llegado a aprehender en Salamanca por orden reservada de Calleja, como ya sabemos, creyendo que con esto se iba a presentar el guerrillero; vino a su memoria el recuerdo de aquellos días felices de su lejana infancia en que solía divertirse en la montaña mientras ellos llenos de angustia le esperaban, de su grande aflicción al verle partir tan decidido para abrazar la causa de la Independencia, porque sabían que la guerra tarde o temprano les tendría que arrebatar para siempre a su hijo más querido; acordóse de su esposa, la amada compañera de todos sus triunfos, sus goces y sus pesares, que en tantas ocasiones desafió pavorosos peligros por estar a su lado, de todas la violencias que había cometido en muchas partes arrastrado por los ardores de la campaña, y por ello escribió a los primeros una cariñosa carta de despedida en la que les expresaba también su arrepentimiento por haber desoído desde niño todos sus consejos —con los cuales no hubiera llegado a ser nunca el terror de los realistas del Bajío—, y a esta circunstancia obedece el que García Conde, valiéndose de las buenas disposiciones que hizo "El Manco" García (f), le haga aparecer en el Parte como un arrepentido de todo lo que había hecho, e instando a sus propios

(f) El poeta Dr. don Antonio Uraga, usando el mismo lenguaje que todos los realistas, compuso, por las buenas disposiciones cristianas del guerrillero insurgente, el curioso epigrama que a continuación transcribimos:

"García, ladrón singular,
tan buena muerte logró
que he llegado a sospechar
que hasta el cielo se robó
por no dejar de robar".

guerrilleros a que abandonaran la causa y se presentaran a los Comandantes de los pueblos que estaban en defensa.

¡Odiosa mentira, grande ruindad de tan activo y destacado jefe! ¡Es lástima que la Historia no pueda rehacer sus hechos para destruir las falsedades! ¡¿cómo puede un hombre traicionar los propios ideales para que ha vivido y a los cuales ha consagrado los mejores días de su existencia? Albino García jamás pudo haber hecho semejante cosa, porque no era ningún traidor despreciable, como lo probó repetidas veces al rechazar los reiterados indultos de Venegas, y al sacrificar por la causa hasta los más hondos afectos de su vida. No se podía esperar, claro está, otra cosa del más encarnizado de sus enemigos, del que más había hecho sufrir con sus terribles ataques —y no se quiere decir con esto que Albino no haya tenido de qué arrepentirse—, pero por fortuna ya sabemos el bien explicable proceder de los jefes españoles, quienes comunicaban y propalaban la noticia que más les convenía, sin pensar que con el tiempo la Historia entra en graves confusiones, y acaba por consagrar como ciertas las peores situaciones, otorgando la preferencia al documento, en tanto no surja un nuevo dato que las destruya. “Estaba arrepentido del mal ejemplo que les había dado, y de haberlos instado a que lo siguieran en sus maldades”.

Albino García era, según hemos visto, un devoto creyente de la Santísima Virgen de Guadalupe, y es por eso que el Brigadier García Conde, con gran astucia, pretendió intercalar en sus disposiciones algunos datos de su conveniencia para rebajarlo a los ojos de los mismos insurgentes, pero ¿es que se puede culpar a alguien por el solo hecho de prepararse a bien morir, siguiendo los preceptos de su religión? Nunca mejores las palabras de un inmortal escritor: ¿qué hombre no piensa en Dios ante la Muerte? “Sus disposiciones cristianas fueron buenas y con muestras de verdadero arrepentimiento”. (Véase el Apéndice 26.)

Los últimos días del guerrillero fueron para él de indecible tortura, de grande abatimiento, pues a cada momento recordaba el sangriento episodio de su aprehensión, y desesperábase de no saber la suerte que hubieran corrido sus bravos compañeros. Varios de ellos habían tratado de rescatarlo en el camino de Celaya, cuando era conducido al Cuartel General de García Conde, cubriéndose con malezas y esperando ver si las tropas llegaban a un terreno propicio para intentar el ataque, pero fueron vistos por el Capitán Iturbide y deshe-

chos a poco al cometer la torpeza de introducirse en un llano despejado. Sin embargo, de los labios del guerrillero no brotó una palabra que revelara lo que con tanto empeño se le preguntaba, y conservó hasta el final esa admirable entereza que tanto había de maravillar a los soldados realistas. ¡Como que era nada menos que Albino García!

La mañana del 8 de junio de mil ochocientos doce, poco antes de salir el sol, un nutrido pelotón de soldados se acercó a la celda en que se hallaban los hermanos García, y el jefe se adelantó para avisar a los sentenciados que había llegado la hora de sufrir su terrible castigo. Albino y Francisco permanecieron callados durante algunos segundos, mientras acababan de decir sus últimas oraciones, y en seguida salieron con paso firme hasta donde estaba la tropa. Los esperaba, escoltado, el compañero de suplicio, Pineda, que había sido Tambor de los Dragones de Puebla.

Oyóse un toque de corneta, una voz estentórea que ordenaba se diera media vuelta, y después se estremeció el espacio con el rítmico sonar de unos tambores. El redoble era lento, majestuoso y triste, y siguiendo su compás empezaron a andar con gallardía los insurgentes entre la doble valla de soldados, llegando así hasta la Plazuela de la Cruz, (g) que era el lugar señalado para cumplir la sentencia.

Frente al balcón central del “Mesón de Guadalupe” se detuvieron un instante los guerrilleros, ante el pelotón de realistas ya formado de espaldas al mismo: allí estaba García Conde con el Capitán Iturbide y algunos otros jefes, que todavía tuvo la bajeza de insultar al guerrillero, a lo que Albino respondió con una sonrisa burlesca y de profundo desprecio, que dejó desconcertado tanto al Brigadier como a los demás militares que le acompañaban.

(g).—Habíame inclinado a creer que la ejecución de los célebres guerrilleros había tenido lugar en la plaza principal de Celaya, frente al mismo balcón central del “Mesón de Guadalupe”, dado el boato con que los jefes españoles procuraban dar a conocer las victorias importantes que tenían, a fin de debilitar por este medio el espíritu de la causa insurgente, y dado el hecho también de que en ese preciso lugar fué donde el Brigadier García Conde y todos los realistas de la ciudad de Celaya, pudieron contemplar cautivo al formidable guerrillero que tantas afrentas había causado a las armas del rey y había hecho estéril una larguísima y accidentada campaña. Pero el escritor don Luis de Velasco y Mendoza, gentilmente, se ha servido proporcionarme algunas referencias sobre este suceso: “Respecto al lugar exacto de la ejecución —dice el señor Mendoza— existe en Celaya, entre los viejos habitantes de la misma, la tradición de que fué en la antigua plazuela de la Cruz, ocupada hoy con la edificación del nuevo mercado, donde se llevó a cabo el fusilamiento del caudillo insurgente, y lo escuché en mi mocedad de labios de una tía abuela mía, la señorita Eduwiges Lerma, quien, a su vez, lo supo por la mamá de ella, o sea mi bisabuela, quien pudo presenciar el hecho a que me vengo refiriendo”.

Como se ve, los datos son de tal importancia, que cualquiera presunción habría de ceder forzosamente a ellos, máxime cuando provienen, a no dudar, de una testigo presencial de aquel trascendental acontecimiento.

El pueblo, entretenido con la espectacular escena, se arremolinaba deseoso de poder contemplar el fusilamiento, por lo que "El Manco", indignado, paseó su mirada penetrante sobre las caras de la muchedumbre, que denotaba en verdad un regocijado estupidismo y una curiosidad que rayaba en lo infantil.

Un oficial se acercó a ofrecer a los reos una venda para cubrir sus ojos, pero Albino la rechazó con disgusto y Francisco, sin poderse contener, la arrebató de las manos al realista, arrojándosela al rostro.

Los ojos del soldado centellearon de rabia, y un alarido de júbilo brotó de la multitud.

Los tres insurgentes tornaron a besar el crucifijo que llevaba en las manos el Capellán que los había acompañado hasta el lugar del suplicio, recibieron de rodillas la bendición, y en seguida se volvieron para decirse las últimas palabras. Un fuerte abrazo selló la despedida.

Después, colocados de pie a poca distancia uno de otro, volvieron la cara hacia el piquete encargado de la ejecución, y enmudecieron de pronto para esperar las maniobras del enemigo, que lleno de admiración los contemplaba en medio del silencio. Albino estaba sereno, impenetrable, heroico. Don Pachito sonreía; diríase que los dos ignoraban su suerte.

La mañana iba a ser diáfana y hermosa como aquellas inolvidables mañanas en que se aprestaban a luchar en sus madrigueras del Valle de Santiago y Salvatierra, como aquellas otras en que volaba por los montes para sorprender alguna División que avanzaba en la llanura, como aquellas en que solía aparecer con su caballo en algún agreste picacho que dominaba el camino para luego lanzarse con asombrosa rapidez sobre las tropas enemigas, y aunque todo ello acudió como una fantástica visión a la mente del audaz guerrillero, sus ojos más bien parecían escudriñar con ansia el escaso horizonte, esperando ver sin duda que se hiciera un milagro, y su alma resistíase a creer la verdad de aquel trance ante el solo pensamiento de dejar para siempre y no ver lo que tanto había amado.

Las voces de mando le hicieron fijar la mirada en el piquete de soldados que les apuntaban, sonó una descarga, y los tres guerrilleros contrajeron instintivamente los hombros al sentirse heridos por las balas, permanecieron un segundo más de pie, tambaleándose como si fueran a realizar alguna proeza de equilibrio, y al fin se desplomaron

con pesadez al suelo bañados en sangre, quedándose allí con horribles temblores por las últimas convulsiones de la Muerte.

Iturbide consignó en su Diario con dos palabras la muerte del héroe: "Se pasaron por las armas a Albino García, su hermano Francisco, y el Tambor Pineda, que se aprendió con ellos".

Y mientras Albino caía lleno de honor frente a sus más odiados enemigos, conquistando a su nombre una aureola de gloria por sus hazañas y su valor, mientras que el último tiro arrancaba al guerrillero todo el aliento de su vida llena de ilusiones y de juventud, allá, entre el bosque azul de la montaña, en las lejanas cumbres que empezaban a teñirse de oro por la salida del sol, se alejaba tristemente la dulce compañera que había compartido con él los inmensos peligros, las victorias y las grandes fatigas y privaciones de tan sangrienta campaña, pálido el rostro, hundidos los bellos ojos que antaño hablaban de las ternuras de su corazón, y seguida apenas de unos cuantos de los más fieles amigos de García, en busca de un lugar solitario para que nadie la viera nunca en lo más profundo de su dolor.

No se sabe qué fué de ella.

* * *

Cual era la costumbre de aquellos tiempos, el cuerpo de Albino fué descuartizado, después de haberlo colgado por cuatro horas en una horca a efecto de que todos lo viesen para general escarmiento, poniéndose su cabeza en una viga, en la cortadura de la calle de San Juan de Dios (hoy Avenida Juárez y conocida también con el nombre de "Calle de la Cabecita"), por la que se esforzó su último ataque a la Ciudad de Celaya.

Una mano se llevó a Guanajuato y el 14 de junio de 1812 fué colocada en la cumbre del cerro de San Miguel; la otra, que tenía estropeada y le había dado el apodo de "El Manco", fué mandada a Irapuato, pero se dejó en Salamanca, su tierra natal, "donde largo tiempo estuvieron elevadas en postes".

Algunos años más tarde, en 1821, el ilustre Arquitecto don Francisco Eduardo Tres Guerras, reunió los despojos del guerrillero y los puso en un nicho del Osario de la Parroquia de Celaya, donde escribió un mal soneto que el tiempo borró.

Don Lucas Alamán dice haber visto los restos del guerrillero en Celaya, mas por desgracia, fueron quitados del nicho por una mano desconocida, y sepultados en un lugar que no ha podido encontrarse



La antigua calle de San Juan de Dios, en Celaya, por la que se esforzó el último ataque de "El Manco" a esa ciudad.



La calle de Albino García, en Celaya.

hasta la fecha. Tal vez, para no asegurarlo, no lleguen a tenerse nunca los restos del genial guerrillero insurgente, pues los más ancianos vecinos de Celaya así lo manifestaron en la reciente búsqueda que hicimos para localizarlos, sin que se tenga siquiera una remota idea de su paradero.

Descansen en paz, cualquiera que sea el lugar en que se encuentren.

* * *

Aunque se organizaron después de la muerte de Albino grandes gavillas en la Intendencia de Guanajuato, a cuyo frente quedaron Salmerón, Licéaga, Bruno Guadiana y otros muchos cabecillas, las hazañas del valeroso insurgente dejaron un recuerdo imborrable en todos los corazones por haber conservado con su genio el fuego de la insurrección, a pesar de que no fué sino hasta varios años más tarde cuando se vino a consumir la Independencia; y en cuanto a los fabu-

losos tesoros que se dice juntó el singular guerrillero en sus audaces correrías, y que depositó en unas grutas misteriosas del cerro de Culiacán, es posible que aún existan, muy lejos de las miradas codiciosas de los hombres y envueltos tal vez en un largo historial de fantasmas y aparecidos, pero mientras no se logre descubrir esas cuevas que poco a poco se han ido haciendo un enigma impenetrable con el largo transcurso de los años, allá quedarán en donde se hallen, quizá perdidos para siempre en la augusta quietud de su escondite, tan sólo como una vieja y hermosa leyenda de las fértiles tierras del Bajío.

Fernando Osorno Castro.

15 de agosto de 1937.

ALBINO GARCIA

Romance Histórico

Era el terror del Bajío
El manco Albino García,
Gran jinete machetero
Hasta perderse de vista;
De tan agudo chirumen,
Tal travesura y tal chispa,
Que le llamaban las viejas
El coco de los realistas.
Era como de fantasmas
Su temeraria guerrilla;
Ya furibunda atacaba,
Ya fugaz desaparecía,
Cual si de brujas y duendes
Se compusieran sus filas.
Sus cureñas y cañones
De resorte parecían,
Como que iban en las bolsas
De su entusiasta guerrilla.

Los atormentados pueblos
Su tránsito conocían
Por los rastros del incendio,
La orfandad de las familias,
Y los muertos insepultos
Que quedaban en las ruinas.

De Negrete y García Conde
Las tropas le perseguían;
Ya en San Miguel se les pierde
Ya le alcanzan en Yuriria,
Y ya al tocar Irapuato
Resienten sus embestidas.

García Conde fatigado,
Deja de seguir su pista,
Y a Iturbide le encomienda
Que al guerrillero persiga.

Iturbide se disfraza,
Se finge Pedro García
Hermano carnal de Albino,
Y que a darle auxilios iba.

Entra al Valle cauteloso.
Estalla la gritería,
Despiertan en la matanza
Los que tranquilos dormían;
Resistir quieren en vano;
Preso está Albino García,
Y orgulloso, alborozado,
Rebosando en alegría,
En pelotón a las tropas,
Del guerrillero fusila.

II

Con poderosa custodia,
Sin armas, y bien sujeto,
Camina con Iturbide,
Albino, a Celaya preso.

García Conde, enajenado
De regocijo al saberlo
Y dando a su desahogo,
Colorido de grotesco,
Mandó formar a sus tropas,

Ordenó repique a vuelo,
Le hizo irónicos honores,
Pero poco satisfecho,
Frente al balcón de su estancia
Le llevaron con apremio.

Allí el vencedor terrible
Se desató en improperios,
Entre los gritos salvajes
Y los aplausos del pueblo:
Albino marchó al cadalso,
No arrogante, sí sereno;
Besó al confesor la mano,
Dirigió la vista al cielo,
Y a la multitud curiosa
Se encaraba con desprecio,
Cuando se escuchó vibrante
La terrible voz de "¡fuego!"

Guillermo PRIETO.

(Del "Romancero de la Guerra de Independencia". Manuel Acuña y Fulgencio Vargas.

ALBINO GARCIA

Romance Histórico

A mi respetable y buen amigo el
señor licenciado Indalecio Ojeda.

I

A orillas del ancho cauce,
do en apariencia tranquilo
corre el caudaloso Lerma
entre robustos sabinos;
poblada de hermosos huertos
de limeros exquisitos,
emergiendo de las frondas
de saucedales floridos,
se alza, por decirlo así,
en el centro del Bajío
(extensa y fértil llanura
cuyo suelo es feracísimo),
una ciudad que era antaño,
conjunto de pueblecillos
indígenas, que entregados
de las tierras al cultivo,
lograron fundar la Villa
de Salamanca, por título
del Virrey Gaspar de Zúñiga,
ha muy cerca de tres siglos.

En uno de los hogares
de aquel pintoresco sitio,
arrullada por las brisas
y los murmurios del río,
mecióse la humilde cuna
del gran guerrillero Albino,
valiente entre los valientes,
jefe osado y activísimo,
que cuando estalló la guerra
de Independencia, solícito,
en torno suyo reunió
un puñado de aguerridos,
que como él, en el manejo
del caballo, eran muy listos.

Y llegó el "Manco" García,
(como llamaban a Albino),
a ser de los españoles
con justa razón temido;
porque a su valor ingénito,
su sagacidad y brío,
adunaba una estrategia
"sui géneris" al batirlos,
burlando la disciplina
de los jefes más peritos.

La "reata" dicen que era,
de sus medios ofensivos
el más terrible, pues que,
al frente del enemigo,
destacaba dos jinetes,
que caminaban unidos,
los extremos de una reata
llevando en las sillas fijos.

Y abriéndose raudamente,
cuando se hallaban a tiro,
con la cuerda bien tendida,
veloces cual torbellino,
derribaban del contrario
las filas, siendo seguidos,

por otros y otros jinetes,
que con ímpetu bravío,
sembraban en los realistas
el pavor y el exterminio.

Ya el nombre del guerrillero,
del bravo insurgente Albino,
era célebre por todo
el anchuroso Bajío.

Cuan presto lo derrotaban
en un punto, en otro sitio,
presentábase al instante
con fuerza mayor y brío,
siempre audaz, siempre temible,
en un batallar continuo,
desbaratadas sus tropas,
pero jamás sorprendido.

Y así que se le hostigaba
sin dejarle ni un respiro,
hacia el Valle de Santiago,
su baluarte favorito,
íbase rompiendo bordos
de los vallados, que henchidos
con las aguas destinadas
para el riego de los trigos,
desbordábanse en los campos
inundando los caminos,
e interceptaban el paso
al ejército enemigo.

Y mientras, cobraba aliento
fuera de todo peligro,
para volver a la carga
más vigoroso y activo.

Cansado el Virrey Venegas
de saber que en tanto lance,
el famoso guerrillero
saliera siempre triunfante,
ordenóle a García Conde
que sin demora emplease
cuantos esfuerzos pudiera
con el fin de exterminarle.

A Iturbide y a Negrete,
el Brigadier, al instante
mandó que lo persiguieran
hasta no lograr su alcance;
y en tanto que los dos jefes
luchaban por encontrarle,
Albino, enfermo, en camilla,
sobre el campo de combate,
por excusadas veredas
y bosques impenetrables,
con sagacidad burlaba
de García Conde los planes;
porque sin ilustración,
hombre rudo e ignorante,
sus naturales talentos
en la milicia, eran grandes,
y era capaz de batirse
con expertos generales.

Pero una noche, Iturbide,
camina con rumbo al Valle,
en donde se hallaba Albino
sin esperar un ataque;
encuentra en profundo sueño
a los insurgentes, y hace
que más de ciento cincuenta,
con inaudita barbarie,
en el acto se fusilen
después de un bravo combate;

mas con exclusión de Albino,
de quien logra apoderarse,
y a García Conde lo lleva,
como una prueba palpable,
de que en la reñida lucha
él ha salido triunfante.

III

En las calles de Celaya
nótase gran movimiento,
cual si a celebrarse fuera
un triunfo, pero siniestro.

Las salvas de artillería
despiertan vibrantes ecos,
y las alegres campanas
repican a todo vuelo.

Están las tropas realistas
formando valla; a lo lejos,
de los clarines y parches
se escuchan los sonos bélicos
que batén marcha de honor
con grave y marcial acento.

Por todas partes se miran
grupos de gente del pueblo,
porque se prepara grande,
solemne recibimiento
de Capitán General,
y, fingido todo eso,
demuestra que el regocijo
es infamante y burlesco.

Mas no parte de la masa
noble y sensata del pueblo,
que aclamó Generalísimo
a Hidalgo, frente a su ejército.

No, viene de García Conde,
que olvidado de su puesto,
de su honor y su decoro
de soldado y caballero,
fraguó el odioso padrón
de ignominia, el más sangriento,
para recibir tan sólo
a un valiente prisionero...

Por entre la muchedumbre
que absorta y muda contéplalo,
se mira cruzar a un hombre,
y todos claman: ¡El reo!
Es Albino, que cargado
de cadenas, bajo el peso
de su desgracia, al patíbulo
camina firme, resuelto.

No saciado García Conde
con su mofa, no contento,
tiene la infelicidad
de insultar al prisionero,
quien con altivez y digno,
al ver que insultan a un muerto,
lanza a Conde una sonrisa
de lástima y de desprecio.

IV

Y cae el ocho de junio
de mil ochocientos doce,
destrozado por las balas
del infame García Conde,
el guerrillero insurgente
Albino, terror y azote,
en el inmenso Bajío,
de los jefes españoles.

Y mutilan el cadáver,
según los usos feroces,
de aquellos tiempos de lucha,
de venganzas y de horrores.
Separada la cabeza
de Albino, el cruel García Conde,
de Celaya en una calle (1)
ordena que se coloque;
una mano en Irapuato
para escarmiento se pone,
y en Guanajuato la otra
queda clavada en un poste
de San Miguel en el cerro...
Tal era el pavor que el nombre
del gran Albino García
al Virreinato infundióle,
por libertar a la Patria
dándole su sangre noble
y demostrando a la historia
con el brillo de sus dotes,
cómo sucumben los héroes
con la firmeza del bronce.

Lic. Agustín LANUZA, Sr.

(1) La de San Juan de Dios.

APENDICES

APENDICE NUMERO 1

Carta de Albino García a su primo Pedro García

“Con la mayor vilesa sugeridos de Yarsa y Huidrobo varios sujetos an tratado el Viernes Santo de sorprenderme para quitarme las Armas y quien sabe la bida no baliéndose de otro pretesto que el de una comisión que dicen traer de S. M. para despojarme a mí y a todos los que me siguen; yo estoy próximo atacarlos en Puruándiro que es donde se hayan acampados; abiso a V. S. esto para que le sirva de gobierno y no se rinda a nadie aunque se lo intimen pues no son más que puras traisiones y así V. S. esté listo para quando yo le abise.

Dios Guarde a V. S. muchos años. Campamento en Villachuato. Marzo 30 de 1812. El Teniente General ALBINO GARCIA.—Sr. Comandante D. Pedro García”.

APENDICE NUMERO 2

Carta de Pedro García a su primo Albino García

“Exmo. Sr. Teniente General D. Albino García Quartel General de la Gavia Marzo 30 de 1812.

Mi Estimado Primo en virtud de la que V. E. sirvió derigirme fecha 28 del que rrige en que me dise le ausilie a coger los sitados sujetos digo asi por primera que estoy en la cama de unas fuertes punsadas 2º tener el enemigo tres leguas distante de onde me ayo por lo que no puedo abansar a honde se haya V. E. pero sí quedo entendido en apren-

der los sitados sugetos como mis individuos los yegen aber y aguardo su rresulto.

Como también se servirá V. E. ausiliarme con una poca de Gente y uno o dos cañones para un ataque que se me aprosima con el déspota de Linares que se aya por estas mediaciones concluído que sea y salga con vien fiado en la magestad divina nos veremos por ayá que ya estaré mexor y le llevaré el sitado ausilio que V. E. me franque, Dios Guarde a V. E. muchos años y mande lo que guste a este su atento primo que lo estima y desea verle.—El Teniente General A.—PEDRO

APENDICE NUMERO 3

Parte de Antonio de Linares a don Félix María Calleja

“El Jueves a las 12 y media de su noche salí de la Villa de Salamanca con la idea de sorprender al Pícaro de Alvino García que se hallava en la Hda. de Quiriseo con porción de gente, mas habiéndome alumbrado el día una legua antes de la expresada hacienda, facilitó esta que nos descubriesen, e inmediatamente trataron de fugarse. Advertido por mí destaqué en su alcance a las Compañías de Sn. Carlos por la derecha, la de voluntarios de Guanaxuato por la izquierda y yo me dirigí con la de Celaya por el centro, consiguiendo de este modo matarles 80 a 100 hombres, y hacerles 51 prisioneros de los que se pasarán por las armas los que resultaren cómplices, pues hay algunos sirvientes de aquella finca, que será necesario perdonar.

“Mi orden para la salida de Salamanca se dió con oportunidad, prefixándoles la ora en que debía salir la división y estaba dispuesta para las 11; pero la Infantería de Celaya compuesta de reclutas y gente inesperta cometió la grave falta de haver dormido fuera del quartel ocho de ellos, y aun hasta ahora no parecen tres, deteniéndome su solicitud lo bastante para que el principal acaudillador se nos hubiese fugado.

He tenido la desgracia de perder un Voluntario de los de mi Compañía tan arrojado como valiente, quien acava de morir de varias heridas que recibió, siendo primero que pierdo en la Campaña y de los mejores, ya Ud. se hará cargo que será mi sentimiento, este fue

Dn. Juan de Irisarri radicado en San Luis Potosí, donde dejó una tienda y otras frioleras y espero tenga V. S. a bien mandar se recojan, pues aún tenía sus P. P. en España, y según parece era deudor de 500 pesos a la familia del difunto Dn. Toribio de la Cortina.

Incluyo a V. S. tres oficios y una esquila con el fin de que su perspicacia penetre mejor cómo se hallan estas inmediaciones, y esta tarde misma saldré con dirección a cubrir la ciudad de Guanajuato estando oy el Capitán Soverón en León adonde le escribo para que nos reunamos en Silao, y atender con oportunidad adonde llame la necesidad, quedando V. S. en la inteligencia de que haré quanto esté de mi parte sin perdonar fatiga.

Dios Gue. a V. S. mS. aS. Valle de Santiago 11 de mayo de 1811.

Antonio de Linares
(Rúbrica.)

Sor. Brigadier y General
D. Félix María Calleja”.

Documento inédito del Archivo
General de la Nación.

(Correspondencia de Don Antonio de Linares.—“Historia de Operaciones de Guerra”.—Linares A.—1811-1821.—Tomo I foja 81. Documentos del Archivo General de la Nación”.

APENDICE NUMERO 4

*Parte de don Miguel del Campo de la derrota que sufrió
en el Valle de Santiago, el guerrillero Albino García*

“En Pliego que acabo de recibir del Señor Mariscal de Campo Don Félix María Calleja, comunicándome el feliz suceso que había tenido la primera División de su invencible Ejército en el Valle de Santiago me acompaña el parte que el Teniente Coronel Don Miguel Del Campo, Comandante de la citada División ha tenido la atención de dirigirme, y es, a la letra como sigue:

“Firmemente persuadido de lo que se interesa V. S. en las satisfacciones más y de esta División, tengo el honor de participarle la

que acabamos de tener con la Derrota del Caudillo Albino García, y su compañero Anacleto Camacho; quienes habiendo reunido sus fuerzas a las del Pueblo de Urida, han tenido la audacia a las ocho de esta mañana de hacerme una fuerte resistencia en la ventajosa posición del Puente del Valle de Santiago, con cinco cañones y tres mil hombres de todas armas.

Cuando los comandantes me den sus respectivos partes, el insigne Subdelegado de León Don Manuel Gutiérrez de la Concha de sus valerosos Voluntarios, y el de Silao Don Mariano Reynoso, haré a V. S. para común satisfacción de esos Valerosos Compañeros de armas el elogio de que se ha hecho nuevamente acreedora toda la Tropa, que he tenido el honor de mandar, y que después de no tomar alimento en diez y seis horas, hicieron quince leguas de camino, derrotaron completamente a los Insurgentes, le tomaron la Artillería toda, municiones, atajos de Tabaco, todo el Ganado y hasta los caballos de su silla, y que la ligereza del que montaba pudo sacar herido sólo (según todos opinan) al infame cabecilla.

Dios Guarde a V. S. muchos años. Salamanca Junio 26 de 1811.—MIGUEL DEL CAMPO.—Señor General de Reserva Don José De la Cruz”.

Lo que aviso al Público para su noticia y satisfacción. Guadalajara 6 de Julio de 1811.—JOSE DE LA CRUZ”.

APENDICE NUMERO 5

Parte de Calleja al Virrey Venegas sobre la victoria de Meneso

“Exmo. Sr.

La jurisdicción de Pénjamo, una de las más fértiles y considerables de esta Provincia y que por su situación entre Valladolid y Guadalajara participa con más inmediación del fuego revolucionario, se hallaba inundada de bandidos que no habían permitido arrojar las diferentes atenciones de este ejército.

Con el fin de batir sus cuadrillas, y establecer una fuerza urbana capaz de sostenerse por sí misma sin gasto del Erario, y de mantener la tranquilidad en aquel territorio, despaché en 11 del corriente al

Capitán de Dragones Provinciales de San Luis, Don Pedro Meneso, Comandante del Cuerpo de Lanceros con doscientos hombres de esta arma, y una Compañía de escopeteros del Cuerpo de Frontera del N. Santander, quien con fecha del 19 me da parte de que habiéndosele presentado en batalla a la entrada de otro pueblo un grueso como de mil quinientos a dos mil hombres, la 3ª parte de infantería y el resto de caballería mandados por los cabecillas Cleto Camacho, Albino García y un tal Natera, le acometió decididamente y derrotó poniéndolos en precipitada fuga siguiendo su alcance por espacio de cuatro leguas en que quedaron tendidos muchos rebeldes sobre el campo, y haciendo varios prisioneros, entre ellos algunos capitancillos que hizo pasar inmediatamente por las armas, habiendo debido los cabecillas la vida a la ligereza de sus caballos.

Meneso elogia el valor y firmeza de los oficiales y tropa de su destacamento, que se deduce de la misma acción; y recomienda la constancia con que sufrieron los trabajos de la marcha por un terreno pantanoso lloviendo sin cesar; y Yo los creo dignos de la consideración de V. E. a quien lo participo para su superior conocimiento y que se sirva si lo tiene a bien trasladarlo a noticia del público, en honor de esta valiente tropa.

No pudiendo subsistir dicho Destacamento en Pénjamo por la falta de alojamiento y forrajes para la caballería, a causa de la inundación del terreno y destrozos que han hecho los bandidos en sus diferentes entradas, se ha retirado a Irapuato desde donde apoyará la formación de compañías urbanas encargada al Subdelegado del partido, y procurará del establecimiento del buen orden por el que suspiran aquellos habitantes, cansados de sufrir las infinitas vejaciones de los rebeldes.

Dios Guarde a V. E. Muchos años. Guanajuato 28 de Agosto de 1811.—Exmo. Sr. FELIX MARIA CALLEJA”.

Documento inédito del Archivo
General de la Nación.

APENDICE NUMERO 6

Parte de Don José María Hidalgo y Costilla a Calleja sobre el ataque de Albino García a Pénjamo

“Con fecha 19 del corriente tengo dada cuenta a U. S. de estar ya en posesión de los empleos de Comandante de las Armas y Subdelegado del Partido a que U. S. había elevado mi pequeñez, y el día 20 salió de este lugar el Sr. Pedro Menezo, con la División que mandaba, tiempo en que avisé se restituyan a sus casas los que habían salido de Mal por ignorante temor de nuestras armas, más bien que por justos motivos: sólo había en el pueblo los vecinos principales, que recibieron el Ejército y los Republicanos Naturales, y aunque luego di forma de dictar providencias de gobierno para que todos los que andaban fuera de sus casas se restituyan a ellas, o por que no hubo tiempo, para que se volvieran, o por que ya sacaban por necesaria consecuencia, que muy pronto había de estar sobre el Zaguán Albino García, con cuya predicción se bolví el Sr. Cura, los Europeos abecindados aquí y algunos otros, lo cierto del caso es, que ninguno pareció esa tarde del 20 y la mañana del 21 comencé a formar las listas para las compañías del resguardo; cité los Administradores de las Haciendas y Arrendatarios, comencé a recoger armas, y en medio de estas ocupaciones activas, entró de tropel el Ejército de Albino García con el trozo de Pedro García que hiba a ser derrotado el día que hulleron a orillas del Pueblo, y el todo se compondría de ochocientos a mil hombres de caballería y acaso otro tanto de plebe o más: las armas de fuerzas de todas clases eran bastantes, pero no se el número cierto sino del trozo de Pedro García y Natera eran 30 fusiles. Al instante se presentaron los vecinos en mi casa, para ver la providencia que se tomaba, pero todo-era inútil pues se había sabido muy anticipadamente que la gente y armas enemigas eran muchas y los vecinos pocos los mismos que vió el Sr. D. Pedro Menezo sin más armas que dos cañoncitos de pistolas, que un vecino había enterrado para que no se las llevaran los insurgentes y me los había presentado, y los dos trabucos míos, y Albino García, entre infinitos y orrerosos vituperios que me dijo añadió: que era un Alcahuete de los Gachupines y que quitaran de allí ese... hermano del Cura: que ya no le había de dejar la vida si lo llegaran a agarrar, y que así no tenía que meterse con él, y había de anticiparse a tomar satisfacción de los que pudieran entre-

garlos y eran todos aquellos alcahuetes Encallejados. Luego siguió el saqueo de quasi todo el pueblo, y el atropellamiento de los principales y más honrados vecinos, y en fin no cesaron hasta no saciar su barbarie en un lugar indefenso.

Quedó Pénjamo hecho un miserable Esqueleto y los vecinos piensan abandonar el patrio suelo y ver adonde hallan honesta acogida para sus familias y proporción de sostenerlas que no les alcance tan fuerte azote de la Divina Justicia y tan sin arbitrio de resistirlo.

A mí me saqueó, me arrestó y me intimó que no siguiera de Subdelegado porque ya hiba a nombrar otro. Ignoro si lo habrá verificado, y viendo el mal sin remedio, que aquí nada utilizo que no puedo entrar en competencia de legitimidad y que mi casa está en peligro pienso retirarme a ella a esperar las superiores órdenes de U. S. suplicándole encarecidamente nos mire con compasión otra ocasión no separando de nosotros sus socorros hasta que ya esté en forma la defensa contra tan terrible enemigo, y tan inmediato que en medio día está sobre nosotros.

Dios Guarde a U. S. muchos años. Pénjamo 22 de Agosto de 1811.

JOSE MARIA HIDALGO COSTILLA
(Rúbrica.)

Sr. Mariscal de Campo
de los Ejércitos de S. M. D.
Félix María Calleja.

“García se halla en Cuernavaca según me aseguran con doscientos hombres, cuando pasó por ésta echó fuera a los reos y nos llevó dos Casarinos y cuantas bestias caballares había en Tapatano a esepción de las mulas de recervas.

Somos a 21 y no puede salir el correo por tener ellos embarazados los pasos de los ríos.

JOSE MARIA HIDALGO COSTILLA
(Rúbrica.)

APENDICE NUMERO 7

El cura de Jalpan informa sobre el estado en que se encuentra la insurrección y la persecución que le hace Albino García

“Señor Gobernador de la Sagrada Mitra de Guadalajara.—Mui Benerado Señor: Sin embargo de que desde el principio de la insurrección me han perseguido de muerte los ynsurgentes, por solo el motivo de haver defendido la Justa Causa con la Sagrada Predicación, permanecí en mi destino de la Encomienda de Xalpa, asta el día veynte y ocho de agosto, en que el cavezilla Alvino García, habiendo derrotado el corto refuerzo que havía en la Hazienda de Frías, mandó una partida de más de cinquenta hombres, con orden de quitarme la vida; luego que recibí esta noticia emprehendí mi fuga, y al salir de mi casa ví a mis asesinos a distancia, como de cien pasos, que comenzaron a correr, y tirarme balazos, así me persiguieron cerca de tres leguas, derrotero de la Villa de León adonde me refugié y en donde estube quince días, de allí pasé a esta de la Encarnación, con ánimo de pasar a presentarme a V. S.; pero una llaga que se me hizo en un pie, en el día de mi huída se me agrabó tanto, que no he podido caminar, todo lo qual, y que el Presbítero don Rafael Méndez quedó solo en aquel Curato, pongo en noticia de V. S. para que disponga lo que sea de su superior agrado, en el concepto de que mi regreso a Xalpa no podrá ser mui breve, porque según las noticias que he adquirido, muchos de los de allí mismo que yo havía estado conteniendo con mis exortaciones, luego que me retiré se han levantado en gavillas, y andan robando, y preguntando por mí, con amenazas de que si vuelvo me han de quitar la vida; pero en todo me sujeto como devo, a las órdenes de V. S., las que espero se digne de comunicarme, para ejecutarlas con la debida puntualidad.

Dios Nuestro Señor Guarde la mui importante vida de V. S. muchos años. Villa de La Encarnación, noviembre seis de mil ochocientos once.—Señor Gobernador.—B. L. M. de Vuestra Señoría el menor de sus súbditos y ovediente Capellán.—FRANCISCO CERVANTES VILLA SEÑOR”.

APENDICE NUMERO 8

Parte del ataque a Lagos por el independiente Albino García

“Hasta este día en que me conceden alguna libertad las tristes circunstancias en que ha quedado esta Villa, doy a V. S. el parte siguiente: El sábado treinta y uno del próximo pasado a las 3 de la tarde sorprendió a este lugar Albino García, por otro nombre el Manco, con una cuadrilla de ladrones, que según el cálculo más arreglado, se compendrían de 500 ó 600 hombres de a caballo, y los más armados con fusiles y armas cortantes; y aunque es verdad que luego que se avistaron se tocó la campana para convocar a los vecinos y soldados acuartelados, para resistirles si fuere posible, o para retirarse y excusar las armas, todo fue en vano, porque habiendo hecho su ingreso a este lugar por diferentes calles con la mayor fieresa y precipitación, se hicieron irrecistibles, porque su desigualdad en número y armas hizo que algunos soldados perecieran y otros quedaran heridos.

Considerando el Subdelegado la cosa ya sin remedio, huyó en compañía de don José María Rico, y como esto lo advirtiesen los malvados insurgentes, parte de ellos los siguieron, y a poco andar los alcanzaron, y desnudándolos hasta dejarlos en calzoncillos, y poniéndolos en un caballo los condujeron a este lugar paseándolos por las calles más públicas, cubiertos de heridas y con el perverso designio de alcabusearlos; lo que a persuaciones del R. P. Guzmán, uno de los religiosos que actualmente se hallan en este lugar mencionado, y del presbítero don Fernando Vegas, hubo de estorbarse.

En igual conflicto se vió el Alcalde don Tranquilino, a quien llevándolo desnudo por las calles lo libertó del último suplicio el R. P. Comendador de este convento de la Merced. Los saqueos fueron cuantiosos y generales, quedando muchas familias en la mayor miseria, no hubo respeto que no atropellaran, como lo acreditan los insultos y ultrages que hicieron a los R. R. P. P. micioneros hasta llegar a arrestarlos con el designio perverso de llevárselos consigo, lo que no se llegó a verificar. En fin, los males y perjuicios que causaron a esta infeliz Villa, la han dejado envuelta en todo género de aflicción, y penetrada del mayor dolor.

Hago también presente a V. S. que el Subdelegado que dejó nombrado el dicho García fue D. Urbano Zorrilla, éste se resistió tenazmente, y sólo hubo de condesender viendo que con esto se evitaban otros

muchos males a este lugar, como en efecto lo verificó, y con las condiciones que en título que se le dió se expresan dejando todo el gobierno en manos del juez legítimo sin haber tenido más intervención que remediar los males que ha podido, y reprovando en un todo las criminales máximas de los rebeldes insurgentes. El Subdelegado Lic. D. Antonio González lo tengo en mi casa gravemente herido con una total imposibilidad de escribir a V. S. por lo que lo hago yo para su inteligencia y gobierno, y en cumplimiento de mi deber.

Dios Nuestro Señor Guarde a V. S. muchos años para la felicidad de este reino.—Lagos, septiembre 4 de 1811.—B. L. M. de V. S. su más reconocido servidor y humilde capellán.—JOSEF MANUEL JAUREGUI.—Sr. Mariscal de Campo y Comandante en Jefe del Ejército del Centro, D. Félix María Calleja.

APENDICE NUMERO 9

Parte del ataque que dió Albino García a Irapuato, el 1º de mayo de 1812

“Consecuente al oficio de V. E. fecha 1º de este me puse en marcha para esta Congregación con el Batallón de mi mando, 50 Dragones de Puebla e igual número del Cuerpo de Frontera y dos Cañones.

A las cinco y media de la tarde del mismo día, abriéndome paso con el cañón y el fusil entré a este pueblo al que rodeaban sin ponderación más de 4,000 bandidos todos a caballo con 4 piezas de Artillería y gran número de fusiles; nuestra aproximación obligó al enemigo a replegarse a la Hacienda de Las Animas a media legua de distancia y siempre a la vista, y del mismo modo después de habernos dado infinito quehacer por la irregularidad de sus ataques los cabecillas Salmerón y Carrizal que mandaban dos gruesas partidas de más de 600 cada uno, los obligué con el fuego acertado a incorporarse a aquéllos.

El notar lo cansado de la caballada, mucha fatiga de la Infantería, habiendo caminado más de legua y media, por terreno desigual y surcoso, y que los contrarios se dirigían ya al camino de Salamanca, y sobre todo que apenas quedaba una hora de día, me obligaron todas estas circunstancias a suspender el proyecto de persecución que deter-

minaba, esperando dentro de la población el resultado de las operaciones enemigas el siguiente día.

Sin embargo de haber hallado a los vecinos poseídos del más noble entusiasmo y con una disposición a la defensa excedente a todo encarecimiento cooperé como debía a la mayor seguridad con mi tropa y disposiciones; y desde luego me prometí según la tranquilidad que notaba una noche pacífica y sosegada.

Defacto no me equivoqué en el concepto: habiéndose escuchado en toda ella sólo el rumor de los repetidos alertas de los puestos de Guardia compitiendo en exactitud y vigilancia nuestras tropas y los beneméritos patriotas de esta leal población, de modo que en las varias visitas que hicimos con el discurso de la noche el Jefe de día, el Capitán Comandante de voluntarios y yo no tuvimos que reprender.

Luego que amaneció hice explorar el campo por varios puntos con la caballería y se me aseguró que en dos leguas de circunferencia no había un solo enemigo en cuya disposición permanecimos dos días, y siempre en la incertidumbre del verdadero punto de reunión de aquellos.

El día seis con aseguradas noticias de que los bandidos Salmerón y Vázquez con sus gavillas y tres cañones estaban situados en el rancho de San Jacinto, determiné salir sobre ellos a las dos de la madrugada del día siguiente con toda la División de mi mando y la esforzada Compañía de Voluntarios de esta población.

Pero habiendo sobrevenido en esta, en el momento mismo de ir a montar a caballo, un incendio, así por el grande cuerpo que tomaba como por las consecuencias que podían a él seguirse, recelando como debía en la malicia de su origen, mayormente dejándolo al cuidado de la corta guarnición que quedaba, me obligó a tomarlo por el primer objeto de mi cuidado, y mandé una Compañía de mi Batallón y algunos de Frontera que sostuvieran a los operarios según costumbre y a la División sobre las armas estuviesen en observación, en lo que se invirtió hora y media y al cuarto para las cuatro verifiqué mi salida.

A las 7 de la mañana estaba sobre el enunciado punto de S. Jacinto en el que no encontré ya al enemigo porque desde las nueve de la noche había levantado su campo con dirección según me dijeron para la villa de Salamanca.

Estaba perfectamente instruido por el Comandante de las Armas de Irapuato, el Capitán José María Esquivel, en que todos cuantos

habitaban dos leguas en contorno de aquel paraje eran insurgentes consumados sin distinción de calidad ni sexo; por lo que me pareció conveniente usar del rigor que exigen ya las circunstancias para conseguir al menos la intimidación de una gente tan obstinada como infiel a Dios, a la Patria y al Rey: En consecuencia mandé al Subteniente de Frontera don Francisco Rodríguez Gutiérrez que con treinta hombres de su cuerpo entrase al degüello quedándome yo con el resto de la División en el orden de columna, situado en una pequeña eminencia por la derecha; pero como las consideraciones de la caridad inseparables de mi carácter, me obligaban a exceptuar en la orden a las mujeres (aunque tanto o más delincuentes que los hombres) y a los niños, apenas experimentó la severidad de mi resolución un hombre, que fue el único que se encontró en todo aquel vasto caserío.

A continuación mandé incendiar todas las casas recogiendo cuanto ganado se encontró, asegurado por los voluntarios que me acompañaban que casi todo pertenecía a los vecinos de este pueblo y sus inmediaciones.

Iguales hostilidades experimentaron los parajes llamados Lo de Carlos, Lo de Sierra y El Carrizal, cuyos puntos recorrí con la mayor proligidad, y concluyendo me dirigí otra vez a Irapuato.

En el camino obrando algunos de los rebeldes con su acostumbrada necedad tuvieron la audacia de presentarse por la retaguardia unos cuantos haciendo fuego, los que hallaron muy pronto el escarmiento por una Compañía de mi Batallón y algunos de Frontera que destaqué sobre ellos, matando a tres y poniendo en precipitada fuga a los restantes.

El fruto de esta jornada fue reducir a cenizas todas las casas de los puntos referidos, así lo de los insurgentes por más de nueve meses, con inclusión de las tres casas de los ladrones Salmerón, Vázquez y otro; cuatro enemigos menos que murieron en el degüello y persecución de la caballería, la destrucción total de dos fraguas y una fundición de cañones, y como 300 balas de fusil que se recogieron, 150 bueyes y vacas y 75 en mulas, caballos y burros, todo lo que mandé entregar al Comandante don José María Esquivel para que después de justificada la legitimidad de los dueños a que pertenecían los dichos animales se les entreguen, y vendiendo los restantes se distribuya en iguales partes el producto entre los individuos que concurrieren a la facción desde la clase de sargentos inclusive, cuya providencia espero merecerá la superior aprobación de V. S.

Sabiendo tenían los insurgentes interceptados con algunas cortas gavillas los caminos de Salamanca y Silao, mandé expeditarlos con algunas partidas de caballería, las que me han conducido varios prisioneros entre los cuales habían 6 completamente insurgentes, tanto que confesaron dos ser uno criado de un coronel y otro correo, los que dispuestos cristianamente fueron pasados por las armas en la Plaza General de este pueblo, disponiendo permanecieran los cadáveres pendientes de la horca el espacio de seis horas con objeto del general escarmiento.

La única noticia que tengo adquirida de alguna certeza es la de que los enemigos se reúnen al Valle de Santiago, pero ignoro su idea; y como V. S. me tiene prevenido que mis salidas en su persecución no pasen de tres leguas y aquel punto dista más de 9, no me he determinado a emprender mi movimiento hacia ellos, así por la razón referida como por no dejar de la vista mi general cuidado encargado por V. S., que es el de la protección de este pueblo; sobre cuyo particular y el de mi permanencia en él o incorporación a V. S. espero sus órdenes para el debido cumplimiento.

Tres heridos de bala de fusil del Batallón de la Corona entre ellos un sargento; y dos caballos muertos del Cuerpo de Frontera fueron las desgracias que tuvo mi División en la entrada a este pueblo; y el Dragón herido también de bala de fusil de la Compañía de Carvajal en el Regimiento de Dragones de Puebla Mariano Castillo que según la exposición del facultativo queda inútil para continuar la carrera de las armas: recomiendo a V. S. el valor y energía de mis oficiales y soldados principalmente los del Cuerpo de Frontera que siempre se distinguen en valor y obediencia.

Dios Guarde a V. S. muchos años. Irapuato 1º de Mayo de 1812.

JOAQUIN DE VILLALBA
(Rúbrica.)

Sor. Brigadier Comandante
D. Diego García Conde".

Documento inédito del
Archivo General de la Nación.

APENDICE NUMERO 10

Parte de Antonio de Linares a Calleja sobre el proyectado auxilio de las guerrillas a Zitácuaro

(Se remitió copia de este Parte al Virrey, el 17 de Noviembre de 1811.)

“Con atraso de 14 dias han llegado a mi poder el duplicado, y triplicado de V. S. fechas 28, del pasado octubre que me remitió el S. Coronel Dn. Torquato Truxillo con oficio suyo de fecha 7 de Noviembre en que me previene que si las importantes comisiones y recíprocos ausilios que puso a mi cargo para combinar con el Teniente Coronel Dn. Pedro Celestino Negrete fueren de tal naturaleza que no resulte un grave perjuicio, me ponga en marcha a obedecer la orden de V. S. pero las críticas circunstancias en que me hallo me mueben a comunicarles el expresado S. Coronel para que en su vista no se me pueda hazer un cargo ni resulte contra el valor acreditado de las tropas de mi mando, y en perjuicio de todo lo executado hasta aora en la ynfame reolución que nos hallamos, y en caso que resuelva V. S. y el expresado S. Coronel la marcha lo executaré por el camino más próximo no obstante hallarme algo enfermo por las infinitas fatigas que me han acarreado las reuniones de los rebeldes Torres, Reyes, Anaya, Nabarrete, y Albino García, que intentan bolber a levantar en masa estas Jurisdicciones para acudir al auxilio de Sitáquaro cuyo comicionado es el Anaya; y que servirá a V. S. de gobierno para las disposiciones ulteriores.

Dios Gue. a V. S. mS. aS. San Francisco Angamacutiro.—Noviembre 11 de 1811.

ANTONIO DE LINARES
(Rúbrica.)

Sor. Mariscal de campo
D. Félix M^a Calleja”.

Documentó inédito del
Archivo General de la Nación.

APENDICE NUMERO 11

El cura Labarrieta informa a Calleja del ataque que dió Albino García a Guanajuato

“Sr. General. En mi carta precedente de 19 del corriente dí razón a V. S. de lo acaecido en esta ciudad cuando fué atacada por Tomás Baltierra, conocido por Salmerón: lea V. S. ahora con lástima y admiración lo que sobrevino el martes 26 del mismo.

Aquel ataque fué precursor de éste, y la gavilla que lo dió compuesta según unos de trescientos, y de quinientos según otros, puede decirse avanzada del inmenso enjambre que la asedió antier. Así lo había dicho ella misma cuando se retiraba vencida, prometiendo volver pronto.

A las ocho de la mañana de ese día triste, se dejaron ver por todos los cerros de esta ciudad multitud de vandidos, calculados bajamente en cinco mil, a los que se les agregó casi toda la plebe nuestra, pues cerca de nosotros apenas se veían algunos en inacción. La reunión de ella hizo montar el cuerpo de concusionarios a diez o doce mil hombres, y ni era posible que con menos gente pudieran coronar las montañas tan respetablemente como lo hicieron. Eran comandados de varios capataces, pero los más conocidos eran Baltierra y Albino García. Este era el general que en el Cerro de San Miguel daba órdenes, convidaba al resto del pueblo, y hacía tal cual descenso e incursión según le parecía. Venían pertrechados de un cañón de a seis, y un pedrero; su fusilería era considerable, pues según el tiroteo llegaría o pasaría de trescientos fusiles, bastantes pistolas, cuchillos, lanzas, etcétera.

A las ocho comenzó la gavilla situada en S. Miguel (cerro que está a la espalda de la casa que habitó V. S.) a tirotear seguidamente y con algún orden, bien que sin hacer mayor daño por la mucha altura y falta de puntería.

Algunos de los de nuestra caballería de patriotas fueron con orden o sin ella a desalojarlos de aquella posición por el camino que llaman del Venado; pero fuimos repelidos con pérdida de un caballo. Otra partida nuestra de infantería comandada por D. Angel De la Riva, quiso hacer lo mismo por la cuesta del Espinazo, y corrió la propia suerte con muerte del mismo Riva, y de otros cuantos, viniendo el resto a replegarse al centro de la plaza mayor.

Aquí estábamos casi todos los vecinos principales comandados por el Conde Pérez Gálvez, y por D. José Aguirre ayudante de plaza: digo casi todos porque algunos más egoístas, y más miedosos que yo se han estado encerrados en sus casas en todas las alarmas, alegando ya enfermedades, y ya prerrogativos reales, como si cuando se trata del peligro universal pudiese haber privilegios; pero dejemos esto porque no trato de recordar a V. S. la vigilancia de estos señores en guardar sus personas; sigamos el hilo de nuestra desgraciada historia

Nos atacaron los enemigos siete veces, y por distintos puntos: en el Cerro del Cuarto pusimos un cañón que si bien nos defendió un algo, de ahí nos bajamos o por falta de municiones o por otra causa que yo ignoro. Replegada la mayor fuerza en la plaza, desde allí ocurrimos a los diversos aluviones. En el séptimo y último ataque trajeron los enemigos su cañón por la plaza de S. Diego, y lo llegaron a abocar en la Cruz Verde. Dispararon a ese tiempo los nuestros que guardaban el cañón situado en casas reales, se arrojaron sobre ellos y se los quitaron. Esto, el habérseles acabado a los concusionarios las municiones, y la venida de la división de Silao que nos traían Reinoso y el P. Barros, de que se los avisó con sus avanzadas y espías, hizo que se retiraran y desfilaran por Sirena, Carreras, y Cañada y otras partes. No se puede decir que les dispersamos sino que se retiraron.

La ciudad estuvo en gran conflicto, casi toda fue ocupada por los enemigos, quienes dando por ganada la acción subieron a los campanarios de San Francisco y San Juan y repicaron. Hicieron algunos saqueos en haciendas y casas: quemaron algunas en el barrio del Venado, y nos mataron alguna gente entre la cual merece una particular memoria y lágrimas el honradísimo y virtuoso D. Mariano Zambrano, D. Pedro Cobo, dicho La Riva, D. Vicente Coterilla, D. Juan Gutiérrez, D. Manuel Alvarado, etc.

Nos llevaron de los nuestros como cuarenta fusiles, algunas pistolas y sables... Todo estaba ya casi perdido, y yo persuadido de ello y ocupado de una convulsión general de todas mis arterias y miembros, me replegué a la parroquia, pero no solo: me acompañaron varios europeos y criollos que padecen la misma enfermedad que yo. Mi temor se aumentó porque se pidió en voz alta por la plebe de Valenciana que fue la peor, mi cabeza, la del Sr. intendente, Conde Pérez Gálvez, y secretario Rocha. No quisieron los perversos quitar la de un ajusticiado que tres días antes pusimos en S. Miguel porque espe-

rabán, ganar y reemplazarla con las nuestras. Vea V. S. con tales noticias cómo estaría mi pobre espíritu. Los enemigos en fin se reunieron en la hacienda de Cuevas, de donde quitaron cuanto fierro había, y cometieron otros destrozos. Fueron a Salamanca a reforzarse, prometiendo volver al ataque. Desenterraron de Rancho-seco dos cañones que vuestra S. tenía allí, y van llenos de orgullo y esperanzas de vernos.

Pasábaseme decir que los ataques del enemigo duraron desde las ocho hasta la una de la tarde, es decir, cinco horas; ojalá que V. S. u otro cualquiera militar hubiera presenciado la batería, hubieran confesado que fue sangrienta, tenaz y más terrible que la de Hidalgo.

Es lástima que los hombres hayan abusado de la palabra, y acostumbrándose a abultar sus hechos por lograr elogios, pues con esto hacen dudosas las cosas. Sin embargo aseguro a V. S. con toda la ingenuidad que me es propia, que los apuros y peligros en que nos vimos, no se pueden dignamente explicar. V. S. meditando lo que yo le digo, y lo que circunstanciadamente le dirá el Sr. Intendente, dará a las cosas el valor de aproximación, no el neto, porque para ello era necesario haberlo presenciado.

Yo no sabré decir a V. S. con certeza quienes fueron los que más se distinguieron en la acción de quitarle al enemigo el cañón, porque como estaba muy plegado y replegado, no lo ví: después he oído que muchos se han atribuido esta gloria, y otros no pudiendo atribuírsela a sí propios la aplican al que de sus amigos les parece mejor. Diré pues con absoluta certeza, que había varios patriotas en la plaza, unos de valor, otros poseídos de miedo que no podían huir, que ese acontecimiento feliz fue, o milagroso como aseguran los piadosos, o de pura contingencia como querían otros. Ello es que ni los unos quieren aguardar segundo milagro, ni los otros se confían en acasos.

Conseguimos que nos dejaran la mitad y con esto se aquietaron los azorados. Yo era uno de los resueltos a fugarme, porque no me hallé capaz de resistir otro golpe, ni sirvo de cosa alguna. Para lo único que podía servir era para atraer al pueblo; mas éste está tan rebelde, que sólo cederá a la bala y cordel: no hay esperanza, ni debemos equivocarnos ya en esta materia; el pueblo es un enemigo nato de nosotros, y si no se le avasalla hasta donde se pueda, somos perdidos. Ayer tarde nos vino la división de S. Luis compuesta de 150 hombres, ninguna fusilería, pistolas y armas blancas. Con ello hemos entrado en algún consuelo, o diré mejor en una como cesación del gran

pavor que nos ocupa; pero no estamos enteramente confiados. Se nos ha dicho que viene por León Linares, y yo no lo creo, mas si fuese cierto tendremos consuelo.

No dude V. S. que si no se nos auxilia con una división respetable se pierde ésto con otro ataque, y de consiguiente toda la provincia: vuelven a insurreccionarse los pueblos, y de nada sirve lo trabajado. ¿Para qué me he de detener en hacer a V. S. reflexiones sobre tal materia cuando se bien cómo piensa, y que ninguna de cuantas yo pueda hacerle ordinarias y sublimes se le escapan?

V. S. ha clamado más que nosotros al gobierno para que se nos guarnezca, le ha hecho ver la utilidad, el daño, etc., no ha tenido ni se espera su verificativo, conque algún enigma habrá que yo no puedo comprender: apelaremos pues a la resignación.

Vinieron por fin los capitanes Linares y Quintanar con una división de seiscientos a setecientos hombres regularmente armados.

Los insurgentes entraron en S. Miguel, Dolores y S. Felipe, e hicieron destrozos. Estando llenos de conflictos por tales noticias, supimos que Linares y Quintanar querían salir en persecución de Albino. Conmovióse toda la ciudad, que estaba resuelta a emigrar con ellos...

Guànaajuato, Noviembre 28 de 1811.

ANTONIO LABARRIETA
(Rúbrica.)

Sor. Mariscal de Campo
D. Félix M^a Calleja".

APENDICE NUMERO 12

*Parte de don Diego García Conde al Virrey Venegas sobre
la gloriosa acción del Valle de Santiago*

(Puesto en la Gaceta Núm. 190 de 27 de febrero de 1812.)

Exmo. Señor:

Después que el señor General de Ejército del Centro me dejó en Maravatío con la división de mi mando, para atender al auxilio de

estas Provincias independientes de ellas, dirigiéndome según las circunstancias de la guerra al exterminio de las gavillas, envié una corta División a las órdenes del Comandante de 2º Batallón de Infantería de la Corona Don Joaquín Villalba, compuesta de tres compañías del expresado Batallón, un Escuadrón del de mi mando a las órdenes del Capitán D. Esteban Munuera, y otro del Cuerpo de Fronteras al de su capitán D. Juan Miguel Ormachea, con objeto de atacar a los cabecillas Cañas y el hermano de Rayón que estaban acantonados en la Sierra de Santa María Tismadé, y aunque éstos se fugaron sin entrar casi en acción, se consiguió destruirles la fundición de cañones, quemarles un nuevo pueblo que estaban formando con sesenta y siete casas de madera, destruirles sus trincheras, y hacerles 17 prisioneros, sin más pérdida de nuestra parte que la de dos mulas muertas al golpe de uno de los grandes peñascos que derrumbaron.

Mientras me empleé en crear Compañías y poner en estado de defensa el pueblo de Maravatío por ser punto muy interesante, y luego que regresó la expedición, salí para Acámbaro el dos de febrero donde llegué al siguiente día, y adquiriendo noticias supe que Valladolid podía necesitar algún auxilio por hallarse cercado, y envié a Indaparapeo una División al mando del Teniente Coronel D. Diego Oroz, compuesta de los dos Escuadrones del Cuerpo de Frontera y el Batallón Mixto a las órdenes del Capitán D. Agustín de Iturbide con la prevención de que si Valladolid no necesitaba refuerzo se encaminase a Yuriria, mientras que yo me dirigía a Celaya para dejar allí todos los enfermos del Ejército grande, y porción de provisiones de las cogidas en Zitácuaro, pero a la primera jornada desde Tarímoro hube de retroceder a Acámbaro porque recibí aviso del Sr. Truxillo de que convendría que tomase aquel punto mientras él atacaba a los cabecillas que le rodeaban, y así lo ejecuté hasta que supe había derrotado a Albino García, y a Muñiz y encargando a Oroz se pasase a Yuriria a esperar mis órdenes, me dirigí a Celaya saliendo inmediatamente para el Valle de Santiago a fin de acabar de exterminar a Albino García, cojiéndolo entre dos fuegos Oroz y yo, pero la interceptación de los caminos, le privó de mis avisos y se dirigió a Los Amoles mientras que yo llegaba a Santiago, y, aunque Oroz derrotó una gavilla de las que Albino García iba juntando matándoles siete, y cogiendo tres a más del Coronel Pulido, que también pasó por las armas, la reunión de Albino García siempre fué numerosa con los cabecillas Escandón, los González, Salmerón, Cleto Camacho, los Pescadores, el Negro Va-

lero, y todas las armas que quitó a Ruví y al Padre Saavedra: con los cuales se me presentó el 13 del corriente a derecha e izquierda del camino entre Parangueo y el Valle formando un cordón inmenso a un lado y otro.

Hice atacarlos por los dos Escuadrones del Regimiento de mi mando, única caballería que llevaba, sin fusiles y con muy cortas fuerzas por las atenciones de las Escoltas de Artillería y Parque, y, a pesar de esto el enemigo huyó luego trasladándose precipitadamente a otra segunda cordillera de montes, al presentarse igualmente la Artillería e Infantería compuesta de un corto Batallón de la Corona, se fugaron también a otras eminencias más distantes, haciéndome conocer que era por demás el perseguirlos, por los excelentes caballos que tenían, y hallarse los míos fatigados con las continuas marchas, y reuniéndome nuevamente a el camino, continué hasta la llanura de la entrada del Pueblo del Valle de Santiago, donde coloqué en el centro de un cuadro todas las cargas y Parque, esperando ver si de esta suerte conseguía que descendiesen de las alturas, lo que no se me logró con esta situación únicamente de defensa, para hacerles creer que los temía, hasta que me vieron poner en marcha para entrar en el pueblo, a cuyo tiempo tomaron por derecha e izquierda el viento opuesto metiéndose en las calles, que fuí barriendo a metralla por vanguardia y retaguardia con la Artillería, y en las vocas-calles de travesía la Infantería con el fuego graneado para sostener el tránsito de la División, mientras que el enemigo intentaba arrollarla; a quienes se les mató mucha gente y caballos, hasta situarme en la Plaza ocupando sus ángulos con los cañones manteniéndome en ella toda la tarde y noche y persiguiéndolos con algunas guerrillas por las calles, que igualmente los destrozaron con mucha pérdida de su parte.

Viéndome al siguiente día con escasez de víveres y forraes me fué preciso volver a salir del pueblo, volviéndolos a encontrar en cordillera situados en los cerros elevados, y continuando a paso muy lento mi marcha haciendo fuego siempre que se acercaban a tiro de metralla y fusil; para mejor acierto les iba a presentar nuevamente la batalla en otra llanada adelante de la Hacienda de Parangueo, sin dar tiempo a ser nuevamente atacados se fugaron precipitadamente, y a corto rato se me reunió la otra División mandada por el Teniente Coronel D. Diego Oroz.

No puedo graduar el número de muertos y heridos de los enemigos, porque me admiró el empeño tan decidido en ocultarlos, pues cau-

saba horror ver que en el momento en que caían los heridos, los lazaban llevándolos arrastrando de los caballos.

No he tenido más pérdida en la acción que la de un Granadero de la Corona, tres Dragones de mi Regimiento muertos, un Sargento herido del mismo Cuerpo, y contuso el Teniente Coronel D. José Velázquez, como también lo fue el Capitán de La Corona agregado a la Artillería D. Antonio Cayre de una bala de fusil en el muslo, presentándose en toda la acción con la mayor serenidad, como su 2º al Alférez D. Juan Cerdeño, contuso en la pantorrilla, y otros seis soldados de la Corona, como consta de la adjunta relación que acompaño.

Todos los jefes, Oficiales y Tropa se han distinguido muy particularmente llenándose de gloria por su constancia, energía y valor, durante las 26 horas que se sostuvo el fuego de día y de noche por una y otra parte, y acompaño a V. E. los partes de los Jefes de los Cuerpos que acreditan las acciones particulares de los individuos de su mando.

En todos los ataques fue mandando la izquierda y retaguardia el capitán del Regimiento de Infantería de México, graduado Teniente Coronel D. Santiago Mora, quien se halla desempeñando a mi satisfacción las funciones de Mayor General en esta División, el que se ha conducido en toda la acción con la mayor bizarría.

Esta hubiera sido mucho más útil y recomendable si la División al mando de D. Diego Oroz se hubiese hallado situada al lado opuesto del Valle, según yo lo esperaba, por los avisos que no recibí; pero esta desgracia impidió la completa derrota, y que tal vez no hubiera quedado ninguno de los cabecillas que sostienen la insurrección, cuando ya en lo general están sus gentes disgustadas (casualidad que no debe admirar cuando carecemos enteramente de espías y de buenos amigos).

Me pareció que ya reunidas mis fuerzas podría darles un albazo, la mañana siguiente y así me alargué a mayor distancia acampándome al anochecer, pero me frustraron esta idea las avanzadas enemigas, que oculta y disimuladamente se situaron en mi inmediación, por lo que determiné aprovechar mejor ocasión para este golpe dirigiéndome por 2ª vez al Pueblo del Valle, donde permanecí con los enemigos a la vista para caerles cuando menos pensasen; pero éstos se alejaron internándose en la Sierra de Yuriria, y habiéndome pedido auxilio el Comandante de Armas del Pueblo de Irapuato, receloso de que el cabecilla Pedro García que atacó a la Villa de León pudiese intentar invadirlo,

me ha sido indispensable acercarme a esta de Salamanca, para la cual salí el día inmediato hasta tanto que libre de este nuevo cuidado pueda regresarme a Celaya, desde donde poniéndome de acuerdo con el Sr. Truxillo podamos intentar un nuevo golpe.

Tampoco debo pasar en olvido manifestar a V. E. que "los europeos" D. Francisco Igalzábal y D. Pedro Rey me acompañaron voluntariamente siéndome muy útiles por el conocimiento que tienen de los terrenos, particularmente el primero, que guiaba las partidas que yo destacaba en los alcances, y me las incorporaba nuevamente en la formación, aprovechándose en todo de la disposición de las lomas y cañadas que conoce muy por menor.

También asistieron continuamente a mi lado para comunicar mis órdenes que se ofrecían, el Capitán de Infantería de la Corona Dn. Lorenzo del Corral, el de mi Regimiento Esteban Munuera, y el Teniente agregado al mismo cuerpo D. Casimiro León, quienes desempeñaron este encargo con la mayor resolución y actividad.

No puedo dejar de noticiar a V. E. la distinguida acción de un Escuadrón de mi Regimiento guiado por el bizarro voluntario D. Andrés Malo, y mandado por los Capitanes D. José Salazar y D. Esteban Munuera, que dando alcance la víspera del ataque a una gavilla, que iba huyendo delante de la División, la persiguió hasta el lado opuesto del Pueblo del Valle de Santiago, trayéndome "presos" en la noche a la Hacienda de Parangueo al Subdelegado y sacerdote para los cargos que se me ofreciese hacerles, por la aparente resistencia que hallaron en los vecinos del Pueblo.

Viendo que se retardaba el regreso del Escuadrón, se me brindó el ayudante de mi Cuerpo D. José Garibay a ir a explorar su situación, y se alargó con sólo dos Dragones a más de legua y media de distancia, dándome cuenta de que ya venía, y trayéndome tres prisioneros.

Dios Guarde a V. E. muchos años. Salamanca 17 de febrero de 1812.

DIEGO GARCIA CONDE.

Exmo. Sor Virrey D.
Francisco Xavier Venegas".

Documento inédito del
Archivo General de la Nación.

APENDICE NUMERO 13

Parte de Don Joaquín de Villalba a García Conde sobre la misma acción del Valle de Santiago

(Inserto en la Gaceta Núm. 191 de 29 de febrero de 1812.)

“Luego que la División empezó a maniobrar contra el enemigo coloqué el Batallón de mi mando según V. E. me tenía prevenido en el orden de batalla en los costados de la Artillería, dejando a retaguardia de ésta, los Granaderos que mandaba el Subteniente D. José Gracia, y el Capitán D. Ramón de Soto, que con su compañía sostenía el cañón que quedó en el camino protegiendo el paso al parque y equipajes.

Con la serenidad, valor y orden acostumbrado, avanzó mi tropa sobre los rebeldes, haciéndoles desalojar precipitadamente su primera encumbrada posición sobre la derecha, la que defendieron, aunque infructuosamente, con un fuego vivísimo de fusilería.

A pesar de las incomodidades que nos hacía sufrir el excesivo calor, y fragosidad del terreno, sin decaer un momento de su entusiasmo y ardor, siguieron maniobrando en las distintas operaciones que se practicaron hasta que V. S. mandó me replegase al Cuerpo de la División, descendiendo desde la altura en que me hallaba a el llano donde en la posición militar de un cuadro se observó al enemigo, y aun se le obligó por el espacio de una hora al ataque, que su cobardía no permitió.

Después colocada la Infantería en el orden de columna protegiendo por vanguardia, retaguardia y costados la Artillería, entramos como V. S. sabe, en el pueblo, midiendo palmo a palmo el terreno con el cañón y el fusil.

Situados en la Plaza según V. S. determinó, ocupó las principales boca-calles de ella mi tropa, repartida así mismo la Compañía de Granaderos en la torre de la Iglesia y azoteas, desde cuyos puntos dominantes con fuego graneado incesante, defendieron toda aquella tarde y la noche la temeraria obstinación con que el enemigo nos incomodaba, y aun pretendía penetrar las calles; de modo que en las diez y ocho horas que permanecemos en la población no hubo un solo individuo de mi mando que no estuviese en acción ofensiva y defensiva.

Entre las varias incomodidades que nos daban los rebeldes, era sin duda la mayor la de un fuego seguido y acertado que dirigían por una de las calles que enfilaban la Plaza, parapetados en un fuerte

espaldón de tierra desde el que ofendía impunemente a mi tropa que defendía aquel punto, de lo cual impuse a V. S. y me previno lo demoliera: yo encargué esta comisión al Capitán don Ramón de Soto, y al Teniente Dn. Vicente Enderica que con la Sexta Compañía de su mando avanzaron precipitadamente sobre aquel puesto, hasta lograr completamente el objeto de su encargo, habiendo tenido que rechazar dos veces a la canalla que con tesón se defendía: se les mataron seis, se hirieron varios y los restantes se dispersaron.

En esta particular y empeñosa acción, estoy perfectamente instruido del acierto de los oficiales que la dirigieron, y de la obediencia y exactitud de los soldados que la practicaron; no debiéndose tampoco de olvidar de los sargentos segundos Juan Espinosa, Santiago Rivera y Francisco Vergara que trabajaron en ella.

En conclusión fue tan igual el valor, empeño y puntualidad con que mis oficiales y soldados se condujeron este día, que ofendería seguramente la justicia si particularizara a alguno; pero en el servicio que hicieron inmediato a mi persona los ayudantes Dn. Félix Calata yud y Dn. Antonio Molina Martel, debo recomendar a V. S. la puntualidad y acierto con que distribuyeron las órdenes y encargos que se les confiaron.

Esta honorífica e interesante acción fué sellada con la sangre de seis beneméritos soldados, y un cabo heridos, y otro contuso, entre aquéllos uno de gravedad, y el Granadero José Duque, digno de inmortal memoria por su valor y fidelidad, que viendo herido a un compañero suyo, movido de los afectos de amistad, tomó su fusil, y arrojándose con intrepidez sobre el enemigo, fue víctima de la ferocidad de la muchedumbre, habiendo exhalado su espíritu lleno de honor por 54 heridas que recibió: atendiendo a la piadosa consideración con que el Gobierno atiende a los huérfanos y viudas de tan meritorios soldados, recuerdo a V. S. deja éste en la Ciudad del Potosí a una hermana de estado doncella, sin otro auspicio que el de su corto trabajo personal.

Dios Guarde a V. S. muchos años. Villa de Salamanca 18 de febrero de 1812.

JOAQUIN DE VILLALVA.

Documento inédito del
Archivo General de la Nación.

APENDICE NUMERO 14

*Don José de la Cruz publica el Parte de Don Angel Linares,
de los Ataques dados en San Pedro Piedragorda
en los días 8 al 12*

“El Capitán D. Angel Linares, Comandante del primer Cuerpo Volante de este Ejército me ha dirigido el parte que sigue:

“El día 8 del corriente entré en S. Pedro Piedragorda y el 9 se aparecieron los enemigos en número crecido aparentando querer atacarme dentro del Pueblo, pero habiendo salido a buscarles al Campo no pude conseguir el que me esperaran a tiro de Fusil, pues únicamente medían su alcance, y a proporción que yo avanzaba, o me retiraba para llamarlos, huían en fuerza de carrera, o enveñían a distancia en que nada podía lograrse, hasta que el 10 se desaparecieron todos, pero el 11 volvieron a acercarse reforzados de otras Gabillas con que componían un número mucho mayor que antes todos ellos a caballo: así que noté hallarse juntos, salí nuevamente hasta el llano, les empecé a hacer un fuego muy vivo; pero conociendo que en sus huídas y acometidas sólo tiraban a que se me acabasen las municiones sin fruto, me retiré ya por la tarde al Pueblo, eché a las ocho de la noche un parapeto en todas las bocas calles del lugar, y coloqué en cada una de ellas un Oficial con veinte y cinco hombres dándoles orden de que no se disparase un fusil sino a tiro hecho.

Se cumplió esto al pie de la letra pues habiendo acometido los bribones haciendo sus escaramuzas que duraron hasta el Jueves 12 a las cinco de la tarde, les maté más de ciento quarenta hombres, entre ellos varios cavecillas, siendo uno de los principales el nombrado Antonio Contreras y llevaron muchísimos heridos. Nuestra pérdida fue de muy corta consideración, pues de los pocos heridos que tube sólo uno está de gravedad y los demás levemente.

Todos los Oficiales y Soldados se portaron con la mayor valentía como lo tienen de costumbre, y por lo tanto no señalo a ninguno.

A poco tiempo entró en San Pedro el señor Brigadier D. Diego García Conde con toda su División, y vamos ambos de acuerdo a recorrer conuinadamente el territorio y destruir las gavillas de rebeldes que andan por estas inmediaciones.

Dios Guarde a V. S. muchos años. Villa de León 14 de marzo de 1812.—A las nueve de la noche.—ANGEL LINARES.—Sr. General del Ejército de reserva D. José De la Cruz”.

Y lo aviso al público para su noticia y satisfacción. Guadalajara. 23 de Marzo de 1812.—JOSE DE LA CRUZ”.

APENDICE NUMERO 15

*Nicolás Antonio Becerra da parte a Albino García
de los movimientos de las fuerzas insurgentes*

“Aora que son las ocho de la mañana doi razón a V. E. S. como el Brivón de Linares suvió a la siénega de Gálves y el día de aller se devolvió y tomó el runvo de León el Erexón de Negrete disen que tomó el runvo de Sacapo por aquí no hay quien amenase aora si V. E. S. tuviere a vien el mandarme una orden para recoxer muchas partiditas sueltas así de Soldados como de Sres. Oficiales que no le sirven a V. E. S. de nada porque a su vista le aparentan una cosa y por acá es indiferente y estando todos juntos a qualesquiera hora que V. E. S. los haiga menester se los pondré a su presiençia pues de qué sirve que V. E. S. se sacrifique y los demás no le ayuden.

El Sr. Coronel D. Antonio partida ase tres días que está conmigo y en su compañía el Sr. Teniente Coronel D. Juan Ríos y el Sr. Capitán D. Manuel Escamilla el Sr. Capitán D. Nicolás de Luna el Sr. capitán D. Marselino Regalado y diessiocho Soldados traían quatro Retacos el Coronel D. Diego Sánchez que handa por estas inmediaciones en las órdenes que me manda el Sr. General D. Pedro García me dise se lo recoxa y V. E. S. determinará lo que fuese de su agrado y mande quanto guste a este su affmo. que S. M. B”. (su mano besa).—“NICOLAS ANTONIO BECERRA, Brigadier de américa.—Campo del Colorado y Marzo 28 de 812.—Sr. Teniente General D. Alvino García”.

APENDICE NUMERO 16

Parte de José Vicente de Menchaca a don José Antonio Torres

“Contestando al oficio de V. E. de 20 del que nos rrige de que se a servido dirijirme, y echo cargo de su contenido Digo: Que quedo entendido en quanto V. E. me dice sobre el Sr. Mariscal D. Toribio Huindobro, y yo quedo en hacer todo lo que se pueda en obsequio de V. E.

Participo a V. E. el que esta misma tarde según dicen quiere mandar D. Alvino con solo el fin de querer desarmar al Sr. Mariscal D. Tomás Rodríguez pues quien sabe cómo saldremos con dicho Sr. García con sus ideas tan fuera de orden ni rrazón, pero según lo que resulte ya daré a V. E. cuenta de quanto ocurriere.

Yo y mi compañero el Sr. Mariscal D. José de Escandón, estamos trabajando nuestros cañones, pero siempre con el temor y sobre salto no se nos quita el cuidado con este hombre, con que nos anda quitando las armas que con tanto cuidado y trabajo nos cuesta: en fin ya digo a V. E. que participaré a V. E. lo que ocurriere pues toda la gente está en movimiento y no hay más lugar.

Dios Guarde a V. E. muchos años. Quartel Nacional de Yuririrapango, marzo 22 de 1812.—JOSE VIZENTE DE MENCHACA.—Sr. Teniente General José Antonio Torres”.

APENDICE NUMERO 17

Diario de Agustín de Iturbide.—Enviado al Virrey Venegas el 15 de agosto de 1813.

ABRIL DE 1812.

Domingo 5.—Fuí comisionado por el Sr. García Conde para la recepción de los caudales reales que se dirigían a Guanajuato.

Lunes 6 y Martes 7.—Recibí otros caudales en efectos y moneda.

Miércoles 8.—Salimos para la Calera.

Jueves 9.—A Celaya.

Viernes 10.—Descanso.

Sábado 11.—A Salamanca. La retaguardia tuvo sus tiros desde el molino de Sarabia. En la noche a la oración rompió el fuego con artillería y fusilería Albino García, y lo mantuvo toda la noche con cortos intervalos.

Domingo 12.—Llegamos a Irapuato. Desde la salida de Salamanca fuimos atacados vigorosamente en todos puntos por las grandes gavillas del Bajío capitaneadas por el Manco García, quien se llevó algunas cargas del convoy; yo tuve la suerte de que no me quitase ninguna de las del rey que iban encomendadas particularmente a mi cuidado pues una de reales y 3 y media de puros y cigarros no llegaron a salir de la plaza; la de reales fue cambiada con una del Sr. Conde de Pérez Gálvez, lo que se advirtió en Irapuato, por lo que viendo yo el número cabal por todo el camino, no pude conocer la falta que había.

Martes 21, Miércoles 22 y Jueves 23.—Propuse al Sr. García Conde que tratásemos de combinación con otras Divisiones para destruir la gavilla de Albino García: convino en ello, y salí para tener entrevista con el capitán don Angel Linares el viernes 24. (Negóse Linares y entonces vió a Cruz el jueves 30.)

Jueves 30.—Traté con el Sr. Cruz de la combinación indicada, y aprobando mi propuesta en todas sus partes, quiso, que para designar días, hablase con el Sr. Negrete.

Martes 5 de mayo.—Descansé (en La Piedad) para tratar y acordar los puntos convenientes con el Sr. Negrete.

Sábado 16 de mayo. (1812).—Presentó el Manco Albino en el Puerto de la Batea acción a las dos Divisiones (reunidas) del mando de los Sres. García Conde y Negrete. Este jefe atacó por el centro con la energía que acostumbra, el Sr. García Conde quedó con la tropa de reserva, parque y cargas, y yo me dirigí según se me ordenó con casi toda la caballería de nuestra división, y la infantería montada por nuestro flanco derecho, único practicable; pero el perverso Albino que tiene empeño en insultar a las tropas, no le falta gracia ni astucia para huír y ocultar sus armas con oportunidad, apoyándose más en esto, que en el valor de sus gavillas para salir de los ataques. En el presente no le quitamos armas, y sólo quedaron en el campo cuatro de ellos a quienes dieron muerte los que iban por el flanco izquierdo de los nuestros.

Lunes 18.—Con una partida de caballería e infantería montada, salí a atacar a Albino García, que huyó de Yuriria: fuí a dormir a

Sta. Mónica, habiendo retrocedido parte de la caballería más de dos leguas, pues llegó hasta la inmediación de la Hacienda de Cerano, llevando casi a la vista a Albino, y matando varios de los que sostenían su retirada, y se les tomaron buen número de caballos, como consta por menor del parte correspondiente.

Jueves 21 de Mayo de 1812.—Unida toda la división marchó al Valle de Santiago; desde Parangueo con 140 caballos de Frontera, León, S. Luis, y 40 infantes del Mixto atacó por nuestra derecha, a donde se presentó con bastante fuerza Albino García, y seguí con la caballería al alcance desde nuestro punto hasta la Hacienda de La Bolsa; consta también del parte oficial. Este día estuve para perecer, pues me ví solo entre 4 insurgentes de cuera, entre ellos, según se dijo, Cleto Camacho.

Viernes 29.—Fuí a Yuriria en persecución de Albino García.

Domingo 31.—Allí sólo estuvo momentos el Manco; y como ni se me presentaban ya, perdí la esperanza de cogerlo esta vez, y me dirigí el lunes 1º de junio a Irapuato.

Jueves 4 de junio.—Fuimos con las Platas a Salamanca: a las ocho y media de la noche salí con 170 hombres al Valle de Santiago en donde se sorprendió a Albino García y su hermano Francisco. Las circunstancias del golpe constan en el parte que con este motivo dí al Sr. Brigadier don Diego García Conde”.

APENDICE NUMERO 18

José de la Cruz a Venegas sobre el fallido plan contra Albino García

“Exmo. Señor:

Havía estado esperando recibir noticias del resultado del proyecto conuinado con el Sr. García Conde, y la División del Sr. Negrete para atacar a la numerosa gavilla del rebelde Albino a fin de poder dar a V. E. un parte lisonjero; pero desgraciadamente todo el trabajo se perdió por no haber operado sino sólo la División de Negrete, a causa de no haver podido llegar a tiempo la del Sr. Conde por obstáculos que halló en el camino de puentes cortados, etc. El resultado es que Negrete estuvo batiendo de entretenida por espacio de quarenta horas toda la gavilla de Albino para dar lugar a que llegase la otra División

por la espalda, y no habiéndose verificado qual convenía no ha producido otro efecto que alguna dispersión de los rebeldes y mui pocos muertos.

Guadalajara, 22 de Mayo de 1812, a las 6 de la mañana. JOSE DE LA CRUZ".

Documento inédito del Archivo
General de la Nación.

APENDICE NUMERO 19

Parte de Don Diego García Conde al Virrey Venegas, sobre el mismo plan de campaña concertado contra Albino García

"Exmo. Señor:

Con fecha 24 del corriente participé a V. E. las ocurrencias hasta mi salida de Guanajuato, y arribo a Silao, en donde recibí varias representaciones de los pueblos de Irapuato, Silao y León, que se hallan en estado de defensa, haciéndome ver el evidente riesgo en que quedaban si me alejaba de estas inmediaciones con mi división: también el Sr. José De la Cruz, desde Guadalajara me hacía ver la necesidad de destruir a Albino García antes de mi separación, quien se había engrosado considerablemente con las derrotas que había hecho de los cabecillas Escandón, Rubí y González a quienes había quitado todas sus armas, como igualmente a otra gavilla considerable, que la far-sante Junta de Sultepec había enviado con dos cañones y crecido armamento para aprehenderlo.

Todas estas reflexiones me convencieron, que me era preciso destruirlo, y envié a Guadalajara al Capitán Iturbide con sesenta patriotas de Silao, llevando el plan de atacar a Albino García en el Valle de Santiago por diferentes puntos, en unión del señor Negrete, a quien pasó también a ver el Capitán Iturbide, con las órdenes correspondientes del Sr. Cruz para ponernos de acuerdo; y se determinó la acción para las diez de la mañana del día quince de mayo, asegurando el Sr. Negrete los dos puntos de Parangueo y Yuriria y yo los de la Bolsa con los dos caminos de Guantes y la Gachupina, a fin de que no pudiesen escapar por ningún rumbo.

Para dar tiempo al regreso de Iturbide me detuve en Silao, con todas las Platas y el 1º de Mayo a las cuatro de la mañana recibí aviso del Comandante de Armas de Irapuato don José Esquivel, de estar cercado por las numerosas gavillas de Albino García, desde la noche anterior.

Hice salir inmediatamente al Batallón de Infantería de la Corona, con 40 Dragones de Puebla, a las órdenes del Teniente Coronel D. Esteban Munuera: igualmente otro número igual del Cuerpo de Frontera a las del Teniente D. José Cascos con dos piezas de artillería todo al mando del Teniente Coronel D. Joaquín Villalva, quien después de haberlos batido antes, y entrando en el pueblo, donde pasó la noche para dar descanso a la tropa, advirtió en la madrugada haberse fugado el enemigo, con todas ellas según lo acredita el parte que incluyo a V. E. y le mandé se mantuviese en aquel destino, hasta mi incorporación, en donde verifiqué otra salida contra el cabecilla Salmerón, según se manifiesta por el oficio que igualmente incluyo.

Yo me incorporé luego que regresó Don Agustín de Iturbide, y verifiqué la salida de Irapuato dejando allí las Platas el día 15 a las dos de la madrugada midiendo el tiempo para situarme a las 10 en los puntos señalados; pero el Señor Negrete, había sido atacado, y entretenido por Albino García, a distancia de doce leguas; y no pudo pasar de la Hacienda de Parangueo, dos leguas antes del Valle, a donde me dirigí con mi división luego que oí los cañonazos, lo que advertido por los enemigos, empezaron a dispersarse, y destiné una partida de caballería, para cortarles la retirada, que consiguió matarles alguna gente, incluso el cabecilla de las confianzas de Albino, Clemente Vidal.

Ya fugada y dispersa la canalla, me dirigí en busca del Señor Negrete, a quien descubrí poco después con su División y le destaqué aviso de mi llegada, previniéndole al mismo tiempo, se cargase a la parte Sur del Valle de Santiago, y formando yo dos divisiones, la una al mando de Don Agustín Iturbide, que entró por el rumbo del Oeste, y la otra puesto yo a la cabeza de ella por la parte del Norte, no le dejamos al enemigo otra salida más que la del este para el caso de haberse hallado en aquel pueblo, por cuyo rumbo pensábamos atacarlo; pero la población estaba desamparada del vecindario sin haber en ella más que sacerdotes y mujeres, y aunque me aseguraban que los vecinos se habían ido de miedo, por más que se encargó a sus

familias que los avisasen no se pudo conseguir su regreso, lo que me hizo creer eran todos insurgentes y estaban incorporados en las gavillas.

Ya reunido en el Valle de Santiago con el Sr. Negrete traté de acordar con aquel bizarro jefe la destrucción de Albino; pero me hizo conocer que los cuidados de la Provincia De Guadalajara, y el recelo de que puesta en fuga la canalla, pudiera dirigirse hacia ella, si no guardaba los puntos principales de su entrada, no le permitían detenerse más que el siguiente día, por lo que procuramos adquirir noticia de la situación del enemigo y sabiendo que en lo general se había alejado y dispersado como acostumbra para reunirse después donde les conviene, resolvimos salir la mañana del día siguiente hacia el camino de Yuriria por el Cerro de La Batea, donde sabía que Albino tenía fundición de cañones y que todas aquellas rancherías como igualmente los pueblos de la Magdalena y San Jerónimo eran el auxilio y madriguera de la perversa canalla.

Salió primero el Sr. Negrete con su División y yo consiguientemente con la mía para sostenerlo en caso necesario, y desde lo alto del primer puerto a más de legua y media de distancia, empezó la chusma a hacernos fuego con un cañón para darnos a entender su situación de lo que inferimos que no nos había de esperar: sin embargo, formamos dos divisiones de alcance para atacarlos, por derecha e izquierda, pero todo fue en vano, porque antes que el Sr. Negrete encumbrase por la izquierda con su división, y el Capitán Iturbide por la derecha, con la suya, ya el enemigo había ocultado su cañón, y marchando con sólo la cureña se hallaba a más de una legua de distancia, y aunque se le dió alcance matándoles los que por el cansancio de sus caballos se quedaban atrás, no se consiguió chocar con las gavillas; pero sí quemarles todas las rancherías como también los pueblos de S. Jerónimo y la Magdalena, recogiendo primero los ornamentos y Vasos Sagrados, destruyéndoles la fundición de cañones, y trayéndose las balas que a prevención tenían; todo lo cual ejecutado se me reunieron las dos divisiones en la cumbre del Puerto en donde me había quedado con toda la artillería y parte de la Infantería que no estaba montada: el cañón no se halló por más diligencias que se practicaron para encontrarlo.

Volvimos a entrar en el Valle de Santiago, y acordamos con el Teniente Coronel Pedro Celestino Negrete que poniéndose en marcha al siguiente día para Pénjamo con su División daría yo la vuelta con

la mía por la Bolsa y la Zanja, dando alcance a todos los que se hubiesen dirigido por aquel rumbo, y acosándolos por Yuriria hacia el punto de su situación podríamos cogerlos entre dos fuegos al cabo de tres o cuatro días, con lo que ha salido el Sr. Negrete para su destino, y yo voy a marchar para executar lo acordado.

Dios Gue. a V. E. mS. aS. Valle de Santiago 16 de mayo de 1812.

Exmo. Sor.

DIEGO GARCÍA CONDE

Exmo. Señor Virrey Don
Francisco Xaxier Venegas”.

Documento inédito del Archivo
General de la Nación.

APENDICE NUMERO 20

*Parte de José María Valdespino sobre la sorpresa
a Albino García en el Valle de Santiago*

“Señor:

Si pocible me fuera, el ser yo mismo, el parlamentario para significar, por extenso, a vuestra Soveranía los acontecimientos que hace más de veinte y dos días que nos ha pasado, lo haría gustoso pero me lo impiden las muchas atenciones que por haora mas que antes me circulan: Quando Negrete nos precentó vatalla en la Hacienda de Parangueo se allaba nuestro benemérito Xefe Comandante de la Izquierda, D. Albino García Ramos gravemente adolecido de unas fuertes reumas que lo pucieron en el Exterminio de tullido con lo que no pudo acistir a las Funciones propias de su mando, y sí me entregó todas sus Armas, y el mando acompañado del Sr. Mariscal de Campo D. Juan José Vargas quien antes fue capitán por su Altesa Serenísimá, del Sr. Mariscal D. Ánacleto Camacho, quien fué lo mismo por A. S. y el Sr. D. Francisco Garcia Ramos Hermano del Sr. Coronel D. Albino García quienes juntos maniobraron en nuestras Disposiciones, sobsteniéndole a este impío el Fuego más de veinte y quatro

horas: Teniendo concebido el tenerlo citiado de modo que sólo horas faltaban a éste para ser exterminado, quando por la retaguardia me ha acometido García Conde con toda la Fuerza de León, Guanajuato, Silao, Irapuato, Lagos, y Aguas Calientes, con tanta intrepides que apenas tube lugar de retirarme con mil ancias, pues el Troso primero que destacó me ofendían ya sus balas de Fusil quando quiso la Divina Magestad que ubiera podido darles quatro Cañonazos, con mil congojas pues mis Artilleros todos se abían fugado Fucilería, y Cavallería pero con cosa de quince hombres nos los quitamos de encima; Incontinenti, siguieron anuestro Comandante D. Alvino a quien alcansaron por los rumbos de Yuriria, y escapó de sus manos por providencia Divina hasta que se unió con el Exército que yo trayía por la Hacienda de Pantoja; Negrete con semejante vatería se retiró asustado hasta sus puntos de la Piedad, pero como seguían tanto anuestro Comandante, y más como savedores de lo inávil de su cuerpo, a los dos días nos acometió García Conde con toda la Fuerza antes dicha, a quien le hicimos Frente, y sobstubimos su Fuego cosa de tres horas pero como esta hera mucha nos retiramos; ellos entraron al Valle saquearon quanto quisieron, y lo más cencible que nos a cido fue aver consumido a nuestro Amo llevándose los vasos sagrados los ornamentos, y demás cosas de valor, y a todos los sacerdotes no quedando más que sólo dos que fugaron.

En todos estos devates no avíamos perdido Tropa Armas municiones ni polvoras hasta el día cinco del que rije que tubimos la infelize desgracia que aviendo llegado el día quatro con un comboy a la Villa de Salamanca García Conde; en el mismo día entramos nosotros con nuestro Comandante al Valle ya muy aliviado quando a las doce del día tuvimos la noticia, que con savido de ella el referido dispuso que otro día abiamos de salir a atacarlos pero conciderando la poca Fuerza que teniamos, hice ver en la noche a nuestro Comandante que no hera regular dar dicho ataque por allarse nuestros cañones sin municiones, que nos suspendiéramos hasta el regreso de éstos, tiempo en que podríamos estar ya fortalecidos y haríamos una empresa de honor, vino en conocimiento y convino en que sería assí, y sí se dispucieron avanzadas competentes, y abiendo salido una con suficiente Fucilería, salieron de Salamanca docientos Fucileros del Enemigo quienes extraviando camino dejaron la primera avanzada atrás teniendo que matar a un posta que venía a darnos aviso, encontraron la segunda avanzada en el punto de Guanteçillos, y con voz

de América llegaron hasta circularlos, y acabar con la avanzada no quedando más que uno vivo, y a las tres de la mañana han entrado de sorpresa al Cuartel principal dando un fuego incesante endonde mataron 68 hombres que acompañaban a nuestro Comandante teniendo que tomarlo a él prisionero a su hermano D. Francisco García a el Tambor Mayor D. José María Pineda la mayor parte de la Fusilería que existía en aquel Cuartel los reales remontas, de la mayor parte del Ejército y ropa; se llevaron en fin prisionero a nuestro Comandante, y a muchos hombres que llevaron prisioneros sin detenerse hasta Celaya, creo que sus fines será llevarlos hasta México.

En el Gobierno de este Ejército quedaron por misericordia de Dios con vida el Sr. Mariscal D. Juan José Vargas, Idem el Sr. D. Anacleto Camacho, y yo por Subinspector Comandante de las Armas de este Ejército que siendo mi graduación (como V. M. está bien satisfecha por A. S.), de coronel y por V. M. Comandante en Jefe en una Comisión, que se sirvieron confiarme, quedamos únicos jefes de mayor graduación quienes tenemos el conocimiento del Ejército, y para que hubiera una cabeza de Gobierno dispuse ayer juntar cosa de treinta oficiales de Sargentos Mayores arriba para que poniendo en un papel el nombre de cada uno de los tres diera cada uno su voto por medio de una ralla para que eligieran a el Comandante que les pareciera mejor provisional interín V. M. dispone, quien de nosotros tres queda con este mando pues el Sr. Mariscal D. Juan José Vargas sacó 12 votos el Sr. Camacho sacó 5 y yo saqué quatro dos en voz y dos por Firmas; por lo que pareciéndome vien que el que sacara más votos quedara provisionalmente comandante de este Ejército interín vuestra Soberanía dispone, aquedado provisional el Sr. Mariscal D. Juan José Vargas.

El Sr. Mariscal D. Anacleto Camacho salió de partida para los rumbos de Salvatierra en solicitud de Tropa y Armas dispersas, dispuse una comisión para el mismo fin en un sujeto fiel para los rumbos de Pénjamo, y San Pedro Piedra Gorda, yo salí con el mismo fin para los rumbos de Yuririapúndaro y Puruándiro y el Sr. Mariscal D. Juan José Vargas, para los rumbos de Salamanca, el Valle y sus inmediaciones a unirnos mañana en la Hacienda de Surumuato con el único fin de unir todas nuestras Fuersas y aguardar las savias Disposiciones de V. M.

El Señor Comandante como que se allaba proclamado por su Ejército Teniente General dispuso su señoría hace un mes unido con

el Sr. Secretario D. José María Rubio el juntar cosa de ciento y más oficiales, y el Sr. Rubio hiso ver a todos estos señores que como V. M. había dispuesto, el buen orden y organización de este Ejército; hera necesario poner un sujeto quien organisara todas las cosas, y el Ejército para lo cual me elijieron amí por Subinspector de Guerra y Comandante General de 26 mil ochocientos hombres repartidos en varios puntos como son hasta Sierra de Pinos, yo no allándome capas de desempeñar una acción de tanto honor, me opuse grandemente advirtiéndoles en primer lugar que para que yo desempeñara esta acción tan onorífica debía ser respectado, y ovedecido por todos los cuerpos precentes y distantes, hera necesario que V. M. me confirmara el tal título de graduación pues yo no quería que Vuestra Soberanía tubiera que centir de mí creyendo acaso que estos heran influjos de un Despotismo abrogado, propios de una sovervia que jamás en mí ha cavido, pues yo Deseoso como Fiel Americano, de servir a la Nación no tendría embaraso para ceder mis Galones, y esta Graduación, en sujeto más afecto que yo, y para servir sería con todo mi gusto el último soldado, que no llegara apasar un vochorno de ser Degradado; con ésta, y muchas rasones supusieron todos especialmente el Sr. Rubio quien se comprometió diciéndome que daría cuenta a V. M. y que por Fuerza avía de obtener aquel mando, y que también no sería sonrojado y que se sobstendrían mis órdenes como fueran arregladas al buen exicto de nuestra causa y al santo temor de Dios; por lo que poniendo todas aquellas Disposiciones propias para un militar de esta graduación Juré Vanderas, y me pasaron por cajas dándome reconocer por todo el Ejército. V. M. ordene todo aquello que sea de su superior agrado pues yo quedaré muy contento con que V. M. Disponga el que otro sea el comandante de estas Armas y yo gustoso, y sin sovervia alguna seré último soldado de esta u otra División.

Si estimaré a Vuestra Soveranía que si fuere de su superior agrado el no ponernos otro Gefe que no sea uno de los que tienen especial conocimiento de la Tropa y Armas que existen en esta División, lo agradeceré mucho; no por no obedecer las savias Disposiciones de V. M. y só porque ya muchos Desmallados con la sorpresa de nuestro Venemérito Gefe y como que les parece que poniéndoles otro Xefe, vendrá a estropearlos, están con el fin de que en uno de nosotros recaiga el mando pues si esto no lo tubiese abien Vuestra Soveranía soy de parecer que sin duda el Ejército se destruye más de lo que está pues comenzarán éstos a Dispersarse para varias partes sólo

arrovar, y tal vez aunirse con ellos como lo han hecho Varios de las orillas de León que en quanto los hemos desamparado o se han retirado de sus casas o se han pasado al partido contrario; igualmente se apoderarán los Enemigos de estos puntos que según me parece nos son muy interesantes por la Demarcación de Guanaxuato, Valladolid y otros lugares, lo que estará remediado con organizar, y precaber las malicias de muchos iniquos que antes de haora han cometido mil excesos anombre de nuestro comandante D. Alvino en los cuales he puesto desde que tube el mando de esta Tropa remedio en ellos y parece que se han sujetado, pues al Padre Navarrete le tengo remitidos avarios renuentes a mis concejos por ser la parte más inmediata, y no exponerlos aque los quiten en el camino de aquí a Sultepec; especialmente suplico a V. M. que si no ditamina como llebo dicho el Sr. Huidobro el Sr. Caxigas y los señores que les acompañan, no se introduzcan atener mando en esta Tropa, no por mí, pues yo gustoso obedesco las savias disposiciones de V. M. sino porque a estos señores no los hande obedecer como a nosotros que los conocemos y nos conocen, de modo que aunque nosotros los castigemos de la manera que quisiéramos están constantes y leales a nuestro mandado.

No por esta razón digo que estos señores serán despreciados de nosotros ni ultrajados antes sí les facilitaremos todos los auxilios que podamos en obio de anarquías, y en obsequio de ser nacionales, los atenderemos como que merecen atención, y si V. M. dispusiere el que nos auxilien quando sea necesario podrá imponércele pues en esta ocasión precente en nada nos han alludado, y no por esta razón nosotros los hemos incomodado antes cariñosos, les hemos contestado, y ofrecídoles nuestras Déviles Fuerzas como lo acreditarán los oficios que pueden mantener en su poder.

Nos allamos fortalecidos de 200 y más Fuciles 6 cañones, 2 culebrinas, pólvora, vastantes Municiones de Fucilería, cosa de dies mil valas, remontas para nuestro Ejército vastantes, lancerío y Semillas para la manutención, en reales repartidos no podré decir a V. M. el número fixo por allarse las obligaciones de varios individuos, en un sujeto que no está aquí pues cómo nuestro comandante suplió entre varios la mayor parte del comboy que quitamos se hallan repartidos los reales en Diversos individuos.

Se me hace muy cencible dar a V. M. este parte como las acciones tan iníquas de D. José María Rubio quien tubo la satisfacción de gozar de V. M. las mayores confianzas, y de nuestro Comandante

igualmente el Aplauso de toda esta División, y á pagado como pagan los viles del iníquo partido Europeo pues se hace increíble que dicho Rubio ubiera hecho la intriga como está verificado por papeles suyos. Disposiciones que tubieron para cogerlo y por uno mismo de sus asistentes, aquien soltaron por empeños de él; pues sea lo primero que él siempre prestaba gran covardía, y siempre que oyía decir que los Gachupines estaban en Salamanca o inmediatos o se precentaban Guerras como las pasadas que hemos tenido uyía al Cerro más alto dos días antes, y si estaban en Salamanca, nunca dormía en el Valle, y en el día de esta Sorpresa durmió en el Valle, y quando binieron ya por él, le trayían a propósito caballo y sombrero dos Gachupines quienes lo sacaron de Poteforme en calidad de preso y de allí a poco lo soltaron llendo con ellos livre y diciéndole él mismo a su asistente que livertó que fuera, le sacara toda su ropa, y se la llebara donde quiera que él estuviera como lo Declara el mismo asistente y las Señoras en donde éste estaba alojado dicen que quando los Europeos llegaron por él preguntaron que si estaba ay y respondiendo que si les dijeron que les dijeran que ya estaban hay por él que allí le trayían caballo, y quanto necesitara para que no llebara nada de los Insurgentes: De este modo pagan los iníquos de quienes se tiene piedad pues él mismo dispuso modos por donde éstos binieran sin tropieso de Avanzadas hasta llegar seguros como lo verificaron pues se save de pectivo que mandó decir que con 200 hombres llegados a estraña hora tomarían pricionero al Manco García.

En todo lo referido V. M. como tan savia Dispondrá lo que sea de su mayor agrado como cumpla con sus órdenes quien pide a Dios le guarde muchos años.

A las plantas de V. M.

Campamento en el punto de Andaraquia Jurisdicción de Yuriria-púndaro. Junio 16 de 1812.

Señor. El Subinspector de Guerra Comandante General del Ejército de la Isquierda, provicionalmente. JOSE MARIA VALDESPINO. —Exmos. señores. A las plantas de Vuestra Soberanía representante del Sr. D. Fernando Séptimo.

P. D.—Se me pasaba decir a V. M. que nos hallamos desviados del bien espiritual pues como antes digo consumieron a nuestro Amo e hicieron otras cosas propias de su Eregia lo mismo hicieron en Yuririapúndaro, Pueblo Nuevo, Santa Rosa, y San Pedro Piedragorda con

lo que me hallo en gran confusión para christianar las criaturas, casar y ministrar los demás Sacramentos de nuestra católica V. M. como tan savia si de los Padres que han quedado, pueden colocar a nuestro Amo, pues aunque es verdad que hay pena de excomunión Mayor para los Sacerdotes que ministren los Santos Sacramentos en lugares como éstos, pero soy de centir que será bien dispuesto y obtenido por un obispo que verdaderamente lo sea pues estamos ciertos en que el clérigo Queipo de Valladolid no es obispo, conseguida su Mitra por el Rey nuestro amado Fernando sino por Napoleón que este como hereje dispone como quiere pues nada sabemos de la Familia Real, ni de nuestro Santísimo Padre el Sumo Pontífice; este obispo aunque no puede dictaminar por sí y si estoy entendido que debe dirigirse por su Cavildo, pero como con la Fuerza de sus Armas no lo manda a él el Cavildo, sino antes él manda al Cavildo, aunque los canónigos reflejen este daño tan incomparable como se hallan sumergidos nada desde luego pueden dictaminar, y si el Cavildo está hecho al partido del obispo lo juzgo lo mismo que a él, y por tanto como que el obispo á influido en derramamiento de sangre, por Decontado, está irregular, y me parece que no podrá acer pena de excomunión Mayor en los Sacerdotes que coloquen anuestro Amo, y administren los Santos Sacramentos.

Si en esto estoy mal entendido V. M. sírvase Desengañarme, y lo que debe hacer.—Vale". Una rúbrica.

APENDICE NUMERO 21

Agustín de Iturbide a García Conde participándole la angustiosa escapatoria del "Manco" García

Mi General: al cuarto de hora de camino de haberme separado de V. S. en la Hacienda de La Zanja, con objeto de perseguir a Albino García, tuve noticia cierta de que había dormido la noche inmediata en Yuriria; llegué a este pueblo, a las 10 de la mañana y supe que dos horas antes había salido camino de Puruándiro, con un coche, una Berlina, un cañón montado y una cureña; llevando como 600 hombres.

Esta noticia me hizo concebir buenas esperanzas, y sin detenerme un solo momento, continué la marcha con paso violento: a legua y media se me presentó una gavilla que lo había hecho antes de entrar a Yuriria, tuve algún tiroteo, pero habiendo comprendido, que era su objeto sostener la retirada del corifeo, hice desprecio de ella, y aligeré la marcha, a poco más vió la descubierta (compuesta de 30 dragones de Frontera al mando del Subteniente D. José María Novoa), a distancia larga, uno de los coches, y dándome aviso, la reforcé luego con 34 dragones, y 33 voluntarios de León al mando de su Comandante D. Juan de la Pila, y seguí al trote con el resto de la Caballería e Infantería montada; pero el éxito no ha correspondido a mi deseo, que aunque se hizo la persecución 8 leguas delante de Yuriria a un galope largo después de caminadas hasta allí, 7, todo el fruto que saqué fue reducido a hacerles abandonar como 50 caballos y las dos cureñas; hacerles 10 ó 12 muertos; y romper el coche según me han informado por conductos diversos; el cañón no he podido averiguar dónde lo ocultaron; las cureñas quedan quemadas: Albino tomó el caballo media legua delante de Santa Mónica, y durmió en el rancho de las Jícamas dando vuelta por los tres Reyes; es decir, que anduvo (a pesar del impedimento que le cabía, la gota de que adolece actualmente) 18 leguas de muy mal camino y lo verificó en 11 horas.

Se le ha dispersado mucha gente; y me prometo que con los movimientos que determina V. S. muchos conocerán su interés.

El conocimiento que he tomado ahora de este terreno me dará ventajas estimables para la continuación de la persecución.

Dios. Gue. a V. S. mS. aS. Hacienda de Cerano 19 de mayo de 1812 a las cinco y media de la mañana.

AGUSTIN DE ITURBIDE

(Rúbrica.)

Sor. Comandante en Jefe de
la División. Brigadier don
Diego García Conde".

Documento inédito del Archivo
General de la Nación.

APENDICE NUMERO 22

Parte de Don Diego García Conde al Virrey Don Francisco Xavier Venegas, comunicándole la destrucción de las guerrillas de Albino

“Exmo. Señor :

Desde el Valle de Santiago con fecha 16 del corriente dije a V. E. haber salido el Sr. Negrete para situarse en Pénjamo mientras que yo pasando por la Bolsa, y la Zanja, trataba de ir acosando las gavillas dispersas dirigiéndolas para cogerlas entre dos fuegos: salí efectivamente el 17 a hacer noche en la Zanja donde supe se había hallado Albino García con 200 hombres, la noche anterior: hice que el Capitán Iturbide con su división de alcance se adelantase para Yuriria la mañana del 18 donde llegó a las diez y media llevándole de ventaja Albino García poco más de hora y media por lo que continuó sin detención alguna y llegó a ponerse a tiro de fusil matándole a 9 ó 10 de los más valientes que sostenían la retaguardia pero ya Albino con anticipación había tomado caballos de refresco ganándole mucha ventaja con lo que pudo hurtarle la vuelta y dejando el camino Real de Pénjamo meterse en la Sierra por las rancherías de los Reyes, viéndose Iturbide en la necesidad de dar descanso a su tropa y caballos en la Hacienda de Sta. Mónica después de 9 leguas de darle alcance a más de las siete de jornada que había hecho.

Yo me ví en mil trabajos con el resto de mi División por que la canalla había derribado en su fuga todos los puentes de madera que hay en las diferentes acequias del camino; pero llegué a Yuriria aquella noche y la mañana siguiente me reuní a Iturbide en la Hacienda de Cerano donde supimos que Albino García había llegado muy fatigado y enfermo a los ranchos de la Sanguijuela, y se nos supuso que en el Puerto de la Aguila que está a su inmediación se había situado Cleto Camacho con su gavilla; por lo que hice salir secretamente a Iturbide a la una de la mañana por el mismo camino que había llevado Albino, y yo me dirigí al Puerto de la Aguila por el rumbo opuesto para atacarlos; pero todo fue en vano porque ya se habían fugado al Valle de Santiago donde se les había reunido la gavilla de Salmerón.

Hicimos noche en dicho Puerto y la mañana siguiente emprendimos la marcha para el Valle de Santiago dándome aviso la descubierta al llegar a la Hda. de Parangueo que la chusma en crecido número me venía a atacar: en efecto ví que por las lomas de derecha e izquierda se descolgaban y mandé a Iturbide que con su División los atacase por donde venían las gavillas mayores, previniéndole al mismo tiempo les diese alcance cuidando de impedirles que tomasen el camino del Cerro de La Batea para que no se metiesen en la sierra.

Por la izquierda destiné un Escuadrón del Cuerpo de Frontera al mando del Teniente Coronel D. Diego Oroz que también los obligó a que tomasen el mismo rumbo de la Bolsa y yo me dirigí por el Camino Real quedando en el centro de ambas Divisiones.

Iturbide les siguió rápidamente el alcance, les mató mucha gente y les quitó algunos caballos y las 17 cargas de harina, equipajes y cigarros que llevaban; pero no pudiendo pasar de la Bolsa a causa del cansancio de los caballos que a más de la jornada que habían hecho dieron 4 leguas de veloz alcance, vino a reunirse con su división al Valle de Santiago.

Por último Señor Exmo. he continuado durante 17 días las repetidas sorpresas en la canalla a quien no he permitido el menor momento de descanso; ya con movimientos retrógrados, ya con perseguirla por diferentes rumbos, y ya haciéndole creer que tomaba una dirección para empujar otra totalmente opuesta.

Albino García y todas sus gavillas han quedado completamente destruídos, están en dispersión y Albino no tiene más de 100 hombres que le acompañan; pero como tengo la desgracia de no encontrar un amigo que me auxilie cuando él cuenta con toda la chusma a su favor, es imposible cogerlo.

Se le han quemado tres cureñas, porque los cañones los arroja y oculta con anticipación, se lamenta continuamente con los suyos de que los encuentra muy pronto a acompañarle para el robo, y que cuando los necesita se dispersan y lo abandonan, y los amenaza con los terribles castigos que ofrece ejecutar con ellos.

Quería omitir hablar de mi bizarra tropa y oficiales porque no encuentro voces con que elogiar su valentía y constancia en el trabajo: cualquiera cosa que diga ha de ser nada para lo que merecen los

excesivos calores; las incesantes marchas ya de día y de noche, las ansias por llegar a las manos con la canalla, y la conformidad con los trabajos, ya faltos de alimentos por el ningún recurso que se encuentra, ya faltos de las prendas menores de que carecen enteramente, son unas pruebas muy repetidas de su lealtad y que piden la mayor recompensa tanto en el soldado, como en el oficial.

El Cuerpo de Frontera que por tener la ventaja de estar armado con fusiles ha seguido casi siempre el alcance, se ha distinguido muy particularmente.

También lo han hecho con igual empeño las dos Compañías de Patriotas de León, una de Silao, otra de Irapuato, y una partida de 40 Dragones de San Luis que me envió el Intendente Interino de Guanajuato con sus respectivos Comandantes don Juan Vila, don José Carrillo, don Santiago Palacios y don Joaquín Erraso.

El Capitán don Agustín de Iturbide me ha acreditado su eficaz celo, en buena disposición y espíritu tanto en la ida a Guadalajara pasando a ver al Sr. Negrete hasta incorporárseme después; atravesando por medio de las gavillas con solo 60 patriotas muchos recién creados, y con poco o ningún armamento: caminando de noche y de día hasta reunirme, como igualmente en todos los alcances que se han dado, pues lo destiné para mandar la División dirigida a este objeto.

Aunque el Valle de Santiago debió ser incendiado por haberme recibido siempre con las armas en la mano y ser madriguera perpétua de las gavillas de Albino García; la multitud de familias que encontré abandonadas sin haber un hombre siquiera que las auxiliase ni modo alguno con que poder trasladarse a otro destino, me movieron a compasión; pero sí conocí claramente por las quejas de aquellos sacerdotes que sufrían continuamente los más terribles insultos de la canalla hiriéndolos y golpeándolos a su antojo porque no accedían a sus extravagantes deseos: como así mismo informado de las irreverencias y desacatos que cometían en los templos ya entrando con los sombreros puestos insultándose unos a otros con las espadas y hasta apedrándose; me puso todo esto en la necesidad de recoger los ornamentos y Vasos Sagrados, previniéndole al Cura se formase de todo inventario, y haciendo consumir a Nuestro Amo me llevé a todos los sacerdotes y religiosos dejando cerrados los templos, executando lo mismo en el pueblo de Yuriria por iguales motivos, y no pude dejar

de enternecerme al ver las gracias que me daban aquellos ministros de Dios de verse libres de aquella gente perversa que a cada momento los ponían a riesgo de perecer.

Dios Gue. a V. S. mS. aS.
Irapuato, 31 de Mayo de 1812.
Exmo. Sor.

DIEGO GARCIA CONDE
(Rúbrica.)

Exmo. Sor. Virrey don
Francisco Xavier Venegas”.

Documento inédito del Archivo
General de la Nación.

APENDICE NUMERO 23

Parte de Iturbide a García Conde sobre la acción de Paranguco

“Luego que V. S. me mandó separar a las 11 de la mañana de ayer para que tomase las eminencias de nuestro flanco derecho con el bien meditado objeto de que los insurgentes no siguiesen esta vez, el orden que han adoptado otras, para molestar a nuestras divisiones sin recibir ellos mucho daño, pasé con gusto a cumplir su acertada disposición: tomé por un camino que me hizo ocultar a la vista de V. S. algunos momentos; después ya vió V. S. el orden de formación en que atacué a los bandidos, sabe que la fuerza con que lo verifiqué, era compuesta de 64 dragones de Frontera al mando del Capitán D. Roberto Ortiz, 40 del escuadrón de San Luis a las órdenes de su Teniente D. Joaquín Erraso: a las de su Comandante D. Juan de la Pila 35 de León y 32 voluntarios de la misma Villa; y 46 infantes del batallón mixto al mando del Capitán graduado D. José Barreiro; V. S. con ojo más militar que el mío podrá también calcular con mayor acierto si el número de las gavillas del “Manco”, y demás cabecillas excedían o bajaran de 2,000 hombres bien montados; sabe que desde la primera loma les desalojé, hasta la Hacienda de la Bolsa, que seguí el alcance durante 4 leguas, en consecuencia, nada tengo sobre el particular que

especificar en este parte y lo ceñiré a decir a V. S. que los oficiales llenaron completamente sus deberes de honor y la tropa se condujo con valor que ha acostumbrado siempre y aquellos individuos que V. S. vería siempre más inmediatos a los malvados, y que por la distancia no podía conocer, eran el Subteniente de Frontera D. José María Novoa, el Sargento del mismo cuerpo, Sixto Montezuma, el Sargento José Trejo y el Granadero Ignacio Miranda de Tula, D. Bernardo Busio de los voluntarios de León, que fue uno de los que llegaron a mezclarse con los insurgentes con espada en mano, y su intrepidez instimulada por el Teniente D. Juan Vila, contribuyó mucho a que saliese yo sin lesión, cuando me hallaba en medio de varios insurgentes de los más atrevidos de cuera: también era de los más esforzados Ramón Areaga agregado a dichos voluntarios quien salió herido de bala en una pierna: única desgracia en la acción aunque muy sensible.

Tampoco vió V. S. que algunos soldados llegaron a arma blanca con los perversos y se lo comunico con la mayor complacencia, por ser un hecho que ha demostrado no hacen tampoco ventaja en esta arma a los nuestros, *pues éstos son siempre soldados valientes como aquellos cobardes traidores.*

El R. P. Capellán Fray Francisco de S. Juan Bautista del orden de Carmelitas descalzos subió en mi compañía hasta la cima de la segunda loma en que estaban situados los insurgentes y lo hizo con el valor que tiene acreditado, y exhortando con mucho celo a la tropa: lo mismo hizo el Capellán de Frontera Fray Pablo Pineda del orden de S. Francisco, aunque tuvo que volverse desde la primera loma que ocupaban los bandidos, por atender a la otra parte de la división que no llevaba capellán.

Dios Gue. a V. S. Ms. As.

Valle de Santiago 21 de Mayo de 1812.

AGUSTIN DE ITURBIDE.

(Rúbrica).

Sor. Comandante en Jefe de
la División. Brigadier D.
Diego García Conde.

V. S.—No se vieron más intereses que los que he entregado al ayudante del Batallón Mixto Teniente D. Bartolomé del Rello: 17 mu-

las, y 3 burros que cargados con harina, de trigo, maíz, cigarros y equipajes se les quitaron con algunos caballos buenos, buen número de éstos hubo muertos y también hombres: si hubiesen presentado a nuestra vista algún cañón creo que no lo hubieran llevado.

ITURBIDE.

Documento inédito del
Archivo General de la Nación.

APENDICE NUMERO 24

Parte de Don Agustín de Iturbide a García Conde sobre la aprehensión de Albino García

“Muy feliz fue, mi General, el pensamiento de V. E. de asaltar el Valle de Santiago, y el éxito ha correspondido bien. A las dos de la mañana llegué a dicho Valle, y a las cuatro tenía en mi poder al *Capitán General* don Albino García, y a su hermano el *brigadier* don Pachito: así le nombraban por aquellos países.

A las cinco al Tambor que era de Dragones de Puebla, y ahora gran personaje entre ellos Pineda, y el Secretario de Albino que se me presentó, y me dijo que lo tenían por fuerza.

También habría caído Cleto Camacho si hubiera estado allí, pues su casa fue cubierta con la misma escrupulosidad que la de los otros; pero se había ido al Jaral a curarse, dejando en el Valle su gavilla de bandoleros.

Les he tomado cosa de cien armas de fuego, ciento y pico de caballos buenos ensillados, hasta doscientos y cincuenta con muy buenas mulas, en pelo, dos cajones de cartuchos, uno de pólvora, y otras frioleras.

No puedo formar un cálculo exacto de los que murieron; porque como estaban en diversas casas, calles, y Plaza, es muy difícil; pero creo llegarán y tal vez excederán a trescientos, con inclusión de más de ciento cincuenta que mandé pasar por las armas.

No trato de cansar a V. S. con relacionar precauciones y medidas; pues el resultado manifiesta que se tomaron las necesarias; pero diré

a V. E. lo que hizo de industria en esta parte la Tropa: en los primeros momentos de la entrada al ocupar los puntos que le tenía designado a cada trozo, hasta que les impuse silencio, metieron un ruido terrible con llamar por una parte las Compañías de Granaderos, por otra al Batallón de la Corona, al del Mixto, Escuadrones de Frontera y Puebla etc.: mandaban situar cañones cargados de metralla en las boca-calles, y enfrente de los zaguanes. Yo me divertí con la ocurrencia; pues sabe V. S. que del Batallón de la Corona sólo llevé diecisiete soldados, del Mixto veinte, de Puebla cincuenta Dragones, y setenta y cuatro de Frontera con inclusión de sargentos.

No puedo dejar de manifestar a V. S. para su satisfacción total, que la Tropa no sólo ha confirmado esta vez de un modo particular, su acreditado valor, entrando con bayoneta calada por las puertas de los Cuarteles donde hacían bastante fuego; sino que me han dado la prueba para mí más lisonjera de su empeño por la causa justa; pues olvidándose del interés de efectos, alhajas que muchos decían había allí, y aún reales, su único empeño era matar enemigos, y buscar cabecillas; quisiera que V. S. les manifestase su satisfacción por tan bella conducta.

De los Sres. Oficiales, con nombrarlos hago su recomendación particular, pues todos se condujeron con mucho honor y empeño. Dn. Roberto Ortiz Capitán y Comandante de los de Frontera, Teniente D. Manuel Henríquez, y el Alferez del mismo Cuerpo D. Antonio Pozada, el Teniente de una de las Compañías de Puebla que compone el Batallón Mixto, D. Ramón Ponce de León: el Teniente de Dragones de Puebla D. José Peláez, todos llenaron completamente sus deberes; y estoy persuadido a que si se les hubiera presentado la oportunidad que el Capitán de Puebla Dn. José Velázquez; que al de la Corona D. Vicente Enderica y a D. José María Novoa, Subteniente de Frontera, que tuvieron que entrar con sable en mano a las casas y Cuarteles, se hubieran conducido con la bizarría, eficacia y tino que éstos la verificaron: del Capitán Velázquez tengo que añadir, que cuando señalé el lugar en que debían apostarse, me pidió le asignase a él, con la tropa de su Cuerpo, la casa de Albino García. Aunque entraron varios soldados de los Batallones de la Corona y Mixto, con algunos Dragones de Puebla a las azoteas de la casa de Albino, tocó la suerte de prenderlo por sí, al Granadero de la Corona Miguel Sardineta; y al Dragón de España José Uribe, según me ha confirmado el Capitán Velázquez.

Recomiendo también a V. S. a José María Villavicencio del Batallón de Tula, que dió muerte a uno de los llamados Capitanes que intentó salir a caballo por la puerta que él guardaba; y principalmente le recomiendo la familia del valiente Granadero de la Corona José Avilés, que murió en la acción. Dicha familia se halla en San Luis.

También merece atención el muy honrado y eficaz Patriota D. Raymundo Zaragoza, quien infatigable en el trabajo, y con sus conocimientos locales, me ha sido muy útil en esta expedición, así como en las anteriores que me ha servido de guía.

El dolor de la muerte del Granadero Avilés, a pesar de que fue la única desgracia (no obstante la poca luz que prestaba la luna y la atención de tantos puntos) la precisión de hacer morir sin auxilios cristianos a tantos miserables, pues sólo puede mandarse en casos igualmente estrechos: vuelvo a decir que esta precisión, y sacrificio con la muerte del Granadero, han contristado terriblemente mi espíritu con la satisfacción de golpe tan afortunado para la utilidad pública y más particular del Bajío.

Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe de que nuestra guerra es de Europeos, a Americanos y de éstos a los otros, digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad, de que todos cuantos concurren a ella han sido Americanos sin excepción de persona; y tengo en ello cierta complacencia porque apreciaría ver lavada por las mismas manos, la mancha negra, que algunos echaron a este País Español; y convence que nuestra guerra es, de buenos a malos, de fieles a Insurgentes, y de Cristianos a Libertinos.

Me mantuve en el Valle más de seis horas, e hice con mucha lentitud la marcha hasta esta Ciudad, dando tiempo a que se reunieran y dispusieran todos los malos de las inmediaciones para atacarme; pues me parecía buen anzuelo Albino García para pescar algunos otros. No perdí en lo absoluto mis medidas, pues salieron persiguiéndome como ochenta o cien hombres, a buena distancia, cubriéndose con las malezas, y aun se llegaron a introducir en un llano despejado. En el momento les dí una carga con treinta y tantos Dragones de Frontera, que dieron muerte a cuatro o cinco de ellos, con lo que quedaron bien escarmentados.

Sabiéndose de positivo que en el Valle estaban con toda su fuerza las cuatro gavillas principales del Bajío, es decir: la de Albino, la de

Francisco García, la de Cleto Camacho, y la de Salmerón, y siendo muy probable que los que se presentaron en mi marcha fuesen todos los que existen de ellos, fácilmente deducirá V. S. lo que se ha ganado, y la situación en que debe quedar el Bajío.

Me han asegurado varios, y entre ellos lo dice el que Albino llamaba su Secretario, que murieron más de treinta de los primeros cabe-cillas; y no me parece violento, pues *adonde está el Rey está la Corte*, tanto más, que según Albino ha declarado, muchos de ellos trataban de atacar ayer en el camino el Convoy de Platas.

Dios Gue. a V. S. muchos años. Celaya 6 de junio de 1812.

AGUSTIN DE ITURBIDE
(Rúbrica.)

Sor. Comandante en Jefe de
la División, Brigadier Don
Diego García Conde”.

APENDICE NUMERO 25

Parte de Don Diego García Conde al Virrey Venegas sobre la aprehensión de Albino García

“Exmo. Señor:

A continuación de mi arribo a Irapuato conforme lo noticié a V. E. con fecha 31 de mayo anterior, y dando tres días de descanso a la tropa, salí con todas las Platas el día 4 del corriente llegando sin novedad alguna el propio día a la Villa de Salamanca, donde supe que Francisco García estaba reuniendo su gente con la ~~de~~ otras gavi-las en el Valle de Santiago, y que su hermano Albino no hacía noche fija en ningún punto.

Consideré que creyéndome con el cuidado de conducir las Platas no me creerían en estado de pensar en atacarlos, y después de haber anochecido suponiendo una expedición para el pueblo de Los Amoles, hice salir prontamente al Capitán D. Agustín de Iturbide con un corto escuadrón de mi Regimiento al mando del Capitán graduado D. José Velázquez, otro del Cuerpo de Frontera a los órdenes del Capi-tán del propio Cuerpo D. José Ortiz de Zárate y cincuenta hombres

de Infantería montada de los Batallones de la Corona y Mixto, mandados por el Capitán graduado D. Vicente Enderica, y el Teniente D. José Ponce dirigiéndose al Valle de Santiago, midiendo el tiempo para que llegase al asomar la luna, encargándole que si daba con alguna avanzada procurase matar la gente, y de no conseguirlo darle alcance para evitár el aviso anticipado.

Ha correspondido tan completamente la comisión de este oficial a mis deseos, que acaba de reunírseme a poco de haber llegado a esta ciudad trayéndome preso al Manco García, a su hermano, a su secretario y a otros varios cabecillas, como igualmente los fusiles que les quedaban, porción de caballada y otras varias cosas de que no tengo aún cabal conocimiento, y que se expresarán en el parte circunstanciado que me está poniendo y que acompañaré a V. E. con esta plausible noticia.

La brevedad del tiempo no me ha permitido recibir a este Generalísimo Ladrón con el tono de burla que deseaba, pero sin embargo, le he hecho formar la tropa que estaba deseosísima de verlo, haciéndosele salva de artillería con repiques de campanas, paseándolo por la plaza con un concurso de gente extraordinario, y lo tengo bien asegurado con todos los demás, para el justo castigo que merecen.

Esta prisión y la dispersión general que ya tenía hecha de las gavillas, a fuerza de repetidos golpes, podrán dar tiempo a mi separación, cumpliendo con el Superior encargo de V. E. de aproximarme a esa capital con el convoy de Platas, mucho más habiendo llegado a mis manos el indulto de 9 de noviembre del año anterior comunicado por V. E. el 1º de Abril del presente año: que aprovechándome de la oportuna ocasión en que lo he recibido mandaré publicar en todo este Bajío para los que quieran presentarse a sus respectivos jueces; pues unos reveses tan decididos por los auxilios del Dios de los ejércitos, y el valor de mis tropas, han de haber puesto en el estado del arrepentimiento a toda esta canalla.

Dios Gue. a V. E. mS. aS. Celaya 5 de junio de 1812.

Exmo. Sr. DIEGO GARCIA CONDE
(Rúbrica.)

Exmo. Sor. Virrey Don
Francisco Xavier Venegas".

APENDICE NUMERO 26

Parte de Don Diego García Conde.—Ejecución de los hermanos García

“Exmo. Señor:

Verificada la prisión del cabecilla Albino García y de su hermano según lo participé a V. E. con fecha de 5 del corriente, le dí el tiempo necesario para tomarle las declaraciones que pudieran serme útiles, relativas a sus robos y cómplices, y a que hiciese sus disposiciones cristianas, que fueron buenas y con muestras de verdadero arrepentimiento, fue pasado por las armas, como igualmente su hermano con otros dos cabecillas la mañana del 8 del presente, habiéndose suspendido los dos por cuatro horas en la horca, y colocando la cabeza del primero en la ciudad de Celaya en la Cortadura de San Juan de Dios, por la que se esforzó su último ataque; la mano manca se llevará a Guanajuato y la otra a Irapuato.

Le permití escribiese a sus padres que se han conducido a favor de la justa causa, y me han sido útiles en mis expediciones, pues deseaba pedirles perdón por haberse desentendido siempre de sus buenos consejos, y les insertaba otras para los Administradores Generales de las Haciendas que se había arrogado para que restituyesen a sus legítimos dueños las semillas y demás, como también a los dos cabecillas el Canelero y Secundino, únicos que han quedado, el primero con cuarenta hombres y el segundo con cincuenta a quienes rogaba abriesen los ojos y se presentasen a los Comandantes de Armas de los Pueblos que están en defensa, pues estaba arrepentido del mal ejemplo que les había dado, y de haberles instado a que lo siguiesen en sus maldades.

He instruído a los Comandantes de Armas de los parajes en que están los robos para que los recojan, como también de la residencia de los dos cabecillas para su aprehensión, pues ahora que están sin fuerzas algunas, les será muy fácil ejecutar uno y otro.

Ayer salí de Celaya con todas las Platas y llegado hoy a esta ciudad de donde si me aprontan las mulas necesarias continuaré la

marcha pasado mañana hasta donde reciba órdenes de V. E. para lo que deba ejecutar.

Dios Gue. a V. E. mS. aS.

Querétaro 10 de junio de 1812.

DIEGO GARCIA CONDE

(Rúbrica.)

Exmo. Sor. Virrey Don.

Franco. Xavier Venegas".

Documento inédito del

Archivo General de la Nación.

BIBLIOGRAFIA



Historia de México.—Lucas Alamán.—Tomo III. Págs. 170 y siguientes.

Biografías.—Alejandro Villaseñor y Villaseñor.—Págs. 13 a 20.

México a Través de los Siglos.—Tomo II.—Capítulos XV y XVI del Libro 1º, y I y III del Libro 2º.

México y sus Revoluciones.—José María Luis Mora.—Tomo IV. Páginas 225 y siguientes.

Album Histórico Mexicano.

Vida de D. Agustín de Iturbide.—Carlos Navarro y Rodrigo.—Capítulo VI. Página 24.

Historia de la América Española.—Carlos Pereyra.—Tomo III.

Historia de la Civilización Mexicana.—Jesús Romero Flores.

Historia de México.—Niceto de Zamacois.—1878.—Tomo VII página 397 y Tomo III.

Historia Nacional de México. (Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.)—Enrique Santibáñez.—Páginas 250 y 252.

Historia de Tamaulipas.—Licenciado Arturo González.—Pág. 29.

Historia Particular del Estado de Jalisco.—Luis Pérez Verdía.—1910.—Página 110.

Historia de la Revolución de la Nueva España.—Fray José Guerra (pseudónimo de Fray Servando Teresa de Mier).—Inglaterra. 1813.—Tomo II, página 140.

Historia de la Independencia de México.—Mariano Torrente. Páginas 58, 61, 62, 72, 75 y 86.

La Revolución de 1810 en el Estado de Guanajuato.—Fulgencio Vargas.

Romancero de la Guerra de Independencia.—Manuel Acuña y Fulgencio Vargas.

Episodios Históricos de la Guerra de Independencia.—Lucas Alamán y Fulgencio Vargas.

Apuntes Históricas de la Ciudad de Dolores Hidalgo.—Pedro González.

Efemérides Guanajuatenses.—Lucio Marmolejo.

Principios Críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia.—Agustín Rivera.

Índice Alfabético de la Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia.

Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia.—1808 a 1821.—7 tomos.—Hernández y Dávalos.—Tomo III: Documento Núm. 113, Página 417.—Documento 80, página 226.—Documento Núm. 79, página 369.—Documento Núm. 101, página 424.—Documento Núm. 46, página 293.—Tomo IV: Documento Núm. 39, página 49.—Documento Núm. 50, página 130.—Documento Núm. 49, página 130.—Documento Núm. 45, página 125.—Documento Núm. 44, página 124.

Hidalgo Intimo.—José María De la Fuente.—1910.—Pág. 111.

México Viejo.—Luis González Obregón.—Capítulos XXIII-V página 290.

Los Precursores de la Guerra de Independencia.—Luis González Obregón.

La Inquisición y la Independencia.—Luis González Obregón.

La Revolución Agraria de México.—Licenciado Andrés Molina Enríquez.—Libro Primero (“Aspectos Indios de la Historia de México”) y Libro Segundo (“Aspectos Criollos de la Historia de México”).

Historia de México.—Una Moderna Interpretación.—Licenciado Alfonso Teja Zabre.

Morelos.—Alfonso Teja Zabre.—1934.—Páginas 191 y 192.

Morelos.—Documentos inéditos y poco conocidos.—(Diario de Sucesos y de la Guerra de la Independencia.—1810.—1814.—Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública.—Año de 1927.—3 tomos.—Volumen III, páginas 316, 326, 327, 329, 331, 333, 338, 342, 354, 366, 367, 381, 387, 392, 394, 395, 396, 401, 402, 403, 404.

Glorias Nacionales.—(Folleto.)—Gerardo M. Silva.—Tiro 4,000 ejemplares. (México, Septiembre de 1897.)—Páginas 10 y 11.

México hacia el fin del Virreinato Español.—Gregorio Torres Quintero. 1921. (México, Librería Bouret.)

Sociología Genética y Sistemática.—Dr. D. Antonio Caso.

Hombres Ilustres Mexicanos.—Tomo IV, página 386.

Geografía local del Estado de Guanajuato.—Pedro González—1904.—Páginas 147, 214 y 236.

Diccionario de Geografía, Historia y Biografía.—Alberto León y Dr. Luis Lara Pardo.

Camémbaro.—Profesor D. Fulgencio Vargas.—Monografía del Municipio de Valle de Santiago. Guanajuato. 1935. Páginas 15, 16, y 18.

Revista Celaya. Dirigida por D. David Reynoso Beltrán.—Celaya, agosto de 1930.—Página 4.

Revista Rojo y Negro.—Guanajuato.—Dirigida por D. Arturo Sierra. Número de febrero de 1930. Artículo del Doctor Don Vicente Flores, titulado "El Cañón de Albino García".

Historia del Colegio del Estado de Guanajuato.—Licenciado Don Agustín Lanuza Sr.

Homenaje al insigne Arquitecto don Francisco Eduardo Tres Guerras en el primer Centenario de su muerte. (1933.) Página 17. Manuel Romero de Terreros.

Natahí.—Profesor Don Fulgencio Vargas.—Monografía del Municipio de Celaya, Estado de Guanajuato.—(Obra inédita.)

Biblioteconomía.—Dr. Nicolás León. 1920. Página 158.—Obras inéditas.—(No consultada.)

Correspondencia y Diario Militar de Iturbide.—Tomo I, página 73.—Parte de don José Miguel Uribe, aprehensor de Albino García. (Publicaciones del Archivo General de la Nación.)

Anales de la Vida del Padre de la Patria.—Agustín Rivera. 1910.—Página 29.

Abad y Queipo. Colección de Manuscritos más importantes que en diferentes épocas dirigió al Gobierno.

Episodios Nacionales Mexicanos.—Enrique Olavarría y Ferrari.—Tomo 9: "La Junta de Zitácuaro". Página 82, 85 y 57.

Una Familia de Héroes.—Gregorio Torres Quintero.—1922.—Página 80.

Apuntes Históricos sobre la Guerra de Independencia en Jalisco.—Luis Pérez Verdía.—Página 110.

Resumen Histórico de la Revolución de los Estados Unidos Mexicanos.—1828.—Pablo de Mendivil.—Capítulos VII, IX, X, del Lib. 1º, y IV del Libro 2º.

Romances, Tradiciones y Leyendas Guanajuatenses.—Licenciado D. Agustín Lanuza Sr.

México desde 1808 hasta 1867.—Francisco de Paula de Arrangoiz.—Tomo I. Páginas 133, 143 y siguientes.

Anales del Museo Nacional de Arqueología.—Noticias Biográficas de Insurgentes Apodados.—Elías Amador.—1910.—Tomo II. Página 74.—(Sobre Albino García.)

Anales Mexicanos.—Agustín Rivera.

Pedro Moreno, el Insurgente.—Mariano Azuela.—1935.—Página 24 y siguientes.

Adiciones y rectificaciones a la Historia de México que escribió D. Lucas Alamán.—José María Licéaga.

La Guerra de Independencia.—Hidalgo. Iturbide.—Francisco Bulnes.—1910.

Viaje a las Ruinas del Fuerte del Sombrero.—Agustín Rivera.—Página 6.

Diario Histórico de México.—Carlos María de Bustamante.—Páginas 349, 354 y 356.

Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el C. Miguel Hidalgo y Costilla.—Carlos María de Bustamante.—Tomo I. Página 428.

Historia del Emperador D. Agustín de Iturbide.—Carlos María de Bustamante.

Varios Papeles.—Carlos María de Bustamante.

Diario Histórico de México.—1ª Edición.—Carlos María de Bustamante.

Campañas de Calleja.—Carlos María de Bustamante.—Páginas 127 y 128. (Sobre Albino García.)

Apuntes Biográficos de Don José Antonio Torres.—Luis Pérez Verdía.

Documentos Históricos Mexicanos.—Genaro García.

Gacetas de 1811 y 1812.

Michoacán Histórico y Legendario.—Prof. Jesús Romero Flores.—1936.—Págs. 302 y 303.

“El Estado de Guanajuato”. (Geografía Estadística e Historia.)—Prof. Fulgencio Vargas.—Guanajuato.—1939.—Pág. 51.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL. 60607

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

DOCUMENTACION

Guerra de Independencia. Manuscritos. 1810-1815.—Documentos del Museo Nacional de México. (Carta firmada por Albino García.)

Indice de Infidencias.—Página 159.

Infidencias.—Tomo 134.

Historia de Operaciones de Guerra.—Félix María Calleja.—(Correspondencia con el Excelentísimo Señor Virrey Don Francisco Xavier Venegas.)

Historia de Operaciones de Guerra.—Agustín de Iturbide. (Correspondencia con el Brigadier D. Diego García Conde.)

Historia de Operaciones de Guerra.—José De la Cruz.—(Correspondencia con el Exmo. Sor. Virrey D. Fco. Xavier Venegas.)

Historia de Operaciones de Guerra.—Diego García Conde.—(Correspondencia con el Virrey Venegas.)

Historia de Operaciones de Guerra.—Joaquín de Villalba.—(Correspondencia con el Brigadier D. Diego García Conde.)

Diario de Campaña de don Agustín de Iturbide.—Enviado al Exmo. Sor. Virrey don Francisco Xavier Venegas el 15 de Agosto de 1813.

Historia de Operaciones de Guerra.—Francisco Guizarnótegui.—Correspondencia con el Virrey Venegas con D. Félix María Calleja.

Historia de Operaciones de Guerra.—Antonio de Linares.—(Correspondencia con Don Félix María Calleja.)

Documentos del Archivo General de la Nación.

INDICE

100000

	Págs.
Palabras de introducción.	5
El Insurgente Albino García.—Episodios de la vida y campañas del genial Guerrillero.	9
I.	19
II. Albino García.—Su nacimiento e infancia.—Primeras ocupaciones.—Causas de su apodo.—“El Manco” se declara por la insurrección y se presenta a Don Miguel Hidalgo y Costilla..	23
III. El Bautismo de fuego.—Derrotas y triunfos.—Pénjamo.—El ataque a Lagos.—Condenables excesos de los insurgentes....	35
IV. Las guerrillas del “Manco”.—Albino García causa espanto a las tropas del Rey.	45
V. Ventajas de los insurrectos.—Aguascalientes.—Graves apuros del general Calleja.	49
VI. El milagro de la Virgen del Socorro.	55
VII. Don Ignacio López Rayón.—La Junta de Zitácuaro.—Albino García rehusa someterse a su autoridad y fracasan los intentos de someterlo por la fuerza.	59
VIII. El ataque a la ciudad de Guanajuato.	71
IX. Distracciones del “Manco” en la campaña.—Albino ataca San Miguel, Dolores y San Felipe.—Un ardid del guerrillero.—Lamentable error sobre una heroína insurgente.—Dos homónimos de García.	81
X. El desastre de Tarímbaro.—Don Diego García Conde.—Encárgase a este militar el resguardo del Bajío.—Albino aparece rehecho en el Valle de Santiago.—Los presagios de una catástrofe.	89

	Págs.
XI. La victoria del Valle de Santiago.—Táctica y estrategia del “Manco” García.—Gloriosas hazañas de Insurgentes y Realistas.—Un auxilio providencial.	97
XII. Derrota de Linares en San Pedro Piedra Gorda.—“El Amo” Torres.	113
XIII. La sorpresa de Salamanca.	127
XIV. Don Agustín de Iturbide.—Secreto plan de campaña contra Albino García.—Don José de la Cruz.—Preparativos.—“El Manco” redobla su actividad y burla el plan con un golpe de astucia.	131
XV. Se desencadena la persecución.—Las primeras desgracias.—Albino es atacado por terrible enfermedad.—Se retira de la lucha.—Iturbide alcanza al guerrillero por el rumbo de Yuriria.—Escapatoria angustiosa.	141
XVI. Audaces apariciones del “Manco”.—Continúa el asedio.—Iturbide logra colarse hasta la madriguera del insurgente.—Argucias para su aprehensión.—Una traidora venganza.—Fatalidad.	149
XVII. Indigna actitud del brigadier García Conde.—Albino y Francisco puestos en capilla.—Extraordinaria entereza de los insurgentes.—Espectáculo en Celaya.—La ejecución.—Los restos de Albino García.	161
Albino García.—Romance Histórico.	171
Albino García. Romance Histórico, por el Lic. Agustín Lanuza, Sr.	180
Apéndices.	181
Bibliografía.	235
Documentación.	243



Esta edición se terminó de imprimir en los Talleres
Gráficos del Gobierno del Estado de Guanajuato en el mes de 3,000
2003.

El tiraje fue de 3000 ejemplares.





Secretaría de
Gobierno



EDICIÓN CONMEMORATIVA

2003

AÑO DE

DON MIGUEL

HIDALGO Y COSTILLA

PADRE DE LA PATRIA

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO